

179247

HISTORIA DE ITÁLICA

MUNICIPIO
Y COLONIA ROMANA



S. ISIDRO DEL CAMPO

SEPULCRO DE GUZMÁN EL BUENO

SANTIPONCE, SEVILLA

POR

AURELIO GALI LASSALETTA

DE LA REDACCIÓN DE El Comercio de Andalucía

BIBLIOTECA HOSPITAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	3
Número:	237

Biblioteca Universitaria GRANADA	
Sala:	B
Estante:	3
Número:	237



SEVILLA

Tipografía y Encuadernación de Enrique Bergali
Sierpes 104 y Manteros 19

1892



ES PROPIEDAD.

Al Recuerdo Glorioso

DE ITÁLICA

DE SUS NÚMENES INMORTALES

Silio Itálico, Trajano, Adriano y Teodosio

DE SUS MAESTROS SUBLIMES

S. CORNELIO Y S. GERONCIO

SEPULCROS DE SAN ISIDORO

Y DEL

héroe grandioso de Tarifa y Gaucín, Guzmán el Bueno;

EL AUTOR DE ESTAS PÁGINAS, EN TESTIMONIO

de respeto y consideración, se las dedica

á la Excm. Diputación Provincial y Excmo. Ayuntamiento

DE SEVILLA

poniéndolas bajo su protección y amparo.

PRÓLOGO

Precisamente en Sevilla, á una legua corta de esta ciudad, existe el Monasterio de San Isidro del Campo, é inmediato á Santiponce. Y por cierto, que fué en un día que tuve el peor humor de todos los de mi vida. Yo quería visitar á la vez que este Monasterio las ruínas de Itálica, que cerca se hallan; del primero algo me decían los guías, aunque fuese poco; pero del segundo sólo media docena de renglones, y empecé á buscar algún libro referente á la historia y estado de ese desaparecido Municipio, como los obtuve cuando fui á Pompeya y Herculano, y cuando he tratado de estudiar ciudades famosas que desaparecieron por accidentes extraños ó por el trascurso de los siglos. Que Itálica fué gran cosa no hay que dudarlo, aunque sólo se tuviese en cuenta que en ella vieron la luz emperadores cual Trajano, Teodosio y Adriano; poetas cual Silio y capitanes tan esforzados cual Quinto Pompeyo Niger, vencedor del célebre Antistio Turpión. *Pero nada encontré*, ni aun la canción á sus ruínas del admirable poeta Francisco de Rioja, acerca de la que un librero me dijo que estaria en algún tomo del *Parnaso Español*; y de aquí mi mal humor, pues tuve que irme de Santiponce sin antecedentes, donde un mozuelo que se me presentó en calidad de cicerone, me lo quiso remediar todo con manifestar que aquélla era *Sevilla la Vieja*, añadiéndome algún que otro dato tan igualmente erróneo que el anterior, pues sabido es que Sevilla (Hispalis) es más antigua que Itálica. En resumidas cuentas, me contenté con pasear aquellas ruínas venerables, á la manera de ignorante viajero, SIN LUZ Y SIN GUIA, suceso que aún estoy lamentando y lamentaré.

(Del librito *Sevilla*, por Eduardo Caro, pág. 229, impreso en Madrid, 1892).

Instintivamente al trazar sobre la mesa de una redacción las difíciles líneas de esta obra, la primera idea que evoca mi espíritu es un tributo de admiración, respeto y cariño, hacia las dignas personalidades que componen la prensa sevillana,

entre las cuales vengo militando há más de treinta años, siquier como soldado de estos Leonidas, que combaten en unas Termópilas de afanes no galardoneados, contra Jerjes de contrariedades y decepciones, al vaivén de este período de transición en que vivimos y que, poniendo á contribución sus energías, realizan el bien progresivo en la tierra, divulgando la palabra creadora de la cultura diariamente, y llevando el sustento cotidiano á muchísimos hogares, que los bendicen.

A ellos saludo, impetrándoles para el fin moral que desenvuelve esta obra sus valiosos predicamentos, consecución que va en pos del bienestar de Sevilla, al promover el *tourismo* de propios y extraños.

Necesario es inculcar en el ánimo de nuestros gobiernos y corporaciones oficiales, protección y amparo para estas ruínas de Itálica, que continuados estudios me dan títulos más que suficientes para proclamar que pueden parangonearse con las monumentales Roma, Atenas, Pompeya y Herculano.

Arrogancia suma sería en mí querer probar que en estas páginas se condensa una historia inédita y concluída de Itálica, cuando en ningún tiempo la han podido escribir todos sus conspicuos historiadores y arqueólogos.

Y no la han podido historiar por encontrarse casi todos sus datos velados por una oscuridad casi completa, pues aparte de los muchos documentos que se han perdido ó destruído, su verdadera trama yace soterrada bajo aquellas ruínas, no exhumadas aún en nuestros días, para desdoro de la cultura patria.

Pero si esto es una verdad ostensible, también es palmario que esta obra, sin jactanciosos jaeces, viene á llenar un vacío en Sevilla, pues en todo este siglo no se ha dado á la estampa ningún libro que trate de Itálica con sus últimos descubrimientos ó historia no dicha.

He afrontado esta serie de trabajos, luchando con un sinúmero de obstáculos insuperables, que con gusto he tratado de vencer, en holocausto de este pedazo de nuestra alma, que se llama la Metrópoli andaluza.

Y he luchado, llenando esta la guna compenetrado de la verdad que desenvuelven las palabras del Sr. Caro, con que encabezamos este prólogo.

Es cierto cuanto dice este escritor; mal humorado, contraído y decepto, vuelve de Santiponce el ufano *tourista*, que trate de visitar el célebre municipio y colonia italicense, pues admirado queda de la incuria destructora de aquellos por tantos títulos gloriosos monumentos, convertidos en abrevaderos de alimañas, y sin norte ni guía, no encuentra más libro ilustrativo, que allí alguno por misericordia le diga que aquello era *Sevilla la Vieja* ú otras sandeces por el estilo.

A este propósito, digno de referir es el chistosísimo *curso de historia*, de que dió muestra la sapiencia de un cicerone, hace algunos años, en su *aula* del Anfiteatro.

Preguntando en el mismo un príncipe de la familia reinante en uno de los Estados de Europa, si no se conocía algún libro que le diera á conocer aquel monumento, húbosele de acercar un individuo y le dijo:

—Para qué es ese libro, si yo lo sé todo; porque este es el anteatro, donde venían los leones de la *Mesopotania* del Paraíso terrenal, en donde estaban Adan y Eva con la serpiente.

Hubo de chocarle al príncipe tal cúmulo de disparates y contestó á su *catedrático* con una estrepitosa carcajada.

Esta demostración desagradó al *ilustrado historiador*, que irritado le replicó:

—¡Ay, qué tío, pues no sé yo poco bien la geografía de los *Frablios!*

Como se ve, no se pueden decir en menos palabras más desatinos.

A poner coto á semejantes *exabruptos* viene este libro, porque es censurable el abandono en que hemos tenido la publicación de uno, hoy que en la esfera de la literatura tan en auge estamos, pues pletóricas están las librerías con esta labor constante como en el día se realiza, por producirse obras á granel, desde aquellas que se elevan á las regiones sidéreas á las otras que bajan al mundo de las vorticelas, diapasonadas las restantes por todos los registros del saber humano.

Es verdad que por las energías que he tenido que poner

á contribución para producir estas desaliñadas páginas, saco de corolario por lo que ningún escritor se ha atrevido á semejante empresa por ser imposible historiar en las tinieblas, ó tener que estudiarse, como lo he hecho, todos los libros que en mi búsqueda me han parecido que algo dirían de Itálica.

Sentados estos precedentes, historiemos. El primero que echó los cimientos de la Historia de Itálica fué Ambrosio de Morales, escritor español, hijo de Córdoba, cronista de Felipe II, y que al ser nombrado por éste catedrático de Alcalá de Henares y visitador de Archivos y Bibliotecas, algo buscó y dijo de nuestra esbosada Itálica en su *Historia de España*, aunque somerísimamente; tan austero monge nació en 1513 y murió en 1591.

A éste le siguió Rodrigo Caro, detallando algo de la cuna de Trajano, aunque también muy parco, en sus *Antigüedades de Sevilla* de 1630.

Pero el que se lleva la gloria de haber construído el edificio de su historia, fué el sapientísimo monge de la orden de San Agustín, el preclaro teólogo, historiador y arqueólogo español, el maestro Enrique Florez, que vió la luz en 1701 y murió en 1773. En el tomo XII de su *España Sagrada* hizo cuantos datos pudo adquirir, formando ese cuerpo apiñado, que fué la fuente en que bebió el filósofo prior de San Isidro del Campo, fray Fernando de Zevallos, para enriquecer sus manuscritos de *La Itálica*, que dejó inéditos, inapreciable tesoro que se apropió D. Justino Matute, para escribir su *Bosquejo* en 1827, al guardarse una copia de ellos, cuando fué amanuense del pendolista Dherbe.

Hasta 1839 no vuelve á escribirse de Itálica, en que su explorador D. Ivo de la Cortina publicó sus trabajos en unos cuardernitos que nombró *Las Ruinas*, y que no concluyó de publicar, cuyos ejemplares han desaparecido, hasta el término de no conservarse en Sevilla arriba de cuatro.

Desde este interrumpido esfuerzo de D. Ivo, nada se vuelve á intentar, hasta que el malogrado D. Demetrio de los Ríos, con el apoyo del Gobierno, pensaba escribir su historia é ilustrarla con todo lujo de grabados.

Pero viendo lo difícil que es historiar un pueblo, cuya vida se desenvuelve dentro de un marco estrechísimo, aban-

donó su proyecto, y fué nombrado director de las obras de la Catedral de León, no sin antes dar á la estampa heterogéneamente sus preparatorios trabajos en el libro titulado *Anfiteatro de Itálica*, costeadó por la Academia de la Historia y en varios números de *La Ilustración Española y Americana* y *Museo Español de Antigüedades*, los cuales están agotados.

Esto sucedía en 1872, 73, 74, y en 1886 la Sociedad de Bibliófilos Andaluces daba á la estampa *La Itálica* del padre Zevallos, cuyos manuscritos poseía el prócer de la literatura hispalense D. José María Asensio, trabajo que se encomendó al incansable y selecto escritor D. Francisco Collantes de Terán, cuya tirada fué escasísima, pues sólo se repartió entre los individuos de la Sociedad.

También con respecto á epigrafía se ocupó de Itálica el sabio profesor de la Universidad de Berlín, D. Emilio Hübnér, en su magistral obra escrita en latín *Corpus inscriptionum latinorum*, tomo II, bajo los números 1110, 1111, é igualmente menciona las que existen en el Museo Arqueológico Sevillano D. Manuel Campos y Munilla, con el buen deseo y acierto que le distinguen.

Esta es la historia completa del movimiento bibliográfico de Itálica, no quedando—aparte de la deficiencia de estos libros—*un solo ejemplar*, para su venta en librerías. Y los llamo deficientes, pues excepto el libro de D. Ivo y las escavaciones de D. Demetrio en 1874, trabajos que son de nuestros días, aunque lejanos, las únicas historias de Itálica, de Florez y Zevallos que hay, se escribieron en la segunda mitad del siglo pasado, y desde entonces acá nada se ha escrito en concreto y que pueda llamarse libro, pues el *Bosquejo*, como se ha dicho, es una repetición del Zevallos, con algunas noticias de Masdeu y Laborde; el de D. Ivo es un resumen de sus exhumaciones arqueológicas, y si es con respecto á los trabajos del Sr. Ríos, informan un criterio artístico y técnico, y no dicen una palabra de la vida de los italicenses, á quienes llama *desconocidos*; por esto digo sin vanidades que *éste es el primer libro que se ha escrito de Itálica en nuestro siglo*.

Para escribirlo, he leído y releído un verdadero ejército de libros, manuscritos y apuntes; he compulsado lo que dige-

ron Florez y Zevallos, y he sufrido grandes decepciones, pues al engolfarme en los geógrafos griegos y latinos, he visto que la nombran, pero de corrida, y cuando más estableciendo su posición geográfica, pero nada de su vida y manera de ser de sus habitantes.

Sin embargo, dignos de recordar son estos libros, sin los cuales nada se sabría del mundo antiguo, geográficamente considerado. La primer geografía que se conoce es la de Strabon, hijo de Capadocia, el cual escribió medio siglo antes de la Era Cristiana, bajo la dominación de Tiberio. A éste le siguen el español Pomponio Mela, natural de Transducta, con su preciosa obra de *Situs Orbis*, que escribió entre los años 40 y 80 de Jesucristo. Cayo Plinio Secundo continúa con su Historia Natural del Orbe, siendo intendente en tiempos de Vespasiano. Cayo Silio Itálico, hijo de nuestra historiada ciudad, eminente poeta épico con sus Guerras Púnicas, que floreció por los tiempos de Nerón. Claudio Ptolomeo, cognominado el Alejandrino, preclaro autor de su libro *Iphigesis geográfica*, que publicó entre los años 139 y 150 de Cristo. El poeta Rufo Festo Avieno, que escribió *Descriptio orbis terrae*, bajo el reinado de Teodosio el Grande en el siglo IV. El Itinerario de Antonino Augusto, documento luminoso que se tenía de época romana y hoy se dice que su autor es Ethico, escritor del siglo IV. El tratado de Cosmografía del siglo VII, escrito por un godo con el pseudónimo del Ravenate, en memoria de su patria Rávena. La geografía del árabe Xerif Aledris conocido por el Nubiense y traducida por Conde, aun cuando ésta nada dice de Itálica, pues destruída en el siglo IX, es una prueba que ya no existía cuando se escribió, que fué en el siglo XII.

Los historiadores coetáneos á Itálica como Apiano Alejandrino, Eutropio, Aurelio Víctor, Dion Casio y Casiadoro, algo me han dicho; pero donde he sacado un manantial fecundo de noticias, ha sido de la lectura de cuantas lápidas históricas, honoríficas, miliarias y sepulcrales han caído bajo mi estudio, que ha venido á completar la indumentaria que describen Tito Livio, Plutarco, Suetonio, Vitrubio y Juvenal.

Así es, que este libro desentraña una verdad histórica grandísima, pues me han servido todos y cada uno de los his-

toriadores contemporáneos de las épocas que en el mismo trato, como igualmente viene á prestar un servicio importantísimo á los historiadores, bibliófilos, arqueólogos y á todos los hombres amantes de Itálica, al haber condensado en ella cuanto han dicho Rodrigo Caro, Zevallos, Florez, Matute, Ceán Bermúdez, Montfaucon, Cortina y Ríos y otros, pues agotadas sus ediciones, ó es imposible encontrar sus obras, unas por lo costosas, como las de Montfaucon (en francés), ó Florez, que valen un dineral, ó tener que sufrir la molestia de llegarse á bibliotecas, saturándose de impertinencias, como esperar horas en donde la mayoría de veces no se puede destornudar por temor de hacer ruido, amén de ni siquiera fumar, *negligé* que á veces desea el que estudia.

Ni Florez ni Zevallos mencionan los Santos de Itálica, los cuales yo incluyo en su capítulo respectivo, y como con respecto á San Rómulo y Santa Marcia se diga que su historia no es verdadera, por pertenecer su trama á los falsos cronicones del Padre Román de la Higuera, cuyos Santos, y muchos más, como San Pio, primer arzobispo de Sevilla, cayeron bajo la crítica de D. Nicolás Antonio en su *Censuras de Historias fabulosas*, publicadas por Mayands, debo decir con el Marqués de Mondéjar, que no hay cosa más difícil que hacer la *Historia eclesiástica* y llegar al seguro conocimiento de sus Prelados y Maestros de la antigüedad.

Además, el deber del historiador es referir todo aquello que dice la historia y la tradición, y sería en mí ridículo oponerme á ella, máxime cuando en este Arzobispado se reza á ellos.

Me encomiendo á la bondad de los doctos, por si han notado en esta obra algún *lapsus*, que lejos de mi ánimo ha sido cometerle, pues este libro se ha escrito al choque que produce la confección de un periódico diario, no guiándome más égida al darlo á luz pública, que el bienestar de nuestra Sevilla, como he repetido y repito hasta la saciedad, y en gracia de tan noble idea espero la protección y amparo de todos, que no dudo por un momento que conseguiré.

Otro de los asuntos que aquí encajan, es referir la des-

gracia de Itálica, miserias que se ceban en los pueblos lo mismo que en los individuos que empiezan en la excelsitud del apogeo y concluyen en la decepción del perigeo, confabulación de ruínas que todo conspira en su contra, y esto es precisamente lo que le sucede á nuestra historiada ciudad y á sus cronistas.

El padre Zevallos sufrió la decepción de no ver impresos sus manuscritos; D. Tomás Muñoz manifiesta en su Diccionario biográfico, que Matute arrojó desesperado al fuego y lleno de escaseces valiosos originales que tenía para adicionarlos á su *Bosquejo*, que paladinamente él mismo confiesa que dió á la estampa con el apoyo de varios amigos, es decir, de la limosna.

Igual suerte cupo á D. Ivo de la Cortina, pues á la limosna tuvo que recurrir para dar á la imprenta lo poco que publicó, y este libro yo no lo hubiera escrito, al no tener la prestancia del selecto artista y honradísimo comerciante y amantísimo íntimo mío, providencia de sus deudos y operarios, D. Enrique Bergali, quien me ha dado alientos para la consecución de mi trabajo.

Otro de los móviles que me han impulsado á ello, es el amor sin límites que profeso á Sevilla; por esto combato sin tregua ni descanso á aquellos escritores, que aun suponiéndoles buena fé, tratan de menoscabar las glorias pretéritas de Itálica, pues aun cuando se cubran con el antifaz de la crítica histórica, de rechazo clavan un puñal alevoso en el corazón del *tourismo* que nos visita y favorece con sus medros valiosos.

Y este asunto no es tan baladí como la mayoría de muchísimas personas presumen, pues el *tourismo* es en Sevilla una riqueza como cualquiera industria, comercio y explotación, pues el dinero importado circula en manos de todos, porque las suntuosas fondas que tenemos, un gran número de casas de huéspedes y restaurants, cocheros y aun mozos de estaciones, aparte de las Empresas ferroviarias, viven expresamente de ese movimiento y éste concluirá el mismo día que nuestros monumentos desaparezcan ó no se puedan visitar.

Es lesivo para el buen nombre de Sevilla, y aún de España, que tengamos tan abandonadas estas preseas, menosprecio que nos pone ante los ojos de los extranjeros peores

que cafres, pues Mr. Paulin Niboyet, en su obra escrita en francés, titulada *Séville, histoire, monuments*, dice que el pueblo español, que tiene en tan poco aprecio Itálica, es muy capaz de hacer rodillas para las cocinas de los lienzos inmortales de los Murillos y Velázquez. ¡Qué vergüenza!

Y esto es tan ciertísimo, que yo no he pasado una hora más amarga en mi vida que la que voy á referir.

Como para escribir esta obra he tenido que hacer innumerables visitas á Santiponce; en una de mis últimas, me encontré en sus ruínas tres extranjeros con sus señoras, que sin poder penetrar en el Anfiteatro y Termas, pues estaban inundadas de un agua corrupta y pestilencial, tuvieron que volverse á Sevilla.

Al cochero, que era amigo mío, le pedí puesto en el pescante, favor á que accedió, pesándome ello grandísimamente, pues en todo el trayecto los extranjeros me hicieron subir el rubor á las mejillas á fuer de español, pues no hacían más que decir en su lengua chapurrada: «*espagnoles sauvages, espagnoles cuchinos*, que nos han hecho gastar dinero tonto en coche.»

Por eso llamo la atención del Gobierno, de la Excelentísima Diputación provincial y Ayuntamiento de Sevilla, á quienes dedico esta obra, que den pruebas de españolismo, que no lo dudo, no permitiendo que en el extranjero se nos denigre y moteje con tan ruines dicterios, y presten su aquiescencia á *quien ó quienes* traten de formar allí un Museo de aquellas riquezas, que están desparramadas, sirviendo de zahurdas, y consideren que en nuestra ciudad no hay más monumentos genuinamente romanos y griegos, pues desde Corintio vinieron, que las célebres ruínas de Itálica.

A dichos respetables Cuerpos imploro compasión para las cunas de Silio Itálico, Trajano, Adriano, Teodosio y sepulcros de San Geroncio, San Isidoro y Guzmán el Bueno, que el corazón se conmueve y lágrimas brotan á nuestro ojos al considerar su estado de postración, inopia verdadera, pues San Isidro del Campo es un montón de ruínas; en el foro vivaquean los cerdos, en la era se construyen miserables albergues con tan venerables restos; los magníficos capiteles y mármoles de sus palacios suntuosos sirven de guardacantones á las calles y caminos; el Anfiteatro sin descubrir y próximo á

hundirse, si no se evita por medio de una atargea de desagüe, que las aguas lo invadan como hasta hoy sucede, que ha tenido dentro de su área, por espacio de siete meses, cuatro metros de agua, porque hay que tener en cuenta que sus materiales son antiquísimos, y por consiguiente, expuestos á escombrarse.

Es así, que D. Demetrio de los Ríos decía que los labriegos de Santiponce siembran y recogen los frutos de Ceres, sobre una preciada alfombra de mosaicos, rico producto de su arte, siendo esto una verdad innegable, pues no solamente el laboreo hace pedazos estos magníficos restos de la antigüedad, sino que el colmillo de los cerdos y la reja del arado se encargan de destrozar los magníficos que se presentan.

S. M. la Reina Regente, que en estos momentos va á visitarnos, y el amante á nuestras glorias pretéritas D. Antonio Cánovas del Castillo, de acuerdo con sus compañeros de Gabinete, deben estudiar y promulgar una ley especial de monumentos, que ponga un dique á tan desconsoladores abusos, pues si bien los dueños de los terrenos que hemos denunciado se amparan en su indiscutible derecho de propiedad, también es cierto que el Estado debe comprárselos, para poner á salvo el honor de España y *nuestros monumentos nacionales*, ya que no se conserva nada de la Julia Romúlea, á no ser media docena de lápidas, sin encontrarse rastros tampoco de aquellas nombradas ciudades Caura, Solia, Osset y Laelia en este nuestro distrito.

Y que en Itálica hay una riqueza arqueológica inmensa no hay que dudarlo, pues un propietario de Santiponce ha dicho, que tan sólo por la venta de los materiales que ha sacado de un pedazo de olivar de su pertenencia, le han producido cinco mil reales.

Tampoco se le puede pedir nada á los dignos individuos que componen la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Sevilla, pues para gastos de descubrimientos y conservación tienen 1.000 reales anuales, ó sean veinte cuartos diarios, siendo lo más gracioso del caso, que existiendo en Sevilla y su provincia unos veinte monumentos, por consiguiente, en la división á Itálica le corresponde un cuarto para estos gastos. ¡Ni para un ladrillo!

Esto es bochornoso, y bueno es que lo sepa todo el mundo, llegando á oídos del actual Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, que tan amante se ha mostrado siempre de Itálica, pues á su patriotismo se debe que el *Bronce italicense*, descubierto hace años, fuese adquirido por el Estado y no pasara á manos extranjeras.

Al mismo hay que suplicarle que interponga su valiosa influencia con los ferro-carriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, para que al tren de Huelva se le haga una Estación en el olivar llamado de la *Señorita*, que pasa á un cuarto de legua de Santiponce, pues en ello ganaría todo el mundo y se promovería más el *tourismo*, que si hoy se retrae, es por lo caro que le salen los viajes. ¡Tres duros un coche!

Al mismo tiempo, hay que rogarle á la Excm. Diputación y Ayuntamiento de esta capital, lean el siguiente párrafo que informa el preámbulo de las obras de defensa contra el Guadalquivir, y se compenetrarán que los gastos para escavaciones en Itálica ya están previstos por la ley:

«La importancia del asunto, la imposibilidad de que obras de tal magnitud se hagan por el pueblo de Sevilla, y el interés verdaderamente nacional de conservar los *célebres monumentos artísticos* que encierra la antiquísima ciudad, son motivos suficientes para que el Estado procure, en cuanto sea posible, desaparezca una calamidad que constante y periódicamente la affige.»

Como se ve, el Gobierno, al construir estas obras, lo hace impulsado por los *monumentos que tiene Sevilla*, y como Itálica le pertenece, entra por consiguiente en el plan del presupuesto, que poco importan mil duros más ó menos para la conservación de tan preciados tesoros y aun los que se puedan exhumar en sus escavaciones.

No hay que desmayar, é imitemos á Italia, pues grande es su gloria al promover escavaciones en Pompeya y Herкулano, por la vida que ha dado á Nápoles, y no hagamos caso á esa pléyade de mofantes caballeros, que alardeando de tener poco de Sócrates y mucho de *Zoquetes*, y echándose las de *tunantones* y *graciosos*, llaman al arqueólogo *chiflado* y á los monumentos *pelotes*.

Sí; esos *pelotes* son los libros de piedra, en donde el ar-

queólogo, con los cristales del microscopio de la historia, lee las creencias de una raza, su ideal de cultura en la esfera religiosa, idealista y artística y donde aplica el lente investigador hacia los limbos de la proto-historia.

Sin esos *pelotes*, nada se sabría de esos intrincados enigmas, que se denominan edades aborígenes, en que condensaron esas legiones desconocidas de trabajadores las aspiraciones de sus fantasías y el fuego volcánico de sus corazones.

Sin esos *pelotes*, no entraríamos en el trato del pasado, que nos pone ante el alma la inmensidad del poder de Dios, en el estudio y contemplación de aquellos monumentos fastuosos del arte, que se llaman egipcios, griegos, fenicios y romanos, que apropiándolos á nuestros espíritus, es la estela luminosa en que se inspiran nuestros artistas; presea del arte que refrijeran el ánimo abatido y vierten en nuestros deceptos ánimos consolador bálsamo, llevándonos en éxtasis contemplativo hasta la excelsitud de Aquel, que compelió el buril de un Fidias, un Praxiteles, un Escopas, un Atenodoro y un Apolonio. Solio griego en donde asentó su prepotencia el *italicense* Adriano, enseñoreándose del Acrópolis, El Areópago, Los Propileos, El Partenón, El Agora, al grito *de esta ciudad es de Adriano y no de Teseo*, parangoneándose su estatua con la de Júpiter Olímpico, en su mismo santuario, entre las manes de Platón, Aristóteles y Zenón.

Sin esos *pelotes*, nada se sabría de esas construcciones troglodíticas, ciclópeas, índicas, artes griego, romano, gótico, bizantino, románico, árabe, ojival y del renacimiento, encanto que hizo prorumpir á Platón que lo bello es el resplandor de lo verdadero.

Y si de la esfera del arte pasamos á la de la historia, estos *pelotes* italicenses simbolizan á aquella Roma tan grande y tan pequeña, virtuosa y baja, semblanzada en sus inmortales ciudadanos, con sus reyes, sus cónsules, sus tribunos y sus emperadores; capital del Lacio, que vió brotar y morir el tribunado plebeyo, los mártires, los Coriolanos, los Casios, sus Oligarcas, sus Fabios, sus Genucios, sus Publios, y en el Decenvirato sus Valerios y Horacios. Aquella Roma que aporta el Tribunado Consular con la Pretura, y á Augusto con sus excelsitudes apoyadas por Agrippa y Mecenas, y que al ce-

rrar el templo de Jano, estableció la paz en el mundo, para que naciera nuestro Redentor.

Estos *pelotes italicenses* traen el recuerdo deletéreo del loco Calígula, del inepto Claudio, del infame parricida é incendiario Nerón, enmedio de sus tragedias, llevando en una mano la lira y en la otra el cuchillo manando sangre, ya cristiana, ya de sus maestros, ya de su madre, y en la corona de su triunfo teatral las espinas de su villanía.

En estos *pelotes italicenses* miramos á Roma con la guerra judáica, Galva, Otón y Vitelio, cayendo en la tiranía del imperio militar de los pretorianos, de los Elvios y Didios, y combatiendo con la espada batalladora de los Severos y Flavios; Roma presenciadora del fratricidio de Caracalla, y sepultada en el inmundo albañal de Heliogábalo, vestido de mujer, arrastrando por el fango la dignidad viril de aquel pueblo en asquerosas pocilgas, cuyos miasmas apestosos llegan á los órganos olfatorios de aquellos buitres llamados los bárbaros, que en bandadas terribles quieren llegar sobre ella y cuyo paso no pueden contener los Julianos Apóstatas, los Constantinos, los Valentinianos, los Gracianos, con el dique contemporizador del gran *italicense* Teodosio, surgiendo al morir el epílogo de este incomensurable drama, que en su agónico estertor llama con la traición de Estilicón á los vándalos. ¡Ah! que Itálica empieza en la grandeza de Roma y es el ataúd en donde se entierra su apestoso cadáver, envuelto en los girones del manto imperial de sus hijos!

¡Que Dios escogió este pedazo azul de cielo que rodea á nuestra Sevilla, para que en espirales grandiosas subieran á su trono excelso sus effluvios de condensadoras pleitesías con el nombre de Teodosio!

Estos *pelotes italicenses* nos imaginan á Escipión el Africano en medio del fragor de la batalla de Zama, derrotando aquel Anníbal prepotente que juró odio eterno á Roma, sangre de la res sacrificada que hace caer gota á gota el debelador de los cartagineses sobre la frente de Magón en Cádiz.

Estos *pelotes italicenses* son la maceta donde germina esa olorosa flor, cuyos pétalos son las familias Flavias y Antoninas, con el estadista Vespasiano, con la grandeza monumental de Tito, fragancia más grande y genuína del magná-



nimo Nerva, grabando en su morada este es el *Palacio Público*; con el glorioso Trajano, con el artista Adriano, con Antonino el Piadoso, padre del género humano, rodeado de una paz profunda, con el estóico filósofo Marco Aurelio, sometiendo sus pasiones á la razón.

Estos *pelotes* italicenses manan efluvios trasminadores de aquel Trajano, cuyo pueril llanto oyeron estos otros que parecen aún escucharse, al susurro cadencioso de las auras.

Auras que nos traen desde Roma sus sentimentales palabras, jurando que *amaría á todos los hombres buenos*; y su bondadosa justicia al entregarle la espada al prefecto del Pretorio, diciéndole: *Sírvete de ella en favor mío si obro bien, y en contra mía si obro mal*; auras que nos dicen que se despojó de sus insignias imperiales, que se sentaba á la mesa de sus amigos como un simple particular, y que se confundía con la muchedumbre, que vendió sus numerosos palacios y casas de recreo, que suprimió las injustas cuotas del vigésimo de las herencias, que restituyó las elecciones á los comicios, que no castigaba á los delincuentes dudosos por temor de equivocarse, que distribuía dinero entre los mendigos, que creaba rentas para mantener niños pobres, al nombre de instituciones alimentarias; que introdujo el uso de los correos; que puso el debido peso á la moneda; que visitaba el foro de Augusto y el pórtico de Livia y otros tribunales, para juzgar por sí mismo cómo se administraba la justicia; que vedaba todo género de delatores y espías, rasa que infamaba aquella sociedad, castigándolos severamente; que prohibía las pantomimas obscenas en el teatro; que trataba á los sabios y doctos con veneración, á los Senadores y nobles con suma cortesía y á los más bajos de la plebe con afabilidad y dulzura, prorrumpiendo: *que no es el Monarca superior á la ley, sino la ley al Monarca*.

Estas auras italicenses repercuten en nuestros tímpanos, que sus soldados lo veían conduciéndolos á la victoria por doquiera que marchaba; paciente en las fatigas, vadeando ríos sin caballos, á pie y despreciador de la muerte en las luchas contra los Dacios, en el Asia contra Partos y Armenios, sojuzgador de la Mesopotamia, la Asiria, la Babilonia, la Persia, y que al llegar á la cúspide de su gloria en las

playas del mar Rojo, nunca osó insultar ó los vencidos, antes por el contrario, los tomaba por amigos y confidentes.

Estas auras italicenses lo representan embelleciendo y fundando ciudades como Montéquio en el Piceno, Traina en Sicilia, Castel-Lombardo en la Caramia, Macumeta en Biledulgerid, Kastel y Dreskhausen en la Germania, Varhel en la Moldavia, Cleves y Kellen en los Países Bajos, las dos Trajanópolis en Durgart y la Romanía.

Estas auras italicenses remiten á nuestros oídos aquellos caminos que construyó por todas las partes del mundo, como aquel tan grandioso desde Francia al Mar Negro; sus puentes más célebres sobre el Tigris, sobre el Eufrate en el Asia, sobre el Nilo en Africa, sobre el Danubio en Europa y el de Alcántara en España.

Aquí en Itálica admiramos el magnífico Anfiteatro y soberbio acueducto de Tucci, y en Roma quedamos pasmados ante la Columna Trajana, eterno monumento de la historia; ante cuyo nombre creador de Bibliotecas públicas y Academias para la Música y su eterna figura, hay que caer de hinojos sobre estos *pelotes*, prorrumpiendo con Montesquieu: «Fué hombre nacido para honrar la naturaleza humana y representar la divina.»

Aquí oímos también en Itálica la dicción de aquel Adriano llamado el Gréculo, contendiendo con filósofos, poetas, oradores, pintores, músicos y arquitectos; retando á todos con altivez y ridiculizando sus obras en medio de sus aliños, que le llevaron al vicio con Antinóo, patrimonio de aquellos tiempos, oscura mancha que lava el proceder grandioso de su amor á las artes y las ciencias, aliviando la indigencia y remunerando la virtud.

Viajando para instruirse por todas las partes del mundo, sin pompa ni vanidades, cosechando pinturas, estatuas y bajo-relieves, para reunirlos en aquella Granja Tiburtina, en donde él mismo pintaba y grababa.

Fastuoso templo del arte donde reprodujo con la mayor exactitud las más célebres fábricas de la Grecia, el Valle amenísimo del Temple, el Liceo de la Arcadia, la isla Canopo del Nilo, el Tribunal, el Pórtico y la Academia de Atenas.

Roma le debe su hermosura, sus Termas, Bibliotecas. El

restaura el foro de Augusto, el templo de Neptuno, el Panteón y los Baños de Agrippa. El hace trasladar por 24 elefantes el enorme coloso de Nerón; dedica templos á Venus y á Roma y erige el gran Ateneo. No sosiega, no descansa, su actividad es pasmosa; en España restablece los caminos públicos de Galicia, de León, de Toledo, de Extremadura y de Andalucía. En Africa construye uno nuevo desde Tebessa á Cartago, otro en Nápoles, en Toscana y Florencia.

Desde Macedonia á Egipto restablece muchas ciudades y las bautiza con su nombre; construye las murallas de Comptaria en Nápoles, el puerto de la Roca en la Calabria; el Anfiteatro de Capua, los acueductos de Cingoli en la Marca, de Varhel en la Moldavia, los baños de Corinto, el camino de Escirona en el Atica, el templo de Apolo en la Fócide, el pórtico de Jampoli, las ciudades de Alejandría; amplía las ciudades de Ostia, Efeso y Mileto, el puente del río Cefiso en la Grecia, el templo en Nimes á Plotina, la renovación del de Augusto en Tarragona, el templo de la Espiga que se cuenta entre las siete maravillas del mundo, los adornos de los sepulcros de Pompeyo y Epaminondas y la gran muralla de Inglaterra que tenía ochenta millas de larga.

Atenas es aderezada por él con la Biblioteca, con el Gimnasio, con el templo de Júpiter Olímpico. Egipto con la famosa Antinoa, y Jerusalém cae á sus plantas con el nombre de Elia, edificándole un templo á Júpiter Capitalino y grabando en su puerta principal el blasón de la lechona, como heráldica de su poder, cuyas águilas vengadoras caen sobre la Judea, cubriéndola de cadáveres.

No por esto se engríe, sino que se convierte en legislador en Roma, restableciendo el Edicto Perpetuo, que borra las leyes injustas é inútiles, como el despojo de apropiarse el príncipe la herencia de los malhechores, proscriptos y desterrados, mientras que haya hijos que hereden; prohíbe que los amos maten á los esclavos, separa los sexos en los baños, y se comisera de los quebrados y delincuentes.

Itálica es tan rica, Itálica es tan pródiga, que sus hijos llenan las páginas de la historia de Roma y vemos levantarse á Teodosio el Magno, previendo la gran catástrofe, arrodillado á los piés de San Ambrosio, ostentando en una mano el

lábaro Santo del Cristianismo, con los edictos iconoclastas que hacen demoler aquellos templos paganos, que embrutecen á su pueblo y llevando en la siniestra la espada contenedora de los bárbaros, que amaga la existencia de aquella Roma tan soberbia y que degenerada agoniza.

Su talento lo comprende y trata de contemporizar, sabiendo que cuando muera todo habrá concluído. Por eso legisla en su Código Teodosiano contra vagabundos, desertores, ociosos, ladrones, bandoleros y adúlteros; pero su misericordia se compadece también contra el delincuente, y hace grabar en las puertas de las cárceles las siguientes palabras:

«Los carceleros y demás ejecutores de la justicia que se atrevan á afligir á los infelices con estorsiones y violencias serán castigados con gravísimas penas. El Oficio de los Notarios, que no diere cada vez la nota de los presos; edad; delito, tiempo de prisión, pagará 20 libras de oro á nuestro Erario, y el juez que dilatare por negligencia el despacho de un proceso, pagará otras diez sin ninguna remisión.»

No amaína por esto su actividad, y á este hijo de nuestra Itálica lo vemos lanzando decretos sobre aduanas, correos, edificios, testamentos, y glorioso levantarse cien codos en Roma y Constantinopla, haciendo florecer las artes, ampliando la Basílica de S. Pablo, dando nueva forma al puerto y buena distribución á todos los servicios públicos.

He concluído este largo prólogo; muchas páginas se necesitarían para glorificar los ilustres hijos de Itálica. En el texto trato de hacerlo, y no dejaré la pluma sin tributar un recuerdo al héroe de Tarifa, que descansa en medio de estas ruínas, el cual dió pruebas de amar á su patria, sacrificando á un pedazo de su alma, muriendo con las armas en la mano en la Sierra de Gaucin, y que si no hubiera sido por el denuedo y valor de estos adalides grandiosos, que cerraron las puertas de España á la invasión muzlímica, quizás á estas horas el porvenir de la Europa sería la abyección y la barbarie, cual otro Marruecos hoy.

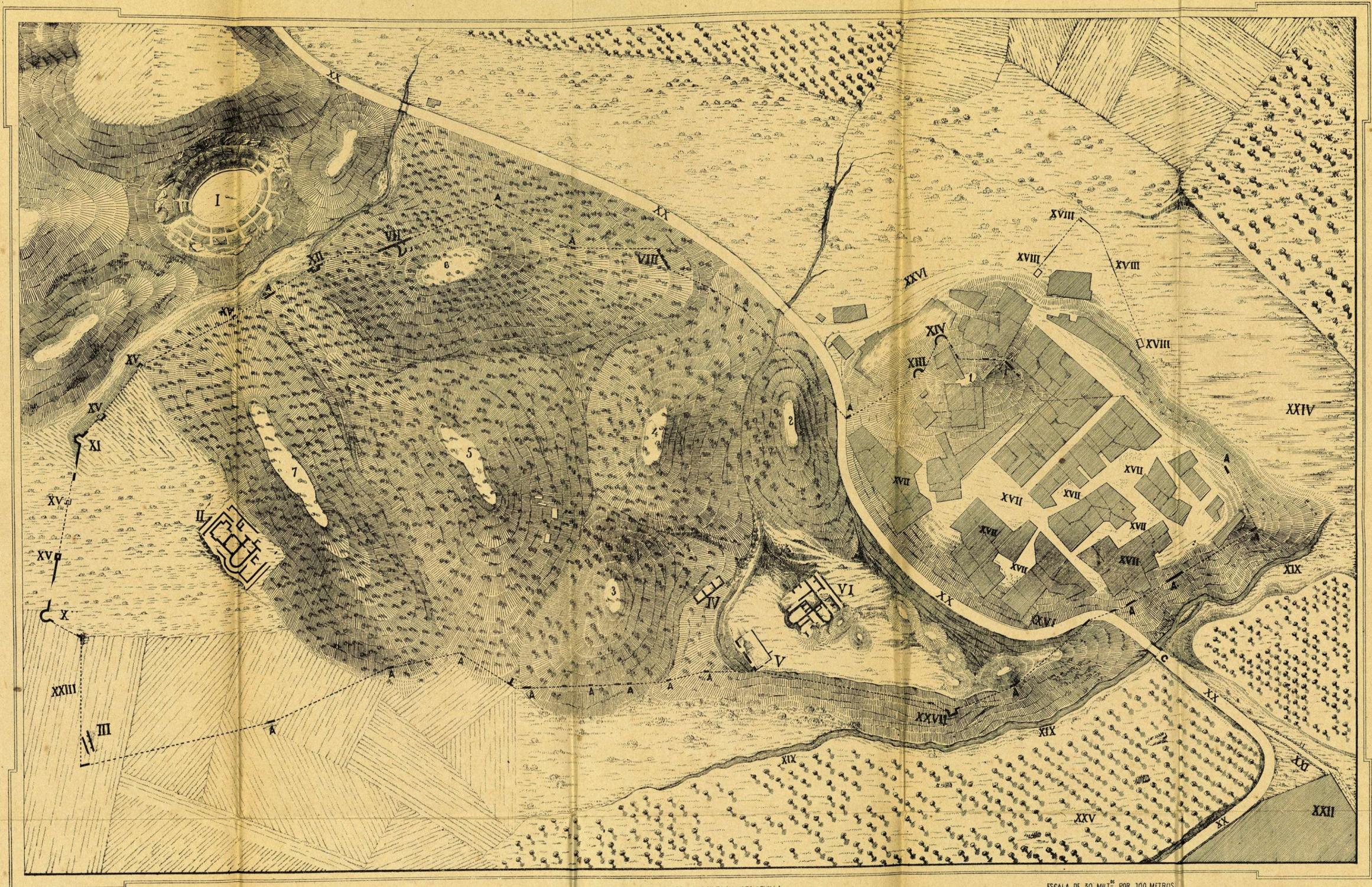
Las cadenas de la Media luna nos sugetarían las manos; nuestras cabezas serían cubiertas por el amplio turbante y el gorro encarnado; nuestra indumentaria estaría compuesta de blancos alquiceles, albornoces, chilabas y jaiques, ocultando la

corva gumia; anchurosos linos cubrirían los rostros de nuestras hermosas mujeres; el Ave María Purísima de nuestros vigilantes nocturnos, reemplazado por el *gelé, gelé* (no hay novedad); Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen Santísima, palmarias muestras de que vinieron al Mundo, arrojados de sus camarines, y en su lugar el pergamino de los Mandamientos, llamado Seffer, en medio del tabernáculo con grandes caracteres rabínicos, alumbrados por infinitas lámparas; el *Musfti* rompiendo el báculo de nuestros arzobispos; las fuentes de los patios de las mezquitas lavando la faz de las abluciones; la voz de los Muezzines desde lo alto del mejeram ó alminares, al grito de *Alah es grande y Mahoma su profeta*, haciendo enmudecer sus *Zalah* los argentinos sonidos de las campanas que llaman á la oración al verdadero creyente de Dios, plegarias holladas con el ángel de la Fé al combate de los vientos y que en su giro rápido desde tan elevada altura, pulveriza en nuestra grandiosa Giralda la mezquita de Abub-Yacub, con los signos sublimes de nuestra Religión bendita.

Sevilla 30 de Septiembre de 1892.

HISTORIA DE ITALICA

PLANO TOPOGRAFICO DE LAS RUINAS DE ITALICA



LITOGRAFIA DEL COMERCIO, C/ S^a ELOY N^o 36, SEVILLA.

ESCALA DE 50 MIL^{ts} POR 100 METROS.

- I Coliseo ó circo romano.
- II Grandes termas conocidas por Baños de la Reina Mora.
- III Edificio que se supone fué cuartel.
- IV Edificio bárbaro tenido por visigodo.
- V Emplazamiento de un templo.
- VI Termas conocidas por los Palacios.
- VII Edificio tenido por teatro por algunos arqueólogos.
- VIII Muro de ladrillos de antigua obra pública.
- IX Trozo de Muro, llamado de San Antonio.
- X Torre cilíndrica.
- XI Torre poligonal.

- XII Fuente llamada del Moro.
- XIII y XIV Torres cilíndricas.
- XV, XVI, XVII Varias torres cuadradas al N. O. y O. de la Ciudad.
- XVI Sitio del mosaico de las Musas, descrito por Laborde.
- XVII Calles, plazas y manzanas de casas del pueblo de Santiponce.
- XVIII Muros y construcción del antiguo muelle.
- XIX Arroyo que por debajo de la alcantarilla C va á unirse con el río al N. del plano.
- XX Carretera de Extremadura.
- XXI Camino antiguo del Convento á el pueblo, junto al cual se advierten vestigios de lo que se llamaba el Pretorio.

- XXII Extremo del Convento é Iglesia de San Isidro del Campo.
- XXIII Campo en el que se han encontrado vestigios de la antigua Necrópolis
- XXIV Terreno bajo y pantanoso por donde iba el río que bañaba los muros de Itálica.
- XXV Olivar en cuya extensión se han encontrado sepulturas antiguas.
- XXVI Carretera antigua de Extremadura.
- XXVII Torre grande.
- AAAA Trozos de muralla antigua en el perímetro de la Ciudad.
- 1. 2. 3. 4. 5. 6 y 7. Colinas que cubren la antigua Itálica.
- 5. 6 y 7 Colinas entre las que se han encontrado mosaicos, trozos de cloacas y otros vestigios.
- 5 Colina en la que se ven vestigios de la antigua ciudadela ó Acrópolis



HISTORIA DE ITÁLICA

Origen de Itálica.

A tí deben los siglos el óptimo Trajano; de tí nació la fuente de los Elios que produjo á Adriano; tuyo es el anciano Theodosio, y de tí procede la púrpura de sus dos hijos; de suerte que cuando Roma recoge de todo el orbe abastos, caudales y soldados, tú la das quien lo gobierne todo.»

(Alabanza de Claudiano á España.)

Strabón, geógrafo griego, dice en su Geografía histórica, que la Bética era un país abundante en aceites y lanas finas, que se envanecía con grandes ciudades como Gades, Corduba é Hispali, y estaba habitada por los Turdetanos, pueblos que poseían antiguos monumentos de poesía é historia, y cuyo nombre desfigurado y exajerada felicidad dió argumento á los cuentos griegos sobre el *Tartésio*.

Entre estos pueblos que, según el dicho de Strabón, usaban de gramática, cultivaban la poesía y tenían leyes escritas en versos, que se remontaban á seis mil años de antigüedad, había uno llamado *Sancios*, situado en las amenas y fértiles riberas del Guadalquivir, precisamente en el área que hoy ocupa Santiponce.

Esta civilización, como la griega y fenicia, fué pulverizada por el *Delenda Chartago* de los Romanos, no quedando de ella más rastro que el testimonio de Apiano Alejandrino, en su libro de *Bello Hispaniensium*:

«In qua non magnis relictis copiis SANTIOS in civitates forman

redegit quæ ab Italia nómine Italica apellata est: quæ post trojoni atque Adriani patria fuit...»

Pero cuando los cartagineses fueron expulsados definitivamente de España, el Senado llamó á Roma para concederle los honores del triunfo á su vencedor Publio Cornelio Escipión, general de los romanos en la Península, el cual, antes de marcharse y con el ahinco de premiar los servicios de sus veteranos, dió el lugar de *Sancios* á los mismos, variándole el nombre con el de *Itálica*, en memoria de su patria Italia.

Para poblarla destinó á ella muchos soldados y caballeros romanos, con prioridad los que llevaban en sus cuerpos señales cruentas del combate. Entre ellos repartió el terreno, é hizo una plaza fuerte para conservar la dominación de lo conquistado.

Esto acaeció por los años 548 de la fundación de Roma y como 204 antes del Nacimiento del Salvador del Mundo. A la vez repartió á sus compañeros otras ciudades como *Laelia* (término de Sanlúcar la Mayor), en gratitud á su amigo el almirante *Loelius*; *Spoletinum* (Espartinas), á los naturales de *Spoletum* en Italia; *Sentinatia* (Villalba del Alcor), á los hijos de *Sentinum*, ciudad de la Umbría. (Delgado, *Medallas autónomas*.)

Para robustecer la opinión del sitio que ocupaba la patria de Trajano, dice Strabón:

Secundum has Italica et Ilipa supra Bætin positæ, y el itinerario del Emperador Antonino Caracalla, en el camino que comienza en las bocas del Guadiana y termina en Mérida, la coloca así:

Onuba, (Huelva)

Ilipa, (Niebla)

Tucci, (campos de Escacena)

Itálica, (Santiponce)

Monte Mariorum, (Cordillera Mariánica)

Se extendía, pues, Itálica por la falda de los Alcores, ocupando el área de la ciudad lo que hoy es la era del Convento, los olivares de los Palacios y las Coladas y el pueblo de Santiponce, que ha sido un venero inagotable de los restos que se han extraído.

Escipión dió á Itálica todas las prerrogativas y privilegios

de su patria, y hasta sus medallas, que eran una loba amamantando á dos gemelos. En sus estandartes ó banderas ponía un globo sobre un ara, todo en campo azul. Esta misma insignia se ve en algunas monedas. (Rodrigo Caro y P. M. Flórez). La inscripción dice:

GEN. POP. MUNIP. ITALICA.

El eruditísimo padre Zevallos se esfuerza con notas y con un lujo inusitado de datos históricos, en probar que el asiento de Itálica es el mismo que hoy ocupan sus ruínas.

Esta verdad se manifiesta palmariamente con sólo leer las inscripciones de las lápidas que se descubren. En el año 1753, cavándose en el sitio llamado *los Palacios*, olivar que hoy ocupan estas ruínas, se sacaron dos grandes pedestales, que habían sostenido estatuas dedicadas la una al emperador César M. Aur. Prob. Pío, siendo procurador de la república de Itálica, que la dedicaba Aurelio Julio; y la otra fué dedicada por la misma república Italicense al emperador César M. Aur. Caro. Esta segunda fué puesta el año 283 y la primera el 287.

En 1760 se halló otra inscripción en un pedestal de mármol blanco más entero y mejor conservado que los dos antecedentes. Es una dedicación hecha al emperador Floriano, en su brevísimo tiempo por la República Italicense. En 1781 se descubrieron los troncos de dos estatuas, sin cabeza, ni brazos ni piernas; la una es de una mujer con túnica y precinta, y la otra de hombre; desnuda con torpeza. Asimismo se halló un pedestal que parecía pertenecer á la estatua de mujer, cuya inscripción es una dedicatoria á las manes de una señora de la casa imperial de los Elios por decreto del Senado ó del orden de los Italicenses.

Guerreros Italicenses

Itálica, dice el sabio Fray Fernando de Zevallos, en cuya fuente hay que inspirarse, fué ciudad opulentísima en familias y vastísima población, como puede presumirse del ancho espacio que ocupaba.

Por el grueso de sus derruidos muros se colige que eran fortísimos. En algunos sitios son dobles y triplicados, estando guardados de torres cuadradas con equidistancia relativa.

Roma la ennoblecíó y adornó como su más fiel aliada y amiga y dedicó templo y sacerdotes al Genio de César Augusto. Unida al carro triunfal de la antigua Romulea, hizo que, cuando la guerra contra Viriato, debajo de sus murallas Quinto Metelo Pío destrozara á Herculeyo, el cual tuvo que retirarse á Lusitania, no sin antes dejar muertos en sus campos 20.000 hombres.

Al mismo tiempo, el ciudadano de Itálica Cayo Marcio reprimía los ímpetus de Viriato, que tenía puesto á raya las tropas romanas que comandaba el Pretor Quincio, quien, lleno de pavor, no se atrevía á salir de Córdoba, donde estaba bloqueado.

Cuenta Apiano, que destacaba á Cayo Marcio Italicense para que entretuviese y refrenase á los sitiadores, condoliéndose éste de la suerte de las tropas romanas, y desde Itálica no dejaba de mandar mensajeros á Córdoba, instando á Quinto Pompeyo para que obrara rápidamente contra el héroe lusitano Viriato.

Vino después de cónsul Quinto Fabio Serviliano, con dos legiones romanas y mil quinientos caballos, inaugurando su reinado con la iniquidad de cortarles las manos á 500 principales españoles. (Paulo Orosio).

En los tiempos de la guerra civil entre Julio César y Pompeyo, Varrón, del partido de éste, viendo que Itálica le cerraba sus puertas, por ser afecta á la víctima de Bruto, se dirigió á Córdoba, donde entregó al vencedor en Munda las legiones de Pompeyo en la Bética, las cuales recibió Sexto. (Apianus, *De bellis Hispanensis*.)

Tres caballeros de Itálica llamados Minucio Flaco, Tito Vasio, Lucio Mergilio, y Anio Scapula, ciudadano de Córdoba, y Lucio Placilo, entraron en una conjuración contra la rapacidad de Quinto Casio Longinos, que á nombre de administrar la guerra, robaba á los pueblos; lo acecharon un día que iba á la Basílica en Córdoba, y mientras que un soldado llamado Minucio Silón le presentaba una solicitud, el conjurado italicense Minucio Flaco derribó de una estocada al Lictor que estaba más cerca, hiriendo

al tirano. En esto llegaron sus dos conciudadanos Vasio Mergilio y Lucio Lucinio Esquilo, los cuales, aun cuando les dieron diferentes golpes, creyéndolo muerto, lo dejaron; pero éste sobrevivió y, después de grandes tormentos, dió muerte á los conjurados.

Tito Torio, ciudadano de Itálica, al frente de legiones veteranas, quiso vengar las manes de sus conciudadanos; pero las mujeres de Córdoba le suplicaron, con sus hijos en los brazos, no destruyera la ciudad, tanto más cuanto que ellos odiaban al tirano.

Mas cuando el tirano Casio menos lo esperaba, fué separado del gobierno de la provincia, siendo nombrado para reemplazarle el procónsul Trebonio.

Ardiendo Casio en deseos de ir á Italia con el fruto de sus rapiñas, se embarcó en Málaga, sorprendiéndole en la embocadura del Ebro una violenta tempestad que abrió las puertas del infierno á aquel avaro, tragándose las olas del mar sus inmensas riquezas, y, como dice Rodrigo Caro, *asi pagó y estará pagando sus maldades eternamente.*

También cuenta Hircio un singular combate que sostuvo Quinto Pompeyo Niger, caballero italicense que seguía las banderas de Julio César, contra un fanfarrón llamado Antistio, hombre de colosal estatura, que militaba en favor de Pompeyo, el cual solo, ante los muros de Itálica, retó á los sitiados llamándoles cobardes; saliendo Quinto Pompeyo Niger, á luchar solo con él, mientras absortos ambos ejércitos los contemplaban.

Hijos ilustres de Itálica

I

Según el libro de los Actos Apostólicos, Cornelio, Centurión de la Cohorte llamada Itálica, fué el primero que vino á San Pedro cuando le estaba Dios revelando la vocación de los gentiles á su Iglesia, en aquella visión del vaso lleno de animales inmundos.

Bibar y Rodrigo Caro se refieren á este Centurión, el que confesó á Cristo muriendo en la cruz, y al otro cuyo hijo sanó, naturales de Itálica.

II

San Geroncio vino á la Bética predicando la doctrina de Jesucristo y plantó con su sangre aquella Iglesia, sufriendo el martirio en la cárcel de Itálica, degollado por testificar la fé que predicaba. En su sepulcro levantaron los cristianos un templo, que duró hasta el tiempo de los Mahometanos. También se hace mención, rezándose el 20 de Marzo, de los mártires Stos. Victor y Sebastián.

III

También nació aquí el célebre poeta latino Silio Itálico, que cantó en diez y siete libros las últimas guerras púnicas y la ruína de Cartago, siendo cónsul con Nerón el año 68 de Cristo. Después se retiró de los negocios á la tranquila calma de las Musas. Compró la villa ó casa de campo llamada Academia, donde Cicerón trabajaba sus cuestiones, adquiriendo igualmente el predio que habitaba el inmortal Virgilio, y celebraba cada año el día de su nacimiento. Procuró imitar la *Eneida* en su poema épico de la guerra púnica.

IV

Poco tiempo después del nacimiento de este insigne vate, vió la luz en nuestra Itálica aquel genio que cantaba Rioja:

«Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran Padre de la Patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido Gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Theodosio divino,
de Silio peregrino

rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines
que ahora son zarzales y lagunas.»

Tuvo por maestro á Plutarco, en cuya moral inspiró todos los actos de su vida.

El Imperio se hallaba postrado; las bestias feroces que habían encharcado al mundo con sus inmundas orgías, tenían ennegado el gusto y el espíritu en el albañal más asqueroso que puede presumirse: todo pereció, costumbres, ciencia y artes.

Después de aquel siglo en donde brillaron Agripas y Mecenas con Augusto, los nombres repugnantes de Tiberio, Germanico, Seyano, Calígula, Claudio, Mesalina, Agripina y el feroz Nerón prendiéndole fuego á Roma.

Pasada aquella anarquía de dos años, que empezó por Galba y concluyó en el pesebre de Vitelio, apareció la familia de los Flavios, que tan buenos emperadores dió en Vespasiano y Tito, y cuya corona fué aquel infame Domiciano, que el Senado hizo condenar su memoria derribando sus estatuas.

Trajano vino á llenar un gran vacío. Inauguró el reinado de los Antoninos, tomando á los 46 años la rienda del gobierno cuando lo adoptó Nerva. Quiso entrar en Roma á pie; Plotina su mujer siguió su ejemplo, y al subir por las gradas del palacio, se volvió para decir á la multitud: «Tal como entro aquí, quiero volver á salir.»

Su elevada estatura y porte marcial imponían; pero su afabilidad cautivaba los corazones. Abrió su morada á todos los ciudadanos, y á los que le reconvenían por aquellas familiaridades, les decía: «Seré para con los demás como yo hubiese deseado que los emperadores fueran para conmigo, siendo yo un simple ciudadano.»

Visitaba como un particular á sus antiguos amigos y asistía á sus fiestas de familia.

Al entregar su espada al prefecto del Pretorio dijo: «Sírrete de esa espada en favor mio si obro bien y contra mí si obro mal».

Trajano recuperó otra vez la Dacia, sojuzgó la Armenia, hi-

zo provincias del imperio la Asiria, la Mesopotamia y la Arabia. Tomó las ciudades de Seleucia, Exesifón y Babilonia. Desde allí pasó victorioso á la India.

Florecieron bajo su égida Tácito, Fabio Quintiliano, Plinio, Plutarco, Favorino y Epicteto.

Los monumentos que levantó tuvieron por objeto la utilidad pública ó el adorno de Roma, como la columna Trajanã que refiere todavía sus hazañas.

Con el número 95, existen en las galerías del Museo provincial de Sevilla dos estatuas de Trajano, una representa dicho emperador desnudo, con el paludamento sobre el hombro izquierdo, en aspecto de deidad, y la otra es una cabeza de mármol con *corona cívica*.

Entre sus obras públicas, las más importantes fueron una carretera que atravesaba todo el Imperio, desde el Ponto-Euxino hasta las Galias, y un camino que construyó por entre las Lagunas Pontinas. Otras muchas vías militares trazadas por él facilitaron la acción rápida del gobierno imperial. Él fué quien hizo abrir á su costa los puertos de Ancona y de Civitta-Vechia. Puentes construidos en España, y que aún existen, como el de Alcántara sobre el Tajo; Colonias establecidas en diferentes parajes, ya fuera como estaciones militares ó como plazas de comercio; la biblioteca Ulpiana, que llegó á ser la más rica de Roma, muestran que su actividad se extendía á todo.

Escribió la guerra Dácica, imitando á César que lo hizo de la Gálica. Compuso en griego los versos de la Antología.

La República Italicense erigió á Nerva, en reconocimiento á la adopción de Trajano, una estatua en escultura de muy buen porte que se conserva en las galerías del Museo provincial, extraída de las ruínas de Itálica. Está numerada con el folio 94, representando la figura en estilo de deidad, con el paludamento sobre el hombro izquierdo y cojido en el brazo del mismo lado.

En el tiempo de este emperador llegó Itálica á la cúspide de su opulencia, pues no contenta con el título de Municipio, se parangoneó con la misma Roma.

V.

A Trajano sucedió Adriano, nacido también en Itálica el 25 de Enero del año 76 de Jesucristo.

En las galerías del ya mencionado Museo Provincial existe, marcado con el número 151, un busto de mármol que lo representa, llevando sobre el pecho una cabeza de gorgona en señal de su carácter divino. Se le ve con la barba, pues fué el primer emperador que se la dejó crecer para tapar ciertas cicatrices que tenía en el rostro. Su memoria era prodigiosa, pues retenía el nombre de casi todos sus soldados.

Fué sobrino de Trajano, de la noble familia de los Elios, establecida en Itálica desde el tiempo del fundador Scipión; hijo de Elio Adriano, primo de Trajano, y su madre fué Domicia Paulina, natural de Cádiz.

Casó con una sobrina de Trajano, llamada Sabina.

Al morir el gran emperador, su Esposa Plotina declaró que en sus últimos momentos había adoptado á Adriano.

Avisó á éste inmediatamente, el cual se encontraba en Antioquía con una división del ejército, trasladándose presuroso á Selinonte, en donde los soldados lo proclamaron. El Senado reconoció sin vacilar al elegido de las legiones.

Lejos de buscar nuevas guerras, hizo caso omiso de ellas, y para poder consagrarse á la administración interior, apresuróse á terminar las que aún duraban. Sin embargo, como su antecesor había traspuesto los límites fijados al imperio por Augusto y aún por la misma naturaleza, levantó una muralla en Occidente, desde las bocas del Tyne hasta el golfo de Solway (Vallum Adriani), terminando en las orillas del Rhin las fortificaciones que cubrían las tierras de los Decumanos, decidido á poner defensas respetables al imperio.

Asoló toda la Judea, quitándole el nombre á la Ciudad de David, que convirtió en Elia Capitolina, erigiendo en ella altares á

los dioses y prohibiendo á los judíos que practicasen su sangriento bautismo.

Adriano reunió á los jurisconsultos más ilustres para formar con ellos un Consejo secreto del imperio, al que confirió definitivamente la autoridad legislativa, de modo que los decretos del Senado empezaron á caer en desuso.

Salvio Juliano, por orden del emperador, juntó los antiguos edictos pretorianos y coordinó sus disposiciones, formando una especie de Código, que fué denominado el *Edicto perpetuo*.

El ejército, lo mismo que el palacio y la alta administración, fué sometido á una reforma severa. Inculcó por sí mismo á sus soldados el ejemplo de la sôbriedad y del valor para sobrellevar las fatigas, andando jornadas de 20 millas, á pie, con la cabeza descubierta, en medio de las tropas y comiendo sus mismos alimentos.

Tenía siempre en los labios el axioma *si vis pacem para bellum*, con el plausible pensamiento de conservar la paz.

La actividad de Adriano se extendía á todas las provincias, visitándolas consecutivamente, primero el Oeste, después el Oriente, mostrándose á sus súbditos sin vana ostentación.

Estos viajes, que duraron once años, le hicieron ver de cerca y conocer las verdaderas necesidades de sus pueblos, para corregir abusos y castigar á los culpables.

Muchas ciudades fueron decoradas por él con monumentos grandiosos: en Nimes construyó el circo en honor de Plotina; cerca de Tibur mandó construir una quinta en la que se veía la reproducción de los sitios y de los monumentos que le habían llamado la atención, como el Liceo, la Academia y el valle de Tempé.

En Atenas estuvo dos inviernos, y Alejandra-Roma le debe su castillo de Santangelo (*Molis Adriani*).

Fundó algunas poblaciones como Andrinópolis en Tracia y Antinoópolis en Egipto, y en varias aceptó el título de un cargo municipal. En Atenas fué arconte, en Nápoles demarco y en esta Itálica, su cuna, se exoneró con el cargo de magistrado *quinquenal*, que, lo mismo que en Roma, era una persona investida de la autoridad pública, religiosa, civil y militar.

Para proteger á los esclavos cerró las Ergástulas. Aun cuando no puso término á la acusación contra los cristianos, morigeró en mucho la persecución, prohibiendo que se les diese muerte sin acusación jurídica. Sin embargo, empezó á extraviarse, pues elevó templos en Arabia y Egipto á su favorito y amante Antinóo, al que convirtió en Dios.

Ante el desenfreno moral de aquellos tiempos, bien se comprende que mandara matar á Apoliodoro de Damasco, el célebre constructor del Puente de Trajano, tan sólo por una sátira que blandiera contra él como estatuario.

Rayó en lo inexorable contra los conspiradores Corn. Palma y el moro Lucio Quieto. Por sospechas hizo morir también á su cuñado Serviano y á su nieto.

De Dion Casio podemos colegir que el Anfiteatro de Itálica es obra de Adriano, atribuyéndosele también el de Nimes por tener ambos un parecido exactísimo. Si alguna duda pudiera caber sobre quién fuera el que lo edificó, puede en cambio asegurarse que lo hermosteó este emperador.

Algunas veces se dejaba llevar de un carácter atrabiliario, el que manifestó con sus compatriotas los Italicenses, cuando éstos se burlaron de él y desobedecieron su mandato de las Cortes de Tarragona, en las que ordenaba sacar levas de gentes para la guerra. Apesar de esto, varió á los Italicenses sus leyes municipales y les concedió el derecho romano de hacerse Colonia.

Hizo dividir la Península en cinco provincias: la Tarraconense, la Bética, la Lusitania y la Galia (Sparciano).

Todas las provincias le dedicaron medallas, en las que se ve al emperador levantando á una persona del suelo.

Este ilustre hijo de Itálica murió en Bayes el 12 de Julio de 138.

VI

Teodosio, emperador también romano, nació en Itálica, según lo afirman la autoridad de Sexto Aurelio Víctor, Claudiano, Pau-

lo Orosio y Paulo diácono de Mérida, el conde Marcelino Jornández, Morales, Mexía, el Padre Mariana y Caro.

Era hijo de Honorio Teodosio y de Termancia su mujer, provenientes de la rama del gran Trajano, naturales también de Itálica, trayendo monedas acuñadas de ellos Ambrosio Morales y Jacobo Estrada.

Hallándose Teodosio en Africa, vino á Itálica, apenado por la muerte de su padre, ordenada por el supersticioso tirano Valente, quien creyendo en el horóscopo de un fanático, mandó matar á todos aquellos cuyos nombres empezaran con las letras Theod, como Theodoros, Theodolos y Theodosios.

No tardó mucho en expiar Valente sus crímenes. El 9 de Agosto de 378, cerca de Andrinópolis, derrotaron los bárbaros en una batalla al ejército romano que mandaba. Herido en la pelea, fué hecho prisionero, y encerrado en una cabaña, á la cual pegaron fuego, su cuerpo fué consumido por las llamas.

En aquellos instantes, Graciano, compañero de Teodosio, vencia á los alemanes cerca de Colmar, llamando inmediatamente á su lado al nuevo emperador, que estaba en Itálica (19 de Enero de 379), otorgándole el título de Augusto y las dos prefecturas de Oriente y de Iliria.

Dificilísimas eran las circunstancias cuando este hijo de Itálica tomó las riendas del poder; el Imperio romano estaba agónico, pues los bárbaros ocupaban todos los cargos, el ejército y las provincias.

Aquella Roma tan opulenta era un cadáver. El gran talento de Teodosio lo previó y admitió á 40,000 guerreros godos en el Imperio, calculando que no tenía más remedio. Contemporizó con todos, aunó voluntades, afianzó el Lábaro Santo de Constantino, hollando con la cruz bendita del Cristianismo la doctrina de Arrio y haciendo que el paganismo sucumbiera.

Después de derrotar á Alarico, rey de los godos, se bautizó, mandando que en todo el Imperio se profesase la fé católica que enseñaban entonces Dámaso en Roma y Pedro en Antioquía. Prohibió á los arrianos celebrar juntas y predicar sus doctrinas, disponiendo que los libros de Porfirio y de Nestorio fueran arroja-

dos á la hoguera. El pueblo de Tesalónica se sublevó y dió la muerte al gobernador y á varios oficiales, por lo que, arrastrado de una cólera violenta, fulminó mandatos que costaron la vida á siete mil personas.

Estas funestas medidas tenían horrorizado al Imperio, hasta el extremo de que el mismo Teodosio, cuando daba una orden airada, recitaba primero todo el abecedario para que se le aplacara la cólera.

Contrito se presentó ante la catedral de Milán, y S. Ambrosio lo denostó á la vista del pueblo, prohibiéndole que entrase en la iglesia y se acercara á la mesa de la comunión. Este gran hijo de Itálica aceptó la penitencia, y durante ocho meses no pasó del atrio del templo.

Dividió el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, espirando el 17 de Enero de 395.

Monedas de Itálica

AUGUSTO

- N. 1 PERM. AVG. MVNIC. ITALIC. Cabeza desnuda de Augusto á la derecha.
R. GEN. POP. ROM. Figura togada de pie hacia la izquierda: en la mano derecha lleva una patera, á los pies hay un globo.
- 2 PERM. AVG. MVNIC. ITALIC. Cabeza de Octaviano hacia la derecha.
R. ROMA. Figura militar de pie con lanza en la derecha; detrás un escudo oblongo.
- 3 PERM. CAES. AVG. Cabeza de Augusto á la izquierda.
R. Loba alimentando á los *gemelos*, que mira á la derecha: encima MVNIC., debajo ITALIC.

- 4 Variante en el reverso, que consiste en tener la palabra ITALIC. encima de la loba, y MVNIC. debajo.
- 5 PERM. CAES. AVG. Cabeza desnuda de Augusto á la izquierda.
R. Capricornio, cornucopia y timón: alrededor la leyenda MVNIC. ITALIC. de arriba para abajo.

JULIA

- 6 PERM. AVG. DIVVS. AVGVSTVS. PATER. Cabeza de Augusto radiada á la izquierda; encima astro de seis puntas, delante rayo.
R. MVN. ITALIC. IVLIA AVGVSTA. Julia sentada mirando á la izquierda; en la mano derecha tiene un signo desconocido, en la otra lanza.
- 7 La misma leyenda. Es variante en la dirección de la cabeza de Augusto que mira á la derecha.
R. Como el de la anterior.

TIBERIO

- 8 TI. CAESAR AVGVSTVS. PON MAX. IMP. Cabeza de Tiberio desnuda, mirando á la derecha.
R. PERM. DIVI. AVG. MVNICIP. ITAL. Ara en la cual está escrito en tres líneas PROVIDE-NTIAE-AVGVSTI.
- 9 Como la anterior, llevando sobre el ara la contramarca P. R.
- 10 Variante que consiste en la contramarca compuesta de un monograma de tres letras.
- 11 Otra variante con las dos contramarcas P. R. y el monograma.
- 12 PERM. AVG. Cabeza desnuda de Tiberio hacia la izquierda.
R. Cornucopia y globo: alrededor MVNIC. ITALIC.

DRUSO Y GERMANICO

- 13 DRVSVS CAESAR TI. AVG. Cabeza desnuda de Druso mirando á la derecha.
R. Aguila legionaria y vexilo entre signos militares; debajo y en dos líneas PER AVG.
- 14 GERMANICVS CAESAR TI. AVG. Cabeza de Germánico, á la izquierda.
R. El mismo.
- 15 GERMANICVS CAESAR. . . . Cabeza de Germánico á la derecha.
R. PERM. AVG. DRVSUS CAESAR. Su cabeza á la izquierda.

Las monedas descritas fueron acuñadas precisamente bajo el imperio de Augusto y de Tiberio. En ellas se ostentan las cabezas de ambos personajes, la figura de Julia y los bustos de los Césares Druso y Germánico, hijo y sobrino de Tiberio.

Los reversos aluden en sus tipos al origen romano de *Itálica*, á la memoria de Augusto y á la deificación de su persona después de muerto.

En la del número 1 se figura el genio del pueblo romano con el globo terrestre á los piés y el traje togado, á la manera que en las monedas de Antonino Pio presentaron al genio del Senado de Roma. La del número 2 recuerda á la ciudad eterna con traje militar, como se ve en otras del Emperador Vespasiano.

Presenta el número 3 á la loba alimentando á Rómulo y Remo, emblema muy conocido.

El capricornio, cornucopia y timón (núm. 5) significan que Augusto, dominador del mundo, habría nacido bajo la influencia de aquel signo astronómico, y que regia con felicidad sus destinos. El águila legionaria entre insignias militares de las monedas que llevan las cabezas de Germánico y Druso (núms. 13 y 14) son evidentemente alusiones á la fundación militar del Municipio.

El núm. 15, de la colección del Sr. Gago, tiene el tipo de las monedas de Itálica, y aun cuando se halla en buena conservación,

una falta del cuño dejó sin grabar el nombre de la colonia. La hemos puesto aquí como dudosa por esta causa, esperando que aparezca otro ejemplar mejor conservado y en que sin duda ha de leerse el nombre de *Itálica*.

Las restantes monedas en conmemoración de Augusto, considerándolo como un Dios, por medio del astro y del rayo, son iguales á otras de Emérita; las de los núms. 6 y 7 presentan la figura de Julia en forma asimismo de divinidad; y el ara de la *Providencia* que se ve en las de Tiberio alude á la deificación de Augusto, como la cornucopia y globo del núm. 12 puede considerarse otra alusión á la felicidad que gozó el Imperio bajo la dominación de Octaviano.

Familias ilustres de Itálica.

Siguiendo al padre Zevallos, se dirá que al linaje de los Vlpios pertenecía el emperador Trajano, existiendo una piedra con una inscripción sepulcrar que se puso á Vlpio Hebreto por sus padres Vlpio Zotico y Valeria Sponde.

En el mismo nombre de Trajano, nota Rodrigo Caro otro linaje en Itálica. Este era el de su padre llamado Trayo, cepa turdetana. También quiere deducir de Areianos el apellido de Arellanos, haciéndolo tan antiguo como los de Paciecos, Ponzios, Zúñigas y el de los Zosas, que notó en una lápida hallada en la fuente del Arzobispo, puesta á Caio Zosa.

La familia de los Elios fué otra de las más antiguas que se establecieron en Itálica, á la que Escipión dió repartimiento en ella.

Marcelino, abuelo de Adriano, fué también hijo de Itálica.

Las estatuas hechas pedazos que se sacaron de estas ruínas el año 1781, estaban dedicadas por Elio Prisco á su hija Elia Flavia.

Por los años 276, un personaje llamado Ursino dedicó al em-

perador Floriano una estatua erigida por su República Italicense.

Los Cornelios es otro linaje antiguo de Itálica, así como los de Aennas Rufos, de los que hay memoria de una piedra que existía en el monasterio de San Isidro.

Refiriéndose á matronas célebres, hijas de Itálica ó que en ella florecieron, se nombran: Matidia, hermana del emperador Trajano; Sabina, mujer de Adriano; Termancia, madre de Teodosio, y otra del mismo nombre, y María, que aun siendo hermanas, casaron con Honorio; Placila, mujer de Teodosio; Placidia, hija de este emperador, que casó con Ataulfo, y que con la suavidad de su carácter hizo afable y humano á su marido, inclinando su ánimo para que no saqueara á Roma; Serena fué hija de María y de Honorio, hermana de Teodosio, y casó con Stilicón. De este matrimonio hubo otras dos llamadas María y Termancia, y también un varón nombrado Euquerio.

Costumbres de los Italicenses.

Se ha dicho en otra parte que este pueblo de la Turdetania, llamado *Sancios*, se gobernaba por unas leyes antiquísimas heredadas de sus ascendientes hacía 6,000 años, teniendo presente que éstos se componían de cuatro meses.

Escipión no le quitó su culto; es más, que entre los romanos se le dió hospitalidad á esta religión de los dioses de Egipto, importada y establecida por los fenicios, como se ve palmariamente en el pedestal que se conserva en la Casa de Pilatos de Sevilla, estudio del pintor D. Francisco Anaya, traída de Estepa, según el Maestro Florez, en la que se ve esculpida la diosa Isis, el Alcón, el ave Ibis y el Buey Apis. (1).

(1) Hablando de las medallas de Itálica, dice el concienzudo D. Antonio Delgado:

«En el trascurso de muy pocos años hemos visto un medallón de ágata de un

La religión gentilica erigía también templos á Baco, Diana, el Sol y Marte.

En la galería de nuestro Museo Arqueológico, con el número 195, hay un prisma de mármol con una inscripción romana consagrada al Augusto Padre Baco, por la que se colige que en Itálica debió existir algún templo erigido á este dios.

Con el número 217, hay otra inscripción romana que dice: *Consagrado al Padre Baco. Lucio Celio Saturnino liberto de Lucio Partinopeo, celebrado en los juegos escénicos por el honor del Servirato, lo dedica.*

Con el número 236, existe también una inscripción votiva que manifiesta una tabla de mármol blanco, conteniendo cinceladas en hueco dos plantas de pie y una inscripción, traducida por mi digno amigo D. Manuel Campos Munilla, y que expresa fué dedicada por Cayo Flavio Firmo, el cual pagado el voto espontáneo, lo devuelve á favor de Flavio, successo.

En el dicho Museo y marcada con el número 100, hay una Diana Cazadora, escultura de buen estilo, de bellísima gracia y excelentes paños, descubierta en Itálica en 1781.

Rotulada con el número 113, se admira también otra estatua de mármol, extraída de Itálica, que representa un sacerdote romano, con túnica y manto (*Amictus*), que le cubre la cabeza.

El sabio maestro D. Antonio Delgado está en un error cuando

mérito extraordinario, que su poseedor D. Antonio M.^a Ariza ofreció á la Reina Doña Isabel II en su visita el año 1862. El mismo Sr. Ariza había recogido poco antes un ejemplar bien conservado del medallón calificado por Mr. Gaillard como de *Luso*, y un trozo buenísimo de la estatua de Apolo. Nuestro colaborador don Francisco Mateos Gago, posee de la misma procedencia dos cuadros de mármol en que se figuran trabajos de Hércules y que, sin duda, formaban doce tablas, número igual á sus empresas, según la mitología. Don Manuel L. Almonte ha adquirido preciosos camafeos y un fragmento de la estatua de Diana en mármol bellísimo; don Felipe Ramos de la Torre y el Excmo. Sr. Conde de Casa-Rojas dos *tesseras* muy curiosas. Interminable sería nuestro relato porque todos los anticuarios de Sevilla tienen monumentos, más ó menos notables, de la misma procedencia.»

dice en sus *Medallas autónomas* que en Itálica no se ven más que palacios, templos y anfiteatro, sin apercibirse rastros ni vestigios de casas particulares que denuncien que allí hubo un pueblo.

Que éste existió lo pregonan á voces las casas que descubriera el malogrado D. Demetrio de los Ríos, que más adelante detallaremos, y las sepulturas siguientes, conservadas en la mencionada galería del Museo Provincial:

Núm. 334. Consagrada á los Dioses Manes. Sexto Fuficio Tertullino, de 36 años y 47 días, está aquí enterrado. Séale la tierra leve. Claudia Tertulla dedica á su hija.

209. El Orden Esplendidísimo de los Italicenses decretó para Elia Lucinia Valeriana, hija de Quinto, los gastos del funeral, en lugar de la sepultura y la erección de una estatua. Su padre Elio Prisco y su marido Laberio Firmano, aceptado el honor, la pusieron de su peculio.

265. Consagrado á los Dioses Manes. Lucio Ulpio Rústico, liberto de Lucio, de 70 años, está aquí enterrado. Séale la tierra leve.

260. Consagrada á los Dioses Manes. Vivía Vitales, de 30 años, está aquí enterrada. Séale la tierra leve. (1).

Refiriéndonos nuevamente á Escipión, diremos que á los hijos de *Sancios* le dejó su forma política, pues en sus lápidas se lee:

RESPÚBLICA ITALICENSIVM Ó ITALICENSIS.

A la vez amplió y robusteció á sus soldados italianos con todas las prerrogativas y honores de la Metrópoli, pues sus magistrados y oficios públicos eran un Vice-Pretor ó Legado, un Senado, dos Cónsules y un Curador. Es cosa sabida que fuera de la

(1) Todas estas inscripciones pertenecen al Catálogo que prepara el activo señor Campos y Munilla para el Museo arqueológico, como igualmente suyas son las traducciones.

Ciudad Eterna ninguno de los pueblos del Imperio solían usar de dichos nombres, aunque tuviesen los cargos significados por ellos. Esta era una modestia con que hacían obsequio á Roma, dejándole como propia prerrogativa estos dictados de sus primeras dignidades. Así, en las Colonias y Municipios llamaban Orden al Senado. A los que tenían el cargo de Senadores denominaban Decuriones, y á los Cónsules, Duumviros. A los *Senatus Consultos* llamaban Decretos.

La dignidad de Vice-Pretor se hallaba en Aurelio Julio el año 276, según el pedestal de la estatua que se dedicó al emperador Floriano, y en el de otra dedicada al emperador Probo.

De los Duumviros ó Cónsules de Itálica se hace mención en la siguiente piedra numerada con el folio 207, en las galerías del Museo Provincial:

«Marco Celio Alejandrino por decreto de los Decuriones, puso esta tabla de mármol al alojamiento de los soldados Serrarios de los Augusto.» (1)

Los Decuriones, de que se componía el Senado ú Orden de la misma ciudad, se notan en la piedra de Tarragona que estampa Rodrigo Caro, donde Tito Mamilio fué elegido Decurión ó Decurial de Itálica en tiempos de Antonino Pío.

El cargo de Curador de la República Italicense consta también de la inscripción de Floriano, y lo ejercía entonces un ciudadano llamado Ursinio. Entre estos magistrados y cargos se repartía la administración pública de Itálica.

El Curador en Itálica tenía á su cargo arrendar los predios concejiles ó fiscales; hacer que se recaudaran las rentas de estos propios, mandar reparar la Basilica ó Audiencia, los baños y termas. Tasaba el precio en que debían venderse las cosas; proveía á que las tropas percibieran sus utensilios.

En el ya referido Museo y con el número 201, existe una basa

(1) Eran los Serrarios tropas de infantería, que iban avanzando con solución de continuidad, retirándose furtivamente como hoy nuestras guerrillas. Cuando el grupo de vanguardia atacaba, se replegaban y se recogían después, y formaban en el frente, á la manera que los dientes de una sierra de carpintero.

de estatua con una inscripción que ha traducido el diligente señor Campos y Munilla, y dice:

«A Cayo Vallio Maximiano, Procurador de las provincias de Macedonia, Lusitania, Mauretana, Tingitana, General Exforzadísimo, la República Italicense (erige este monumento) no tan sólo por sus méritos, sino por haber establecido la antigua paz en la provincia Bética, vencidos sus enemigos.»

En el costado izquierdo de esta lápida se lee en letras pequeñas: «Dedicada en el año del vencedor Licinio y de Fabio Eliano, Duumviros, el día antes de las Kalendas de Enero.»

Los Duumviros ó Cónsules ejercían jurisdicción ordinaria, asentados en la Basílica. Su potestad era indivisa, y por medio de uno juzgaban juntos ó alternaban, por semanas ó por días, haciendo justicia el uno en nombre de ambos; cuidaban de reparar los caminos públicos; eran elegidos de entre los principales ciudadanos romanos y del orden de los Decuriones. No eran admitidos á esta Dignidad los plebeyos. Vestían de una toga pretexta, con la orla ó guarnición de púrpura. Cuando salían en público iban delante de ellos los lictores ó porteros, con sus segures ó varillas atadas en un manojo, para abrirles paso. Aunque las más de las veces eran elegidos á perpetuidad, también duraban por cinco años, y entonces se llamaban *Quinquennales*.

Elio Adriano tuvo esta dignidad en Itálica, su patria, antes de subir al Imperio.

De aquí podemos calcular la altura en que eran reputadas estas dignidades, pues no se desdeñaba de tomarlas en Itálica el que estaba próximo á ser declarado César.

Los amadores de Itálica pueden ver también en las galerías de este Museo Arqueológico las siguientes inscripciones tomadas del Catálogo general del Sr. Campos:

Núm. 211. Tito Gavino Mucro, ciudadano romano, era de la Cohorte V de los Italicenses.

354. Dedicada á Numisius Fortunatus.

267. I V S - M A X I M V S
 C R I S P V S

266.

HI - C.

Q C O R - L.

H O M O B.

V I X I T.

También pueden admirarse en el mismo edificio, procedentes de Itálica, otros trozos de inscripciones y algunos objetos productos de artes industriales.

Según la *Historia general de España*, se sabe que el obispado de Itálica estaba limitado por el Mediodía hasta cerca de Xerez ó la ciudad de *Asta*, que era el obispado de Sidonia; por el Poniente hasta *Ovola*, una de las tres ciudades que ganó á Viriato el cónsul Favio Serviliano, y en donde confinaba con el obispado de *Ilepla* ó Niebla. Hacia el Norte subía por la Sierra Morena, comprendiendo á *Loelia*, *Callet*, *Masilva*, *Calentum* y todos los pueblos de la *Beturia* hasta confinar con la diócesis de Mérida ó *Emérila Augusta*. Hacia el Oriente, río arriba, se extendía Itálica hasta Peñafior y Palma, comprendiendo en su distrito todas las ciudades situadas á la orilla y playa septentrional del *Betis*.

Las carreteras militares de los Romanos, que llegaban y se extendían por España, según el itinerario de Antonino, eran: la vía Aurelia, que partía de Roma por la Toscana, á Génova, de Génova á Arlés, por los Alpes marítimos, de Arlés á Narbona, de Narbona á Cartagena, y de ésta á Cazlona ó Castulo, de Cazlona á Málaga y de Málaga á Cádiz.

Otra carretera bifurcaba en Castulo y se dirigía hacia Córdoba, por Campuniana; de Córdoba por Angella á Antiguaria, Hispalis y Gadir. El itinerario de Antonino dice: Desde Narbona partían dos carreteras para España, la una es la ya citada y venía ciñéndose á las costas, por Málaga á Cádiz. La otra pasaba por Italia y por la Galia Narbonense á España, y desde Tarragona atravesaba toda la Península española, hasta llegar á Legio Sép-

tima Germania (León), desde donde partía otra que atravesaba toda la Galicia y la Lusitania, para volver á Emérita Augusta (Mérida).

Otras cuatro carreteras atravesaban la Península, construídas por los romanos desde la entrada en España de sus legiones, que fué el año 218 antes de nuestra Era, hasta la caída del Imperio, que fué el año 423 después de Jesucristo.

Para hacer la historia de la indumentaria que usaban los legionarios Italicenses, hay que inspirarse en la columna Trajana (1) única fuente que ha quedado de los usos, costumbres y armas del pueblo romano.

Los soldados legionarios llevaban el *cassis*, casco; *lorica*, loriga; *scutum*, escudo; *gladius*, espada; *pilum*, lanza; *balleus*, taha-

(1) La columna Trajana, que estuvo mucho tiempo enterrada, fué sacada á luz por vez primera en 1540; pero no quedó enteramente fuera de tierra hasta 1813. No faltan otras columnas más altas que ella; pero apenas hay una que la iguale en cuanto á la armonía de sus proporciones. Su pedestal es admirable, y los bajos relieves en espiral que se desarrollan en su fuste de mármol blanco fueron estudiados con fruto por Rafael y Julio Romano. Para el pedestal, el fuste, el capitel dórico y la estatua de Trajano, sustituida hoy por la de San Pedro, tuvo bastante Apolodoro de Damasco, el arquitecto del Foro de Trajano, con treinta y cuatro trozos de mármol maravillosamente unidos. Por el interior de la columna, que está hueca en toda su longitud, corre una escalera hasta la cúspide. Lo que constituye la belleza absoluta de la columna Trajana es la unidad de la traza; todo es en ella variado; nada incoherente. Bajo tierra estaba la urna de oro que contenía las cenizas de Trajano; sobre el pedestal, por cima de los despojos que custodian las Famas, las águilas romanas mantienen suspendidas las guirnaldas de roble, símbolo de la paz. La base de la espiral está ceñida de laureles. Por el fuste suben dos mil quinientas figuras de soldados y prisioneros, con un sinnúmero de caballos, elefantes, armas y máquinas de guerra; en lo último de todo, el vencedor presencia tan sublime desfile y se sacia con su victoria. Sobre la tumba, el trofeo, la apoteosis; y, fortuna rara para un monumento, ninguna restricción contraría en el ánimo del espectador el efecto de esta progresión grandiosa; Trajano era digno de semejantes honores.

(LEFEVRE.)

lí; *sub armata*, túnica corta; *focale*, paño de lana para abrigo del cuello; *carigue*, calzado militar; *femoralia bracca*, calzón corto; *septum*, cinturón.

El *centurión*, capitán, iba ataviado con *cassis* (casco) que tenía *cresta* y *bacculae* (camilleras) *sub-armata* (túnica) y *femoralia* (calzón) *lariga balteus* y *campagos* (medio botín) y en la mano una varita.

El *SIGNIFERO* ó *porta insignia*, según Racimé, usaba el *cassis* ó casco, *sub-armata* túnica y *bracca* calzón de color rojo, *loriga*, formada de pequeñas placas de metal cosidas sobre fondo de fuerte lienzo ó cuero, imitando las escamas de los peces, *balteus* de cuero con adornos de bronce, caliga, calzado militar con los dedos descubiertos: *gladius*, espada con empuñadura de marfil, con vaina de cuero guarnecido con adornos de bronce, y sobre el casco, cubriendo la espalda, una piel de león ó pantera.

El *CASSIS*, casco que usaban los soldados romanos, basta haberlos visto una sola vez, para distinguirlos de los usados de otros pueblos, ya cartagineses, ora griegos.

Era un casquete esférico de hierro, reforzado por dos planchas que se cruzaban en el interior y en cuya intersección se afirmaba una argolla, que tenía al exterior en su punto más alto, argolla que servía para colgarlo durante la marcha en la coraza, á fin de evitar molestase al soldado: tenía carrilleras formadas de una pieza de hierro, por un lado de corte recto y por el otro de dos arcos de círculo, que venían á encontrarse por el sitio del pómulo para cubrirlo.

Tenía el casco un pequeño reborde, que lo reforzaba, y también un resalte como cogotera.

En las marcas llevábanlo colgado por la argolla al lado derecho de la coraza, y así se ve en los modelos que nos dejó la antigüedad en la columna de Trajano.

LORICA, *loriga*. Esta defensa de los legionarios más era un coselete que *loriga*, tal cual antes y luego se empleara, cubriendo el pecho y la espalda en una parte, y los hombros, dejándole así libertad de movimientos y ligereza para acometer y retirarse.

Formaban la *loriga* cinco bandas de hierro unidas entre sí,

articulándose en la espalda y sujetándose en el pecho, y de las que partían cuatro planchas más estrechas, que cubrían los hombros, y estaban dispuestas de modo tal, que deslizándose las unas sobre las otras, no impedían movimiento alguno. Quedaba en descubierto el tercio superior del pecho y de la espalda.

De la loriga pendían á veces tres ó cuatro hojas de hierro angostas y móviles para defensa del bajo vientre, hojas que eran de poca extensión.

SUB-ARMATA. Túnica corta de lana, sobre la cual se colocaba la loriga, cerrábase sobre el pecho y dejaba el cuello al descuido y no llegaba á la rodilla. Los colores eran oscuros. Las mangas cortas.

GLAUDIUS, espada. Los legionarios, desde los tiempos de Scipión en la conquista de España, usaron la espada de los iberos, como más propia de su valor y de su forma de combatir.

Examinando las de la buena época, se las creería machetes pequeños, cuya hoja está cortada en ángulo muy abierto para formar punta. La vaina, *vagina*, era de cuero ó de madera sin adornos, hasta época muy posterior á la de los primeros años del Imperio.

SCUTUM, escudo. Su forma nos la enseña la columna de Trajano, en la que se ve que los romanos los usaban de dos clases: unos afectan la oval, otros la rectangular, convexos en figura de teja éstos, los otros acercándose más á la plana.

Dos hojas de madera, sólidamente aseguradas y con sus fibras opuestas, cubiertas de cuero con dos rebordes de hierro: uno en la parte superior, otro en la inferior, que haciéndolo propio y fuerte, impedían perdiesen su forma: la longitud que alcanzaban era la del brazo izquierdo. Así eran los escudos de los legionarios. Pintábanlos con los colores de la legión y con su insignia, así los que se ven en la columna de Trajano, que perteneciendo á la fulminante, figura en ellos un rayo.

Los escudos de forma oval los usaban los vélites y los de caballería.

BALTEUS, tahalí de cuero, al que estaba adherido la vaina de la espada.

El *balteus* estaba adornado con cabezas de clavo, así como también con placas de metal, y bien adelante del Imperio, el lujo llevó demasiado lejos el ornarlo, así como á las vainas de las espadas, las cuales unas eran de cuero y otras de madera.

Las figuras de la columna de Trajano enseñan que la colocación del *balteus* no es de derecha á izquierda, sino al contrario, pasando por encima de la loriga, pues la espada llevábanla á la diestra.

Uno de los castigos que imponían los romanos á los soldados era llevar la espada desnuda en el *balteus*.

Varrón nos dijo que *balteus* era voz etrusca, y de este pueblo lo tomaron los romanos y no de los griegos, quienes también lo usaron.

BRACÆ ó BRACCÆ, calzones, bragas. En la columna de Trajano se ve en los soldados y jefes, quienes usaban tal prenda, que en los principios era sola propia de aquellos pueblos, que los romanos denominaban bárbaros.

FOCALE. Chalina de lana que cubría el cuello.

PILUM. Lanza corta que servía como arma arrojada y cual pica.

Este arma, que subyugó al mundo, según Montesquieu, Polibio la ha descrito; modificáronla los tiempos, dejándola, sin embargo, propia para ser arrojada y también para cargar, sirviéndose de ella para quitarse golpes y resistir á la caballería.

SEPTUM. Cinturón militar, de cuero, del cual se desprendían lambrequines de la misma materia y de lana; los unos como adorno, los otros como defensa del bajo vientre, los cuales no llegan al borde inferior de la *sub-armata*.

Hasta los 454 años de la fundación de Roma, ó los 300 antes de la Era cristiana, los dominadores del mundo dejaron libremente crecer sus barbas; pero en esa época señalada, comenzaron á afeitarse por haber llegado á la Ciudad Eterna, procedente de Sicilia, un barbero.

Scipión, el segundo Africano, se afeitaba diariamente, siendo desde entonces moda.

Vino á constituir el dejarse la barba signo de dolor, y como

tal lo demostraron Julio César por la derrota de su legado Titurius en la Galia, Catón por la de la batalla de *Thapsus*, Marco Antonio por la de *Mutina*, Octavio cuando su rompimiento con Sexto Pompeyo y también por haber sido vencido Varo.

Hasta los tiempos de Adriano se encuentran siempre afeitadas las figuras, que aparecen en las medallas, y bueno es recordar, que la primera barba se ofrecía á los dioses, celebrándose el día con fiestas y regocijos por los jóvenes.

Por tratarse de otro hijo ilustre de Itálica, también es muy útil para el estudio de costumbres ver los dibujos y descripción de la columna de Theodosio elevada en el siglo IV. En dicha columna se ve el monograma de Cristo compuesto de una X y R, la primera en esta época y mucho después, tuvo el valor de nuestra CH y la R se la ve muchas veces reemplazada por la P griega. Montfaucon en su antigüedad por los monumentos, explica el arco y columna expresada, y los trajes de sus figuras.

Los romanos y en especial los del tiempo de Theodosio, usaban por armas, además de la espada corta y de la rodela oval, una lanza ó pica de unos 13 decímetros de largo; coraza de cuero festonada por abajo lo mismo que el paludamento ó capilla con que se cubrían, la cual llevaban sobre el hombro izquierdo cojiéndole sobre la cadera derecha con el cinturón, y por último, túnica corta hasta medio muslo debajo de la coraza, y pierna desnuda: se cubrían la cabeza con un casco surmontado de una gran cimera con cresta, el cual sujetaban con carrilleras atándolas por debajo de la barba. Los jefes militares romanos sobre la armadura llevaban el paludamento cojido con el laticlavo sobre el hombro izquierdo y tirado á la espalda. Las damas usaban sobre su larga túnica otra más ancha abierta por un lado, y llevaban una gran banda bordada, y en la mano el *orarium*, paño para limpiarse el rostro al, que también se denominó *sudarium*.

Religión de los Italicenses

El pueblo romano adoraba á un crecido número de dioses, los cuales se dividían en mayores y menores (*dii majorum gentium, et dii minorum gentium*). A las primeras divinidades se referían los grandes dioses del cielo en número de doce: 1.º Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, hijo de Saturno y de Rea diosa de la tierra. Los romanos le erigieron diferentes templos bajo los epítetos de Stator, Capitolino, Tonante y Optimo Máximo.

2.º Juno, esposa y hermana de Júpiter, reina de los dioses, protectora de los matrimonios, y con el nombre de *Lucina* de los partos. La representaban ataviada de vestiduras magníficas, sobre un carro tirado por pavos reales, acompañándola las *auras*, ninfas del aire, y á la par *Iris*, diosa del arco del cielo.

3.º Minerva, diosa de la sabiduría, salida del cerebro de Júpiter á un golpe de Vulcano. Con el nombre de Pallas era la diosa de la guerra. Se miraba como protectora de las artes,

4.º Vesta, hija de Saturno, diosa del fuego. Cierta número de vírgenes llamadas *Vestales*, estaban destinadas á conservar siempre encendido el fuego sagrado de Vesta, que se decía transportado de Troya por Eneas.

5.º Ceres, hermana de Júpiter, diosa de las mieses y de los labradores. Era venerada principalmente en Eleusis, donde sus ritos sagrados se guardaban muy secretos, y se llamaban misterios. El mismo Nerón no se atrevió á profanarlos con su presencia. Los iniciados en los misterios se decían *mystas*.

6.º Neptuno, dios del mar. Se le representaba con un tridente en la diestra, sobre un carro tirado de caballos marinos y dos tritones á los lados.

7.º Venus, diosa del amor y la hermosura que, según los poetas, nació de la espuma del mar junto á la isla de Cyteres.

Otros la hacen hija de Júpiter y de la ninfa Dione. Su nombre se toma por el amor ó por sus favores, por la belleza, el dón de agradar y la gracia. Le estaba consagrado el mirto, y el mes de Abril se llamaba *mensis veneris* por ser el más agradable y el en que empiezan á brotar las flores.

8.º Vulcano, hijo de Júpiter y de Juno, dios del fuego y de las herrerías. Sus oficinas principales se suponían en Lemnos en la isla de Lipari, ó en las cavernas del monte Etna. Le ayudaban á forjar los rayos de Júpiter los ciclopes, gigantes que tenían un ojo solo en la frente.

9.º Marte, hijo de Juno, dios de la guerra. Los romanos le adoraban como padre de Rómulo su fundador. Se le representaba con un gesto fiero y amenazador, montado sobre un carro ó caballo con un casco y una lanza. Su nombre se toma por la guerra y por el valor (*nostro Marte*, Horat. Od. 3. V. 24.)

10.º Mercurio, hijo de Júpiter y de Maya, mensajero de los dioses, dios de la elocuencia, patrono del comercio y de los ladrones, inventor del arpa y conductor de las almas que salían de las moradas de esta vida.

11.º Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, dios de la poesía, de la música, de la medicina y de los agüeros. Tenía también los nombres de Febo y de Sol. Sus oráculos más famosos estaban en Delfos. Apolo y Minerva, acompañados de las nueve musas, hijas de Júpiter y de Mnemosyne, moraban en los montes Pierio, Helicón y Parnaso.

12.º Diana, diosa de las selvas y de la caza, llamada Luna en el cielo, y en el infierno Hecate. (1)

Estos doce dioses se llamaban *consentes-um*, porque se reunían para formar el consejo de Júpiter.

Los dioses *selectos* eran ocho: 1.º Saturno, hijo de Celo ó de Urano, y de Vesta ó la Tierra. Destronado por su hijo Júpiter, se retiró á Italia, á la que dió el nombre de Lacio, y entonces fué la edad de oro cuando la tierra no cultivada producía frutos abundantes y todas las cosas eran comunes. Los dioses se comunica-

(1) Véase el templo de Diana en Itálica.

ban con los hombres; pero estas relaciones cesaron en las edades de bronce y de hierro, y abandonando su morada la virgen Astrea diosa de la justicia, quedó la Esperanza por única divinidad de los mortales.

2.º Jano, dios del año; tenía á su cuidado las puertas del cielo. Se le pintaba con dos caras, una delante y otra que miraba hacia atrás. Su templo estaba abierto durante la guerra, y se cerraba en tiempo de paz.

3.º Rea, esposa de Saturno, madre de los dioses, llamada también Cibele.

4.º Plutón, esposo de Proserpina hija de Ceres, soberano de las mansiones infernales, donde residían las tres parcas Cloto, Láquesis y Atropos, hijas del Erebo y de la Noche, las cuales determinaban, hilando los estambres, la duración de la vida de los humanos. Las pinturas que hacían los antiguos de los suplicios impuestos á los malos, tenían por objeto apartar á los hombres del crimen.

5.º Baco, hijo de Júpiter, dios del vino. Se le representaba con un tirso en la mano, coronada la cabeza de yedra, y sobre un carro tirado de tigres y leones, acompañándole Sileno su ayo, y una tropa de mujeres frenéticas y de sátiros. Tres veces al año se celebraban sus fiestas (*bacchanalia orgia*) en el monte Citerón de Beocia y en el Ismaro ú el Ródope de Tracia.

6.º Sol, hijo de Hiperión, uno de los titanes. Conducía una carroza tirada de cuatro caballos, y escoltada por las Horas y las cuatro Estaciones. Los persas le adoraron con el nombre de Mithras.

7.º La Luna, hermana del Sol; su carro era tirado de dos caballos.

8.º El Genio (*Genius*) que tomaba bajo su protección á cada mortal desde el instante de su nacimiento hasta su muerte. Todo hombre tenía dos genios, uno bueno y otro malo.

Los Lares y Penates eran divinidades domésticas, tutelares de las familias. Los romanos guardaban pequeñas estatuas de los Lares en cera y otras materias en el atrio de sus casas, les ofrecían sacrificios, y en las festividades las coronaban con guirnaldas.

Los Penates (*quod penitus insident*) eran adorados en la parte interior de la casa, y se diferenciaban de los Lares en que éstos eran de origen humano y los primeros de origen divino, y en que el culto de los Lares era público y se les colocaba alrededor de los hogares, mientras que el de los Penates era secreto. También había Penates públicos, bajo cuya protección estaba la ciudad de Roma.

Las divinidades de orden inferior (*dii minorum gentium*) se dividían en muchas clases:

1.^a Dioses *indigetes* ó *héroes*, á quienes sus virtudes ó hazañas habían elevado al rango de los inmortales, como Hércules, Castor y Polux. También se decretó el apoteosis á los Emperadores romanos después de su muerte.

2.^a Dioses llamados *semones* (*quasi semi homine, minores diis; et majores hominibus*), tales eran los Faunos y Silvanos; Vertumnos que presidía las Estaciones; Pan inventor de la flauta, venerado principalmente en la Arcadia; Flora diosa de las flores, Ipomona de los frutos. En la misma clase entraban las Ninfas, diosas que presidían á todos los lugares de la tierra, y en las montañas se decían Oréades, en los bosques Driadas, Hamadriadas y Napeas; en los ríos y fuentes Náyades, en la mar Neréidas y Oceanitides. Cada río estaba además bajo la protección de algún dios, y no era lícito bañarse junto á sus fuentes, á fin de que el contacto de un cuerpo desnudo no profanase sus hondas sagradas. Horacio ofreció un sacrificio á la fuente Blandusia.

Asimismo los romanos adoraban las virtudes y las afecciones del corazón, como la fé, la esperanza, la fortuna, la fama; y aun á los vicios, las calamidades, los vientos, y á otros agentes físicos. Ellos daban culto á unas divinidades para que les hiciesen bien, y á otras para que no les dañasen, como sucedía con los dioses Aberrunco y Robigo.

Los romanos, en los primeros tiempos de la República, fueron virtuosos y devotos hasta la superstición; valerosos hasta despreciar la existencia, exponiéndose á peligros temerarios; frugales y templados hasta privarse voluntariamente de los placeres y comodidades de la vida; constantes hasta su propia ruína y llevando la justicia hasta el rigorismo; mas á medida que extendieron su dominio, adoptaron no sólo los dioses de las naciones conquistadas, sino también su lujo y corrupción.

Los ministros de la religión del pueblo romano se elegían entre los hombres más equitativos y justos, dividiéndose en sacerdotes comunes á todos los dioses, y otros propios para cada deidad.

A la primera clase pertenecían los Pontífices, los Augures, los Agoreros, los Quinceviro y los Septemviro, todos los cuales estaban sometidos al Pontífice Máximo ó Sumo Pontífice elegido por el pueblo. Este gozaba de alta significación y poder entre los romanos; su presencia era necesaria en los actos públicos solemnes; podía impedir á cualquier persona salir de la ciudad, y en ciertos casos se reservaba el derecho de vida y muerte.

Los *Augures* se componían de quince individuos y tenían por objeto anunciar lo porvenir, interpretar los sueños, los oráculos y los prodigios, y declarar si algún acontecimiento debía ser provechoso ó perjudicial á alguna persona ó á la República. Tomaban señales de los meteoros atmosféricos, como el trueno y el relámpago, el canto y vuelo de las aves, la comida de los pollos, los cuadrúpedos y los nimios accidentes del cuerpo humano, como estornudar, tropesar, ver visiones, oír voces extrañas, derramarse sal en la mesa, etc.

Los *Agoreros* eran unos sacerdotes encargados de examinar las víctimas ofrecidas en los sacrificios, y por ellas sacar agüeros y adivinar el resultado de muchas empresas.

Los *Quinceviro* los componían quince sacerdotes, á cuyo cargo estaban los libros sibilinos, los cuales consultaban por mandatos del Senado en tiempos calamitosos.

Los *Septemviro* disponían entre los romanos de las fiestas sagradas en los juegos, procesiones y otros actos solemnes.

Los trages más usuales de los romanos eran la toga y la túnica; la primera la llevaban suelta y nudosa y les cubría todo el cuerpo, adoleciendo de mangas y dispuesta en airosos dobleces para dar más realce y majestad al que la usaba. Puede suponerse que su color sería el blanco de la lana para distinguirla de la toga *cándida* teñida por los bataneros y que usaban los candidatos. La toga sólo podían llevarla los ciudadanos romanos y les estaba prohibida á los desterrados y esclavos.

Por otra parte, los romanos cuidaban mucho de presentarse con la toga en los países extranjeros, por lo cual en Itálica siempre la llevaban. La que vestían por la mañana era de un color negro ú oscuro.

La variedad era heterogénea, pues la toga pretesta con franjas de púrpura la usaban los Magistrados; la curil la vestían los jóvenes á los 17 años, la púrpura los Cónsules y los Emperadores.

Los antiguos romanos no llevaban más ropa que la toga; pero después empezaron á usar debajo de ésta otra vestidura de lana blanca, llamada *túnica*, que llegaba algo más bajo de las rodillas, por ambos lados del cuerpo, con mangas ó sin ella y asegurada con un cinturón.

Este vestido era genérico á todos los romanos, y la usaban dentro y fuera de su domicilio, debajo de la toga. La gente pobre que no podía comprarla llevaba una simple túnica, y lo mismo hacían los extranjeros, los esclavos y los gladiadores.

El traje de las mujeres consistía en la *Stola* ó vestidura ordinaria, que alcanzaba hasta las corvas, sobre las cuales se echaban la *palla* ó larga toga, abierta, que las cubría enteramente; también se adornaban la cabeza con tiras y cintas. Las damas usaban zarcillos, collares y adornos para los brazos.

Los antiguos romanos llevaban la cabeza descubierta, excepto en los ritos sagrados, juegos, fiestas, viajes y en la guerra; en los juegos y diversiones usaban un gorro de lana, y cuando iban de viaje una gorra semejante á un yelmo; pero en la ciudad, para defenderse del calor y del viento, sólo se cubrían la cabeza con las caídas de la toga.

No llevaban medias ni calzones; pero acostumbraban envolver algunas veces las piernas y los muslos con unos pedazos de paño. Tenían dos especies de calzado: el *calcens*, zapato algo semejante á los nuestros, que cubría todo el pie y se ataba arriba con una cuerda, y el *sandalium*, especie de chinela que sólo tapaba la planta del pie y se aseguraba con unas correas ó cordeles.

Los romanos tomaban su principal comida, llamada *Cena*, cena, á la hora nona, ó sea á las tres de la tarde. Antes de esta hora sólo comían un pedazo de pan con algunas uvas, nueces ó una poca de miel.

Al principio sólo se alimentaban de legumbres ó de pan y hortalizas; pero cuando las conquistas introdujeron la riqueza y el lujo, cada uno buscaba los más exquisitos manjares con que saciar su apetito.

En un principio se sentaban para comer. La costumbre de tenderse sobre lechos, apoyándose en el codo, les vino de las naciones orientales, y adoptada solamente por los hombres, se hizo común á las mujeres.

En sus comidas no usaban cuchillo, tenedor ni manteles. Acostumbraban á bañarse antes de comer, y cada convidado traía de su casa la servilleta, de que se servían para limpiarse la boca y las manos.

Su bebida ordinaria en los convites era vino, que solían mezclar con agua, y algunas veces con aromas y especias; también bebían agua fría y caliente, conociendo la costumbre de brindar.

El matrimonio nunca se efectuaba sin consultar de antemano á los agoreros y ofrecer á los dioses sacrificios, en los cuales se

separaba la hiel de la víctima para indicar que todo rencor debe desterrarse entre los casados.

La boda se celebraba en casa del padre ó pariente más cercano de la novia, por medio del Sumo Sacerdote, que usaba de ciertas fórmulas de palabras establecidas y en presencia á lo menos de veinte testigos; gustaban cierta masa de sal, agua y harina; algunas veces en lugar de esto, el hombre y la mujer entregaban una pieza de dinero.

El día de la boda vestía la novia una larga toga blanca, franjeada de púrpura, y ceñida con un cinturón que el novio tenía que desatar; el rostro cubierto con un velo encarnado y el pelo dividido en seis vedijas y corona de flores. Tres muchachos, cuyos padres viviesen, la conducían á casa del novio, alumbrando á la comitiva con cinco antorchas, y seguida de varias criadas con una rueca, un huso y una poca de lana.

Cuando llegaba á la casa, la novia ataba unas cintas de lana alrededor de los postes de la puerta, que estaban adornados con flores, y las untaba con sebo de puerco ó de loba, para apartar el contagio y los encantos.

Hecho esto, levantaban la novia hasta el umbral de la puerta, y á su entrada, se le entregaban las llaves de la casa, se extendía una zalea á sus piés, y tanto ella como su marido tocaban el fuego y el agua.

La boda terminaba con una fiesta á la que asistían músicos, entonando las canciones nupciales; y el novio esparcía por el cuarto nueces, para que las cogiesen los muchachos, manifestando con esto que desde entonces dejaba los juegos de los niños y obraba como hombre de allí en adelante.

Los funerales se celebraban comunmente con mucha pompa; los cuerpos se enterraban ó se quemaban; se prestaba mucha atención á los ritos funerales, porque se creía que las almas de los

insepultos no se admitían en las mansiones de la muerte. Cuando alguna persona estaba agonizando, sus parientes más inmediatos procuraban recibir su último aliento en su boca, porque creían que el alma ó el espíritu vital venía entonces á la misma.

Luégo que una persona espiraba, se le despojaba de sus anillos y se le cerraban los ojos; el cuerpo se lavaba con agua caliente, se le untaba con perfumes, y se envolvía en sus mejores ropas; si había obtenido alguna buena corona por su valor, se le ponía entonces en la cabeza, como también una moneda en la boca para pagar á Carón, barquero del infierno.

El cuerpo lo conducían entonces á una cama cerca de la puerta con los piés hácia fuera, y se colocaba una rama de ciprés frente de la casa. El cuerpo se guardaba en la mayoría de las veces siete ú ocho días, poniendo una persona que lo custodiase.

En el día del funeral, luégo que se juntaba la gente, se llevaba el cadáver en una cama con los piés hácia adelante, cubierto con ricas telas y conducido en hombros de los parientes más cercanos. En los primeros tiempos se celebraban los entierros de noche; pero más tarde los hacían por la mañana temprano.

El orden de la comitiva era el siguiente: iban primero músicas de varias clases, después mujeres enlutadas entonando por un estipendio el cántico funeral, seguían tahures y bufones bailando y cantando, luégo los libertos del difunto con gorros en la cabeza; delante del cadáver se llevaban las estatuas del muerto y de sus antepasados.

En esta ceremonia se ostentaban las coronas y premios que había recibido por su valor, los despojos y estandartes tomados al enemigo, etc. etc. Seguían los lictores con sus haces trastornados; inmediatamente después el cuerpo, acompañado de sus parientes y amigos, quienes se golpeaban el pecho y hacían otras extravagantes apariencias de sentimiento.

Cuando llegaban al lugar señalado, se pronunciaba una oración en alabanza del difunto, luégo se colocaba el cuerpo en la pira funeral, y sus parientes más cercanos, después de haberle besado, llorando, ponían fuego á la pira.

Encendida ésta, echaban encima varios perfumes y todas

aquellas cosas que suponían haber sido en vida agradables al difunto. En tiempos antiguos, esclavos y animales se degollaban y arrojaban en la pira; pero después se introdujo la lucha de los gladiadores en los funerales, creyendo que los manes se deleitaban en sangre humana.

Después de quemada toda la pira, se rociaba con vino el rescoldo; los huesos y las cenizas se recogían por los parientes más inmediatos, y luégo de haber esparcido sobre aquéllos los más ricos perfumes, se colocaban en una urna.

Cuando se destinaba un cuerpo á ser enterrado, se le ponía en un ataúd de piedra con todos sus adornos y se le depositaba en un sepulcro; después de lo cual, un sacerdote, para purificar á los concurrentes, rociaba sobre ellos agua pura con una rama de olivo.

Aun cuando ya se han referido las monedas de Itálica acuñadas en tiempos y con el permiso de Augusto, no estará de más designar el valor de ellas en general.

El *as* ó libra de cobre, que en su origen pesaba 17 onzas, después se aumentó hasta 18; tenía en un lado la imagen de Jano y en el otro el de un saltillo de proa; su valor era como de 6 maravedís de nuestra moneda antigua. El *semis* era su mitad, el *triens* la tercera parte, el *quadrans* la cuarta; éstas tenían grabada la figura de un bote.

El *denario* de plata valía 10 ases ó 64 maravedís, marcado con la letra X; el *quinario* cinco ases, marcado con la letra V, el *sestercio* medio quinario. Había además otras monedas de menos valor, como la *libella*, valor de un as; *sembella* medio as, y *teruncius* cuarta parte de un as.

El *aureus* de oro valía 25 denarios ó sean 50 reales vellón; el *nuero*, que era inferior en peso y belleza, valía sólo unos 41 rs.

Las sumas que contaban los romanos eran el *sestertium*, la libra y el *talentum*, talento. El *sestertium* valía 500 reales, la li-

bra pesaba 12 onzas de plata y valía 270 reales; el talento cerca de 17.370 reales.

Las casas de los romanos estaban construídas sin aseó y con poca regularidad. Bajo el reinado de Augusto es cuándo Roma y sus colonias comenzaron á embellecerse con edificios magníficos; así es que este emperador se jactaba de dejarlas fabricadas de mármoles, habiéndolas encontrado de vigas y ladrillo. Las calles eran estrechas, las casas incómodas y peligrosas por su altura, pues la mayor parte estaban construídas de madera, y tenían tres pisos.

Se ensancharon y alinearon las calles, se designó el terreno que habían de ocupar las casas, y su altura se redujo á 70 piés. Cada casa tenía un pórtico sobre la calle, que la aislaba de las dos inmediatas, y se construían de piedra de Alba para evitar los incendios.

Las partes principales de una casa eran: 1.^a *Vestibulum*, el vestibulo; propiamente no formaba parte de la casa, sino que era un sitio delante de la puerta el cual servía de entrada.

2.^a *Janua, ostium vel fores*, la puerta, que solía ser de cedro, de ciprés, de encina y á veces de hierro, y las de los templos guarnecidas de marfil y de oro. La puerta se elevaba sobre el piso de la calle, de modo que para entrar era preciso subir algunos escalones ó gradas: para abrirla se empujaban las hojas por dentro (*valvæ quod intus revolvebantur*); y cuando alguno salía, hacía siempre ruido golpeando la puerta, para advertir á las personas de afuera que se retirasen á cierta distancia. Un esclavo con un perro encadenado ocupaba la entrada para guardarla, haciendo el oficio de portero (*ostiarium*). En los días de alguna celebridad, como el nacimiento de un hijo, etc., adornaban las puertas con ramos verdes y flores.

3.^a La puerta principal servía de entrada al átrio (*atrium*

vel aula) ó patio, que era un vasto cuadrilongo rodeado de galerías cubiertas. En medio del átrio estaba la sala del lecho nupcial, donde la dueña de la casa se empleaba con sus domésticas en el hilado y tejidos, que formaban la principal ocupación de las damas romanas. En la pieza opuesta á la puerta (*tablinum*) se guardaban los libros, los archivos y todos los papeles pertenecientes á los negocios y cargos del propietario.

El átrio estaba adornado de pinturas, estatuas, vajillas y de las imágenes de los antepasados. Los antiguos no conocieron chimeneas para conducir el humo á lo largo de la pared; así sus casas eran muy incómodas, y llamaban *fumosus* al mes de diciembre.

Quemaban leñas secas, bañándolas con el poso del aceite para que no despidiesen humo, y en las piezas ponían hornillos portátiles; bien que en tiempo de Séneca se fabricaban tubos ó caños en lo interior de las paredes para llevar el calor del hogar situado en la parte inferior de la casa á los diferentes aposentos de arriba, y así se difundía con más uniformidad.

4.^a En el centro de la casa había una luna ó lugar descubierto que recibía de lo alto la luz y también la lluvia; llamábase *impluvium*. Las alcobas ó dormitorios (*cubicula*) tenían por lo común una antecámara, en la cual solían dar audiencia los emperadores, descorriendo un tapiz ó cortina que colgaba delante de la puerta. Los cenadores ó comedores se decían *cænacula*, y *solarium* el mirador ó la azotea descubierta al sol en lo más alto de la casa. Parece que los techos de las casas tenían una figura angular como los tejados de las nuestras; la parte más elevada se llamaba *Fastigium*. Las casas recibían la luz por ventanas (*fenestræ*) abiertas en los lienzos de pared, y las cerraban uniendo las dos alas ú hojas de madera, porque no usaron en ellas de vidrios hasta el siglo VI.

En los últimos tiempos los romanos acostumbraban á adornar el pavimento con baldosas de mármol de diversos colores, artísticamente unidas, ó con piedrecillas pintadas, á cuya combinación se llamó *trabajo mosaico* (*opus musæum vel musitum*), probablemente porque se ejecutó primero en las grutas consagradas á las musas (*musæa*).

Los techos de las piezas brillaban con adornos de marfil, formando varias labores y molduras (*laqueata tecta, laquearia*) y eran dorados ó pintados. Nerón hizo construir en un comedor un cielo raso que aparecía bajo una nueva forma, cada vez que se cubría la mesa ó se servían distintos manjares.

Donde más se manifestaba la magnificencia de los romanos, era en sus casas de campo. La voz *villa* significaba originariamente una casa de labor con todas sus dependencias, y el arrendatario ó mayordomo se decía *villicus*; pero después se dió aquel nombre á todos los edificios que los romanos hacían construir en el campo para el recreo de sus familias.

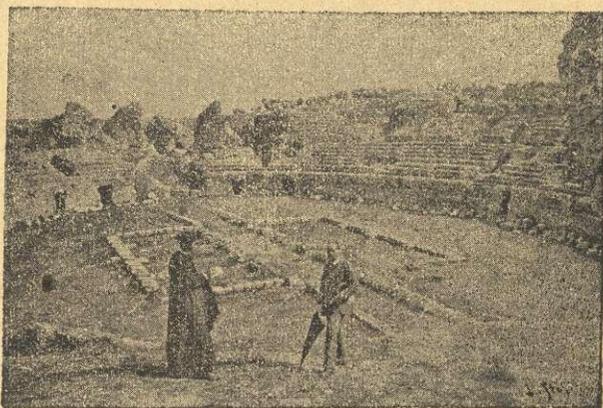
Una casa de campo contenía tres partes con la debida separación, *urbana, rústica y fructuaria*: la sala, dormitorios, baños, terrados y demás aposentos para habitar los dueños, contruidos á propósito para cada estación del año, componían la primera parte: á la segunda correspondían las habitaciones para los esclavos y trabajadores, y los establos para las bestias; y en la *fructuaria* estaban los almacenes, graneros, cuevas, bodegas y lagares para conservar los frutos, el vino, aceites, etc. Junto á la quinta ó alquería (*villa*) estaban los edificios y corrales en que se tenían las gallinas, conejos, lirones, palomas y otras especies de aves; y en estanques, viveros y piscinas se criaban peces, patos y otros diferentes animales para utilidad y recreo de los dueños.

Un vasto espacio, por lo menos de cincuenta yugadas, se destinaba para servir de coto á los gamos, venados y otros cuadrúpedos salvajes. Los romanos tenían una pasión extremada por las huertas y jardines. Aun las gentes del pueblo, en lo interior de la ciudad, acostumbraban cultivar algunas plantas en las ventanas y terrados de las casas. Muchas de las primitivas familias nobles tomaron sus apellidos de ciertas legumbres como los Fabios, los Léntulos, los Cicerones. Mas en tiempo de los emperadores ya no se cultivaban en los jardines los árboles frutales y hortalizas; sólo se procuraba hacer sombra con árboles espesos y acopados, y adornarlos con plantas aromáticas, flores y arbustos siempre verdes, como el mirto, el laurel, el tejo, etc. y con bellas estatuas. Como no se proponían más objeto que el ornato y recreo, se en-

trelazaban y cortaban en mil varias figuras por esclavos llamados *topiarii*, que hacían de este arte un estudio particular.

MONUMENTOS ROMANOS

EL ANFITEATRO DE ITÁLICA



I

Dos impresiones diferentes se reciben al penetrar en este mal-trecho Anfiteatro, la una es de pánico, pues parecen resonar en nuestros oídos los ruidos de los hambrientos felinos, que hacen retremblar las ocultas cavernas, en infame contubernio con el vocerío de aquellos espectadores embrutecidos por el idolatrismo, que radiantes de alegría oyen resonar la trompa, que llama al retiario para abrir la jaula, en medio de los azuzadores dicterios de *¡los cristianos á las fieras!* y la otra es el griterío infernal amalgamado con la repulsiva silueta de los Dioclecianos y Diogenianos.

Mas dejando tristes consideraciones, diremos que la construcción que se ve en el centro del Anfiteatro podría ser cimientos para la *spina* por servir este edificio también de circo. Pero su otro uso era servir de *jaula de fieras*, en donde el espectador, sin exposición de su vida, pudiera presenciar tan sangriento juego.

Examinando una jaula en la galería transversal que descubrió D. Demetrio de los Ríos, dotándola de una linterna, se descubre un arco de una jaula que corre exactamente con el piso solado de ladrillo de estos corredores, que se ajustan al cuerpo de un animal y cuyas habitaciones tienen espacio suficiente para desarrollar las cruentas escenas de estas luchas. Igualmente se nota en la superficie unas ranuras equidistanciadas, con el fin de que se viera desde el Anfiteatro lo que sucedía dentro y á la vez ponían maderos en estas mortajas, unas enfrente de otras, para que la fiera no saltara á la arena. Es decir, que nuestro parecer es que estas construcciones *eran comedores de fieras para seres humanos!*

Por la arena también se ven desprendidos los asientos y respaldos nomenclatados con las iniciales de los espectadores, distinguiéndose perfectísimamente el de FABIO R. S. E., en uno.

En un pedazo de lienzo alto lado E. se recuerda el viaje de doña Isabel II, con la siguiente lápida:

SU MAGESTAD LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA
 DESEOSA DE VER LA PÁTRIA
 DE SANTOS VENERABLES
 CÉLEBRES POETAS,
 É INSIGNES EMPERADORES
 ESTUVO EN ITÁLICA
 EL DIA 23 DE SETIEMBRE DE 1862
 LA DIPUTACION PROVINCIAL,
 EL AYUNTAMIENTO DE SEVILLA
 Y LAS COMISIONES
 DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARQUEOLÓGICA
 CUIDARON DE PERPETUAR EN ESTE MÁRMOL
 LA MEMORIA DE TAN FAUSTO SUCESO.

El Anfiteatro de Itálica es la ruina más potente que se conserva de su opulencia. Ha resistido las injurias de todas las épocas y de los hombres: en estas páginas de piedra debe leerse lo pasado, como la pirámide Cheops en el Egipto, es el libro abierto de la prepotencia de los Faraones. Corán, que es preciso hojear minuciosamente, en donde no cabe negar la grandeza del edificio eri-

gido por aquella arquitectura, solaz y recreo del pueblo conquistador, que iba amarrado al carro triunfal de Escipión, de Trajano, de Adriano y de Teodosio.

En el plano que en otro lugar publicamos se le señala con el número romano I.

Está situado al Norte de la ciudad y adosado al pie de las murallas por su parte posterior, emplazado lo mismo que el de Pompeya. Se conocen las puertas ó vomitorios por donde salían los espectadores. La entrada ha perdido su figura, y se asemeja á una deforme garganta que separan los riscos de la sierra. A un lado está el segmento muy bien conservado y por el otro se extiende un peñascal.

Después de 1711, escribía Martí al Marqués de Maffei, dándole cuenta que se había mandado demoler el Anfiteatro para construir un muro contra el furor del Guadalquivir, que amenazaba entrar en Sevilla. Al principio se le acometió con picos, barrenos y pólvora; pero su misma solidez estorbó que se llevase á cabo tan ruín determinación.

Por eso se nota en la posición que tienen los asientos de gradería y podio que han sido volados con pólvora.

Más adelante, D. Francisco Bruna y D. Nathan Wetherell hicieron excavaciones, y éste extrajo muchas reliquias que empostró en su fábrica de curtidos de San Diego, que hoy pertenece al Palacio de San Telmo, en cuyos jardines está su sepulcro con la siguiente inscripción, que se copia en memoria de aquel hombre que tan amante fué de Itálica: (1).

NATHAN WETHERELL,
FUNDADOR DE ESTE ESTABLECIMIENTO
AMIGO DE LOS POBRES
MURIÓ 1831

En 1839 se dió principio á nuevas excavaciones bajo la diligente dirección de una Comisión de arqueólogos, en la cual figu-

(1) En otro lugar publicaremos las inscripciones que había en este sitio y que hoy han desaparecido.

raron los Sres. D. Manuel López Cepero, D. Antonio Dominé, don Antonio Colón, D. Ivo de la Cortina y D. Aniceto Bravo, encontrándose estatuas, inscripciones, monedas, alhajas y preciosidades que se llevaron al Museo, inaugurándose éste en el sitio en que está el ex-convento de la Merced, anteriormente ocupado por los franceses.

II

La invención de los Anfiteatros se remonta al tiempo de los etruscos, de donde la tomaron los romanos. Su planta, como se ve, es un óvalo ó elipse, rodeado de gradas formando distintas *præcinctiones* (1), divididas por varios *cuneos*. Al pie de las gradas hubo un espacio bastante extenso que se llenó de arena, ya para absorber la sangre derramada, ya para ofrecer á los combatientes un medio de afianzar mejor los piés.

Debajo de las gradas se ven las galerías abovedadas, de las cuales una conducía al *Podium* ó sitio de preferencia destinado á las autoridades y personas notables, y otra á la gradería en que se colocaba el pueblo. Tres archivoltas daban entrada á las galerías, y gran número de puertas en arco abrían paso al interior del circo.

Para resguardar á los espectadores del sol, había unos mástiles plantados al pie de las gradas y sobre ellos se extendía un toldo (*velarium*). En los Anfiteatros de Nimes y Arles se conservan los modillones en que se empotraban estos postes.

Dicen varios autores que en el Anfiteatro llamado Flavio (*Colosseum*) cupieron hasta cien mil personas. El más antiguo de los construídos de piedra fué mandado edificar por Augusto. En estas *arenas* recibió la religión cristiana el sello sangriento del martirio.

Es objeto de estudios la construcción en forma de cruz latina

(1) Al principio se negaron éstas, pero hoy están descubiertas.

que se nota en el centro del Anfiteatro de Itálica. Se han hecho excavaciones y al metro de profundidad se encuentra un piso de mampostería, que sustenta una pared de ladrillos de unos cinco piés.

Mi juicio, robustecido con el del viajero Ponz y D. José Manjarrés asesora que esta construcción era la *spina* ó meta, en cuyo centro estaba el *gnomon*, pirámide que servía de reloj de sol.

Describiendo D. Antonio Ponz el Anfiteatro de Mérida, dice:

«La figura de los circos era oval por un lado, y por el opuesto lo cerraba una línea horizontal. Tenían en medio un espacio que llamaban el *estadio* ó *spina*, alrededor de la cual corrían á pie, á caballo ó en carros, y se ejercitaban de otras maneras. En cada extremo del estadio estaban puestas las metas ó mojones, que debían evitar de ludir ó tocar en la carrera los que corrían, y dentro de dicha *spina* ó espacio del estadio erigían altares, pirámides, templos, obeliscos y otras cosas, con proporción al sitio. La anchura de esta espina se descubre y casi tiene treinta piés. En medio se conoce una división, y la parte entera excede de mucho á trescientos piés de largo. La otra está ya del todo arruinada. No sería así en tiempo de Antonio Nebrija, que quiso averiguar en este estadio el tamaño del antiguo pie español.»

Como esta cuestión que se ventila ha dado lugar en el Anfiteatro de Itálica á dudas y controversias, oigamos ahora al señor Manjarrés:

«La planta de este edificio fué un óvalo muy prolongado, cortado en línea recta por uno de los extremos; y con la *arena* ó área rodeada de un pozo, que llenaban de agua, de unos diez piés de ancho. Esto prueba que en sus principios el circo tuvo el mismo objeto que el Anfiteatro. Una pared de ladrillos de unos cinco piés llamada *spina*, dividió el área desigualmente á la izquierda del espectador, y por su eje mayor, sin llegar á los extremos de la periferia. El objeto de esta desigualdad fué dar á los carros y caballos más espacio para correr en el principio de la carrera, pudiendo adelantar con mayor facilidad. En los extremos de la *spina* estuvieron las *metas* que constaron de un basamento más ancho que la *spina*, sobre el cual estribaron tres poyos. En la

spina hubo varios pasos practicables para el servicio del circo, y sobre ella se levantaron estatuas, altares, etc. En el centro se elevó el obelisco del sol y otros símbolos. Algunas veces hubo junto á la *spina* estanques que sirvieron de abrevadero y para remojar la rueda de los carros. La galería de los circos estuvo dispuesta como la de los anfiteatros; y en la parte exterior hubo pórticos con tiendas. En el extremo circular estuvo la puerta triunfal, por donde salían los vencedores. Los ángulos del extremo opuesto, tuvieron cada uno una puerta para el servicio y una especie de torres unidas por un muro en línea curva, con cuadras y cocheras para los carros y caballos. En el centro estuvo la puerta, *pompa circensis*. El palco del emperador (*ediculus*) sostenido por columnas, estuvo enfrente de la primera meta; el de los jueces casi enfrente de la segunda.»

III

Justo Lipsio en la descripción que hace de este Anfiteatro manifiesta que fuera de Roma no había más que tres, é incluye el de Itálica.

En las galerías subterráneas que interiormente rodean al Anfiteatro están ya al descubierto las jaulas de las fieras y varias estancias que pueden suponerse servirían para aposento de los gladiadores y demás actores de los espectáculos. Asimismo en uno de los muros existe un fragmento de pintura al fresco, como igualmente muchas hornacinas que contuvieron estatuas.

En el piso de las galerías, de trecho en trecho, se notan pozos ó algibes, que puede colegirse servirían para inundar el Anfiteatro en los ejercicios de la naumaquia ó luchas que se establecieron con el objeto de adquirir la táctica naval. En los últimos tiempos de Roma se destinaban para estos juegos á prisioneros y malhechores, los cuales luchaban hasta perder la vida, á menos que no los indultara la piedad del emperador.

El Anfiteatro de Itálica debió servir también de Circo roma-

no, y, por lo tanto, en él ejecutarían las carreras de los carros y recitación de arengas, las contiendas de agilidad y fuerza, las peleas ficticias á caballo, la representación de una batalla de infantería y caballería, la carrera, el salto, el pujilato, la lucha y arrojar el disco. Los *pugiles* armaban sus manos con una especie de guantes embutidos con plomo ó hierro para descargar más fuertemente sus golpes.

Los combates de las fieras eran varios: unas veces competía un tigre y un león, otras un león con un toro, ya un toro con un elefante, ó un rinoceronte con un oso. Los hombres peleaban también con las fieras, ya por castigo, como acostumbraban á hacerlo con los primitivos cristianos, ó ya voluntariamente ó por estipendio.

También luchaban los *gladiadores* para diversión del pueblo. El origen de éstos dimanaba de la costumbre de degollar á los prisioneros sobre los sepulcros de los que morían en la guerra, creyendo con este hecho, repulsivo á la humanidad, aplacar las manes de los difuntos.

Al principio los gladiadores se componían de esclavos, asesinos y prisioneros, que arrastraban á la pelea; pero en la época más degenerada del Imperio, hombres libres y hasta senadores se empleaban en esta peligrosa y arriesgada ocupación.

Los gladiadores tomaban el nombre de las armas de que se servían; los más notables eran los *retiarios* y los *seguidores*. Los primeros usaban una túnica, llevando la cabeza descubierta; en la mano izquierda un tridente ó lanza de tres puntas y en la derecha una red con que procuraban enmarañar á su adversario, con el fin de matarlo con el tridente.

Los *seguidores* usaban un yelmo, un escudo y una espada. Si el *retiario* no conseguía enredar á su adversario con la red, echaba á correr para ganar tiempo y prepararse á otra redada, y á la vez le acosaba para prevenir su intento, y en la huida lo atravesaba con la espada.

Había máquinas de madera llamadas *pégmatas*, que adornadas de pinturas, se movían por sí mismas, crecían, disminuían y mudaban de forma, mostrándose en cada variante caprichos que

arrancaban aplausos y risas y despedían á los gladiadores, saliendo juntamente con ellos llamas y artificios de fuego.

Josefo en el libro VII *De bello jud.* dice que con estas *pégmentas* se representaban también batallas, combates y expugnaciones de fuertes ciudades y otros memorables hechos de guerra.

IV

Fiel cronista de todo lo que se relaciona con la Historia de Itálica, aquí mencionaré dos trozos de mármol del revestimiento de las gradas del Anfiteatro, que se conservan en el ya mencionado Museo Arqueológico, señalados con los números 219 y 223, los cuales contienen varias letras, iniciales y nombres de los que ocuparon estos sitios; como asimismo con el folio 224 existe también otro trozo de cornizamento de mármol que tenía el Anfiteatro. Según la opinión de varios arqueólogos, la siguiente inscripción que contiene, es el nombre de uno de los maestros que figuraron al frente de la construcción:

M - V A L - C A S S I
F - I V N I O R V

En medio de la piedra se nota un agujero redondo, que puede suponerse sirviera para contener algún puntal del toldo ó *Velarium*.

V

Uno de los móviles que me impulsan á escribir esta obra es compendiar en ella todo aquello que se ha escrito acerca de Itálica, y que desparramado por obras agotadas, es muy difícil hacer asequible á la generalidad de los amantes á la arqueología.

Bueno será empezar por la descripción que hace del Anfitea-

tro esa columna miliar llamada Rodrigo Caro, fuente clara y cristalina en donde han bebido todos aquellos sabios que han escrito de antigüedades.

En él se han inspirado los P.P. Florez y Cevallos, el conde Montfaucon, Ceán Bermúdez, Laborde y D. Justino Matute, al tratar de la patria de Trajano.

En su sapientísima obra *Antigüedades de Sevilla y Chorografía de su convento jurídico*, impresa en Sevilla por Andrés Grande el año 1634, y dedicada por él al Excmo. Sr. D. Gaspar de Guzmán, conde de Sanlúcar la Mayor, dice en aquel lenguaje de su siglo y que íntegramente se copia:

«De sus ruínas, dicen, se llevaron (los árabes) á Sevilla muchos mármoles para sus mezquitas y en todo el Axarafe tambiense esparcieron, quedando un Anfiteatro, obra insigne de los Romanos, que aunque destruido en la mayor parte, todavía conserva la forma que tuvo. Es forma circular, aunque algo se llega á Obalo, tiene sesenta y cinco pasos de diametro que hacen 325 pasos. Reconócese en él todavía su antigua grandeza, aunque está muy destruido, porque la cerca de dentro entrando el ganado, y con las ruinas tienen más de dos estados, que casi igualan con las gradas, cubierta la plaza y suelo antiguo.

Tuvo por lo alto 20 gradillas sobre grandes bóvedas de argamasas y derretido, y en parte de ladrillo y cantería. Cada gradilla tiene dos pies y medio de ancho, y dos de alto, en el que se ve que el arquitecto guardó los preceptos de Vitrubio.

Tiene á trechos sus escaleras, en medio de las gradas por donde la gente subía y bajaba, y cada escalon de éstos un pie de alto y otro de ancho.

Parécese todavía parte del Podio, que era lo más cercano á la cavea y ésta tiene nueve pies de ancho y no dudo tuvo su ornamento de algún antepecho delante. En este lugar se sentaban los Magistrados, y como el más cercano á los espectáculos y fiestas, y en las demás gradillas los caballeros los primeros, y más arriba la plebe: de modo, que la gente más humilde se sentaba en lo alto.

Parécense todavía los urinatorios á trechos, y que por tres grandes bóvedas al poniente se entraba en este anfiteatro, que és-

tas miraban á lo principal de la ciudad, esto en cuanto al anfiteatro».

El viajero Ponz y D. Justino Matute mencionan la descripción detallada que hace del anfiteatro de Itálica el sabio maestro Fr. Henrique Florez, en su *España Sagrada*, tomo XII. Mas como quiera que esta obra escasea, no encontrándose acaso más que en Bibliotecas y en poder de cierto número de personas, bueno será publicarla íntegra, rindiendo así un tributo de admiración á este concienzudo trabajo. Dice así:

«Al norte de la ciudad de Itálica como sitio el mas proporcionado para los espectáculos, y junto á la muralla, yace en un pequeño valle formado de dos collados, los vestigios de un gran anfiteatro, cuya figura es ovolar; compónese la fábrica de dos bobedas. La primera y mas interior corresponde al Podio, que era el sitio donde se sentaban los magistrados como el mas proporcionado para gozar perfectamente de los espectáculos, por ser el mas inmediato á la arena, esto es, á la plaza ó área, donde lidiaban los hombres y las fieras. Elevábase del suelo este podio en altura de mas de diez pies, siendo necesario una considerable elevacion para que las fieras irritadas en sus luchas, no perjudicasen á los circunstantes, por lo que á la altura del alzado se añadian Cancelos ó Balaustres y otros resguardos artificiales. Lo ancho del podio de Itálica tiene tres varas ó nueve pies, para que los Magistrados tuviesen desahogo, con sitio espacioso para sillas y ministros. Ante este lugar del primer plan elevado sobre la plaza, sobre su circunferencia daba entrada la bobeda interior por diez y seis puertas muy capaces, ocho de cada lado, siendo su cañon espacioso de once pies de anchura, cuyas paredes estuvieron revestidas de sillares de piedra que llaman de Gerena, lugar que dista de allí dos leguas y media, según muestran los vestigios que permanecen. Dura casi entera por los dos lados del Anfiteatro esta bobeda, sustentando lo que resta de la fabrica, y solo está caida por las dos cabeceras desmanteladas.

La otra bobeda exterior y mas grande, sostenia la parte superior del edificio y daba entrada por lo alto á las escalerillas por donde el pueblo bajaba á ocupar los asientos de las gradas. Pero no existiendo hoy la parte superior del anfiteatro, no puede determinarse lo que le falta por arriba. Permanecen las gradas en muchos sitios, contándose hasta quince, donde mas. Su ancho es de dos pies y medio, como en el anfiteatro de Vespasiano en Roma, y como previene Vitrubio en su Arquitectura libro 5, lográndose con esta anchura la conveniencia de que pudiesen entrar y salir de los asientos los que llegasen tarde, ó quisiesen retirarse presto sin molestia de los compañeros. El alto de las gradas es de dos pies, porque les debió parecer molesta la medida de Vitrubio, que no admite mas que un pie y seis dedos: pues aunque el pié romano era mayor que el nuestro en cosa de un dedo, con todo eso era asiento muy bajo, y por consiguiente molesto.

No se conoce entre las gradas *precincion*, esto es, escalon mas ancho y alto que los demas al doble, el cual servia como de valla ó muro para separar los asientos de los caballeros y de la plebe, y por ceñir las demas gradas se llamaba *præcinctio*. Aquí parece que no la había por faltar donde se mantienen quince gradas; y si la hubiera correspondía junto á la décima parte por ser 14 las gradas señaladas al Orden Ecuestre de la ley Roscia con que ó no hubo distinción en aquel tiempo, ó si la había fué por distintivo que no existe.

Desde la galería superior salía el pueblo por la grada á una de las escalerillas que cortaban el anfiteatro desde arriba hasta la grada más inmediata al Podio, por las cuales escalerillas se repartía la gente á la grada, donde cada uno se había de sentar: porque aunque desde arriba abajo había gradas, no servían éstas para subir ni bajar, por ser los escalones muy altos, y á este fin se hacían de trecho en trecho unas escaleras angostas, que ocupasen poco espacio, y por tener bajos los escalones fuesen suaves para bajar y subir.

Éstas en nuestro Anfiteatro son 16, ocho de cada lado, en la conformidad que muestra el plan, cuyos escalones tienen un pié en alto y otro en ancho, esto es, un pié menos en altura que cada grada.

Mantiénense actualmente con el número de 20 escalones donde mas, y por algunas se puede subir y bajar, aunque están rozados sus escalones como casi todas las gradas; pero en fin concurren á formar los *cuneos*, voz que daban al espacio de gradas que hay entre las escaleras de arriba abajo: porque cada grada debe ser mas corta conforme se acerque al centro, esto es, á la Orquesta en el teatro; al Podio en el Anfiteatro, y consiguientemente el ámbito de gradas entre dos escaleras, ha de ser más ancho en lo que mas diste del Podio, y mas encogido en la grada mas cercana, lo que es figura de *cuña* y por eso llamaban *Cuneos* á los espacios referidos: y *excuneatos* á los que llegando despues de ocupados todos los asientos, se quedaban de pie en las escalerillas. Existen tambien hoy en la pared exterior de la Bobeda principal los túbulos ó pequeños conductos que por el grueso de la pared bajan de lo alto y son los que Rodrigo Caro llama Urinatorios ó acaso eran los conductos por donde esparcian licores de bien olor como previene Montfaucon. Esparciamo, dice de Adriano, que en honor de Trajano hizo correr bálsamos y azafran por las gradas del Theatro.

Tiene además de esto el Anfiteatro dos subterráneos debajo del Podio, en medio del diámetro menor, uno á cada lado, que se han creido prisiones de las fieras que habian de salir á la plaza: pero habiendo sacado la tierra que macisaba un subterráneo, que no se sabe cómo pudiese servir á tal destino: pues aunque tiene dos puertas á la plaza en la misma frente de la pared del Podio, viene á ser en parte una especie de subterráneo de 20 pies de largo y 12 de ancho, en forma de cañon de bobeda por arriba á cuyas extremidades están dichas dos puertas con sus salidas á la plaza de doce pies de largo, al mismo piso de ella y cada una correspondiente á una escalerilla de 9 escalones, de 4 pies y 4 pulgadas de ancho y 9 pulgadas de alto, soladas de ladrillos cuadrados de á pie y medio por cuyas dos escaleras se baja á unas mesetillas cuadradas, por las cuales se entra á la referida Bobeda, se conoce que no era sitio proporcionado para las fieras, siendo tan reducido y de tal casta de fábrica por lo que se discurre serviría para otro fin, v. g. para los gladiadores, ó para los condenados á las fieras,

y por tanto los vivares, ó sitios para las fieras estarían fuera junto á la puerta del Anfiteatro.

La fortaleza de la obra es grande, toda de mampostería de piedra del grueso del puño y argamasa fortísima, de suerte que la parte arruinada se reconoce lo fue á mano, mas que por efecto del tiempo, contra el cual hubiera resistido la argamasa por su éstraña dureza.

Veniase al Anfiteatro por tres grandes bobedas que servían de entrada por la parte de la ciudad. De la una permanece un cañon de 79 pies de largo y 18 de ancho, de plano pie con la ya expresada bobeda exterior. De las otras dos quedan pocas porciones. Pero la propuesta relacion basta para conocer, lo 1.º ser este el anfiteatro mencionado por Justo Lipsio en el tratado de los que existen fuera de Roma, al cual aplaude de hermoso, aunque no pudo conseguir el dibujo.

Lo 2.º se infiere no ser tan poco lo que existe, que mereciese tan alto silencio como de Maffei que hablando de los anfiteatros solo nombra al de Itálica, con respecto á la obra de antigüedad esplicada donde se dice arruinada hasta los fundamentos como resume en su Verena ilustrada.

El tiempo á que debe referirse su ereccion no puede ser el de Escipion, porque entonces, y en casi dos siglos despues no hubo en Roma ningún anfiteatro de piedra, y cuando la cabeza del mundo no lo tenía menos lo gozaría un municipio.

El primer anfiteatro de piedra según Dion, se edificó en el cuarto consulado de Augusto. Es muy verosímil que Trajano tirase á honrar su patria con este monumento. Pero si acaso no fué este emperador puede reducirse al tiempo de Adriano. Dion Casio, en la vida de este emperador espresa que aunque nunca vino á su patria, le dió grandes honores y la adornó con sobresalientes dones.»

Plegándome á los esfuerzos que me he impuesto de compendiar en este libro todo lo que se haya escrito acerca de Anfiteatros, y que se relacionen directamente con el de Itálica, encaja aquí publicar el trabajo magnífico de Bernardo de Montfaucon, que ha vertido á nuestro idioma, para esta obra, mi distinguido amigo é ilustrado óptico D. Alfredo Aguilar, entresacándolo de su magistral monumento *L' Antiquité*, impreso en 1722.

Son tan visibles los profundos conocimientos en arqueología de Montfaucon, que á la simple vista resalta su erudición y suficiencia en esta importantísima fuente en donde necesariamente tiene que beber el historiador.

Se nos ha de agradecer este trabajo que se hace en España, por ser el primero que, según nuestras noticias, se ha publicado:

«El nombre de *anfiteatro* es griego, y quiere decir propiamente un lugar de espectáculos, hecho con dos teatros juntos, uno contra el otro, y en el que los espectadores están colocados en todo su alrededor, como lo dice Casiodoro.

El nombre *cavea*, que le señalan algunas veces y que al principio daban á los teatros, no expresa sino la parte interior que es propiamente un hueco ó concavidad. También le llaman *arena*; este nombre tiene aún hoy el anfiteatro de Nimes, al cual llaman las arenas de Nimes, y lo mismo á las de Tintiniac, cerca de Tulle, de las cuales hablaremos más adelante.

Llamábanse arenas, porque antes de comenzar los juegos del anfiteatro, esparcían arena tirándola por el aire. Según un autor antiguo, eran algunas veces Etiopes los que desempeñaban estas funciones. En seguida, dice, entraban dos Etiopes de largos cabellos, llevando pequeños odres, como los que esparcen la arena en el anfiteatro. Tal vez por ser la arena demasiado movible, algunas veces arrojaban por el circo limaduras de piedras, ó polvos de la misma sustancia. Por una mal entendida magnificencia, hizo Calígula esparcir borax en el circo, y Nerón sobrepujándolo añadió al borax polvos de bermellón. Al principio no se construían los anfiteatros sino de madera; pero después se edificaron de piedra.

El de Statilius Taurus fué el primero que se construyó de piedra en Roma en el Campo de Marte, y bajo el imperio de Au-

gusto, según Dion, lo que prueba el error de los que han dicho que el anfiteatro que aún existe medio arruinado cerca de la Santa Cruz en Jerusalem es el de Statilius Taurus; éste estaba en el Campo de Marte bastante lejos del que aún hoy subsiste. El anfiteatro de Statilius Taurus fué quemado en tiempo de Nerón y reconstruído enseguida, como parece por encontrarse señalado, según Víctor y Rufus, entre los edificios de la región novena. Vespasiano hizo edificar uno más grande y más suntuoso, de que aún hoy queda una buena parte, porque aun cuando frecuentemente haya sidó quemado y arruinado, en los tiempos antiguos, ha sido también reconstruído otras tantas veces. Entre los anfiteatros que nos quedan enteros ó medio destruídos no hay ninguno que pueda comparársele. Dice Víctor que podía contener ochenta y siete mil espectadores. La parte interior ó el piso que llamaban las Arenas, y que ocupaba la parte más inferior, era de forma oval como lo dice Casiodoro, *ovi speciem concludens*. Alrededor de las Arenas ocupando la parte más inferior, estaban situadas las jaulas ó las bóvedas que servían para tener encerrados los animales que debían pelear.

Estas bóvedas se llamaban *Cavae*, nombre que también era común á todo el interior del anfiteatro: estas especies de bóvedas ó grutas son llamadas *Cavae* en Stacio y en Trebollius Pollion, cuando cuentan que, habiendo vendido un lapidario á la Emperatriz piedras que no eran sino de vidrio, por verdaderas piedras preciosas, y habiendo ella reconocido el fraude, quiso vengarse y el Emperador Galiano su marido mandó que se expusiera al lapidario á un león, y secretamente dijo que soltasen de la jaula no un león, sino un capón. Sorprendiéndose todos de espectáculo tan ridículo, el Emperador mandó decir que el delincuente había sido castigado con una impostura y dejó en libertad al lapidario.

Las arenas estaban circundadas por una muralla sobre la que estaba el *podium*; era éste un avance del muro en forma de terraplén: esta palabra de *podium* también se encuentra empleada para avances semejantes en los templos y en las casas de los antiguos. El *podium* del anfiteatro estaba adornado con columetas y balaustradas, y éste era el lugar donde los Senadores se situaban

para ver el espectáculo; los magistrados se colocaban sobre sus sillas curules, acompañados de sus lictores y demás ministros. Este era el lugar de los Emperadores, á los cuales les preparaban una especie de trono cubierto. El *editor*, ó sea el que daba el espectáculo y los juegos, tenía su Tribunal, y las vírgenes Vestales ocupaban también el privilegio del *podium*. Aunque el *podium* estuviese elevado de doce á quince piés, no hubiesen estado seguros los Senadores de las acometidas de los elefantes, de los leones, de los leopardos, de las panteras y de las demás bestias feroces que peleaban en las arenas, si no se hubiera puesto todo alrededor redes ó enrejados de hierro para garantizar á los espectadores y no impedirles la vista. También había en los bordes del *podium* gruesos troncos de madera torneados y giratorios en su longitud que daban vueltas cuando las fieras se agarraban á ellos para subir; lo que no fué obstáculo para que en algunas ocasiones no dejasen estas fieras de hacer algunos desórdenes en las filas de los espectadores. Se procuró remediar esto, dice Plinio, haciendo euripos ó canales alrededor del circo para impedir que se aproximasen las fieras.

Encima del *podium* estaban las gradas dispuestas poco más ó menos del mismo modo que en los teatros. Las había como en éstos, dispuestas de dos modos: unas destinadas para sentarse, más altas y más anchas, y colocadas todas alrededor del anfiteatro; las otras más bajas y más estrechas, iban de alto á bajo en línea recta, atravesando los asientos, á semejanza de las de los teatros, con la diferencia de que las de los Anfiteatros, al menos en el de Vespasiano no atravesaban todas las gradas ni todos los *precinction*, sino que iban desde el medio de un *precinction*, al medio del otro, y sin duda estaban así, por temor de que si estas gradas para subir, que nada tenían de anchas, se hubiesen hecho de alto á bajo, hubiese habido confusión y obstáculos. Las gradas que servían para sentarse en el Anfiteatro de Vespasiano, tenían un pie y dos pulgadas de alto y dos piés y medio de ancho; se las construía de esta anchura para dejar libre el paso, entre dos gradas, á los que llegaban después ó á los que por alguna necesidad querían retirarse. Es menester añadir que esta anchura era también

necesaria para que los piés de los que estaban sentados en las filas de encima encontraran espacio sobre las gradas de los situados debajo. Ya hemos dicho lo que eran los *precinctions* ó cinturas: gradas más altas y más anchas que las demás y que separaban los asientos más altos de los más bajos y facilitaban el tránsito á la multitud de espectadores que acudían á la fiesta.

Desde el imperio de Calígula tenían los Senadores en el *podium* cogines extendidos bajo los piés, y les era permitido llevar ciertos gorros ó bonetes de Tesalia para preservarse de las inclemencias del viento. En el Anfiteatro de Vespasiano se notan cuatro *precinctions* contando con el que estaba en todo lo más alto inmediato al pórtico. Estos *precinctions* se llamaban también *ballei tahalies*, como quien dice cinturones ó bandas anchas. Las entradas que Macrobio llama *vomitoria*, son las puertas que había en lo alto de las escaleras en el Anfiteatro de Vespasiano. Se llegaba á estas puertas por bóvedas cubiertas ú ocultas: el número de personas que salían por estas puertas era en tal cantidad, que esto hizo que se las llamase *vomitoria*, porque parecían vomitar una multitud que no se había visto antes. También existían algunos escalones que podían servir para pasar á los asientos, asimismo para la salida de las aguas, como parece indicarlo ciertas canaletas que no podían en modo alguno servir para otro objeto. Damos aquí la forma de este Anfiteatro, según Serlio, de quien Justo Lipsio la ha sacado, agregando la de las escaleras y la de las grandes gradas. Ya hemos dicho que lo que llamaban *cunei* era lo que se encontraba encerrado entre estos *precinctions* y sus escaleras: éstas eran espacios divididos en ciertas clases. Los asientos en los teatros estaban separados según la calidad de las personas, por la ley *Roscia*: esta ley se hizo posteriormente para los anfiteatros y circos, porque al principio asistían confundidos y sin distinción de calidades; después el sitio de los Senadores fué el *podium*; los de los Caballeros Romanos eran los asientos que estaban inmediatamente después de los de los Senadores hasta el primer *precinction*, y ordinariamente había catorce hileras de asientos destinados para ellos. Cuando el número era demasiado grande y estos asientos no eran suficientes para contenerlos, se subían á

los asientos más altos. Los campesinos, los pobres y todos los que iban vestidos de color oscuro se situaban en las filas más altas y menos honoríficas.

En los grandes concursos para espectáculos extraordinarios, solían algunas veces no observar las categorías. En diferentes sitios del Anfiteatro existían tubos por los que se hacía correr líquidos olorosos con el fin de esparcir buen olor en la asamblea. Estos líquidos ordinariamente se componían de una infusión de azafrán con vino. Tendíanse toldos sobre el Anfiteatro para preservar á los espectadores de los ardores del sol; estos toldos comúnmente eran de tela, y como el lujo se mezclase en todo antiguamente como hoy, muchos autores hacen mención de toldos de Anfiteatro que eran de seda y otros de púrpura recamados de oro. Cuando no estaban tendidos los toldos, se preservaban los particulares con gorros de Tesalia, con *pilei* ó con parasoles, si se puede explicar la *umbella* de los antiguos por la palabra parasol, entendiéndola por el parasol de hoy y si la *umbella* no la llevaban sobre la cabeza.

Las *pegmatas* que según Marcial estaban en medio de la calle próximas al coliseo, eran máquinas teatrales de muchos pisos que se alzaban y bajaban con resortes, y en las cuales los gladiadores y titiriteros hacían representaciones extraordinarias. Vense estas máquinas representadas en algunas medallas. Se llamaban también *pegmatas* á tablillas de madera unidas y dispuestas de modo que sirvieran para colocar libros en las bibliotecas. El nombre de *pegma* es el mismo genérico para señalar lo que está fijado ó atado.

Otros Anfiteatros de Roma y de Italia: el de Verona.--Suntuoso anfiteatro de Capua.--El de Puzzoli.--Anfiteatro de Pola.

En Roma había varios anfiteatros: el de Statilus Taurus, de que no queda rastro; el de Trajano situado en la región novena de la ciudad como el precedente: de uno y otro no se sabe más sino

que estaban en el Campo de Marte. Hay aún en muchas ciudades de Italia Anfiteatros, de los cuales aún se ven restos, unos no son sino masas informes, otros aún conservan la forma de Anfiteatro, aunque arruinados por muchas partes. Había uno en Alba en el Lacio, del cual quedan aún, según dicen, algunos vestigios. El anfiteatro de Verona es de los más grandes y bellos de Italia; es todo de mármol; el primer muro de circunvalación está casi arruinado, no queda de él sino algunos arcos que tienen los tres órdenes de arquitectura, los unos sobre los otros. El interior está mucho mejor conservado que ningún otro anfiteatro de Italia; las escaleras que corresponden á las puertas llamadas *vomitoria* son casi semejantes á las del Coliseo. Los veroneses, llenos de un laudable celo por la conservación de las antigüedades de su ciudad, trabajan diariamente en la reparación de este noble monumento.

El de Capua, que hemos visto y considerado al pasar por esa ciudad, es de una magnificencia extraordinaria; no cede en belleza al Coliseo de Roma, y aún lo sobrepaja en cuanto á los ornamentos exteriores. Los cuatro órdenes de arquitectura se observan como en el Coliseo. El primer muro de circunvalación exterior está formado por piedras de dimensiones enormes; la fábrica, por su parte interior, es de ladrillo; en la fachada y en el primer orden de arquitectura de la parte baja, y sobre cada columna está colocada una divinidad pagana; en el segundo rango y sobre cada columna un busto de algún dios, y sobre el tercero una estatua de cuerpo entero. Estas hileras de cabezas, bustos y estatuas, que deben comprender toda la mitología y superstición paganas, forman un conjunto de lo más suntuoso que pueda verse en el mundo. No tenemos de todo este bello edificio, sino el perfil en pequeño, hecho por orden de D. César Costa, arzobispo de esta Ciudad, en el plano que mandó hacer de la antigua Capua. Los ornamentos de que acabamos de hacer mención, no aparecen ahora; pero me han asegurado que han existido antes.

El de Puzzoli está tan arruinado, que no se puede conocer nada que esté relacionado con los adornos.

También existe un Anfiteatro pequeño al pie del Montecasiño, próximo á la casa de campo de Varrón, el que nada tiene de

notable. También se encuentran restos de un Anfiteatro en Otricoli, aldea de la Umbría, bajo el cual se ven grandes trozos de construcciones antiguas. El de Hispella parece haber sido más grande, pero está tan arruinado que no puede distinguirse gran cosa de él.

El Anfiteatro de Pola, ciudad de la Istria, queda aún entero, en cuanto á su primer muro, que es de orden rústico, con tres órdenes de arquitectura; pero el tercero es mucho más pequeño que los otros. Daremos su bosquejo, como lo ha dado Serlio.

Los dos primeros pisos de arquitectura están formando arcadas, componiéndose cada una de setenta y dos arcos. Hay aún muchos más Anfiteatros en Italia. Cada ciudad tiene el suyo; todos están arruinados, habiéndose empleado los materiales en otras construcciones. Y es sorprendente que haya quedado de ellos alguna cosa, por el gran desprecio que los pasados siglos hicieron de esta clase de obras; al parecer, la dificultad de la demolición ha preservado á algunos.

Innumerables Anfiteatros en las Galias: el Anfiteatro de Nimes.--Magnífico Anfiteatro de Autun.--Anfiteatro de Tintiniac.--Anfiteatro de Itálica, en España (Santiponce, Sevilla)

Las Galias también han tenido un gran número de Anfiteatros, que no cedían en nada á los de Italia, sobre todo en las regiones meridionales, como la Provenza, el Languedoc y la Juiena; pero han tenido menos cuidado en su conservación que en Italia.

Encuéntranse restos de un Anfiteatro en Fréjus, ciudad episcopal. Arlés también tiene escombros de un bello Anfiteatro. El de Nimes es, sin contradicción, el más entero de los que hoy subsisten. Es de orden dórico con dos órdenes de columnas, sin contar con otro más pequeño que lo termina en su parte superior. El interior del teatro, según el dibujo hecho por orden de M. Fle-

chier, arzobispo de Nimes, é impreso con el plano geográfico de su Diócesis, tiene algo que no se ve en los otros. No hay escaleras para llegar á los asientos; pero se ha suplido éstas construyendo mayor número de puertas llamadas *vomitoria*, lo que da más facilidad al pueblo que acudía en tropel. Yo no observo los *precinctions*; pero esto puede ser falta de habilidad en los que han hecho el dibujo. También en Burdeos había un Anfiteatro de gran extensión, del cual he visto grandes restos informes y en el cual se distingue con facilidad su forma oval; pero también es lo único que se puede conocer. Varias veces he estado en él y puedo recordar que el campo ó las *arenas* de este Anfiteatro son de las más grandes, y tal vez no cedan en extensión á las del Coliseo. Hay también restos de un Anfiteatro en Saintes, pero éste es mucho más pequeño que el de Burdeos.

Lo que resta del Anfiteatro de Autun, que es la antigua Bibracta, una de las más grandes y hermosas ciudades de las Galias, puede darnos una gran idea de este edificio. La fachada exterior era de cuatro pisos, como la del Coliseo; sobre el dibujo que he copiado de Auberi, parece que hay *vomitaria* para llegar á los asientos, ó sean puertas que conducen á las escaleras dispuestas aproximadamente como las del Coliseo. No están marcados los *precinctions* ó sean esas cinturas que hacían distinguir los asientos superiores de los inferiores; pero ese detalle se habrá sin duda escapado al que nos ha dado este dibujo, no siendo posible que un Anfiteatro tan grande como éste, y en el que la gradería de los asientos es tan larga, estuviera desprovisto de ellos. Nosotros lo presentamos aquí tal como lo ha hecho grabar Auberi; nos da la forma de un instrumento que fué encontrado y que se cree haya servido para trabar á las fieras encerradas en los calabozos del Anfiteatro. Dicen que en los alrededores de Autun se encuentran escombros de varios Anfiteatros. Manifiesta esta circunstancia la importancia que esta ciudad ha tenido anteriormente, y así parece ser por los restos de hermosos edificios antiguos que se ven, tanto en la ciudad como en sus alrededores. También existen restos de Anfiteatros en Mens, en Orange y un gran número de ciudades de las Galias.

Justo Lipsio nos ha dado por Anfiteatro algunos restos de un edificio extraordinario que se encuentra en Docien en Anjou, y que en 1584 subsistía aún una parte de ellos, en cuya fecha fué levantado el plano. Pero M. Hadrien de Valois, en su *Noticia sobre las Galias*, ha hecho ver que esto era uno de los castillos de los antiguos reyes de Francia y que nunca fué Anfiteatro.

En cuanto á las arenas ó al Anfiteatro de Tintiniac, no sabemos más sino lo que el ilustre M. Baluze nos enseña en su *Historia de Tulle*, su patria: «Había antes; dice, á una legua de Tulle, en la parroquia de Nave, en el territorio de Tintiniac, una ciudad populosa de la que aún quedan muchas ruínas y entre otras cosas un anfiteatro de doscientos piés de largo y ciento cincuenta de ancho, del cual he visto en mi juventud los departamentos y las cuevas que aún hoy existen. En ellas se encuentran muchas medallas de los Emperadores, algunas de oro; antiguas urnas de piedra, de barro cocido, de cristal, instrumentos de sacrificios, cabezas de hombres y mujeres en mármol, hasta una corona de laurel que parece ser de algún Emperador. Se han encontrado también antiguos tubos de barro cocido, que habían servido para algún acueducto, un pozo tan profundo que nunca se ha podido encontrar el fondo y muchos otros antiguos monumentos». Los antiguos geógrafos y los historiadores jamás han hecho mención de ciudad alguna en este lugar; tampoco se ha hablado en los antiguos títulos de las Iglesias y de los Monasterios. El lugar en que están las ruínas de este anfiteatro aún hoy se llaman *Las Arenas de Tintiniac*, del mismo modo que los habitantes de Nimes y Arlés les llaman á sus anfiteatros *Las Arenas*. Se podrá quizás conjeturar por eso que esta ciudad se llamó antiguamente Tintiniac, á menos que sea la *Ratiastum* de Ptolomeo.

A todos estos Anfiteatros hay que agregar el de Itálica, cerca de Sevilla, que me ha enviado D. Manuel Martí, deán de Alicante, muy competente en antigüedades y bellas letras; su disertación sobre el teatro de Sagunto es una prueba de su erudición. Agrega al plano del Anfiteatro su perfil, tal como está hoy, es decir, todo destrozado y arruinado, casi hasta los cimientos. Como este perfil no tiene sino informes escombros, y sería inútil hacer-

lo grabar, nos contentaremos con representar aquí el plano. Este Anfiteatro se había conservado en su totalidad hasta estos últimos tiempos; pero los magistrados de Sevilla, al ver á su ciudad amenazada por la inundación de las aguas de su río, ordenaron su demolición para servirse de los materiales y construir defensas contra la inundación. El Anfiteatro fué arruinado por esta razón, y hoy no queda sino lo que la dificultad de la demolición ha podido salvar. Este Anfiteatro concuerda con el de Nimes, en que el *podium*, que es la primera elevación sobre la arena, era muy ancho; éste, como ya hemos dicho, era el lugar ó plaza de los Senadores y Magistrados. Las puertas que corresponden al *podium* son en uno y otro altas y anchas; por ellas es, al parecer, por donde los Senadores y Magistrados entraban para ocupar sus asientos. También podían ellas servir á los Caballeros que ocupaban las primeras gradas y los primeros asientos encima del *podium*. Las escaleras del teatro de Itálica descienden desde los más altos asientos de la gradería superior hasta el *podium*.»

Oigamos la descripción que del Anfiteatro hace D. Justino Matute, en su agotado libro *Bosquejo de Itálica*, impreso en 1827:

«Yace el esqueleto de este Anfiteatro al Norte de la ciudad de Itálica, y á la vista de su muralla, en un pequeño valle formado de dos collados. Su figura es ovalar, cuyo diámetro mayor de Oriente á Poniente es de 291 piés y el menor de 204.

Componíase la fábrica de dos cañones abovedados á distintos pisos. Los cañones seguían la misma forma ovalada, ciñendo el edificio: por el primero se salía al Podio y por el segundo al gradillage, donde se colocaba el pueblo.

El Podio tenía 9 pies de ancho y estaba elevado de la arena más de 10; en él para gozar de más cerca el espectáculo, se colocaban los magistrados en sus sillas: á éstos seguían los caballeros y en los demás se repartía el pueblo. No obstante la altura del

Podio, se le ponían delante cuerdas enrejadas ó *canceles*, para más asegurarle de los saltos de las fieras.

El cañon concéntrico era de 11 piés de ancho, cuyas paredes estaban revestidas de piedra de Gerena, pueblo allí inmediato, y por 16 puertas, ocho á cada lado, que llamaban *Vomitorios*, daba salida al Podio, y quizás á sus más cercanas gradas, destinadas que fueran para los caballeros.

El cañon exterior más dilatado y estrecho, dirigía al terrado que cubría en derredor la fábrica, ó fuera galería cubierta, para resguardar al pueblo en ocasión de lluvias.

De aquí á iguales distancias bajaban 16 escaleretas para que los concurrentes pudieran con mayor facilidad colocarse en las gradas, cuyo ancho era de dos piés y dos y medio de ancho.

Veinte de éstas contaba Rodrigo Caro; mas en el día apenas llegan á 15, aunque ya muy rozados los asientos; y suponiendo que algunas de estas gradas estuviesen del todo destruidas, podrá conjeturarse que desde el Podio al terrado tenía el gradillage 15 varas de altura. Dichas escaleretas eran estrechas y sus pasos solo de un pie de alto y otro de ancho, en que solían quedarse los que, por venir tarde, no encontraban asiento en las gradas, á los cuales llamaban *excuneatos*.

La total circunferencia estaba dividida por medio de estas escalerillas, de alto á abajo, en 16 porciones iguales, á que por la figura decían cúneos ó cuñas, y que por la misma se deja conocer que las gradas inferiores y más cercanas al Podio, eran más estrechas que las superiores.

Es de notar que en nuestro anfiteatro no se advierte la *precincion*, conocida en otros de su especie; cual era tener en el centro de las gradas una más alta y ancha que las demás, la cual marcaba dos porciones alta y baja, y por ella pasaba el pueblo, dirigiéndose cada uno á ocupar su asiento ó á retirarse, sin incomodar á los demás concurrentes.

Esta observacion hace creer que los caballeros en el de Itálica ocuparían las fajas laterales del Podio, pues en él no se advierte alguna distinción, ni el número de gradas, que por la ley correspondía á su clase.

Hoy tambien se descubren en la pared intermedia de ambos cañones por la parte superior, unos taladros ó conductos perpendiculares, como si fuesen respiratorios, de cosa de ocho pulgadas, que Rodrigo Caro reputó tubos urinatorios y aun el P. Florez imaginó que pudieran servir para esparcir por el teatro perfumes con que se deleitaban.

Yo creyera que más bien estarían destinados para fijar maderos que suspendiesen los toldos, que moderaran los ardores del sol, precaución que en nuestro suelo sería más agradable que todos los perfumes de la Arabia.

No así podrá indicarse el destino que tenían dos separaciones subterráneas, en medio del diámetro menor debajo del Podio, una á cada lado de 20 pies de largo y 12 de ancho, en forma de cañon de bóveda por arista. Desde ellas partían unas escalerillas de 9 escalones de 4 pies y otras tantas pulgadas de ancho y 9 pulgadas de alto, soladas de ladrillos cuadrados de pie y medio, las cuales daban salida al piso de la plaza ó arena, por espacios de 12 pies de largo. Ciertamente no podemos fijar el uso de estas piezas, pudiendo ser tantos. ¿Serían cárceles, descanso para los heridos, sitio para desnudarse y ungirse los gladiadores; ó acaso lugar de comodidad para los magistrados?

El total de la fábrica es de mampostería gruesa unida con argamasa fortísima, en que se notan concreciones marinas con caracoles y conchas incrustadas, productos sin duda, de los montes inmediatos, que conservan todavía tales recuerdos del diluvio. En mis visitas repetidas á Itálica he observado la destruccion sucesiva de tan insigne obra por mano de hombres, que cierto la naturaleza no se atreviera á tanto, y en el año 1822, encontré una gran parte derrocada, y pude advertir en ella ladrillos de media vara castellana y una tercia de ancho á los que Plinio llama *didoros*, los que me inclino fueron posteriores á la construccion del edificio en alguna reparacion que en él se hizo.

Veniase al Anfiteatro por 3 grandes bóvedas, que servían de entrada por la parte de la ciudad, de que sólo permanece un cañon de 79 pies de largo y 18 de ancho de plano pié con la expresada

bóveda exterior, que dirigia á las gradas: las otras dos, apenas las vemos indicadas.

Acerca del tiempo de su erección tampoco encontramos memoria, habiendo quién la atribuya á Trajano y otros á Adriano, ambos naturales de Itálica y muy inclinados á grandes obras.»

En el Sumario de las *Antigüedades romanas* que hay en España, por D. Juan Agustín Ceán Bermúdez, impreso en Madrid, 1832, se lee lo siguiente con respecto á nuestra Itálica:

«El vulgo la llama Sevilla la Vieja porque está cerca de Sevilla, como acostumbra hacer con otros pueblos y des poblados en que hay ruinas contiguas á grandes ciudades.

Llamáronlo en lo antiguo Sanctius ó Santios, hasta que Escipión el Africano después de haber arrojado de España los cartagineses, juntó en esta antigua ciudad el año 547 de la fundacion de Roma todos los soldados romanos que habían quedado estropeados de las anteriores batallas, dándole el nombre de *Itálica* y el derecho de municipio en la región de los turdetanos. Todavía llaman campo de Talca al terreno que la rodea.

He corrido y examinado en varias ocasiones el terreno que ocupó Itálica, desfigurado ahora con un olivar, en el que se tropieza á cada paso con trozos de columnas, de capiteles, de basas, de cornisas y de otros miembros de arquitectura, y se ven cimientos y paredones de templos, termas, teatro, muralla y de otros edificios públicos con que estaba enriquecido este célebre municipio.

Pero las ruinas que sobresalen entre todas son las del Anfiteatro, situado al Norte y algun tanto separado de la antigua poblacion. Su materia es de piedra y de fortísima argamasa, y su figura elíptica. El diámetro mayor de Oriente á Poniente es de 291 pies castellanos, y el menor de Norte á Sur de 204. Subsisten las quince gradas horizontales y paralelas que le circunden

en lo interior: cada una tiene 2 pies de alto y 2 y medio de ancho. No la dividen precinciones, señalando clases para la nobleza y la plebe, como en otros teatros y Anfiteatros Romanos, pero tiene cuneos en disminución y en forma de cuñas, por los que bajaban los espectadores desde lo alto hasta el Podio á ocupar sus asientos. Son 16 los cuneos en cada lado, con muchas gradillas de un pie de alto y de otro de ancho cada una.

Está fundado este gran edificio sobre bóvedas. La primera tiene comunicación con el podio, en el que se colocaban los magistrados, para que, estando más cerca de la arena en que se lidiaban las fieras, pudiesen hacer observar el órden que se debía guardar en este espectáculo. Estaba el podio elevado de la arena más de 10 piés y tenía de ancho 9. El cañon de esta primera bóveda, que se conserva casi entero, está revestido de sillares, y su anchura de 11 piés. La otra bóveda exterior es más ancha, y sostiene, además de las gradas, la parte superior y exterior del edificio que existe. Hay otras dos bóvedas subterráneas debajo del podio con dos puertas ó salidas á la arena, una enfrente de otra, á las cuales se sube por dentro por dos escaleras de 9 pasos cada una, enlosadas con ladrillos de pie y medio en cuadro, y es de advertir que desde las mesetas en que terminan estas escalerillas se va á otros subterráneos, cuyo uso no puedo atinar, pues no parecen encierro de fieras, ni de malhechores condenados á ellas, ni descanso de gladiadores.

Se descubren en la pared exterior de la bóveda principal unos tubos que bajan desde lo alto, y parecen haber servido de urinarios.

Se iba al Anfiteatro por tres grandes pasadizos cubiertos, que se dirigían á la puerta y fachada principal, de la que no ha quedado rastro ni señal alguna, ni de todo lo demás exterior que le adornaba, y que yo me figuro sería semejante en magnificencia á los de Roma, Verona y Nimes, pero permanece un trozo del primer pasadizo que tiene 79 piés de largo y 18 de ancho, y pequeñas partes de los otros dos: todo de piedra y de argamasa como lo demás del edificio.

Del empeño que tendrían los dichos emperadores de enrique-

cer y adornar su patria, nadie lo dudará, cuando Dion Casio, hablando de Adriano, dice que dió á su patria grandes honores y la adornó con grandes construcciones. Con sus materiales se construyeron muchos edificios modernos en los pueblos del Aljarafe, el camino real que va de Sevilla á Badajoz y pasa muy cerca del Anfiteatro, en el que yo vi trozos de cornisas y pedestales convertidos en guarda-ruedas.

El año 1800 se descubrió en Santiponce un mosaico de más de 16 piés de largo y 12 de ancho, que representaba un carro triunfal tirado de çaballos, las nueve musas de medio cuerpo, adornado con una graciosa orla de grecas y de figuras geométricas.

Al año siguiente lo examiné y saqué un dibujo. Después lo he visto publicado con exactitud por artistas franceses.»

Coronaremos estos trabajos con la descripción que hace de este monumento el nunca bastante llorado D. Demetrio de los Ríos, en su libro *El Anfiteatro de Itálica*, impreso en 1862 por la Academia de la Historia.

En el mismo dice que sus constructores usaron lo más selecto en los trabajos de sillería, ladrillos y hormigón, que la piedra era procedente de las canteras de Gerena, que cabían en el mismo 21.300 espectadores repartidos entre su podio, *ima cavea*, en la media y en la *summa*, excuneatos, velarios y sobre la terraza, desprendiéndose de este dato la suma importancia que tendría en población Itálica.

En el plano que adosa á su obra, y como resumen de sus técnicos trabajos, señala:

- I. Arena.
- II. Diez Avenidas á la arena y á la *ima cavea*.
- III. Cuatro escaleras para dicha *cavea*.
- IV. Doce puertas en el podio para salir á la arena.
- V. Podio.

- VI. Primera bóveda anular desconocida en su interior.
- VII. Segunda bóveda anular. Departamentos de N. y S. para descanso de los Magistrados.
- VIII. Tercera y cuarta bóvedas anulares, de las que se conoce la tercera.
- IX. Diez avenidas que se conocen del segundo cuerpo; cuneos formados por muros normales á la elipse.
- X. Escaleras practicadas entre dichos muros para el segundo cuerpo.
- XI. Quintas y sextas bóvedas anulares deducidas de varios datos.
- XII. Diez puertas para el uso del pueblo.
- XIII. Escaleras practicadas en el interior del muro foral para subir á la terraza anular de los velarios.
- XIV. Cuatro lugares para los designatores en la *prima cavea*.
- XV. Grupo de gradas más altas que las demás.
- XVI. Cuatro vomitorios de la *ima cavea*.
- XVII. Diez y seis vomitorios en cada cuerpo ó cavea.
- XVIII. Diez escaleras para uso de los espectadores.
- XIX. Primera, segunda y tercera prescinción.

Destrucción del Anfiteatro de Itálica.—Descubrimiento de la arena.—Inauguración de la misma.—Nombramiento de guarda.—Visita de la Reina Doña Isabel II.—Acuerdos importantes de la Diputación Arqueológica.

En la monografía de Montfaucon hemos visto que los magistrados de Sevilla determinaron destruir el Anfiteatro para hacer un muro de contención contra las grandes avenidas del Guadalquivir.

Esto es tan cierto, que se nota en la posición vertical que ocupan los lienzos del mismo estar volados con pólvora, y á este propósito le escribía Martí en 1712 al Marqués de Maffei, diciéndole «que habiéndose determinado construir un muro contra el furor del Guadalquivir, que amenazaba entrarse en Sevilla, se mandó demoler el Anfiteatro de Itálica, que permanecía en su mayor *integridad y hermosura*, para que sus despojos sirvieran á la obra proyectada.

Al punto se le acometió con picos, barrenos y pólvora; pero su misma solidez estorbó que se llevase á cabo tan ruín determinación.

Sin embargo, aquella vasta mole, destinada otro tiempo al placer de los dominadores del mundo, hoy se rinde á más rústicas y feroces fuerzas con menos urgente necesidad, y cada día vemos echadas por tierra enormes masas para construir miserables albergues.»

Ya en este siglo, en 1834, oímos quejarse á Ceán Bermúdez de que los materiales de aquellas venerandas ruínas servían para hacer la carretera de Sevilla á Badajoz.

Más adelante y en una nota de la edición que hizo la casa Gaspar y Roig de la *Historia de España* del jesuita Mariana en 1848, se dice:

«La ignorancia de una autoridad política de nuestros días, ha hecho volar parte de estas ruínas dignas de respeto, y aquel resto ha quedado volado, y el camino no se hizo.»

Por lo visto, los ataques vandálicos seguían á la orden del día, cuando M. Latour, en su obra *Séville*, decía en 1855, que los escombros del Anfiteatro, servían para hacer la carretera de Extremadura, y que en dicho año un ingeniero solicitó del gobernador de Sevilla licencia para extraer de aquellas ruínas piedras para el mismo camino.

Pero cuando el escándalo subió de punto, fué cuando un periódico de Sevilla publicó en dicho año el siguiente suelto:

«QUE LO SEPA TODO EL MUNDO.—El señor gefe de ingenieros de la provincia de Sevilla, que en oficio pasado al señor gobernador de la misma, propone como recurso para componer las carreteras, los restos de las sagradas ruinas de Itálica, donde

rodaron de marfil y oro las cunas

de Trajano, Teodosio, Adriano y tantos otros hombres eminentes en sabiduría, en valor y en santidad; el que califica de vulgares preocupaciones el respeto hácia aquellos venerandos y mal escavados despojos; el que no tendría reparo en destruir el circo máximo, las fuentes, las termas y tantos otros recuerdos de aquellos siglos de grandeza, es el señor don José Soler de Mena, á quien recomendamos con tan plausible motivo al señor ministro de Fomento. Justo, muy justo es que tanta fecundidad de recursos tenga su premio, como no dudamos le obtendrá.»

Esto dió margen á que las autoridades y las Diputaciones provinciales y arqueológicas tomaran cartas en el asunto, levantándose la adjunta acta, que como documento curioso publicamos aquí:

«Reconocimiento practicado en las ruinas de la antigua Itálica, de orden del señor gobernador de la provincia.»

ACTA.

El día 5 de diciembre de 1855, se reunieron en los campos que fueron Itálica los Sres. don Mariano Castillo, gobernador de esta provincia, don Antonio Aristegui y Ponce, individuo de las Diputaciones provincial y Arqueológica, don José Maria de Alava, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, auditor honorario de guerra, catedrático de jurisprudencia de esta Universidad literaria, académico correspondiente de la real de la historia y de la arqueológica de Roma, etc., don Miguel de Carvajal y Mendieta, primer jefe de administracion civil, comendador de número de la orden de Carlos III y ordinario de la de Isabel la Católica, maestrante de la de esta ciudad y vocal de la comision de monumentos históricos y artísticos, don Juan José Bueno, director y socio fundador de la Diputacion Arqueológica de esta provincia, decano actual del ilustre colegio de abogados de esta ciudad, bibliotecario primero de la Universidad literaria, doctor en la facultad de jurisprudencia de la misma, presidente de la seccion de ciencias del liceo artistico y literario, individuo de la Academia de nobles artes de primera clase, y de otras corporaciones científicas y literarias, D. Lorenzo Cardenal, ingeniero jefe de segunda clase del cuerpo nacional de caminos, canales y puertos, segundo jefe del distrito de Sevilla, don Antonio Sanchez-Castilla, abogado del ilustre colegio de esta ciudad y secretario del gobierno de provincia, don Demetrio de los Rios, arquitecto de la academia de nobles artes de San Fernando, procedente de la escuela especial, individuo de la de Bellas Artes de Sevilla y catedrático de su escuela, don Leon Carbonero y Sol, caballero de la orden militar de San Juan, catedrático de la Universidad de Sevilla, sócio de mérito de la academia española de Arqueologia; etc., los socios corresponsales de dicha academia é individuos de la Diputacion Arqueológica de esta provincia don Manuel M. Bascones,

don Antonio del Canto y Torralbo, don Manuel Gonzalez y Reinoso y don José Sanchez Reciente, abogado de este ilustre colegio, don José Maria Bandaran, de la Diputacion Arqueológica y los secretarios de la misma don Antonio Maria Ariza, abogado de los tribunales de la nacion y don Francisco Collantes; en virtud de acuerdo tomado el 27 de noviembre último en junta de corporaciones y personas científicas, convocadas por el señor gobernador para esclarecer debidamente la cuestion promovida en la imprenta periódica, con motivo del reparo que está haciéndose en la carretera de Estremadura. Unánimes los señores presentes en hacer constar la verdad de los sucesos, porque no de otro modo debían tratar de este asunto, determinaron practicar un escrupuloso reconocimiento, en el ámbito que ocupó la antigua ciudad, examinando al mismo tiempo la naturaleza de los trabajos practicados, y cuantos antecedentes así oficiales como particulares pudieran servir para patentizar los hechos. De este reconocimiento, tan minucioso como exigía la importancia del asunto, verificado no solo en aquellos lugares donde se conocían los restos de la Colonia, sino también en los campos en que hasta ahora no se había descubierto vestigio alguno, resultó lo siguiente:

1.º Que autorizado el señor Ingeniero jefe del distrito de Sevilla para recojer la piedra suelta é informe, que en pequeñas cantidades y sobre la superficie del terreno existe en las inmediaciones de la villa de Santiponce, la cual emplean sus vecinos en la construcción de casas, dispuso comenzasen los trabajos hácia el P. del anfiteatro y el padrón de un olivar contiguo, descubriéndose á consecuencia de esta operación un trozo de cimiento de mampostería ordinaria de 90 metros, perteneciente al parecer al recinto de la ciudad; pero que ausente entonces el ingeniero encargado de dirigir los trabajos, los operarios habían profundizado, contra las órdenes recibidas, haciendo una escavacion de donde estragaron algunos materiales que formaban parte del cimiento.

2.º Que no muy distante de esta muralla, y frontero á las termas, se han puesto al descubierto, con loable esmero, dos muros de 27 metros de longitud, que dejando espacio entre sí para una gran crujía, sustentaban una bóveda construída de hormigon,

y aun cuando no es fácil consignar ahora cuál sería el destino de aquel edificio, se considera muy importante, porque se observan vestigios de otros restos en las inmediaciones.

3.º Que al nivelar el piso de una calle dentro del pueblo con el objeto de llevar materiales á la carretera, se han encontrado los cimientos y parte de otro edificio público tambien importante, si se atiende á que están formados por dos hiladas de grandes sillares, asentados con planchas de plomo y barras de hierro, notándose en el mismo punto otros cimientos de mampostería y los restos de una vertiente que iba en direccion al río.

4.º Que en las ruinas hasta ahora conocidas, así como en el anfiteatro, no han tocado los trabajadores; pues si bien recogieron algunos escombros en sitio nombrado el *Palacio*, ningun daño han experimentado los muros, que hoy pueden examinarse mejor, porque esta operacion se ha hecho con señalada inteligencia.

En vista, pues, de lo que va manifestado, los que suscriben declaran que los trabajos hechos en las ruinas de Itálica suspendidos desde el día 27 de noviembre último, en nada han perjudicado á su conservacion, pues si bien un descuido involuntario, segun aseguró el señor ingeniero, pudo hacer que se destruyese parte del lienzo de muralla recientemente descubierto, la presencia del director de los trabajos á tiempo de evitarlo, puso término á la demolicion, siendo esta la única falta que puede lamentarse. Pero al compararla con los descubrimientos que se han hecho, encontrando un ángulo del polígono que circuía la antigua poblacion con tres resaltos ó torres cuadrilongas separadas como á la distancia de un tiro de flecha y dos edificios de mucha importancia, los amantes del estudio de las antigüedades, lejos de tener que deplorar las escavaciones hechas últimamente han alcanzado con ellas un dato muy precioso para dirigir en lo sucesivo sus exploraciones con la seguridad deseable á fin de conocer la estension, hasta ahora ignorada, de ese pueblo celeberrimo.

El señor gobernador, de acuerdo con los individuos que se han nombrado, dictó las medidas conducentes para la conservacion de estos restos venerandos, ofreciendo por último que escitaría el conocido celo de la Excm. Diputacion provincial, para que desde

luego se nombrase un guarda que cuide de su custodia, dándose por terminado el acto que firman.—Mariano Castillo.—Antonio Arístegui.—José Maria de Alava.—Miguel de Carvajal y Mendietta.—Juan J. Bueno.—Lorenzo Cardenal.—Antonio Sanchez-Castilla.—Demetrio de los Rios.—Leon Carbonero y Sol.—Manuel M. Bascones.—Antonio del Canto y Torralbo.—Manuel Gonzalez Reinoso.—José Sanchez-Reciente.—José Maria Bandaran.—Antonio Maria Ariza.—Francisco Collantes.»

Como este libro lo escribimos inspirado por el sentimiento de un deber y la conciencia de un derecho, no podemos por menos de disentir del criterio que informa la preinserta acta.

El ingeniero nunca y jamás debía haber atentado contra los restos de estas respetables ruínas, ni aun para *recoger la piedra suelta é informe*, porque en estos pequeños despojos van mosaicos y otros objetos, que podrían dar alguna luz á la arqueología italiana. Esto sería sentar un criterio semejante como si un industrial elevara una solicitud al gobierno para hacer botones de las falanges ó apófisis del esqueleto de algún gran hombre de los que yacen aquí, como San Fernando, Alonso *el Sabio*, *Álvar el Bueno* ó D. Fadrique Enríquez de Rivera, por considerar estos restos *pedazos sueltos é informes*.

¡Bonita manera de raciocinar! Examinando el acta vemos que concluye como el final de la zarzuela *El último mono*, cargándole la culpa á los trabajadores.

No tratamos de zaherir ni á la memoria de los ya difuntos firmantes, ni al respetable nombre de los pocos que viven; pero severos historiadores de Itálica, bueno es asentar que anduvieron parcos en este asunto.

A otra triste consideración se prestan estos actos. Desde el año 1848, que se venían denunciando estos abusos, hasta el de 1855 en que se levantó el acta, ¡cuántas profanaciones y despojos no se cometerían!

Por los años 1856 y 57 se dió principio por la extinguida Diputación Arqueológica á la limpia del Anfiteatro para descubrir su arena y subterráneos. Para estas excavaciones se contaba con los recursos que suministró la Diputación provincial y más adelante con 2.500 pesetas que donó D.^a Isabel II.

Se quitó la tierra que cubría al Anfiteatro hasta por encima del podio, dando por resultado el descubrir las *precintiones*, que todos los analistas del mismo, según ya hemos visto, negaron que existieran.

Después, y para evitar nuevas profanaciones en tan venerandos restos, se convino en crear una plaza de guarda, acertada disposición cuyo acuerdo dice así:

«*Diputación Arqueológica de la Provincia
de Sevilla.*»

La Excma. Diputación provincial ha acordado establecer un guarda en las ruínas de Itálica, á quien se dotará con 2.400 reales ánuos satisfechos por mensualidades vencidas. Los aspirantes á esta plaza, que han de ser precisamente licenciados del ejército, de 30 á 50 años de edad, de la clase de cabos ó sargentos, con buena hoja de servicios y con algunos conocimientos de albañilería; pueden presentar sus solicitudes en la Secretaria de esta Diputación, calle de los Monsalves, núm. 25, acompañando los documentos que justifiquen aquellos requisitos, hasta el día 20 de Marzo próximo; á fin de que al siguiente se haga la propuesta al Cuerpo provincial del individuo que considere esta Sociedad con mejores antecedentes.

Sevilla 26 de Febrero de 1856.—El Secretario, *Antonio M. Ariza.*»

El domingo 20 de Mayo de 1862 se reunió en las ruínas de Itálica la Diputación Arqueológica con el fin de inaugurar las excavaciones practicadas.

En una altura conveniente, para que desde ella pudiera divisarse el Anfiteatro, se había levantado una espaciosa tienda adornada con banderolas y alfombrada con flores rústicas y yerbas aromáticas que embalsamaban el ambiente. A las tres de la tarde llegó el Sr. Gobernador civil de la provincia, acompañado de 16 individuos de la Diputación, que ocupaban cuatro carruajes, siendo recibidos por una Comisión compuesta de los Sres. Hernández, Collantes y Secretario Ariza, á los cuales estaba encomendada la dirección de la ceremonia. A las tres y cuarto llegó una Comisión de que formaban parte los Sres. Gago, pro., Lionnet, Cabriñana y Rapín, que habían pasado á la hacienda del Sr. D. Fernando Rodríguez de Rivas, para examinar las antigüedades descubiertas en la misma. Los concurrentes ocuparon una galería cubierta que domina las ruínas, é inmediatamente se abrió una sesión extraordinaria, presidida por el Sr. Gobernador civil, que tenía á su derecha al Presidente de la Diputación Sr. Bueno, y á la izquierda al Secretario Sr. Ariza: estos señores indicaron el objeto de aquel acto solemne, que no era sólo inaugurar el humilde monumento que se ha colocado en el Anfiteatro, sino también el ocuparse de la manera de continuar las excavaciones en lo sucesivo con el mejor éxito. Por el Sr. Marqués de Cabriñana, y á excitación del Sr. Presidente, se leyó la célebre oda de Rioja con una ligera biografía del ilustre poeta; por el Sr. Lamarque, la oda de Rodrigo Caro; por el Sr. Bueno, la oda de D. F. Núñez; y por el Sr. Collantes, el soneto de Pedro Quirós. El Sr. Cisneros leyó una Memoria alusiva al acto. El Sr. Marqués de Cabriñana un soneto á las ruínas de Itálica. El Sr. Lamarque una oda á las ruínas y dedicada á la Diputación; y por último, el Sr. Bueno un soneto y una octava.

Terminada la sesión, se trasladaron los concurrentes al centro del Anfiteatro, donde está colocado el trozo de columna que constituye el monumento, en el cual se han grabado los siguientes versos de Rioja:

Este despedazado anfiteatro
Impío honor de los dioses cuya afrenta.

Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.

Diputación Arqueológica de Sevilla MDCCCLXII.

Visitadas después las ruínas inmediatas, se trasladaron las personas que asistieron á la tienda, en cuyo centro estaba preparada una mesa cubierta de manjares, dulces y vinos. En este momento llegaron los Sres. Ríos y Colón; el primero de los cuales leyó una Memoria relativa al progreso de las excavaciones de algún tiempo á esta parte. Durante la comida brindaron los Sres. Gobernador civil, Bueno y Almonte. Poco después visitaron los concurrentes el resto de las ruínas, regresando enseguida á la ciudad. En la sesión reinó gran entusiasmo y una extraordinaria animación.

Concurrieron los Sres. Gobernador civil de la provincia, Bueno, Cabriñana, Gago, Lionnet, Rapín, Pila, Cisneros (D. Antonio), Lamarque, Collantes, Hernández, Almonte, Fernández, de los Ríos, Cañaveral, Ojeda, presbítero, Cortés, Ariza, y en representación de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia, el Sr. Colón. A causa del mucho calor que se hizo sentir á la hora para que se citó á los socios, dejaron de concurrir muchos señores.

El 23 de Septiembre de 1862 fueron visitados Itálica y el Monasterio de San Isidro del Campo por S. M. la Reina Doña Isabel II, acompañada de la Corte, en el viaje que hizo en el mismo año á Sevilla.

Por iniciativa de la Academia Arqueológica y Comisión de Monumentos históricos, y de acuerdo con el Municipio y Diputación Provincial, se ofreció el espectáculo de asistir, en la tarde

del referido día, la Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío, y comparsas bulliciosas con las bandas de música de los pueblos comarcanos.

Se erigieron arcos triunfales en los pueblos de Camas y Santiponce, levantándose una tienda para SS. MM. frente al Anfiteatro. Penetró D.^a Isabel en el mismo, en donde estaban enhiestos estandartes simulando á los de los romanos, de color morado, guarnecidos de flecos de oro, leyéndose los nombres ilustres que ennoblecieron la Colonia itálica. Las letras estaban esculpidas en cobre galvanizado.

En nombre de las autoridades y corporaciones fué recibida S. M. por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, pronunciando éste un discurso.

Los Sres. Duque de Tetuán y Ministro de Fomento prometieron una sincera voluntad de contribuir á los trabajos de exhumación, siendo lo más peregrino que todo ha quedado en promesas.

Al detenerse la comitiva en el centro del Anfiteatro, junto al pilar que lleva los versos de Rioja, el espectáculo que se ofrecía á la vista era imponente. A lo lejos el cerro de Santa Brígida, en cuya cúspide ondeaba el pabellón nacional. En los declives de aquellas cadenas, en descenso gradual, heterogéneos grupos—diferenciados por banderas con divisas é inscripciones—prorrumpiendo en exténtóreos gritos de ¡Viva la Reina!

En un repecho un escuadrón de lanceros, cuyos cascos descomponían los moribundos rayos del sol.

En el valle la tienda y algo retirado el coro de la Juventud Filarmónica en traje andaluz y uniforme, con guitarras, panderas, flautas y violines.

La Reina contestó al discurso del Sr. Apodaca con extrema complacencia. En este momento el infatigable arqueólogo señor Ariza presentó á S. M. un lindísimo camafeo encontrado en aquellas excavaciones.

Después de hacer un minucioso examen de estas ruinas, SS. MM. se retiraron á las seis y media de la tarde, yendo á rendir un tributo de admiración al Monasterio que guarda las cenizas del héroe incomparable de Africa y de Tarifa.

Como recuerdo de esta excursión se ha colocado en la parte derecha y alta del Anfiteatro una lápida, la cual existe en nuestros días y que publicaremos en lugar oportuno.

El Anfiteatro itálico ha sido visitado desde Felipe IV por todas cuantas personas reales han venido á Sevilla, y además puede asegurarse, sin temor á dudas, que el 95 por 100 del turismo, en sus excursiones por Andalucía, ha admirado tan excelsas ruínas.

Muy interesantes creemos también los acuerdos tomados por la Diputación Arqueológica, con respecto á Itálica, en 1865 y que en su número de 26 de Julio de dicho año publicó *La Correspondencia de España*.

Dice así:

«La Diputación Arqueológica de Sevilla ha presentado al Excmo. Cuerpo Provincial un luminoso informe como resultado de la visita girada á las ruínas de Itálica y ex-Monasterio de San Isidro del Campo. En este bien meditado trabajo, se pide el remedio de los muchos destrozos que se advierten en el citado ex-Monasterio, y para que los trabajos de escavaciones continúen y se conserven aquellos preciosos restos de la grandeza romana.

La Excmo. Diputación Provincial, que tan celosa se ha mostrado siempre por las glorias de nuestro país, ha acordado acceder á todo lo propuesto por la ilustrada Corporación Arqueológica, disponiendo que se dedique cierta suma á la reparación del Monasterio; que los frescos notabilísimos que existen en uno de sus patios, se pongan á cubierto de nuevas destrucciones, y que se oficie á la autoridad eclesiástica para que no consienta que el magnífico retablo del célebre Montañés, se adorne en la forma que se ha hecho otras veces en el mes de María, cuidando de que en ninguna forma se consienta nada que pueda perjudicar en lo más mínimo á tan precioso monumento.

Con respecto á las ruínas de Itálica, se ha mandado formar el presupuesto de lo que podrá costar el quitar la tierra que ocupa la área del anfiteatro; que se deslinden los terrenos confinantes al dicho monumento; que en su día se vea la manera de adquirir terrenos para hacer exploraciones; y últimamente, la Excmo. Corporación Provincial, ha dispuesto, conformándose con la Arqueo-

lógica, entre otras cosas, que se cerque el nuevo mosaico descubierto y se reparen las tapias del de las *Musas*.

También se ha oficiado á la autoridad competente para que se entregue á la Diputación Arqueológica la celda que en el Monasterio de S. Isidro del Campo ocupó el R. P. M. Fr. Fernando de Ceballos, célebre autor de la *Historia de Itálica*, cuya obra se va á publicar por la Diputación Arqueológica que ha obtenido el permiso del Ilmo. Cabildo Catedral para sacar copia del manuscrito que existe en la Biblioteca Colombina. Aplaudimos con este motivo al Ilmo. Cabildo y damos á la Diputación Arqueológica el más sincero parabien por su acertado pensamiento que aplaudirán los amantes de la ciencia y los eruditos.»

Los Bestiarios.--Ejecuciones.--Naumaquias

Los juegos de las fieras pueden dividirse en cierto modo en tres grupos:

1.º Cazas.—2.º Combates entre animales ó ejercicios de animales adiestrados.—3.º Ejecuciones. Los hombres que se dedicaban á combatir con las fieras recibían el nombre de *bestiarios* y su condición señalaba en la escala social un grado aún más bajo que los *gladiadores*, con los que tenían mucho punto de contacto.

Eran generalmente esclavos destinados á ello por tener sobre sí una condena de muerte. Una de las cuatro escuelas imperiales de gladiadores hallábase destinada á la enseñanza de los *bestiarios*. Las armas eran por lo común pocas. Usaban un pequeño casco y un escudo, que á veces era sustituido por unas bandas de cuero que les protegían los brazos. Sus armas ofensivas variaban según los animales con que combatían. Así se servían de la espada, de la jabalina ó lanza arrojadiza, de la lanza, del arco y de las flechas. Algunos llevaban en la mano izquierda un pedazo de tela roja ó de otro color vivo, con la que hacían diversas suertes, en-

tre ellas la de echarla sobre los ojos de la fiera y herirla aprovechando los momentos de vacilación de la misma.

Parece que sobre todo usaban dicha tela los destinados á combatir con los toros, cosa muy común en los Anfiteatros.

Era muy corriente que el *bestiario* pagara con su vida su atrevimiento, pues la huída era imposible dentro del recinto del Anfiteatro.

Para evitar que los animales, excitados por sus perseguidores, se lanzaran sobre los espectadores de las gradas, había un muro de regular altura, coronado por una verja, que hacía imposible que pudiese atravesarla de un salto, y para impedir que trepando llegasen también hasta los espectadores, había un ingenioso y sencillo mecanismo, que consistía en unos cilindros giratorios que daban la vuelta al apoyarse en ellos la garra del animal, que se encontraba sin sostenimiento y debía caer irremisiblemente.

Además, alrededor de la arena había esclavos con largas picas ó hierros enrojecidos, que mantenían á los animales á la necesaria distancia.

Las ejecuciones de los criminales se hacían por medio de las fieras, y por eso, andando el tiempo, los cristianos dieron un contingente fabuloso á estos bárbaros espectáculos.

Los condenados á este suplicio llevaban por lo común escaso armamento, el necesario para prolongar un tanto su agonía y divertir de este modo al público. Algunas veces combatían solo con un palo. Otras no se les entregaba arma alguna, sino que eran arrojados á las bestias atados y sin medio de defensa,

Unas de las escenas más horribles eran las *naumaquias*, que consistían en llenar el Anfiteatro de agua, en la que se simulaba un combate naval, y en Roma, en que se reprodujo la batalla de *Actium*, quedó enrojecida de sangre el agua en que surcaban las galeras de los combatientes.

Mas apartemos la vista de tantos horrores y sigamos historiando nuestra Itálica.

TEMPLO DE DIANA Ó MINERVA

Los romanos hicieron sus templos á semejanza de los griegos, del mismo modo que adoptaron su religión, amalgamándola con las tradiciones etruscas. Los lugares consagrados por los pontífices y augures al culto de los dioses se llamaban Templos (*Templa*).

El de *Júpiter Tonante* fué levantado en Roma por Augusto, en recuerdo de que, viajando una noche este Emperador por España, cayó un rayo sobre uno de los que le acompañaban, sin herirle, y en obsequio á esta protección del cielo, erigió este templo. Hoy se halla muy ruinoso, quedándole sólo las tres columnas que formaban el ángulo del pórtico; son istriadas, de orden corintio y de un solo pedazo de mármol griego, que sostienen un entablamento con gran riqueza de detalles.

En las medallas de Augusto se ve este templo en el reverso con seis columnas y la estatua en el pórtico; pero no es creible que ésta estuviese en este lugar, sino en el fondo del santuario, y que el grabador de la medalla se tomaría esta licencia.

En este mismo reinado dedicó Agripa un templo á todos los dioses con el nombre de *Panteón*, en el cual la capilla se llamaba *sacellum*, y el bosque sagrada *lucus*. La adoración de los dioses consistía en preces, votos y sacrificios. Los actos religiosos iban acompañados de oración, á cuyas palabras daban mucha importancia. Era creencia que los dioses moraban en el cielo durante el día y que por la noche descendían á la tierra para observar las acciones de los hombres. (Plinio y Plauto.)

Mas refiriéndonos al templo que existía en Itálica, el erudito Rodrigo Caro lo mencionaba diciendo:

«Yo ví casi la capilla mayor de un templo, que todavía persevera y que hoy (1634) nada queda de ella.»

En el plano que acompaña á esta obra se marca con el número V el lugar en que existió.

El eruditísimo Padre Zevallos dice con relación á este clase de monumentos:

«Según la política de los griegos y también de los romanos, no merecía llamarse ciudad la que no tenía Pretorio, Gimnasio, Foro, Teatro, Acueducto y Templo.

En Itálica no han quedado ni aun vestigios de algunas de estas obras. En cuanto á templos, sólo dura el nombre del de Diana, y es un edificio casi cuadrado, del que sobresalen los muros, especialmente por los cuatro ángulos. He oído á personas antiguas, que conocieron aquellos muros levantados por un lado hasta el arranque de la bóveda. Creo que de éste habló Rodrigo Caro, donde dice que alcanzó á conocer en pie la capilla mayor de un templo. Lo llamaría capilla mayor, porque como es un cuadrado de 10 á 11 varas, se parece al crucero ó capilla mayor de una iglesia. Pero esto es todo de aquella fábrica, sin que á su continuación haya cimiento de mayor edificio. Le oí siempre llamar el Templo de Diana sin saberse por qué, ni desde cuándo, según sucede á muchos nombres y tradiciones, recibidos de los países.»

A este templo pertenece una estatua, digna de especial mención, representando una Musa, que se exhibe en el Museo Arqueológico marcada con el número 103. Se supone fuera producida por artistas griegos, pues reúne los encantos de la belleza física á la justa expresión idealista.

De la misma procedencia se custodian en el referido Establecimiento los trozos señalados con los números siguientes: 93 á 126, 128 á 139, 141, 143 á 150, 152, 156 á 159, 161 á 164, 167 á 171, 173 á 184, 188, 323, 392, 398 y 411.

Podemos asegurar, sin temor á equivocaciones, que el Templo de Diana en Itálica tuvo bastante relación con el de Venus descubierto en Pompeya, el cual Monnier describe de la siguiente manera:

«Un vasto recinto ó *peribolo* encierra un pórtico de 48 columnas, muchas de ellas aún en pie, y el pórtico rodeando el *Podium*, donde se eleva el verdadero templo, la mansión de la diosa.

El altar colocado al pie del escalón que conduce al templo, frente de él, servía al parecer para depositar las ofrendas destinadas á la diosa, los frutos, las tortas y los inciensos que se le ofrecían. Además de la forma del altar, una inscripción encontrada y una estatua de la diosa, cuya actitud púdica recuerda la obra maestra de Florencia, autorizan, á falta de más datos, el nombre que se ha dado á este edificio».

D. Antonio Ponz, ocupándose de Mérida, hace referencia de otro templo como el italicense, por lo que afirmamos serían ambos de exacta semejanza, no dudándose que Trajano, al dotar á *Emèrita Augusta* de soberbios monumentos, haría lo mismo con Itálica su patria.

Oigamos al intrépido viajero:

«Estas ruínas se dejan ver que eran de un magnífico templo, pero no se puede decir á qué deidad estuviese dedicado: bien que Bernabé Moreno de Vargas pretende que á Diana, suponiendo que fué la Diosa titular de Mérida. Dicho templo es de los que Vitruvio llama *Peripteros*, por tener columnas en el exterior de las cuatro alas, ó lados de él, cuya figura es cuadrilonga.

Las columnas son de varios trozos de piedra berroqueña y su altura no bajará de 40 piés: los intercolumnios son algo más de seis; pero era doble el espacio donde está la puerta del templo: grandísimas son las piedras que restan del basamento, como las que quedan del arquitrave, y todo ello respira singular magnificencia. Se conservan, si no me engaño, 19 columnas en pié, y lo demás está destruído.»

A seguida describe otro templo de Marte, con todo lujo de detalles.

TEATRO

En el plano se notará, con el número VII, otro edificio que los arqueólogos aseguran que fué el emplazamiento del que se bosqueja.

Señalados con los números 31, 32 y 33 se conservan en el Museo Arqueológico, un *arquitrave* de mármol y dos *capiteles* de orden corintio, que pertenecieron al Teatro de Itálica. Estos hermosos restos son dignos de estudio por la belleza de ejecución, revelando bien á las claras la buena época del arte romano. Consérvense asimismo en el Museo otros objetos arquitectónicos procedentes de Itálica y algunos del mismo edificio, señalados con los números 1 á 4, 7 á 20, 22, 25 á 41, 61, 62, 71 á 76, 82 á 88, 323, 409, 410 y 443 á 445, 447 á 449, 1389, 1390.

Según le aseguraron á D. Justino Matute, del sitio del teatro se extrajo de Itálica la hermosa columna que está erigida en el atrio del Monasterio en obsequio á la Santa Cruz.

Describiendo el teatro de Itálica, el sabio P. Zevallos dice: «Del Teatro he reconocido dos sitios, donde duran expresas señales de haberlo sido.

La forma de esta fábrica era un hemiciclo lleno de gradas, donde se sentaban los espectadores para ver las representaciones de comedias ó tragedias.

Uno de estos teatros estuvo (á lo que me parece) al Oriente de la ciudad, arrimado al barranco ó recuesto que está hoy sobre el lugar de Santiponce.

Cerca de unos gruesos muros, cuyos cimientos confunden hoy las casas que están fabricadas sobre parte de ellos, y enfrente en donde parece que hubo alguna puerta principal de la ciudad por

donde se salía al Prado y al río, se nota una fábrica que forma un ancho semicírculo con gradas que bajan hacia la dicha puerta. Todavía agrada ver lo bien trabajada que estuvo la obra de aquel que parece teatro.

Otro pedazo del edificio de la misma figura, se nota hacia en medio de la antigua ciudad, no muy lejos de la que parece que fué la Basílica. Pero en este segundo pedazo de edificio no dura sino el muro con su vuelta de círculo, aunque sin gradas ni otro vestigio.»

Efectivamente el filósofo monge no iba descaminado, pues los teatros romanos eran semicirculares, como la mitad de un anfiteatro, y los bancos se elevaban gradualmente unos sobre otros.

Los Senadores ocupaban los asientos inmediatos á la escena llamada *orchestra*, detrás estaban los caballeros colocados sobre catorce órdenes de bancos, y el pueblo ocupaba los restantes. La escena aparecía adornada de columnas, estatuas y decoraciones análogas á los asuntos de los dramas, y á veces eran de una magnificencia increíble, mudándose de pronto por medio de máquinas. El telón que cubría la escena se bajaba como las cortinas de resortes de los coches, para empezar la representación, y se subía después de concluída, y á veces en los entreactos.

Al fin de la pieza, un cantor decía siempre: *plaudite*. El *Postcenio* era el sitio detrás de la escena donde se vestían y aderezaban los cómicos, y donde se suponía que pasaba todo lo que no podía representarse en aquélla. El *proscenio* era la parte delantera de la escena, donde aparecían los actores.

En los primeros siglos solo se ejecutaron los juegos escénicos en tablados de quita y pon, que se levantaban en el circo. En el siglo II, antes de Jesucristo, erigieron los romanos los teatros hechos de piedra.

Durante el mando del infame Calígula, se permitió á los espectadores poner almohadones y tapices en las gradas. El conjunto de esta gradería estribó sobre varias series de bóvedas, á manera de galerías, y el exterior del monumento estaba decorado con pilastras y columnas, galerías y pórticos, coronado todo por un ático. El conjunto de gradas se llamó *caeva*. Enfrente del pros-

cenio hubo el *pulpitum*, que era una plataforma que se adelantaba hacia la orquesta y donde cantaban los coros.

Los cambios decorativos no se hacían á la vista del público, sino cubrían la escena con el *aleum* ó *siparium*, que se levantaba delante del proscenio. Había tres clases de decoraciones: una para la tragedia, representando palacios y templos; las de la comedia eran plazas y calles públicas, y las jocosas ó sean atellanas, cavernas, montañas y bosques.

Usaron de caretas ó máscaras al principio de las cortezas de los arboles, pero más adelante las fabricaron de cuero, madera y cobre. Este antifaz fué muy ligero y les cubría toda la cabeza. Ahuecaban la voz y repercutía el sonido que llevaban á gran distancia, sirviéndoles de vehículo acústico unos vasos de bronce ó tierra cocida, que empotraban en la gradería con la boca hacia la escena.

Como los romanos imitaron en todo á los griegos, tuvieron también Odeones, ó sean certámenes musicales.

Las representaciones se daban de día, y como los teatros no tuvieron cubiertas, extendían sobre los espectadores un toldo color de púrpura, adornado con dibujos que sujetaban en unos mástiles que fijaban en medio de la orquesta, y en la parte superior de la cavea, por unas grandes clavijas metidas en modillones agujereados.

En el Teatro de Pompeya se ve hoy día que el pueblo bajaba á la *cavea* por seis escalones, las gradas se dividían en cinco partes llamadas cuneos y eran de mármol de Páros, estando numeradas.

Los designadores ó acomodadores conducían á los espectadores á sus asientos.

Las mujeres asistían á la representación invisibles detrás de un enrejado de hierro.

Es también muy curioso un anuncio que se ve en el teatro dicho de Pompeya, en el que se lee *Vela erunt*, que quiere decir *no habrá sol*, y efectivamente no lo hubo, pues fué oscurecido por una densa nube de humo y lava, que arrojó el Vesubio.

En el Museo *Nazionale* de Nápoles, y procedente de este mis-

mo teatro se enseñan los billetes encontrados en el mismo llamados *Tesseres*, que son de marfil, y en los cuales se lee el nombre de la comedia, el del autor y el número del asiento que debía ocupar el espectador.

FORUM, BASÍLICA Y ARCOS TRIUNFALES

El origen del *Forum* se remonta á la alianza de los romanos y los sabinos. Estaba rodeado de un pórtico de dos pisos, ocupado el bajo por algunas tiendas llamadas *tabernæ*.

En este edificio tenía sus juntas el pueblo, se trataban los negocios públicos y servía de abrigo á los transeuntes para que pudiesen pasearse á cubierto, recitando allí los autores sus obras y los filósofos sus disputas. Estaban sostenidos estos pórticos por columnas y adornados con estatuas.

En los mismos había mercados, llamándose al de los bueyes *boarium*, el de los peces *piscarium*, el de las yerbas y hortalizas *olitorium*. El *Forum* puede llamarse el centro de un sinnúmero de edificios que hacían su circunferencia, tales como las *Curias*, destinadas para celebrarse los ritos divinos por las respectivas *curias*.

En el *Forum* también se reunía el Senado, en el que estaban los *Rostros* ó sea la Tribuna donde se arengaba al pueblo y en las cuales se decidía de los destinos del mundo, siendo el monumento más grande de la antigua Roma. Agrupados á su alrededor había edificios grandiosos, como templos, columnas y arcos de triunfo. Allí mismo había salas espaciaosas llamadas *Basilicas*, donde se reunían los Tribunales.

Con el número XXI se indica en el plano el lugar que puede presumirse serviría para este objeto, pues en una ciudad que había *Duumviro*s *Quinquenales*, presidentes de los *Decuriones*, ó sean gobernadores de la Colonias romanas, como lo era Itálica, y existía también un Vice-pretor, lógico es suponer que tendría, por lo tanto, su edificio para administrar justicia.

Abundando en ello, el Padre Ceballos dice:

«He notado en el sitio de Itálica los vestigios de una gran fábrica que tiene señales de haber sido Basilica. Su largo de 40 varas y 20 de ancho: se dividía en tres naves como muestran los basamentos ó cepas de sus pilares, sobre que se mantenian los arcos y bóvedas. Por fuera de su muro hubo un pórtico de que duran todavía los cimientos, compartimientos y ruinas de sus bóvedas. Este pórtico se prolonga de Norte á Mediodía cosa de 60 varas, y forma al Sur de la Basilica uno como Claustro ó Foro, cercado por todas partes del mismo pórtico. Vulgarmente llaman los naturales á aquel sitio los *Sepulcros*, porque parecen algo de esto los compartimientos que formaban los pilares y capillas de que hay algunos pedazos caídos; ó porque alguna vez dieron por allí con algún sepulcro. Mas por estar en el medio de la ciudad ó de la línea de su muralla, no me deja creer que fueran los sepulcros comunes, que no debían estar sino fuera. La primera vez que registré aquel sitio me pareció que podía haber sido la antigua Catedral. Pues consta que existió hasta muy entrado el cautiverio de los moros. Todo me parecía convenirle, el pórtico, que sin duda estaba alrededor de la fábrica, la distribución interior de la obra por naves divididas en pilares, un sitio elevado que parece el prebisterio, y aun la plaza ó Foro, que está al Mediodía de esta fábrica, me parece el claustro para la habitación reglar del clero, según la antigua disciplina de la Iglesia.»

Desde que Constantino abjuró del paganismo, y los cristianos salieron de las Catacumbas, habilitaron para el culto de Dios aquellos edificios que habían tenido un destino eminentemente profano, pues les eran repulsivos los templos gentílicos.

Por eso, para establecer su culto, escogieron las Basílicas, que eran vastas construcciones levantadas en el Foro ó cerca de él, que hacían las veces de nuestras Audiencias, Bolsas y Centros de Contratación, pues en ellas se reunían los comerciantes y hombres de negocios á tratar de sus asuntos y vender sus géneros, á la vez que servían de Tribunal, donde los jueces tenían sus audiencias y los juriconsultos daban consultas.

Según Vitrubio eran salas de los palacios reales destinadas á hacer justicia.

Su introducción en Roma data del siglo III antes de Jesucristo, siendo la Porcia la primera que se construyó.

Su área era rectangular y dividida en el sentido de su longitud en dos ó tres naves que terminaban en otra transversal, separadas de ellas por una balaustrada, á cuyo lado opuesto, frente á la nave central y como prolongación de ella, había un cuerpo saliente del edificio en forma ordinariamente de hemiciclo, y otras veces cuadrangular, que por estar abovedado se llamó ábside, acompañado pocas veces de otros dos menores y correspondiendo á las naves laterales. Había sobre éstas, cuya altura era sólo la mitad de la central, galerías ó tribunas y pórticos delante de la fachada.

Hemos dicho que alrededor del Foro había muchos edificios, y efectivamente así era: existían columnas erigidas á los grandes hombres, por lo que puede suponerse que la estatua de Trajano, que se conserva en el Museo, coronaría una de éstas.

Se distinguían en ellas cinco órdenes diferentes de arquitectura: el dórico, el corintio, el jónico, el toscano y el etrusco.

La columna Rostra servía para arengar al pueblo, como ya mencionamos.

Los Arcos triunfales se erigían en honor de los generales que se habían distinguido por sus hazañas. Eran de forma cuadrada, teniendo en medio una ancha puerta y otras dos pequeñas á los

lados, adornadas con estatuas, columnas y bajos relieves. Cuando pasaba por debajo de ella el triunfador, dejaban caer sobre su cabeza coronas. Los trofeos se formaban con los despojos tomados al enemigo.

PALACIO DE LOS CÉSARES

Edificada Itálica por Scipión sobre siete colinas como Roma, lógico es suponer que Trajano, Adriano y Teodosio erigieran en las mismas sus palacios, de igual manera que Augusto hizo el suyo en la antigua Roma sobre el monte Palatino. Por regla general, los Palacios se situaban enfrente de las Basílicas, como se ve en la capital de Italia, que estaba emplazado al lado de la Basílica de Constantino, que hoy día es objeto de grandes excavaciones.

Refiriéndose Zevallos al edificio italicense de que nos venimos ocupando, manifiesta:

«Del Palacio nadie duda dónde estuvo, porque duran hasta hoy con el nombre soberbios pedazos de cornizamientos, capiteles y otros destrozos, acabados con sumo gusto y costo. En el sitio que digo llamado hoy Los Palacios, vimos hasta el último terremoto del año 1755 una gran pieza levantada de Norte á Sur y se llamaba la Armería de Trajano. Este edificio estaba consagrado á aposentar el Emperador cuando visitaba la provincia.»

FUENTE LLAMADA DEL MORO

Con el número XII se representa en el plano.

Puede suponerse que el agua que contiene vendría encañada desde Valencina.

Está situada esta fuente en un repecho muy cerca de la línea de la muralla, bajando del olivar de los Palacios á la planicie que ocupa el Anfiteatro. Su forma es como de husillo ó cueva, labrada de argamasa y ladrillo, con más de dos varas de alto, siete de largo y cinco cuartas de ancho. En el centro, á la izquierda, hay una concavidad á manera de mina, con una boca estrecha que impide su reconocimiento.

Rodrigo Caro hablando de ella dice: «Vese aquí en Itálica una fuente ya muy desfigurada; pero en donde se conservan un manantial y un edificio hecho de bóveda, que con las ruinas casi lo cubre la tierra.»

La grutas en donde manaban los manantiales eran llamadas *Ninfeos*, siendo decoradas por los romanos con pórticos y estatuas; ponían á su alrededor asientos para que las gentes pudiesen gozar de lo delicioso de aquellos sitios, los cuales, de lugares de diversión honesta, pasaron á ser sitios de disolución y vicio.

ACUEDUCTO

Son construcciones cuyos restos se admiran por su grandiosidad. Eran subterráneos ó aparentes; los primeros, como el de

Itálica, estuvieron contruídos con bóvedas. El acueducto conducía las aguas á una especie de repartidor, donde se distribuía á las fuentes públicas, á los terrenos y á los particulares, por medio de tubos de tierra cocida, de plomo ó quizás de madera.

A esto, dice Matute, que desde la falda de uno de los montecillos que hay cerca del pueblo, junto al cortijo de los Morales, hay una fuente, de cuyo Acueducto, con dirección á *Itálica*, se han sacado varios cañones de plomo.

En la descripción del gran Acueducto que, partiendo de los campos de Tejada, hoy Escacena del Campo (antigua población de *Tucci* ó *Taylata*, que despedazaron los normandos matando á sus habitantes en el año 840), llegaba hasta *Itálica*, dice D. Juan Gallegos de Vera en sus manuscritos *Antigüedades de Sanlúcar la Mayor*:

«Poco más abajo de Sanlúcar se le junta al río Menoba, hoy Guadiamar, el río Harduchón que nace del Alpizar, por cima de Tejada, y es donde se tomaban las aguas para *Itálica*, y su vecindad pudo dar motivo á Ptolomeo á demarcarle luégo inmediatamente á *Laelia*, que juzga puede ser Tejada, porque además de la tradición que se tiene, en esta tierra se descubren aún hoy antiqüisimos edificios, que aún no ha podido consumir el tiempo, y corren de un lugar á otro, que parecen unos mismos que los de *Itálica*, y de un mismo tiempo: y hoy duran las que llaman lumbreras y los arcos por donde iba á *Itálica* el agua, que llenaba de las fuentes que había y duran en Tejada, al modo de los caños de Carmona por donde se lleva á Sevilla.»

No estará de más desvanecer un error en que incurrió el señor Gallegos confundiendo á *Laelia* con Tejada. Estas eran dos poblaciones distintas: la primera la emplaza Ceán Bermúdez en el cortijo de la Pizana, no lejos de Albaida, partido judicial de Sanlúcar la Mayor, donde se encuentran numerosos rastros de antiqüedades y que allí se han descubierto monedas de *Laelia*.

El erudito Delgado, en sus *Medallas Autónomas*, está conforme, creyendo también pudiera ser Sanlúcar la Mayor. Por esto dice que Vaillant y el geógrafo Cellario han creído reconocer en el nombre de este pueblo una memoria del célebre compañero de Sci-

pión y almirante de la escuadra Romana, llamado Cayo Lelio. Nosotros lo hemos juzgado probable, porque diciendo Strabón que este territorio fué el primero que en la Bética civilizaron á su manera los romanos, nada más natural que Cayo Lelio fundara una ciudad en las inmediaciones de Itálica, dándole su nombre.

Con respecto á Tejada es el lugar que hemos dicho, por encontrarse allí el sitio de donde arrancaba el acueducto, ruinas y monedas. Es más, en el repartimiento que hizo D. Alonso el Sabio, cuando Niebla todavía no estaba recuperada, se nombran gran número de Alquerías dependientes de cuatro ciudades, á saber: Tejada (*Tucci*;) Hisnalcázar (*Olontigi*, hoy Aznalcázar;) *Ossel*, Hisnalfarache (hoy Castilleja ó Aznalfarache;) Solia ó Albaida (*Laelia*), aun cuando habría dos poblaciones de este mismo nombre, pues se sitúa también en el Berrocal.

Mas dejando estas curiosas é importantes disquisiciones, y volviendo á nuestro acueducto, dejaremos la palabra al monge Zevallos, el cual lo reconoció diciendo:

«Las razones antecedentes me hacían dificultar, cómo habían preferido las aguas de Tejada á las de la Sierra: para entenderlo mejor fui á reconocer los vestigios del acueducto que viene de Tejada, el día 31 de Mayo de 1783. Me acompañó D. Diego del Corral, alcalde de la villa de Gerena, que me había hablado de aquellos sitios con mucho conocimiento, y se ofreció á mostrármelos. Fuimos desde Gerena hasta Tejada, notando muchos parajes donde duran vestigios del acueducto.

Las fuentes de Tejada nacen en los bajos de un valle, que viene de Norte á Mediodía, donde estuvo aquella antigua población.

Luégo que brotan las aguas forman lagunas, que quieren ocultar su surgente.

Y desde ellas advertí los principios del acueducto. Sigue por todo el día los muchos pedazos que restan de esta grande obra.

Tomamos las muchas veces que se ocultan bajo los cerros, que se atraviesan en su viaje y los valles y parajes bajos donde vuelven á aparecer pedazos de la misma fábrica.

Entre estos puntos de terreno hay una relación clara, y no

deja duda que es de la misma obra el vestigio, que se dejó á la espalda de un cerro, y los que se vuelven á descubrir á la caída del mismo cerro.

En algunos sitios, como al pie del monasterio del Retamar, de monges Basilius recoletos, se manifiesta la fábrica del acueducto, que es de pilastras y arcos rebajados, sobre los cuales dura todavía el encañado de las aguas, dirigiéndose hacia Itálica.

Dura esto por un tramo muy largo por lo más bajo de la dehesa de las Dueñas: sigue su viaje hacia la Pisana, durando la arcada hasta la orilla del río, que corre al Oriente de dicho cortijo: la corriente del agua ha derribado algunos arcos, y la mitad del último que ha quedado está para caer dentro del mismo río.

A la orilla oriental de éste no proseguía el acueducto sobre arcos, sino sobre un murallón sólido, que existe, y no es muy alto: subí encima de él, y vi el encañado que conservaba todavía el estuco que le dieron, cuando servía al curso de las aguas.

No tiene media vara cabal en cuadro, y está descubierto al cielo y al aire.

Este paredón sigue desapareciendo según que va subiendo el terreno, hasta que se pierde ó sume dentro de él, como le sucede en otros sitios antes y después.

Ya aquí se nos acabó el día y no pudimos ir á buscar su salida de aquel terreno elevado.

Otro día fui al cortijo que llaman de Villadiego, donde noté bajando hacia un valle algunos vestigios del mismo acueducto; pues aunque apenas han quedado algún pilar entero, haciendo catas á la distancia que tienen los otros arcos y pilares, hallé fácilmente las cepas ó basas de lo que aquí hubo, y ahora no aparecen sobre la tierra.

Así continúan estos cimientos de pilares hasta la falda de un cerro que está enfrente, en donde asoma un pedazo de la misma fábrica, que hace evidencia de ser aquella la salida del acueducto, que se nos ocultó ó perdió de vista á la falda opuesta del mismo cerro; y este tramo subterráneo es bien largo, después no se encuentran vestigios del mismo acueducto hasta el cortijo de San Nicolás, como á tres millas ó á media legua de Itálica: otra tarde

después fui con unos obreros á un sitio de la misma Itálica, llamado aquí vulgarmente los Baños; inmediato á estas ruínas, pasa la línea de la fuerte muralla y torres, que rodeaban á esta antigua ciudad, todo arrasado ya por el suelo.

De la parte de afuera, á corta distancia, hice cavar y encontré el acueducto y el mismo cauce, de igual tamaño y cuadro que el que estuve viendo cerca de la Pisana.

Este último trozo del acueducto está ya muy vecino á vaciar sus aguas en la obra arruinada, pegada á lo anterior del muro, llamada aquí de los Baños. La forma de esta pieza ó piezas estuvieron cubiertas de bóvedas y me parecieron arcas, ó receptáculo general de las aguas del acueducto, y desde donde se hacía el repartimiento de las aguas para donde se quería en la ciudad.

El sitio es el más alto de todo su suelo, y fué bien tomado para dicho repartimiento, pues hacia donde quiera, tenían las aguas sobrada caída para regar y hacer juegos con ellas en los palacios y jardines.

Noté que dichas arcas, que aquí llaman Baños, están dadas en lo interior, con el mismo estuco encarnado que advertí en el acueducto. La fábrica de éste es siempre semejante desde Tejada hasta la muralla de Itálica.

Es tan igual en dimensiones, y en forma y en materiales, que parece haberse hecho en un día de una misma mano. Su grueso es poco más ó menos de dos varas, su alto es según lo pide el terreno. Donde ha de pasar arroyo ó ríos, se compone de arcos de la misma arquitectura y tamaño.

El calibre de la fábrica se reduce á hormazos, de los que los romanos aprendieron de los antiguos españoles, macizados de piedra, granzas, cal y arena líquida.

Las dos superficies de este muro están vestidas de una pared por cada lado, fabricada de ladrillos cortados y raspados por la frente, que haría esta obra más vistosa que lo que pide al parecer un edificio rústico. Esta misma forma, medida y calibre le noté, desde donde junto al citado valle de Tejada hasta cerca de Itálica.

La atarjea ó cauce por donde corría el agua es de dos varas

de ancho, y por donde se descubre mejor su hondura, que es por cerca de la Pisana, baja más de una tercia; pero subiría más cuando la fábrica estaba entera.

Conserva en algunos sitios el estuco, de que estuvo revocado este cauce, cuando corrían las aguas por él. Después de esta evidencia, no me quedó lugar á razonar contra la fama común de que el acueducto de Tejada venía á Itálica, aunque no haya hoy quien pueda responder á las razones que me parecían persuadir lo contrario.

La obra fué sin duda espantosa; porque consideradas las vueltas y rodeos que toma, se podrá computar que corría por cerca de nueve leguas, grandeza que acaso no tendrá ejemplar en algunos de los acueductos antiguos y modernos.

Esta sola fábrica basta para mostrar la soberbia y magnificencia de Itálica, donde no se reparaba en los inmensos gastos que pedían tales obras para proveerse de unas aguas que se imaginarian entonces mejores que son realmente en el día de hoy.

Esta obra, sin duda magnífica, se puede creer haber sido hecha en el imperio de Trajano, y por su cuidado, pues es de las fábricas útiles que sirven á una ciudad, y tales eran las que el dicho emperador gustaba construir por todas partes; y si en otras ciudades de España levantó Trajano magníficos acueductos, más verosímil es que proveyese á su patria, Itálica, del que tenía y traía con tan sumo gusto desde la fuente de Tejada.»

Concluiremos este capítulo con las dos inscripciones existentes en Roma, segun Masdeu, y que hacen mención del Agua Trajana, en memoria de los beneficios con que el emperador restableció en un trayecto de 23 millas los antiguos acueductos que conducían á Roma el Agua Marcia:

IMP. CAES.
 NERVAE. TRAJANO.
 AVG. GER. DAC.
 P. M. TR. P.
 COS. V. P. P.
 S. P. Q. R.

OPTIMO. PRINCIPI.
AQVA. TRAIANA.

AQUA. TRAIANA.
Q. ANICIVS.
Q. F. ANTONIAN.
CVR. THERMARVM.
VARIANARVM.

TERMAS

No ofrece dudas que el acueducto que venía desde *Tucci* (campos de Escacena) se mandaría construir por orden de Trajano, considerando que Itálica fué engrandecida por este Emperador.

Más aún: la historia dice que el Senado de Roma acordó celebrar grandes fiestas por las victorias de Trajano con derroche de magnificencia y esplendor, dándole los títulos de Germánico, Dácico, Pártico y Optimo, y que éste, lleno de gran entusiasmo, mandó reconstruir el famoso circo de Roma, en donde combatieron 10,000 gladiadores y se sacrificaron 11,000 animales entre salvajes y domésticos, ordenando enseguida la creación de lujosas Termas por todo el Imperio.

A este tiempo se atribuyen las de Itálica, así como el Gimnasio y demás edificios notables, por cuanto que en Roma hizo el Odeon para las Academias de música, restableció los antiguos arcaduces del agua Marcia, renovó todos los edificios sagrados, mandó construir un nuevo Foro en el Monte Quirinal, contornado de pórticos y estatuas; levantó una Basílica para los negocios

forenses y comerciales, abrió una Biblioteca pública, elevando un arco triunfal, y la maravillosa columna Trajana, libro abierto en el cual lee hoy la historia las páginas de sus gloriosos hechos.

Para conmemorar estas edificaciones se batieron las medallas que aquí consignamos:

IM. P. CAES.
 NERVAE. TRAJANO
 OPTIMO. AVG.
 GER. DAC. P. M.
 TR. P. COS VI. P. P.
 CIRCUS. TRAJAN.
 S. P. Q. R.
 OPTIMO PRINCIPE
 S. C.

IMP. TRAIANVS
 AVG. GER. DAC.
 P. M. TR. P.
 COS. VI. P. P.
 BASILICA. VLPIA.

IMP. TRAIANVS
 AVG. GER. DAC.
 P. M. TR. P.
 COS. VI. P. P.
 FORVM. TRAIANI.

IMP. CAES
 NERVAE. TRAIANO
 OPTIMO. AVG.

GER. DAC. P. M.
TR. P. COS. VI. P. P.
NAVMACHIA
S. P. Q. R.
OPTIMO. PRINCIPI
S. C.

Trayendo á la memoria las Termas de Roma, coetáneas de Trajano, ilustraremos estas noticias consignando la siguiente inscripción:

IVLIVS. FELIX CAMPANIANVS.
V. C. PRAEFECTVS VRBIS
AD. AVGENDAM
THERMARUM. TRAIANARUM.
GRATIAM.
CONLOCAVIT.

Que traducida manifiesta que «Julio Feliz Campaniano, hombre clarísimo, Prefecto de la ciudad, para aumentar el beneficio de las Termas Trajanas, colocó en Roma este edificio».

Las Termas italicenses son dos: en el plano pueden verse con el número II las que se conocen en Santiponce con el nombre de Grandes Termas ó Baños de la Reina Mora, y á la marcada con el VI la denominan Los Palacios.

Estas serían suntuosas, si se tiene en cuenta la magnificencia

con que se construyó el Acueducto que venía de Tejada y que ya se ha descrito.

Rodrigo Caro, hablando de ellas, decía:

«También quedan casi sepultadas debajo de tierra unas termas, que aún el tiempo no ha podido desbaratarlas».

Abundaba en lo mismo el P. Cevallos, manifestando:

«Han quedado bastantes vestigios con el nombre de Baños y caen hacia el Poniente de la ciudad, próximos á su muro. Estos se reducían á dos piezas paralelas, cuyas tres paredes duran todavía hasta el arranque de la bóveda, y conservan sobre el estuco, de que están revocadas, el sarro del agua que batía contra ellos.»

D. Justino Matute, en su *Bosquejo*, al hablar de las Termas y cloacas de Itálica, se condolía del atentado que se cometía contra estas venerables ruínas el año 1827, pues con el fin de sacar materiales para la construcción de la carretera de Sevilla á Extremadura, se extrajeron pedazos de frisos de alabastro y de finísimos mármoles, trozos de columnas, de capiteles, pequeños tésalos ya en rectángulos, ya en romboides y varios cañones abovedados que en distintas direcciones iban á los aposentos.

Asimismo describe la *Piscina natatoria* y las estancias ó *Ce-l-las* en las cuales se vertían las aguas que venían de Tejada, y una atarjea ó conducto que llevaba las aguas inservibles, por junto el Anfiteatro, al egido.

Señala á las Termas un rectángulo de 330 piés sobre 165, que juzga era la fachada, con varias estancias á que se dirigían claustros abovedados de 12 piés de ancho; reconoce la Piscina Natatoria ó estanque, en cuyo frente curvilíneo, al Poniente, se advierten mechinales, su solado era con grandes losas de barro cocido de mucha dureza, de 27 pulgadas de diámetro, muchas de las cuales se conservan en el inmediato pueblo para sus usos, estando ceñido por un cañon de bóveda de doce piés de ancho, cuyo muro con doble enchapadura de ladrillo, evitaba que se filtrasen las aguas. Advierte que se nota un terrado que sirve de brocal, primorosamente solado en mosaíco con tésalos de mármol blanco, de una pulgada de diámetro.

Como los romanos vestían de lana y no usaban ropas interio-

res, les era iudispensable bañarse frecuentemente para conservar la limpieza y la salud.

La persona encargada del servicio del baño era llamada *Balneator* (bañero), y tenía bajo sus órdenes esclavos, *Capsarii*, que cuidaban de los vestidos de los que se bañaban, de esparcir los perfumes y de suministrarles lo necesario. Los hombres estudiosos acostumbraban oír leer ó dictar composiciones, mientras recibían en los baños los servicios de sus esclavos. El precio de cada servicio era un cuadrante.

El edificio de las Termas, para ser completo, contenía un *spoliatorium* (sitio para desnudarse), un *unctuarium* (sitio para ungiarse con unguentos olorosos), el *esferisterium*, en donde se entregaban los bañistas á varios ejercicios antes de entrar en el baño común de agua caliente, *Caldarium*. Alrededor de éste había un andito y una galería con gradas algo más elevadas (*schola*) para los que no se bañaban. Al salir del baño se atravesaba el *tepidarium*, que era una sala de paso para prevenir la impresión del cambio de temperatura.

Hubo además salas para tomar baños de vapor ó de estufa.

El agua se calentaba en vasos de cobre, después de recibirla del *Aquarium*, y las salas de las Termas se caldeaban por medio de tubos de tierra cocida, de forma cuadrada, que comunicaban con el *hipocaustum*, espacio que corría por debajo del piso y que recibía el calórico del horno que tuvo contiguo.

Por su verdadera similitud con las de Itálica, consignaremos el pozo que se admira en la calle D. Remondo 15, en Sevilla, que dado sus grandes dimensiones y superior labor, puede presumirse sería uno de los depósitos de las Termas romanas de esta ciudad.

A propósito de ellas, y refiriéndose á Rodrigo Caro, dice el crítico Masdeu:

«Los baños y termas eran fábricas comunísimas, de que nos quedan todavía resíduos en varias ciudades.

Julio Longino hizo construir en Málaga diez lavaderos públicos, con bellísimos ornatos y un Alexio gastó 12,425 escudos en unas Termas que mandó hacer en el Valle de Boñel á 30 millas de

León. Cártama, Cazlona, Barcelona, Badalona y muchas ciudades, según se infiere de varias lápidas, tenían para uso público baños, cisternas, fuentes y otras fábricas semejantes, unas construidas de piedra y otras de ladrillos. En Sevilla, están todavía de uso en las parroquias de San Ildefonso y de S. Juan de la Palma, dos baños del tiempo de los romanos, y los de Archena en el reino de Murcia, en San Fernando en Jaen y de Caldas de Montbuy en Cataluña se construyeron también desde entonces para el mismo uso que se hace de ellos ahora.»

CLOACAS

En los tiempos de Tarquino el Viejo, fué construída en Roma la *Cloaca Máxima*, que era una especie de alcantarillado abovedado formado de medio punto con bóvedas de piedra cuneiformes ó ladrillos. Su elevación y altura era tal, que podía pasar por ellas un carricoche cargado y hasta navegar una barca.

Tenían á intervalos pozos en las calles y lo mismo en las casas, receptáculos que servían para recibir las basuras é inmundicias.

La cloaca de Sevilla era majestuosa, pues hoy vemos que su perímetro atraviesa las calles Mármoles, Conde de Benomar, Abades, Angeles, Borceguinería y Rodrigo Caro, perdiéndose en esta vía, no pudiéndose precisar en dónde concluiría, pero por su elevación y anchura se ve que caben tres personas puestas en fila.

El que trate de visitarlas tiene que penetrar por la casa calle Abades 16, en donde en una de las habitaciones bajas del ala izquierda, arranca una escalera que conduce á una rotonda en la que se ve un pozo.

Los muros de la estancia están interrumpidos por algunas galerías. Por una, que mide 5 metros, puede andarse hasta pene-

trar en otra segunda rotonda, donde existen cuatro galerías semejantes á la primera. Su fábrica es de robustísimo ladrillo, mezclada en sus juntas con arena.

Las jambas de los arcos de entrada son de sillares de gran magnitud. Sus ramales ó vías más anchas tienen 1'08 metros de luz y 0'70 las más angostas. Su elevación es de 1'87 metros hasta la bóveda, pero puede inferirse que su altura fuera mayor por estar constituido el piso de gran cantidad de tierra y cascote.

Los ladrillos guardan la más estrecha semejanza con los de las construcciones de Itálica, siendo su barro blanco muy durísimo.

La clave de los arcos de estos subterráneos se encuentra á siete metros de profundidad, respirándose un aire viciado del cual Rodrigo Caro cuenta que apagaba las luces de los que bajaban á hacer reconocimientos, despidiendo una vez un vapor tan denso, que pintó de azul los cuerpos y ropas de los visitantes, y en otra ocasión fué tal la cantidad de murciélagos que encontraron, que se hizo imposible la visita.

En dicha casa, Abades 16, habitó el judío Samuel Levi, tesoro de D. Pedro I de Castilla, quien ordenó su muerte como justicia á su sordidez, no ofreciendo duda el decir que en estos subterráneos enterraría sus tesoros.

Remitiendo al lector al plano de Itálica que en otro lugar publicamos, puede notarse que entre las colinas 5, 6 y 7 se han encontrado trozos de cloacas, de las cuales ya hablaba D. Justino Matute en su *Bosquejo*, y que copiando á Paulo Manucio, hace memoria de un italicense ilustre, cuyo recuerdo nos da la siguiente inscripción:

«A Marco Fabio Claudio, Prisco, Licinio, natural de Itálica, Legado Augustal, Pro-Pretor de la provincia de Capadocia, Legado Pro-Pretor de la provincia de Bretaña, Legado augustal Pro-Pretor de la provincia de la Mesia Superior, curador de la corriente del Tiber y de las cloacas de Roma.»

Don Demetrio de los Ríos dice que el día 21 de Febrero tuvo ocasión de bajar, en compañía de D. Manuel Vázquez y Rodríguez y uno de los guardas de las ruínas de Itálica, á una bóveda

abierta recientemente que cubría un trozo de cloaca pública de más de 18 metros de largo por un metro 0'10 de anchura, hallándose interrumpida á causa de las tierras que han arrastrado hasta allí las aguas ó que ha amontonado laboriosamente la acción incesante de los siglos. Consérvase la construcción en tan perfecto estado, que no parecía sino que realmente se acababa de labrar, y su aspecto distaba mucho de despertar la repugnancia que de ordinario concebimos cuando se trata de estas obras.

Los muros están fabricados de gruesos ladrillos y excelente mortero, notándose aún en la bóveda de medio punto y de recio hormigon labrada, las huellas de las tablas que á lo largo del cañón sirvieron de formero. A la vez se reconocieron en el mismo día otros trozos de husillos, atarjeas y demás construcciones subterráneas.

Como prueba de la importancia que tendria en lo concerniente á higiene y salubridad esta clase de construcciones, oigamos lo que escribía acerca de ellas Dionisio de Halicarnaso:

«Tres cosas me revelan toda la magnificencia de Roma: los acueductos, los caminos y las cloacas; la extensión de estas últimas demuestran menos aún su utilidad que las enormes sumas que se gastan. Sabemos por el testimonio de C. Aquilio, que sólo la limpia costó á los Censores más de doce millones.»

Considérese la magnitud de las cloacas de Itálica y Sevilla, para admirar lo grandiosas que fueron las construcciones romanas.

MUELLE ITALICENSE

El verdadero sabio Mtro. Enrique Florez, en el mapa del Sistema de Ptolomeo de la antigua Bética, que publica en su *España Sagrada*, tomo 9, sitúa primero á *Ispalis*, después á *Itálica* y seguidamente á *Illipa Magna*.

Ahora bien, siendo esta última población Alcalá del Río, inmediata á Itálica, hace presumir con sobrada razón, que el rio bañara á esta ciudad.

Fr. Francisco de Torres y Ambrosio de Morales coinciden con nuestra aseveración cuando dicen que en 1598 «parecían señales de ello en un poderoso muelle que hay en sus ruínas y en algunas capas de cascajos, guijas y arenas que se descubren entre el cascote. Por esto el Biclarense historiador de Leovigildo, asegura que este rey varió el curso del Guadalquivir, cuando en el año 548 las necesidades de la guerra contra su hijo Hermenegildo, le hicieron poner sitio á Sevilla desde la ciudad de Itálica,

Bastaría para convencernos de que á Itálica la bañaba el Guadalquivir, el viaje que hizo á ella embarcado, en el siglo VII, San Fructuoso, obispo de Braga, para visitar el sepulcro de San Gerencio.

Además, las excavaciones hechas al pie de la cruz que está cerca del Monasterio, en la trocha que á éste conduce desde la Cartuja de Sevilla, dieron por resultado el encontrar la arena á poca profundidad.

En el plano se señala con el número XXIV el terreno bajo ó sea lecho del rio, que bañaba los muros de Itálica, en cuyo perímetro debió existir el muelle que recibiera los mármoles y estatuas que decoraban la cuna de tantos hombres de progenie como vieron la luz en ella.

En la época presente y en los días de grandes avenidas del Guadalquivir, sus aguas llegan hasta el mismo Santiponce, causando sus corrientes no pocos destrozos.

Nueva prueba de que en Itálica existió un muelle para admitir las mercancías llegadas á su puerto y de su probable prolongación hasta la próxima ciudad de *Ilipa Magna*, es la siguiente inscripción de una basa de estatua destruída el año de 1818 y que fué encontrada en el cortijo Hazas del Villar, camino de la Al-gaba.

Su epigrafía la insertan el viajero Ponz y Matute, cuya traducción dice:

«A Lucio Cominio Vipsanio, Salutierense, Originario de Ro-

ma, procurador de nuestro Augusto Emperador y Señor Septimio Severo Pertinaz, y asimismo Procurador de la Provincia Bética, encargado de cobrar los tributos y procurar las provisiones para la provincia de Sicilia por la Apulia, Calabria, Lucania y Abruzos. Procurador del juego del circo, Varon Optimo, y de grande entereza y presidente Santísimo.

Irineo, Honrado procurador del puerto Ilipense, nombrado por nuestro Augusto.»

Del terreno donde existió el muelle de Itálica se extrajo un capitel romano de orden jónico, de piedra caliza de orbitelinas, que mide 0'25 de altura por 0'22 de radio en la base, unido á 0'36 de fuste, y se nota que éste decrece de sección hacia la base. Tiene el número 1 en la colección del Museo Arqueológico de Sevilla.

MURALLAS

Haciendo un paralelo de los lienzos murales que existen en Sevilla en la puerta de la Macarena, con los restos que marcamos en el plano con las letras AAAA, y las torres cuadradas situadas al NO. y O. de Itálica, y que señalamos con los números XV, XV, XV, viénese á la mente la importancia que tendría esta ciudad, militarmente considerada, viéndose que en su construcción no empleaban los romanos más que el bloque de piedra y que los intersticios de los paramentos estaban rellenos de un cemento compuesto de zahorra ó mortero de piedra machacada.

Rodrigo Caro dice que en su tiempo existía una torre cuadrada en pie, y Cevallos asintiendo en ello, manifiesta:

«El muro de Itálica está claro por una gran parte del Mediodía y aún más por la parte del Norte, pues he andado sobre él,

notando su espeso grueso, y las torres que tuvo á distancia, iguales aunque bien cerca unas de otras.

En muchas partes deja el muro de ser visible; pero los pedazos de ruínas que hay de trecho en trecho, señalan el camino por donde se puede conocer toda su circunferencia.»

La historia manifiesta que estas murallas fueron célebres por haberle cerrado sus puertas á Marcos Terencio Varron, cuando mandaba las legiones de Pompeyo en la Bética, cuya heroica resolución le contrarió hasta el extremo de entregarse con sus tropas á Julio César, rindiéndose á placer, á cuya sumisión correspondió el vencedor generosamente devolviendo á Varron sus riquezas.

Los Vándalos, en sus piráticas correrías del siglo V, destrozaron por odio á Roma aquellas ciudades que le fueron adictas, presumiéndose que desmantelaron estas murallas, las cuales, en el siglo VII, vemos á Leovigildo reedificar, según ya hemos repetido.

Por referirse á la misma época, son dignas de mencionarse las murallas de Tarragona, ciudad preferida de Octaviano Augusto, y que Masdeu visitó, diciendo tenían de grueso casi 20 palmos y de circunferencia 22,526, exhibiéndose su magnificencia por su mucha solidez y por el gran tamaño de las piedras de que están compuestas.

Como aditamento á este capítulo, haremos aquí mención de un *Cornelio*, oriundo de Itálica, recordado por Masdeu en su *Historia Crítica*, con la inscripción 664:

«Gneo Cornelio Cina, Duunviro de Cartagena, tuvo la comisión de presidir á la construcción de un pedazo de muralla de la ciudad, de 112 piés de largo.»

¿Sería éste el mismo que construyó las murallas de Itálica?

ACRÓPOLIS

A la vista se nos presenta este edificio, mencionado en el plano con el número 5, restos fehacientes de la antigua ciudadela llamada Acrópolis por los primeros conquistadores. Su perímetro ocupaba el sitio más alto y elevado de las poblaciones, en cuyo recinto construían uno ó varios torreones, dominando por consiguiente al enemigo, y asilando dentro de sus muros á los sitiados como último recurso, cuando los victoriosos sitiadores se habían ya posesionado de la conquistada ciudad.

Allí estaban á la custodia y amparo de los hombres de guerra y aunados con ellos vendían caras sus vidas.

Estos torreones fueron mudos testigos de las sangrientas colisiones de las guerras púnicas, viriáticas y sertorianas, godas, muzlímicas y feudales de la Edad Media.

Así fué, que cuando Tarif hizo perder el trono y la vida la rey godo D. Rodrigo, y los mahometanos con Muza y su hijo Abdalazis, inundaron la Bética cual torrente devastador, lo primero que se apropiaron fué este género de fortalezas, las cuales con el tiempo convirtieron en sibaríticos palacios.

La misma etimología de la palabra Alcázar está diciendo Al-Kasar ó sea casa fuerte con torres, lo que prueba que allí donde no dominaron, se conserva como en Itálica su Acrópolis (destruido por los vándalos anteriormente), y allí donde se erigieron en dictadores, cambiaron estos baluartes por Alcázares suntuosos, como se admira en el de Sevilla, que deseguida lo habilitaron para sus lividinosas mansiones y teatro sangriento de sus odios, transformados con el tiempo en nido de amores de D. Pe-

dro I de Castilla, ya con sus baños de D.^a María de Padilla, ya con sus jardines y cuarto del Caracol, en cuyas puertas perdiera la vida el Maestre de Santiago D. Fadrique á los golpes de la maza de Nuño Fernández de Roa.

Todavía se complace el viajero en visitar las Acrópolis ó sus ruínas en Atenas, Pérgamo, Roma, Cartagena, Tánger, Málaga, Lebrija, Niebla, Aznalcázar y San Juan de Aznalfarache.

Si *Sancios* no tuvo ya erigido su Acrópolis, no fuera despropósito asegurar que éste fué el primer edificio que mandaría construir Scipion, para poner sus combatidos legionarios al abrigo de cualquiera agresión.

Rodrigo Caro, en su *Memorial de Utrera*, manifiesta que en su tiempo permanecía en Itálica este género de fortaleza en su antigua forma, que era toda de ladrillos y bóvedas con muchos clavos por los muros, casi podridos y deshechos, y allí colgaban al parecer los soldados sus armas, cuyo edificio estaba situado en un cerro eminente, y parecía como una plaza de armas ó atarazana.

Masdeu, escribiendo de las torres de aquellos tiempos, cita la Linterna de la Coruña, que llaman todavía la torre de Hércules. Está construída en lo exterior de muy grandes piedras cuadradas y revestida interiormente de fortísima argamasa de cascajo y barro.

Según el testimonio de Strabon y Tito Livio, eran muy comunes en España las torres y atalayas, perdiéndose la fundación de muchas, así como las murallas, en las raíces de la Historia, coincidiendo en ello Vitrubio y contándonos que habiendo los cartagineses puesto cerco á la ciudad de Cádiz, derrocaron una torre, sirviéndose del grueso tronco de un árbol, y que un carpintero llamado Pephasmenos, hincó en tierra otro madero no menos fuerte, y colocando horizontalmente en él una gran viga, hizo que muchos la impulsasen con toda violencia contra los muros de la ciudad, los cuales quedaron derruidos por aquel lugar, inventándose entonces el ariete, que luégo se perfeccionó, poniendo en el extremo de la viga un pedazo de bronce en forma de cabeza de carnero, con el fin de facilitar el extrago de las murallas, siendo inne-

gable que ya existían estos muros, cuando contra ellos se blandían máquinas de guerra.

El castillo del Puerto de Santa María es una prueba de esto, pues autoridades históricas aseguran que lo erigió el capitán griego Menestheo, cuando éstos vinieron á España y edificaron también colonias como Carteia y Abdera, ejemplo que imitaron los fenicios cuando, huyendo de Josuá, caudillo de los israelistas, llegaron amedrantados y pavorosos á estas tierras, por no haber en Tyro, edificando ó ampliando soberbias capitales como lo fueron Hispalis, Gadir, Belona, Besippo, Asido, Malaca, Barcino y Onoba, cuyas poblaciones ó lugares existen hoy con los nombres de Sevilla, Cádiz, Barbate, Cabo Trafalgar, Medina Sidonia, Málaga, Barcelona y Huelva.

Considerando á Sevilla mejorada por los fenicios, para sus ulteriores fines comerciales, nos es dable presumir que á este tiempo puede referirse la construcción de sus antiguas murallas y fortalezas, pues con anterioridad á Julio César se sabe ya existían. Según refiere Aulo Gelio, el caudillo Filon entró en esta ciudad con los lusitanos, y pasó á cuchillo á los partidarios del vencedor en Munda, no queriendo éste tomar en ellos venganza, *por temor de que destruyesen sus muros*: luego ya éstos existían antes que César los ampliara y robusteciera.

Aparte de estas digresiones históricas, mencionaremos, por relacionarse con Itálica, el sepulcro que guarda las cenizas de los ascendientes de Publio Cornelio Scipion, el Africano, cerca de Tarragona.

Los caudillos que allí yacen fueron Gneo Scipion su tío y Publio Scipión su padre, muertos gloriosamente en la guerra que tuvieron con los cartagineses, el primero al filo de una espada, cerca de Valencia y en una de sus torres, y el segundo falleció de una mortal herida de lanza que lo derribó del caballo, cerca del Ebro, en el centro de Aragón.

La figura del sepulcro es cuadrada, conservándose sus paredes en mediano estado; su parte interior está rellena de cascajos apisonados hasta su altura media y dos estatuas que se cree sean de los mismos, adornan la fachada.

Publio Cornelio Scipión

el Africano

LEGIONARIOS.-COHORTES

Avezada Roma desde su fundación á una incesante guerra de cinco siglos para domeñar á los diferentes estados de Italia, se lanzó en los dos posteriores en el sendero de las conquistas, siendo por esto su complexión eminentemente guerrera por espíritu y educación. Por esta causa, todo ciudadano debía alistarse bajo banderas desde la edad de diez y seis años hasta los cuarenta y seis, siendo un obstáculo insuperable para ejercer cualquier cargo público no haber militado antes en diez campañas. La historia dice que el año 205 antes de Jesucristo, Publio Cornelio Scipión, después de guarnecer á Cádiz y haber arrojado á los cartagineses de España, y antes de partir á Roma con muchos tesoros para ser elegido Cónsul y recibir los honores del triunfo, escogió á *Sancios*, pueblo turdetano próximo á Sevilla, para descanso de sus soldados enfermos é inválidos, merced al clima excelente y aire saludable de este Municipio.



Así fué que tan luégo como este caudillo dió esta ciudad á sus legionarios maltratados y veteranos, empezó á formar una de las ciudades más famosas de España, echando sus moradores en

ella hondas raíces, hasta convertirla con el tiempo en una Roma pequeña, magnificencia que pregonan á porfía sus destruidos edificios.

Itálica y Tarragona fueron los cuarteles generales que representaban á Roma en las ochenta villas y ciudades que el procónsul Publio dejó en España al cuidado de Lucio Cornelio Léntulo y de Lucio Manlio Acidino, y de lugar-tenientes Lucio Marcio y Marco Junio Silano, llevando á Roma 14,342 libras de plata, gran cantidad de monedas, despojos cartagineses y españoles.

La primera acción que hizo en Roma el fundador de Itálica, fué la visita al templo de Júpiter Capitolino para cumplir el voto hecho en este país de sacrificar cien bueyes á aquella deidad, si salía victorioso. El Senado salió á recibirlo fuera de la Ciudad Eterna en el templo de Belona, y el caudillo entró en la misma, en medio de las aclamaciones y vítores del pueblo.

A seguida partió al Africa, en donde derrotó al ejército de Anibal, humillando la República de Cartago, de tal manera, que prohibió á los cartagineses pisar España.

Hecha la paz, el Senado determinó reformar el ejército de España, y llamó con los procónsules los soldados veteranos, para darles el descanso á sus fatigas y la recompensa de sus servicios, no quedando por esto desamparada Itálica de aquellas familias ilustres que fueron los progenitores de los Silios, Trajanos, Adrianos y Teodosios.

Todo el cuidado que embargaba el ánimo de Roma, se reducía á conservar el dominio de los Españoles, y á sacar una suma de provechos no imaginables, ora bajola República, ora bajo el Imperio, pues siempre estuvimos bajo el yugo ominoso de cónsules, pretores, cuestores y gobernadores que, despojándonos del fruto de nuestros trabajos, se enriquecían á nuestra costa, aherrojándonos con un ejército de ocupación, robustecido además con los soldados que reclutaban en esta desgraciada nación.

Eramos aún más saqueados durante la República, que bajo el gobierno de Augusto, asaz, previsor y humano, pues tuvo el talento de amalgamar y confundir sus ejércitos con tropas españolas, á las que concedía los mismos honores y derechos; por esto

en España paseaban sus banderas dos cohortes de celtíberos, dos de catalanes, una de tarraconenses, una de ciudadanos de Vique, dos ó más de vascones, levantadas por Galva; más adelante, cuatro de asturianos, una de lusitanos, otra de éstos y númeridas, otra de lusitanos destinada á la guardia del príncipe, una de montañeses, una de calahorritanos, una de eborenses, una de ciudadanos de Braga, tres de Britones en Galicia y finalmente de *Italicenses*.

Como se ve, éstos ya eran hijos de aquellos veteranos itálicos á los cuales Scipión donara *Sancios*, no acantonando Augusto tropas en Itálica por considerar esta ciudad eminentemente romana.

El carácter organizador de Octaviano, dejó en España cinco legiones más, en esta forma: la legión cuarta la estableció en Zaragoza, la quinta puso sus cuarteles en Mérida y Córdoba, la tercera, Gállica, se quedó en Osuna y Guadix, la Sexta Ferrata tomó asiento también en Guadix y Zaragoza, la décima, Fretense, la repartió entre Mérida, Córdoba y Zaragoza. Galba añadió á estas tropas la Legión Séptima Ayudadora, y Vespasiano la Séptima Gémina, que dió su nombre á la ciudad de León.

En el siglo IV estaba fiada toda España á un Conde militar, que residía en Córdoba, al frente de once cuerpos de caballería y diez y seis de infantería, de los cuales habia cinco legionarios de mil hombres cada uno.

De las tropas del cuarto y quinto siglo, según hace mención el libro *Noticias de las dignidades del Imperio*, las Legiones españolas eran diez: una de Beja, una de Osuna, una de Virtus-Julia, del reino de Jaén, una de *Brittones* de Galicia, dos de lancearios del Reino de León, dos de *Italicenses en Itálica*, y una de honderos en las Islas Baleares.

Las Cohortes eran seis: una de gallegos de Lugo, dos de gallegos, de la ciudad, que llamaban Cohorte Gállica, una de Celtíberos, una de Lusitanos y una de Andaluces de Mesa de Asta (cerca de Jerez).

Había además de estas fuerzas, seis escuadrones de caballería, uno de Portugueses de Braga, uno de Andaluces de Córdoba, uno de Gallegos de Brittonia, otro de Gallegos de Auria (Orense)

y dos de Españoles en general, entre los que se contaban algunos *italicenses*, añadiéndose, por último, ocho cuerpos de tropas auxiliares de valencianos de Murviedro, tres de portugueses de Braga, y cuatro de catalanes de Cervera.

Los ejércitos romanos se formaban, las más de las veces, de tres órdenes de soldados, sin contar los *Vélites*, que formaban tropas ligeras destinadas á las escaramuzas.

El primer orden eran de *Hastatos*, que iban armados de una lanza que llamaban Asta, el segundo de *Príncipes*, á quienes se daban este nombre porque eran tenidos por la fuerza principal del ejército; el tercero de *Pilanos*, compuesta de soldados veteranos, armados de una lanza que llamaban *Pilum*, y á éstos les daban también el nombre *Triarios*, porque sirviendo solamente para dar socorro en la mayor urgencia, estaban en el tercero y último lugar del ejército.

Cada uno de estos órdenes estaba dividido en Centurias.

El jefe de la primera Centuria, de *Hastatos*, se llamaba *Primo hastato*; el de la de *Príncipes*, *Primo príncipe*; el de los *Pilanos*, *Primópilo*.

En resumen, los ejércitos de Roma estaban divididos en Legiones, éstas en Cohortes de infantería, y en Alas de Caballería.

Cada legión constaba de 10 cohortes de 500 hombres.

Una cohorte se componía de tres manípulos, un manípulo de dos centurias y cada centuria era del número de 100 hombres, de donde resultaba que cada legión daba un contingente por regla general de 6,000 infantes, agregándose á ellos las alas de caballería compuestas de 300 ginetes, las cuales se descomponían en tres decurias ó cuadrillas de 10 hombres.

TRIBUNOS

Masden nos recuerda algunos de éstos en Lucio Voconio Paulo, Tribuno Militar de la Legión tercera Itálica; Sexto Lucio Claseseno, Tribuno de la Legión segunda Itálica; Lucio Antonio Númida, prefecto de los ingenieros y Tribuno militar de la Legión primera Itálica.

El origen de los Tribunos, según Plutarco, se remonta al tiempo de Rómulo, nombre que tomaba el comandante de las Tribus, *miles*.

Era su valor tal, que en la batalla de Munda, viendo comprometido á Julio César y en peligro de muerte por las saetas que le dirigían, cubieron con sus cuerpos á su general y lo apartaron del peligro.

Se dividían en militares y del pueblo; su carácter era sagrado é inviolable, y siempre iban precedidos de un ministro, *viator*, ocupando en todas las ocasiones un lugar preferente. Su omnímodo poder era impedir cualquier cosa, lo que efectuaban pronunciando la palabra *veto*, oponiéndose á la exacción de tributos, á las levadas de tropas y á la creación de nuevos magistrados. Con su negativa podían intervenir en los decretos del Senado, encarcelando á cualquier magistrado ó particular. El que les ofendía de palabra ó hechos era exacrado confiscándoles sus bienes.

Su autoridad sin límites llegó hasta el punto de impedir á los cónsules que tomasen posesión de sus provincias, y á los generales victoriosos á descender del carro de su triunfo; podían encarcelar á un procónsul al frente de su ejército, retardando los procedimientos judiciales y aun las ejecuciones de las sentencias.

Sila, jefe de la nobleza, destruyó su poder, si bien á su muerte el pueblo resucitó su prepotencia, la cual Augusto absorbió para sí durante su vida, aboliéndola por completo Constantino.

CUARTELES

Desde el momento que el Cónsul Publio Cornelio Scipión fué nombrado por el Senado Romano, en unión de su hermano Gneo, General del ejército de España, para combatir á los cartagineses, aquellos pusieron sus miras en Tarrágon, la cual les abrió sus puertas en combinación favorable con los españoles, y estableciendo desde luégo en aquella ciudad sus cuarteles con el carácter de permanente.

Es así, que el continuador de las glorias de estos caudillos, Publio Cornelio Scipión, cognominado el Africano, al concluir la segunda guerra púnica, escogitando á *Sancios* como mansión hospitalaria y cuartel general de sus tropas en la Bética, como ya se ha dicho, factible es asegurar que á lo primero que atendió fué á proveerse de alojamientos desahogados y cómodos, hecho que corrobora Matute, diciendo que en el año 1781, y no lejos de la muralla que corre paralela al Monasterio, se descubrió una concavidad subterránea, en la que había á pequeñas distancias como unos huecos ó alhacenas, con las paredes enchapadas de piedra que formaban separaciones cuadrilongas, de más de medio metro, é inmediatas á ellas se encontró un pozo ó cisterna. Afirma que era una fortificación militar ó por lo menos una caserna para algún cuerpo de guardia, cuyas separaciones servirían para pesebres.

En aquel mismo sitio se encontró la tabla en 1820 del alojamiento de los soldados Serrarios, de la cual ya nos hemos ocupado, confirmando este hallazgo que allí existía un cuartel.

Sus emplazamientos los señalamos en nuestro plano con los números III, y con el IV se bosqueja otro del mismo estilo torpemente labrado, el cual ocuparían los bárbaros cuando transitoriamente moraron en Itálica para hacerla vivir de sus destructoras correrías y robos.

PRETORIO

Este edificio gubernamental notado con el número XXI, era el palacio ó tribunal del Pretor, el que tenía á sus órdenes un Prefecto, que en la decadencia del Imperio llenaba sus veces. En su origen el nombre de Pretor era común á todos los magistrados, por lo que hay que dar este nombre á las primeras autoridades de Itálica.

Era la dignidad pretoria la más próxima al consulado, eligiéndose en los comicios por centurias, bajo las mismas formalidades que se hacía para los Cónsules.

Para administrar justicia, los Pretores vestían la toga negra, sentándose en la silla curul en una tribuna en forma de teatro, teniendo delante una espada y una lanza vertical, situada en parte ostensible. Siempre les precedían lictores con sus haces, alguaciles (aparritores), escribanos y porteros (accensi.)

Eran muy heterogéneos los nombres de los gobernadores de provincias, pues en España desde el tiempo de la República se dividían en diferentes clases. Los que en Roma se llamaban Cónsules, aquí se denominaban Duunviro, apesar de que entre nosotros ejercieron autoridad los cónsules, como Publio Cornelio Scipión.

En su ausencia, hacían sus veces y llenaban sus funciones los Procónsules, Legados, Vice-legados, Propetores, Presidentes, Cuestores, Procuradores, Curador y Vice-pretor.

El título de Conde, tan usual en nuestros días, arranca del Imperio. Estos eran los amigos y confidentes de los Emperadores, que se denominaban *Condes*, distinción de un grado superior de confianza y aprecio.

Al morir Teodosio nombró tutor de su hijo Honorio á Estili-

cón, caballero de origen vándalo, el cual, con el fin de abrogarse el imperio, llamó á estos bárbaros, pagando con su vida tal felonía, pues por orden del mismo Honorio fué quemado en el año 408.

Su memoria la evoca Masdeu con el número 373 de su colección, cuya lápida es de Roma, y su texto consigna:

«A Elio Estilicon, varon ilustrísimo, General de la caballería y de la infantería, *Conde* de los Familiares del Príncipe, *Conde Pretoriano*, que ascendió desde tierna edad por todos los grados nobles de la Milicia hasta el supremo de la mayor gloria y del real parentezco, proyerno del Divo Teodosio Augusto, compañero suyo en todas las guerras y victorias, enlazado con él con la unión del parentesco; además yerno de nuestro Señor Honorio Augusto.

El Africa libre con su consejo y providencia, le dedica esta estatua por decreto del Senado.»

Además de los cargos mencionados, había en España ocho clases de ministros.

Como hemos dicho, los *Duunviro*s ó *Cónsules* eran unos magistrados supremos que tenían todos los atributos de los reyes, excepto la corona; vestían la toga pretexta, usando el cetro y la silla curul y bastón de marfil é iban acompañados siempre por 12 lictores y segures; y excepción hecha de los Tribunos, tenían bajo sus órdenes todos los magistrados. Convocaban al pueblo y al Senado, exponiendo cuanto juzgaban conveniente y hacían ejecutar los decretos. Por esto Adriano era *Duunviro* en su patria Itálica.

Era de la incumbencia de los *ediles* cuidar de los edificios públicos, tales como las termas, templos, teatros, anfiteatros, circos y naumaquias, reconocer las casas en ruínas, destrozar las pesas y medidas falsas, reprimir la avaricia de los usureros, multar y castigar las mujeres de vida airada, celar en las cosas peligrosas, examinar las composiciones que se hacían para los teatros, fiscalizando la conducta de los actores y tener bajo su custodia los decretos del Senado, los cuales guardaban en los templos, por lo que el bronce último descubierto en Itálica estaba en este sitio.

Después de los ediles había los siguientes magistrados:

Presidentes de las fábricas ó edificios públicos y de los caminos.

Presidente de las monedas y de las minas.

Procuradores del público.

Jueces y oficiales de los magistrados.

El Padre Florez ilustra su *España Sagrada*, en las páginas 224 y 225, con los grabados de las dos basas de estatuas descubiertas en 1753, en las que se mencionan un curador de la República Italicense y una dedicación á la misma República, de las cuales hemos hecho referencia en las páginas 3 y 20 de este libro, cuya interpretación es la siguiente:

«Al Emperador César Marco Aurelio Probo, Invicto, Augusto adornado con la Potestad Tribunicia, Cónsul, procónsul, la República italicense, reverente á su numen y majestad, dedicó esta estatua, por medio de Aurelio Julio, honradísimo varón con cargo de Vice-pretor y curador de la República de los Italicenses.»

«Al emperador César Marco Aurelio Caro, Pío, Feliz, Invicto, Augusto, Pontífice Máximo, condecorado con la potestad tribunicia, padre de la Patria, Cónsul, procónsul, la República italicense reverente á su numen y majestad le dedicó esta memoria.»

Estos objetos los poseía D. Nathan Wetherel, empotrados en su fábrica de San Diego, coligiéndose que se refieren al año 287 de Cristo.

En poder de D. Eduardo Sánchez, de Sevilla, existía un pedazo de tabla marmórea, en que se hacía mención de otro curador Italicense.

La inscripción era ésta:

C V R A T C

REFUTACIÓN

Á LOS DETRACTORES DE ITÁLICA

MUNICIPIO Y COLONIA

En España dimos pruebas de independencia durante la dominación de la República romana, en los Ilbergetes con los réculos Andóbal, Mandonio é Indibil, en los lusitanos con Viriato y con el proscrito de Sila, Quinto Sertorio, más adelante; per obajo el mando de Julio César, Augusto y sus continuadores, un espíritu de vasallaje nos sumió en la más abyecta adulación hacia nuestros opresores, transformación que Itálica presenciaba impasible y hasta con prevención, pues trataban de oscurecerla.

Mas como los romanos exigían á los municipios subyugados enormes tributos por la sed inextinguible de oro de que estaban poseidos, repartiendo sus tierras entre los Colonos enviados desde Roma, eran estos motivos más que suficientes para que los italienses vivieran violentos y pidieran con gran insistencia pasar de Municipio á Colonia, petición que no debía haberle causado extrañeza al emperador Adriano, según refiere Aulo Gelio, porque Itálica notaba que las ciudades indígenas, abrogándose títulos del Lacio, querían eclipsarla, subiendo cien codos sobre ella, preteri-

ción que no tenían, porque á los italicenses le adunaban predicamentos indiscutibles en su favor, por ser la primera población española en donde los romanos se establecieron en la Ulterior, y sobre todo por haber tenido la gloria de haber visto nacer ese genio colosal llamado Trajano y haber albergado en su seno conspicuas pléyades de ilustres familias.

No podía transigir con esas mudanzas, de que emulándola Sevilla por adulación á Roma, trocara su nombre *Hispalis* y se llamara *Clara Colonia Romulense*, *Rómula* y *Julia Romèlea*; no podía transigir y tenía más encumbramientos de romana que Illiturgis, que se llamó *Forum Sulium*, más que Astigis que se nomenclató *Clarita Julia*, más que Nertobrija, que se entusiasmaba con el nombre de *Fama Julia*, más que Osset y Ulia, que exhibían jactosos dictados de *Constantia Julia* y *Julia*. Córdoba, llamándose *Colonia Patricia*; Tarragona, *Colonia Civica*; Mérida, *Emèrita Augusta*; Alcántara, *Norba Cesàrea*; Trugillo, *Castra Julia* y Badajoz *Paz Augusta*, se eliminaban exentándose de tributos y creando privilegios en su provecho.

Que la vida de los italicenses no fuera muy apetecible, lo manifiesta ostensiblemente la moneda que tanto ha dado que pensar á los prohombres de la numismática, de *Bilbilis Itálica*, siendo este nombre un rayo de luz para su historia, que prueba había nexos entre ambos pueblos desde tiempo de Octaviano á que puede referirse la moneda, pues existían Duunviros en Bilbilis desde los reinados de Augusto hasta Calígula, que ostentaban los nombres de Lucio Cornelio Calido y Cayo Cornelio Refecto, hombres de valiosos medros, y acaso enlazados por consanguinidad à estas familias italicenses, que llevaban los mismos apellidos de aquellos que engrandecieron á Itálica y los cuales consumados interpondrían sus influencias para confederar ambos pueblos, siendo esto un gran lenitivo á sus pesares, pues la historia dice, que las ciudades confederadas no eran súbditas de Roma, sino aliadas; y era tal su prerrogativa, que cuando las visitaba el emperador Caracalla, se despojaba de todas sus insignias, exentándose como las *inmunes* de todo género de tributos, en cambio de las estipendiarias y contributas que pechaban con infinitas gabelas.

Que esta federación existió lo dicen también á grandes rasgos la estrecha amistad y simpatía que aunaba aquellos célebres vates Marco Valerio Marcial de Bilbilis, Duunviro de Domiciano, selecto epigramático, y Cayo Silio, natural de Itálica, cantor de la guerra púnica y cónsul de Nerón.

Sentados estos precedentes, entremos de lleno refutando á los impugnadores de las grandezas de Itálica, siéndole muy enojoso al que estas líneas escribe el hacerlo así; pero decidido campeón de la verdad histórica, antes que nada, sería en él censurable enmudecer ante las aseveraciones de los escritores que, sean quienes fuesen, traten de menoscabar sus glorias.

D. Manuel Rodríguez de Berlanga, diligente epigrafista y autor del libro *el Nuevo Bronce de Itálica*, vierte en su obra afirmaciones que en nuestro sentir son erróneas.

Este señor, comentando á Cortés y López, pone en duda á escritores de tanto peso como Ambrosio de Morales, Mariana, Rodrigo Caro, Ceán Bermúdez, Zevallos, Matute, Delgado, *entre ellos los extranjeros y acaso otros más de tanta ó menor importancia*; sentando la peregrina tesis de que el cajista se equivocó poniendo una *n* por una *u* en la versión latina de las guerras hispanenses de Apiano Alejandrino, debiéndose leer *Saucios*, heridos, por *Santios*, ciudad.

Errata notable es por demás, por la mucha diferencia que existe entre la palabra *Sancio* ó *Santio*, que quiere decir sancionar, decretar, ordenar, establecer, santidad, pureza, cuya significación puede aplicarse á cualquier ciudad ó pueblo, y la de *Saucios*, heridos.

Además, aún admitiendo la palabra *Sancio*, *Sauciavi*, *Sauciatum*, herir, no formaría oración entre *Copis*, *Copie*, tropas, y el *in civitates*, ciudad.

Por otra parte ¿cómo se explica que unos hombres maltratados por las injurias de los combates y lejos de sus familias, pudieran en medio de unas colinas aisladas atender al restablecimiento de su salud, no sin tener establecidos edificios á propósitos? ¿Acaso aquella *cepa turdetana* de los Traios y otros progenitores de tantos hombres ilustres, nacieron espontáneamente, como esas vorticelas del mundo de lo infinitamente pequeño?

Abordando la cuestión de si esta ciudad existía con anterioridad á Publio Cornelio Scipión, creemos en el dicho de Apiano Alejandrino, en su génesis indígena *Sancios*, como pueblo formado á priori ó preexistente, y no como la significación de *Saucios* ú hospital de heridos *ad hoc*, pues la inteligencia más torpe percibe, que acuciado el debelador de Cartago por el afán de abandonar España para ir á Roma á recibir los honores del triunfo, no iba á levantar una ciudad de cimientos, para cuya empresa necesitaba tiempo con hombres vigorosos y no dominados como estaban por el cansancio de una lucha tenaz y persistente.

Esto es tan incontrovertible, que abundan en ello casi todos los escritores, y hasta las Memorias Literarias de la Academia de Sevilla, impresas en 1843, corroboran nuestro aserto; es más, consignan que *Sancios* era una ciudad importante cuando Scipión se estableció en ella, y le mudó el nombre llamándola *Itálica*.

Coincide en lo mismo el sabio Florez, autor de *La España Sagrada*, cuando en el tomo XII, página 222, dice: «A lo mismo puede aplicarse la circunstancia de haberse mantenido *Municipio* y no *Colonia*, cual solía suceder en los pueblos donde iban los soldados romanos: pues si no hubiera allí antes población era regular que los romanos tirasen á gobernarse por leyes romanas».

No iba descaminado el eruditísimo monge, pues *Itálica* era *Municipio* antes que *Colonia*, como lo dicen manifiestamente sus monedas y la inscripción 211 del Museo Arqueológico Sevillano, que basta su lectura para comprender que *Itálica* en el reinado de Adriano pasó de *Municipio* á *Colonia*:

GAVINIVS MVCRO CIVIS
ROMANVS COLONIAE V
ITALICENSIVN

Que sobre *Sancios*, ampliándolo, edificara Cornelio Scipión otra ciudad, no debe causar extrañeza á nadie, pues la historia dice que Bizancio fué transformada en Constantinopla por Constantino y Jerusalem en Elia Capitolina por Adriano.

Pero, sigamos con el Sr. Berlanga. En otro lugar tiene por superfluo é incierto que las legiones y cohortes *Itálicas*, de que hacen mención las piedras escritas de Astorga, Sagunto y Tarragona, se relacionen por un momento con nuestra historiada ciudad, cayendo con esto en un error crasísimo, pues al nombrar las legiones Macedónicas, Hispánicas y Gállicas, su miopía no percibe que éstas tomaban su nombre de las regiones de donde procedían.

En vista de esto, ¿por qué niega que Itálica, por agenesia romana, por instinto, por consaguinidad y tradición, sus centurias, sus cohortes, sus legiones, pudieran tomar el nombre de esta segunda Roma?

¿Pues qué, no dice él mismo que Julio César dió las más cumplidas gracias á aquellos pueblos *civibus romanis*, que fueron un baluarte inexpugnable á su favor cuando las guerras Pompeyanas?

¿Acaso estas legiones *Itálicas*, no fueron las que cerraron las puertas de Itálica á Varrón?

¿Ignora que la primera legión Itálica, se creó en Roma en tiempos de Nerón, grande afecto de un hijo de Itálica como lo fué su cónsul Silio, apesar de que le niegue este nacimiento, y que la segunda y tercera las formó Marco Aurelio quizás en memoria del protector de Antonino?

Además, la antigüedad de las cohortes Itálicas las corrobora el Evangelista S. Lucas, pues en su capítulo 10 bien claro dice: *Nominè Cohortis, quæ dicitur Itálica*, viniendo también en su apoyo Tito Livio, manifestando que la cohorte sexta era compuesta de españoles, con estas palabras: *De Provincia decretum, est, Sexta Hispanie ulteriores*, afirmando lo mismo Dion Casio en su libro 55, y aseverándolo S. Gerónimo al escribirle á Lucinio: *Cornelio Centurio cohortis Italicæ*.

¿Ignora el Sr. Berlanga que en tiempos del monstruo Nerón fueron enviadas desde Sevilla á Isauria, pequeña región del Asia

Menor, dos cohortes compuestas de ciudadanos sevillanos, cuyo recuerdo publica Huberto Goltzius en el *Tesoro de Antigüedades*, página 99:

XVII HISPALVM

EQUITVM

XXII HISPALVM IN.

ISAVRIA

Además, ya sabe el mencionado epigrafista que aquellos Legados, aquellos Tribunos, aquellos Centuriones, aquellos Decuriones, venían á las conquistas eminentemente romanos y los devolvíamos, si no turdetanizados, grandemente mistificados, por nuestras costumbres y por nuestra prestancia en las luchas púnicas, viriáticas, sertorianas é imperiales.

No amaina por esto el comentador del bronce sus ataques á Itálica, sino que deslizando el nombre del eximio poeta Cayo Silio Itálico, dice, como el que no quiere la cosa, que no nació por cierto en esta ciudad.

Empecemos refutando el desliz con las palabras que vierte, en esclarecimiento de este punto, el genio crítico de Masdeu:

«Si Silio Itálico hubiese sido italiano, hubiera tomado su nombre, no de la nación entera, que era cosa inútil y superflua para un italiano que moraba en Italia, sino más bien de su patria particular, llamándose, por ejemplo, Arpinate, Capuano ó Ceseño. Fuera de esto, los romanos no por otro motivo pudieron darle el renombre *Itálico*, sino para distinguirlo de otros Silios; y siendo común este nombre á muchos Italianos, no podían distinguirlo de los demás con aquel renombre, sino entendiendo por él que fuese natural de Itálica.»

Parece que lo escucha también el padre Florez, cuando en su *España Sagrada*, página 241, dice:

«Inclinámonos á que descendía de España, según parece denota la propensión é individualidad con que trata de nuestras co-

sas en sus obras. Y si sus mayores fueron españoles, no hay vestigio de otro pueblo á su favor mejor que Itálica.»

Prueba palmariamente que los Silios fueron originarios de Itálica, la siguiente memoria de uno de ellos que Pedro Valera nos dejó en una inscripción romana encontrada en Oducia, término de Lora del Rio:

M. SILIUS M. F.

AVIENVSA M. ITALICI

Que todo su texto manifestaba:

«Consagrado á Pesco, divinidad Paternal.

Marcio SILIO Avienusa, hijo de Marco, Quinqueviro en el municipio Italicense, Decurion bienal y Quinqueviro para cuidar de los caminos, cumplió gustosamente el voto á espensas del caudal público.»

La familia de los Silios se desparramó en España, por cuanto hay noticias en Cartagena de una inscripción que copió el Conde de Lumiares:

P. SILIO. LEG. PRO.

PR. PATRONO

COLONEI

Otro hecho de que nuestro vate era de Itálica, lo menciona la Elegía de Jano Lermusio, en su elogio al mismo, y que el gran Rodrigo Caro copió en sus *Varones insignes en letras de Sevilla*, que dice así:

*Silius, Itálica natus, cognomen aburbe
Hispana, Italicus, clarus in urbe fuit.*

Habiéndose suicidado Silio á la edad de 75 años, al principio del reinado de Trajano, la muerte le privó de admirar los prodigios de su paisano, los cuales quizás hubiera cantado, y aun nos hubiera dejado pruebas incontrastables de su nacimiento.

Por otra parte, el poeta Marcial, grande amigo y contemporáneo de Silio, en uno de sus epigramas le llama *Nuestro*:

*Augusto pia thura victimas que
Pro nostro date Silio Camonae.*

Ya lo oye, *Nuestro*; y si Marcial, dice Masdeu, no le nombró por su patria Itálica, es porque en sí mismo llevaba el nombre del pueblo que le vió nacer.

Si el Sr. Berlanga, apoyado en Crinito, hace á Silio de Roma, le diremos que este mismo manifiesta que descendía de España, y si se apoya en Gregorio Giraldo, que afirma que era de Itálica, pequeña ciudad de la comarca de los Pelignos de Nápoles, manifestaremos que la antigua *Corfinium de los Abruzos*, hoy Corfú, le duró el nombre dos años, del 662 al 664, y que extinguida la rebelión contra Roma, se le varió el dictado.

También puede leer el Sr. Berlanga en Diodoro y Causabon, que llaman á esta ciudad con el nombre de *Italicum*, y que ya cuando nació Silio, no quedaba de la guerra Social ó Márcica el más remoto recuerdo.

Ahora, con respecto á la etimología de la palabra *Itálico*, oiga á Esparciano, tan gran autoridad para él:

«Adriano había llamado á Tarragona á todos los españoles para un Congreso, y habiendo experimentado en los *Itálicos* (1) una resistencia ligera, y en todos los demás una oposición más fuerte, con cautela y prudencia tomó sus medidas».

Ya sabe cómo la palabra *Itálico* quiere decir hijo de Itálica.

Y para que vea la diferencia que existe entre la palabra *Itálico*, procedente de Itálica, y la etimológica de Italia, empátese en Ovidio, que nombra á sus conciudadanos así:

AE Italos portaret inagros

ó lea *La Eneida* que los llama *Itala de gente Nepotes*.

(1) Detrectantibus *Italicis* vehementissime, ceteris prudenter, caute consulvit.
—*Esparciano*.

No se contenta con esto el mencionado epigrafista malagueño, sino que arremete contra Adriano, y dice muy tranquilamente que nació en Roma, amparándose en la equivocación de los traductores de Esparciano, uno de los que compilaron *La Historia Augusta* en el siglo IV. Mas yo le pregunto al Sr. Berlanga: ¿cree V. que este historiador que floreció dos siglos después de Adriano, digera más verdad que sus coetáneos Apiano Alejandrino, historiador griego de Alejandria que vivió en los tiempos de Trajano, Adriano y Antonino Pio, ó Aulo Gelio, célebre gramático latino que existió en el siglo II?

Pues bien, éstos dicen terminantemente que nació en Itálica de Andalucía, cuya ciudad era ilustre por haber visto también allí Trajano la luz primera.

Pero si no tiene fe en estos dos, apele á Dion Casio, historiador griego que nació en Nicea de Bitinia el año 154 de Cristo, y á mayor abundamiento, á Eutropio, que lo menciona con estas palabras:

et ipse Italica in Hispania.

Y si no está todavía satisfecho, recurra á Aurelio Victor, Eusebio, Claudiano, Casiodoro, Jornandez, Idacio, Mariana, Florez, Cevallos, Masdeu, Matute y todos los historiadores habidos y por haber.

Pero qué más solemne contradicción quiere con su asendereado Esparciano, cuando manifiesta en otro lugar que Adriano fué Duunviro Quinquenal en la ciudad de Itálica su patria (1).

Conforme hay que estar con Masdeu cuando dice muy acertadamente que Esparciano cometió un error de fecha al hacerlo hijo de Roma, pues sabido es que de Itálica fué á la Capital del mundo antiguo, llamado por Trajano, para educarlo.

Pero todavía no ceja en su empresa el Sr. Berlanga, pues cuando llega á Teodosio, pone en duda la autoridad de Jornandez, y dice que no sabe con qué fundamento lo hace de Itálica.

(1) In Etruria praeturam Imperator egit. Per latina oppida Dictator, Aedilis Duumvir fuit: apud Neapolim Demarchus: in patria su Quinquennalis (cargo que se tenía fuera de Roma), cuasi in alia Patria post med.—ESPARCIANO.

Si quiere saber dónde nació el gran contenedor de los godos, lea á Paulo Orosio, contemporáneo del mismo, y se lo dirá. Consulte á Claudiano, á Paulo diácono de Mérida, al conde Marcelino, á Morales, al padre Mariana, á Rodrigo Caro y al Caballero Mejía en la Vida que escribió de los Césares Teodosio, Honorio y Arcadio.

Y si convencido no está, escuche aquellas palabras de The mistio en su oración quinta dirigida al Senado, refiriéndose á Teodosio:

«No así Trajano ni Adriano, tus conciudadanos y mayores, desde los cuales nos prevenía Dios, desde tan lejos tu imperio».

Ya lo oye, tus *conciudadanos*.

Para concluir con el mencionado tantas veces Sr. Ber'anga, le diremos que la dicción del bronce en que se ha empapado y que ornaba su Foro, le ha dicho hasta la saciedad y con evidencia suma, que no era Itálica *una Colonia tan secundaria*, como pesimistamente afirma en la página 37 de su obra, sino que su grandeza ha pasado á la posteridad por haber sido cuna de tan colosales genios.

Y ahora que hemos terminado con el comentador del Bronce italicense, volveremos nuestra clava contra aquellos que detentan la memoria de Itálica, diciendo que era una factoría militar, que no se encuentra en sus restos ni pueblo, ni fósiles, ni nada que presuponga que existió allí una ciudad; que dejó de vivir por no haber allí agricultura, comercio, industria, ni nada útil, que no son los Palacios los que dan vida á los pueblos.

Los que divulgan esto, después de clavar un puñal alevoso en el corazón de nuestra Sevilla actual, pues alejan el *tourismo*, dan pruebas de una ceguera histórica, de buena ó mala fé, que combatiremos pulverizando sus disparatadas reticencias.

Dueño Cornelio Scipión de toda España, dividida entonces en la Citerior y Ulterior, por haber arrojado de ella á los hijos de Cartago, y gran concedor de todos los pueblos que componían la misma, hizo en la Bética caso omiso de Cádiz é Hispalis, y escogió para solaz, recreo, encanto y acomodamiento de sus legiona-

rios, el pueblo de *Sancios* que llamó Itálica, á la cual dió las insignias de Roma y sus leyes *sui juris*.

¿Y por qué, Sres. *Sabios destructores*, no prefirió esta tan opulenta y grandísima Hispalis, tan cerca de *Sancios*?

Porque, Sres. *Sabios*, la Hispalis de aquel entonces no VALIA NADA, ni presuponía nada.

La *urbe* hispalense, desde una edad protohistórica, estaba emplazada en donde hoy existen las parroquias del Salvador, San Nicolás, San Isidoro, la iglesia de San Alberte, la Catedral, el Alcázar y la puerta de Jerez.

El resto de Sevilla, dice Rodrigo Caro en las *Antigüedades de su convento juridico*, folio 26, lo bañaba el río, ocupando su brazo mayor los terraplenes de la Almenilla, desaguando en la puerta del Arenal, después de haber pasado por las calles de la Laguna, García de Vinuesa, Génova, Plaza de San Fernando, parte de la de San Francisco, Sierpes, confluentes y allegadas, yendo por la de Amor de Dios y Duque á bifurcarse con la *Alaguña*, llamada hoy Alameda de Hércules.

¿Acaso esta propensión de inundar el Guadalquivir estas vías no se repite en todas las arriadas?

Por esto, Scipión, huyéndole al río, y temeroso de las enfermedades congénitas á un pueblo lacustre, buscó las eminencias de las colinas colindantes á Sevilla, y erigió en este sitio á Itálica.

La verdadera historia de la Hispalis primitiva, se desenvuelve dentro de un marco oscurísimo; pero se presiente en los cimientos antiquísimos que cubren las bóvedas del Tagarete, en el arco que existió en la calle de San Gregorio, en la muralla que se extendía por el colegio de San Miguel atravesando la Catedral en dirección á la Borceguinería, y en las ruínas del templo de la calle de los Mármoles.

Aqué fué el primer aposento escogitado por los fenicios para sus factorías comerciales, en donde las tribus iberas vivían tranquilamente apacentando sus ganados, y en él recibió con fraternal abrazo tan benignos y civilizadores huéspedes.

Pero llegando los celtas y confraternizando con estas tribus, refundieron sus nombres en celtíberos y quisieron dar muestras de

independencia lanzando de nuestro territorio á los fenicios, por lo cual éstos llamaron á los cartagineses para que le sirvieran de aliados, convirtiéndose después en dueños de fenicios y celtíberos.

El valor indómito de Scipión vengó tal felonía con el *Delen-da Cartago* en su diestra, y Roma se enseñoreó de nosotros, dejándonos en Itálica una segunda Roma, que fué, como hemos dicho, embellecida con aquellas joyas griegas que le donó Mummio, procedente de Corinto.

Mas eliminando á Itálica, que se conservó romana, Hispalis fué juguete de aquellos bélicos adalides que llevaron los nombres de Viriato, Sertorio, los Pompeyanos y Julio César.

Lo italicenses dando pruebas de ser justicieros y nobles, quisieron asesinar en Córdoba al cuestor ladrón Casio, valiéndole censuras de César en el discurso que pronuoció en Sevilla, y en represalias protegió á Hispalis, arrancando desde aquel instante su engrandecimiento, terraplenándola, ampliándola y cercándola de *muros y torres altas*, y valiéndole elevados conceptos, según Aulo Hircio en su panegírico, de que la había *defendido en muchas causas públicas y privadas*.

Augusto acrecentó su importancia dándole permiso para batile moneda, y Sevilla á sus manes le tributó cultó, y varió su nombre en Julia Romulea y Rómula, y más adelante el emperador Othon, según Tácito, otorgó á muchas familias sevillanas el derecho de ciudadanía romana, llegando á su apogeo en tiempos de Constantino, quien la hizo corte de su vicario, á quien obedecía toda la nación.

Pero apesar de tales lisonjas á Roma, la tan decantada Sevilla, que absorvió á Itálica, según el parecer de sus detractores, no tuvo un nombre que oponer siquiera á los Silios, Trajanos, Adrianos y Teodosio, como lo hizo Cádiz con los Cornelios Balbos y Córdoba con los Lucanos y Sénecas.

Hispalis, apesar de su servil adulación, no albergaba en su seno á ninguna figura de resonancia en Roma, mientras Itálica, dos siglos antes que Sevilla se vistiera con el antifaz de Romana, asilaba dentro de sus muros aquellas progenies del Lacio que la convirtieron en otra Orbe Romulense, sin necesidad de servilismos,

necesarios en las poblaciones indígenas, para no verse expuestas á la desolación y la muerte.

No cejaremos por un momento en la defensa de nuestra desgraciada Itálica, combatiendo con la antorcha de la verdad á sus destructores, que aun cuando sean admitidos por sabios, en lo que á Itálica se refiere, han dado pruebas de una ceguera completa.

Oigamos á uno de ellos, por ejemplo, al Sr. Delgado en sus *Medallas Autónomas*:

«No pueden arguir en contra los descubrimientos que se hicieron por los años de 1855 al 56, en el olivar próximo al Monasterio, de varios sepulcros, pues allí no los hay, porque aunque contruídos con materiales de procedencia romana, indicaban una época relativamente moderna.»

No se pueden sentar más anacronismos: es decir, que los italicenses, según el parecer del Sr. Delgado, cuando se iban á morir, salían corriendo é iban á lanzar el postrer suspiro á otros lugares.

Pues entonces, las memorias sepulcrales que á cada momento se encuentran en Itálica, ¿llovieron del cielo?

Hay que respetar la memoria de los difuntos, pero el señor Delgado concedor de estos recuerdos necrológicos y en su afán de quitarle importancia á Itálica, se hace el sueco y no los nombra.

¡Bonita manera de historiar!

En otra parte dice:

«Su memoria oscurecida hace sospechar que se fué despojando lentamente, y tal vez á medida que acrecentaban en poderío las inmediatas ciudades.»

Esto no es cierto: primero porque nació en ella Teodosio, último baluarte del Imperio romano, y por lo tanto, hasta esa época florecía de una manera indubitable, y segundo, y esto es lo más grave, que las poblaciones que se abandonan lentamente para trasladarse á otra parte, son como los inquilinos que mudan de

domicilio: se llevan los *muebles* y el dinero y los objetos de valor y arte, y en Itálica se han encontrado las monedas por fanegas y los objetos y los muebles que á centenares se descubrieron en las excavaciones de D. Ivo de la Cortina, *despedazados, triturados y hechos añicos* hecho palpable que preconiza que no se los llevaron.

En otro lugar manifiesta:

«Allí no hay un símbolo ni un detalle que tenga relación con la raza indígena de la antigua *Sancios*.»

Pues ¿y los trabajos de Hércules del Sr. Gago, no pregonan su procedencia aborígen?

¡Qué no tiene monedas indígenas! ¿Y las de Hispalis, en dónde están?

Esto prueba que Sevilla valió y tuvo importancia desde Julio César y Augusto, grandeza que le dió Strabón en este reinado, que fué cuando el geógrafo griego floreció, pues decía que la Bética era un país abundante en aceites y lanas finas, y que se envanecía con grandes ciudades como Gades, Corduba é Hispalis, poseyendo antiguos monumentos; claro que al referirse á estos monumentos se concretaba á los fenicios.

Que Itálica no tenía comercio, dice Delgado. ¡Bonita manera de raciocinar! Pues entonces, ese gran Foro que abrillanta las páginas de su historia, ¿para qué servía, era para jugar á las casitas como hacen los pueriles muchachos con los nacimientos, ó servía para que en las tiendas que decoraban sus pórticos se efectuaran las transacciones mercantiles?

Que aquello era muy chico, (¡gracioso!). ¿De cuándo acá fueron grandes las colonias romanas?

Además, Itálica tenía dentro de sus muros edificios importantes y fuera de ellos las casas que componían su contingente urbano, llegando su diócesis hasta Jerez, Medina, Niebla, Peñafior y Palma, comprendiendo sus pueblos anexionados como Laelia, Callet, Masilva, Calentum y todos los pueblos de la Beturia hasta confinar con Mérida, como dice la Historia General de España.

Si en Itálica, señores detractores, no se encuentra ese pueblo, esos fósiles y esos instrumentos necesarios á la vida de las

ciudades, es porque muchos se los han llevado á países extraños, y la mayoría de ellos están yacentes bajo aquellos collados, esperando un Angel del Juicio Final que haga renacer á algunos hombres de buena voluntad que levanten aquel sudario de muerte, para anonadamiento de obstruccionistas é HISPALICIDAS.

Que no se despobló Itálica porque Sevilla la anulara y absorbiera, sino que nació con Roma y se hundió con ella, como se trituraron en añicos diminutos las pleitesias hispalenses romanas, rodando en pedazos informes debajo de la mezquita de Abub-Jacob, aquella Basílica Romulea, aquel Anfiteatro de que nos habla S. Isidoro, aquel Teatro que menciona Filostrato, aquel Foro ó plaza pública rodeada de pórticos en donde vivaqueó la legión de que escribe Aulo Hircio, aquellos lodus ó escuelas que recuerda Rodrigo Caro, aquel comercio de la antigua Romulea que nos exhibe una lápida con sus barqueros.

Como de la misma manera se pulverizó aquella Emérita-Augusta, erigida por el genio de Octaviano como llave de la Lusitania, rodando también al abismo aquel Arco de Trajano, aquel lago de Proserpina, aquel Anfiteatro, aquellos Templos de Diana, de la Concordia ó de Augusto, de Marte, de Júpiter, de Neptuno, de la Fortuna, de Juno, de Cibeles, tromba ciclónica de razas que hizo deleznable sus murallas, sus inscripciones lapidarias, sus estatuas, sus mosaicos, su Circo-máximo, sus puertas y sus Naumaquias. Ninives y Babilonias despedazadas, de que existen muchísimos ejemplares en España, en donde el hombre de ciencia no tiene ui un átomo de polvo que cojer entre las falanges de sus dedos, como le sucede con Munda y Laelia, y otras que se ignora hasta el sitio donde florecieron.

CULTURA DE LOS ITALICENSES

Hi Turdetani Omnium Hispanorum doctissimi judicantur, ut unturque grammatica et antiquitatis monumenta habent conscripta á Poemata, et leges metris conclusas á sexmilibus ut aiunt annorum.

STRABON.—*Rerum geographi*, Pág. 204.

Con estas palabras afirma Strabón, como ya hemos dejado consignado en las primeras líneas de este libro, que en la Turdetania se usaba de gramática, se cultivaba la poesía y se regían por leyes escritas en verso, aserto que corroboran también el retórico Asclepiades de Mirleo, Polibio y Estefano de Bizancio.

Oscurísima cuestión promueve este dato de la historia primitiva de la Bética, por no saberse si esta civilización fué importada del vecino Egipto, que poseía grandes monumentos y centros de sabiduría y literatura, entre ellos la renombrada biblioteca Alejandrina; ó el geógrafo griego se equivoca y se refiere á la cultura fenicia y griega, que nos dió estos pueblos, y que transformó la manera de ser de nuestra rasa Ibérica, tribus descendientes de Jafet, que poblaron la España antigua.

Si no fueron los fenicios y griegos á los que se refiere Strabon, no hay que extrañarse, pues en el mundo de la historia se dió el fenómeno de encontrarse los españoles una abigarrada civilización indígena cuando la conquista de México.

Pero saltando estos escollos, y por lo que á Itálica se refiere, la vemos adornada con pinturas y mármoles riquísimos que le llevaron de Corinto durante el reinado de la República Romana.

Estas preseas les servirían de patrón en donde calcar las imi-

taciones arquitectónicas de sus Palacios, Foro, Basílica, Templos y edificios notables.

Durante el dominio de Augusto la admiramos, batiendo monedas con una riqueza de detalles que nos hace concebir el grado de cultura é ilustración de sus signatros ó entalladores de troquel, artífices que aprenderían en sus escuelas semejantes adelantos.

Itálica tuvo casa de Moneda por el permiso que le dió Octaviano, y que con el tiempo le quitó aquel Calígula que vistió de púrpura imperial á su caballo *Incitato*.

Pasma el espíritu el grado de cultura de que los españoles fuimos deudores al sobrino de Julio César, pues al concedernos esta autonomía, todos los pueblos le tributaron honores, erigiéndole templos á su divinidad y construyendo edificios suntuosos.

Por exhumarse á cada momentos ciudades cubiertas por el polvo de los siglos, como una reciente descubierta en Bobadilla, de la que guarda objetos el profundo filósofo sevillano D. Federico de Castro, honra del saber patrio, no puede precisarse con exactitud suma todas las ciudades que batieron moneda en España; sin embargo, mencionaremos entre ellas las más importantes: En Tarragona: Ausa, Acci, Bilbilis, Cesar-Augusta, Calagurri, Cartagonova, Castulo, Celsa, Clunia, Dertosa, Emporias, Ercávica, Gracurria, Ilercavonia, Ilerda, Ilici, Osen, Osicerda, Ostur, Palantia, Saetabis, Saguntum, Segóbriga, Tarraco, Toletum y Valentia. En la Bética: Asta, Asido, Acinipo, Abdera, Astapa, Aria, Arva, Baillo, Callet, Carbula, Carmo, Carisa, Carteya, Capra, Celti, Corduva, Gades, Iliberis, Ilipa, Ilipla, Ilurco, Ipagro, *Itálica*, Ituci, Julia, Lastigis, Lelia, Liturgis, Mirobriga, Munda, Murgi, Nema, Obulso, Onuba, Orippe, Osca, Oset, Romula, Sálisis, Scaro, Sisapo, Tarteso, Julia-Traducta, Tucei, Ventipo, Ugia, Ulia y Urso. Y en Lusitania: Emérita, Eborá-Osonuba, Pax-Julia y Salacia.

De la de Sevilla se conserva la memoria en un pedestal existente en el estudio del pintor D. Francisco Anaya, en la Casa de Pilatos, extraído, según Rodrigo Caro, de los cimientos que se hi-

cieron para edificar la iglesia de San Alberto, allá por los años 1600.

Su contenido es el siguiente:

«A Julio Flavio Policryso, liberto del emperador, procurador excelentísimo de Monte Mariano (Sierra Morena), los purgadores de metal».

La fastuosidad de Itálica la prueba el testimonio de Plinio y Aurelio Víctor, diciendo que cuando el cónsul Lucio Mummio se apoderó de Corinto en Grecia, repartió entre *Itálica*, Roma y Parma de Italia muchas esculturas, alhajas, metales preciosos y cuadros, hecho ciertísimo que conmemora el pedazo de inscripción existente en el Museo Arqueológico, y que lo reconstituye el profesor Mommsen de este modo:

I MVMM | IVS. L. F. IMP
DED.... CO | RINTHO. CAPTA
VICO. ITA | ICENSI

Relacionado con los artistas italicenses menciona Hübner una lápida que consigna que *Marco Celio Alejandro regaló una tabla de mármol al establecimiento de los aserradores de piedra imperiales*. Viniéndose en conocimiento que había por aquellos alrededores canteras de la propiedad del soberano.

Estos artifices construirían el soberbio templo de Augusto en Itálica, del cual Hübner publica una inscripción tumular de un sacerdote de dicha sacella ó capilla, cuyo texto es:

MAGISTER LARVM
AVGVSTORVM
ET. GENII CÆSARIS AVGVSTI

Esto recuerda á un italicense, sobrino de Trajano, hijo de su hermana, y que con la inscripción 1191, refiere Masdeu de este modo:

«Templo consagrado á Hércules, conservador de la familia

Ulpia. Le hizo Marco Ulpio Verecando, sobrino del emperador.»

Si grandes eran estas exuberancias en construcciones, esculturas y pinturas, magníficos eran también aquellos gremios de plateros, lapidarios y alfareros, cuyos primores se admiran en los mosaicos que á cada momento se descubren, como también en las ánforas y vasos sagrados al servicio de los sacerdotes para la celebración de los sacrificios hechos á los dioses.

Este vaso que se indica en la moneda de Itálica del ara, se llamaba el *Prefericulum*, era una ancha copa ó jarra con un solo mango, en el cual se depositaba el vino para las libaciones; el *Huribulum*, de dos asas, servía para fundir las resinas ó especíes aromáticas que se quemaban durante las ceremonias de los sacrificios; el *Simpulum* servía de recipiente y era de ancha boca, en la cual se derramaba el vino contenido en el *Prefericulum*.

Tenían además la *Urnula*, especie de olla ó marmita en la que los sacerdotes cocían las entrañas de las victimas inmoladas en honor de los *Númenes*.

Pero si pasamos de la esfera del arte á la de la literatura, bastaría por un momento recordar la educación que recibiera Cayo Silio Itálico, célebre autor del poema la guerra púnica, y cónsul de Roma, bajo el reinado del feroz Neron en el año 68, para comprender á leguas que Itálica tuvo grandes centros de enseñanza, lo mismo que Sevilla que ostenta su recuerdo en la Iglesia del Salvador, en una lápida que Rodrigo Caro interpretó así:

«A Lucio Vivio, hijo de Marco, de VII años, le puso el título de su sepultura en las *escuelas* de Sevilla.

Desde el tiempo de Augusto vemos en España florecer una pléyade ilustre de hombres grandes en poesía, oratoria, ciencia é historia, que impulsa á este emperador á dar la prefectura de la Biblioteca Palatina á un español cual fuera Cayo Julio Higino, escritor de Agricultura, Gramática, Historia, Geografía, Astrología, Teología y Arte Militar. Cádiz aporta también su falange que lo manda Lucio Cornelio Balbo y Lucio Junio Moderato Columela, digno de rozarse con Virgilio; Córdoba no le va en zaga, y exhibe á Marco Anneo Lucano, orador griego y latino y á Lucio

Anneo Séneca, filósofo, físico, geógrafo, astrónomo y superior en sabiduría á los romanos de su edad.

Pomponio Mela de Mellaria, príncipe de los geógrafos latinos acompaña á este verdadero ejército de españoles dignos de gran renombre, que la historia calla en donde vieron la luz primera, pero por sus apellidos se viene en conocimiento que son andaluces, y acaso originarios de Itálica, por ejemplo los Cornelios y Anneo Sereno, filósofo estóico.

Pero se presenta el siglo en donde se exhibe la familia Flavia, con emperadores de tal renombre como Vespasiano y Tito, y una población de España, Bilbilis (Calatayud) da un contingente de hombres tan célebres como Marco Valerio Marcial, escritor amante de agudezas, pero de estilo purgado, claro y conciso, grande amigo de Plinio el joven, Quintiliano y Juvenal; Materno, uno de los abogados más famosos de su edad y Liciniano, gran orador y buen poeta.

Itálica se confedera con Bilbilis, como se prueba en las monedas que existen, acaso para fines políticos, y el predicamento que tienen los Bilbilitanos repercute en nuestra historiada ciudad, por cuanto vemos educarse en sus aulas aquellos genios llamados Trajano, Adriano y Teodosio.

Aquí se le forma á Trajano ese corazón magnánimo, gran propagador de las instituciones alimentarias, sostén de niños y desvalidos; aquí se cuaja esa inteligencia preclara, de la cual dió pruebas al mundo, escribiendo su historia de la guerra Dácica; poeta griego y latino, escritor juicioso y elegantísimo, artista imponderable, cuyos recuerdos nos dejó por todas partes, amante de las letras en Roma, creando una Biblioteca pública, institutor de Odeones y Academias de Música, hechos gloriosos consignados en las medallas que se le acuñaron con los títulos de la *Piedad Perpetua*, *La Salud del género humano*, *La pública seguridad* y *La abundancia perenne*.

En las fuentes cristalinas de estas escuelas, bebe el niño Adriano esa inspiración que lo hace sabio maestro en las lenguas griega y latina, épico, anacreóntico y epigramático; músico y pintor, escultor y grabador; médico, jurisconsulto, geómetra y astró-

jogo, general distinguido en táctica militar; Mecenas en Roma de la escuela del diseño; creador de la Biblioteca del Capitolio y del Ateneo, engendrador de la primera Universidad de Roma y *Fiat lux* de aquella Granja Tiburtina, palacio fastuoso del arte.

Aquí la familia Teodosia columbra el santo temor de Dios, y sus maestros preparan á estos hábiles políticos, guerreros, cristianos y bienhechores de la humanidad.

Las escuelas de aquellos tiempos eran célebres en España, por cuanto vemos que Vespasiano abrió una pública en Roma, á semejanza de las nuestras y con paga mensual con cargo al Estado, siendo encomendada al gran español Quintiliano, digno de hombrearse con Cicerón.

Las escuelas de Itálica debieron ser visitadas por Cayo Plinio, famosa figura de la Historia Natural, pues fué cuestor ó cobrador de los tributos de la Bética.

La tradición señala en Santiponce un sitio llamado las *Escuelas*, en donde las excavaciones de D. Ivo de la Cortina sacaron muchos *estilos*, que era un punzón con que se escribía en planicies enceradas, sobre hojas, cortezas de árboles ó planchas de cobre. Para escribir en papel ó pergamino hacían uso de una caña afilada y abierta por la punta como las plumas de hoy, á la que llamaban *calamus*, *fistula*, *arundo*, mojándola en tinta.

A semejanza de nuestras pruebas tipográficas, escribían en tablillas barnizadas de cera, y con uno de los extremos del punzón, que era plano, borrraban lo enmendado, trasladándolo luégo al papel ó pergamino.

Era de uso muy corriente los libros de memorias ó apuntes, soñiendo también llevar consigo encerrada en el puño unas tablillas de escribir en donde consignaban las cosas más perentorias. Para este objeto, las personas de posición llevaban un esclavo que tomaba el nombre de tabelario ó *notario*, siendo este el origen de esta palabra, que prueba el progreso de los tiempos, pues hoy no son esclavos los *notarios*, sino distinguidos personajes que viven desahogados al abrigo de una de las carreras más lucrativas de España y aun del mundo.

Pero volviendo á nuestros italicenses ó romanos, que para el

caso es igual, diremos que ese mismo estilo ó grafio que les servía para escribir, les era en la vía pública un arma defensiva contra cualquiera agresión.

En su forma espitolar empezaban encabezando la carta con sus nombres, deseguida ponían el de la persona á quienes escribían, siendo general agregarle la adición *Suo* en señal de familiaridad ó cariño. Luégo escribían una S que quería decir *Salutem, decit*, te desea salud, te saluda.

Otras veces comenzaban por una fórmula ordinaria concebida en estos términos: Si vales, *bené est, ego quoque vales*, terminando siempre las epístolas *por vale ó cura ut valens*. Pero no ponían el nombre como hacemos nosotros, sino la fecha y hora que escribían la carta.

Como no tenían correos mandaban la misiva con un emisario.

Los libreros, con el fin de preservar las obras de la polilla, las bañaban con un extracto de cedro. Se denominaban *Officinæ chartariæ* las fábricas de papel, y *tabernæ* los establecimientos donde se vendía este producto industrial.

NEGRÓPOLIS

Remitimos á nuestros lectores al plano de Itálica, en el cual se consignan con los números XXIII y XXV los sitios en que se han encontrado vestigios de antiguas sepulturas.

Los romanos escogían para sus enterramientos aquellos sitios que hicieran visibles sus despojos, por eso los situaban junto á un camino público, estando así expuestos á la vista del viajero, con el fin de inculcar en su ánimo la idea de la muerte.

Sus enterramientos eran públicos y privados, enterrándose en los primeros todos juntos, y en los segundos se inhumaban

comprando un pedazo de terreno particular, el que hacían hereditario á sus familias y denominaban *monumentum*, *cenotafium* y *mausoleum*, y desde los más remotos tiempos *tumulus*, apropiándose de los griegos los *ediculos*, que estaban formados por cuatro columnas conteniendo una cubierta. Había otros llamados *cipos* de un orden más inferior, en cuyos frentes ponían la inscripción, existiendo en Sevilla un ejemplar de esta clase en poder del erudito maestro D. Francisco Collantes, procedentes de Aznalcázar.

Además existían los *columbarios* ó sean cámaras sepulcrales con nichos semicirculares que contenían las urnas con las cenizas del difunto. En éste se depositaba la redomita de barro de cuello estrecho que denominaban *lacrimatorio*, en donde se echaban las lágrimas que se vertían por el difunto. En poder de D. Antonio Ariza, selecto amante y maestro de antigüedades, existen muchos de esta clase, así como un bote de cristal extraído de la Necrópolis de Mérida, que contenía las pomadas olorosas con que huncían al cadáver.

La costumbre de quemar los cadáveres y guardar sus cenizas empezó en Sila y terminó en el siglo IV.

El origen de los aniversarios, tan común entre nosotros, arranca de la dominación romana, pues en una inscripción del Colegio de los Pilotos de Murviedro, se lee que se estableció un fondo para que *anualmente* se echasen flores y comestibles sobre el sepulcro de Oticio Sertoriano.

Las memorias funerarias empezaban con las siguientes letras

D. M. S.

ó sea: *A los dioses manes*, terminando con

S. TT. L.

que era una expresión usada en los epitafios de España, queriendo decir *Sit Tibi Terra Levis* (séate la tierra leve) y grabando por regla general corazones y pajaritos en señal de cariño é inocencia.

El recuerdo de la familia de Trajano lo manifiestan todos los autores en la siguiente memoria sepulcral encontrada en Itálica:

D. M. S.
M. VLPIO. HEVRETO
INFANTI. SVAVISSIMO
QVI. VIX
ANNI. V. MENS III
VIBIVS. ZOTICVS
ET. VAL. SPONDE.
PAR.
FIL. DULCISS

Que manifiesta:

«A los Dios Manes. Marco Ulpio Hevreto, niño suavísimo, hijo dulcísimo, que vivió cinco años y tres meses. Sus padres Vívio Zótico y Valeria Sponde le hicieron este sepulcro.»

Nuestros lectores pueden ver en la página 19 las inscripciones funerarias que existen en el Museo Arqueológico de Sevilla, bajo los números 334, 209, 265 y 260.

Publicaremos aquí todas las que han llegado á nuestras noticias, empezando por la colección del amante de Itálica y entendido numismático D. Eduardo Sánchez de la Cotera.

Inédita:

D. M. S.
MAVRVS
ANNOR XIII
PIVS. INSVIS
H. S. E. S. T. T. S.

Traducción: «Memoria consagrada á los Dioses Manes. Maurus, de 13 años, querido de los suyos. Está aquí enterrado. Séate la tierra leve.»

La loseta, que es de mármol, contiene en sus dos extremos dos corazones y en medio un pájaro.

Otra que existe en el Museo Arqueológico de Madrid:

D. M. S.
HERIA CALPVRNIA
A VIXIT. ANNI V.
M. V. D. XVIII
S. T. T. L.

«A los Dioses Manes. Heria Calpurnia, de 5 años, 5 meses y 18 días. Séale la tierra leve.»

Parte opuesta de otra inscripción rota:

D. M.
ANNIVS. F
VS. VIS. AN.
PIVS. IN.

«Anno F.... Vivió años. Querido de los suyos.»

De la colección de D. Manuel Almonte de Sevilla:

D. M. S.
T. ATILIVS ASSA
TVS. N. A. P. M. XXN.
PIVS. IN SVIS
S, T. T. L.

«Consagrado á los Dioses Manes. Tito Atilio Asato, vivió poco más ó menos 25 años. Piadoso con los suyos. Séale la tierra leve.»

De la misma procedencia publica el catedrático berlinés Hübnér estas dos, encontradas en Itálica, que existen en el Museo Arqueológico de Madrid:

D. M. S.
SILVANA VIXS
ANN XV ANNI
MA CANDIDA
PIA IN SVIS
S T L

«Sagrario á los Dioses Manes. Silvana de 15 años. Ánima inocente. Muy piadosa con los suyos. Sea leve la tierra.»

D. M. S.
T. FL. TROPHIMVS
VIX. ANN. IX
H. S. E. S. T. L.

«Consagrado á los Dioses Manes. Tito Flavio Trofimo. Vivió nueve años. Está aquí enterrado. Séale la tierra leve.»

Las excavaciones de D. Ivo de la Cortina descubrieron la siguiente tabla marmórea, que fué de la propiedad del difunto don Demetrio de los Ríos:

D. M. S.
ATIMETVS
VIX. AN. N.
XXXV.
H. S. E. S. T. T. L.

«Consagrado á los Dioses Manes. Atimeto. Vivió 35 años. Está aquí enterrado. Séale la tierra leve.»

El *Museo Español de Antigüedades* inserta una memoria sepulcral de Itálica, que dice:

VICTORIÆ

en cuyas aras se notan las señales de incendios que demuestran sirvieron para quemar perfumes, y además publica estas cuatro

inscripciones sepulcrales de Itálica, que existen en el Museo Arqueológico de la corte:

D - M
Q - L - EVARIS.
ANN LX.
PIVS IN SVIS
H S E S T T

«Sagrario á los Dioses Manes. Quinto Lucio Evaris, hijo de Quinto? de 60 años. Piadoso con los suyos. Aquí yace. Séale la tierra leve.»

D. M. S.
LITVCCIA
PRIMILA. AN.
XV. M. XI. DIER
V. PIA. IN. SVIS. H.
S. E. S. T. T. L.

«Consagrada á los Dioses Manes. Lituccia Primilla, de 15 años, 11 meses y 5 días. Piadosa con los suyos. Yace aquí. Séale la tierra leve.»

D. M. S.
LICINIA — LICI
NILLA — ANN
XXXV — MESES
IIII DIES VIII
H - S - E - T - R - P
D S T T L

«A los sagrados Dioses Manes. Licinia Licinilla, de 35 años, 4 meses y 9 días, aquí yace. Te ruego pasajero (ó viandante) que digo: Séate la tierra leve.»

D. M. S.
COR . NEL
APOLLONI. S.
VIXIT ANN. XII
M. P. I. S. S. T. T. L.

«Consagrado á los Dioses Manes. Cornelio Apollonio, que vivió 12 años y 2 meses. Piadoso con los suyos. Séale la tierra leve.»

Divulgaremos, tomándolas de la *Historia Critica* de Masdeu, todas las noticias necrológicas que se refieran á hijos de Itálica, ó bien tengan conexión con este capítulo.

Lápida descubierta en Santiponce el año 1788:

«A. Lucio Rayo Plebito, hijo de Lucio, de la Tribu Sergia, que ha sido Duumviro tres veces. Por testamento de su padre Lucio Plebito.»

1189 de su colección:

«A los Dioses Manes. Marco Ulpio Itálico, liberto de Augusto, hizo en vida este sepulcro para sí, para sus padres piísimos Tito Flavio Itálico y Flavia Roma, para su mujer benemérita Flavia Melpómene, para sus Libertos y Libertas y para los descendientes de ellos.»

Inscripción 1202. Encontrada en Florencia:

«A los Dioses Manes. Cayo Salustio Marciano, natural de Itálica, murió de 9 años y dos meses.

Brennia Marciana hizo este sepulcro á su hijo dulcísimo, piadosísimo y benemérito.»

Inscripción 1104. Encontrada en Regina (Civium) Cádiz:

«Memoria consagrada á los Dioses Manes. Lucio Rufino Primo, natural de Itálica, y Reginense por familia, murió de 40 años. Su mujer Fabia Campana hizo este sepulcro á su marido. Aquí yace. La tierra te sea leve.»

Inscripción 885. Procedente de Sevilla:

«Augusto Nostri puso esta memoria sepulcral á Elia Itálica, mujer santísima y castísima, su marido Pío que era Verna, Dispensador y Mancipio del Emperador.»

Como misceláneas extravagantes y caprichosas, consignare-

mos éstas que hemos entresacado del referido Masdeu y que señala con los números 1186, 1187, 1188:

«A los Dioses Manes. Camilio Aquiles mandó que se escribieran en su sepulcro estas palabras: «Antes no fui, después fui, ahora ya no soy.»

«A los Dioses Manes. Lucio Alfidio Urbano, Tribuno Militar de la Legión Séptima Gemina Pia Feliz Antoniana, hombre óptimo en su vida. Mandó en el testamento que se le pusiera esta memoria á disposición de su suegro Cornelio Rústico: «Vivid alegres los que vivís. La vida es un dón pequeño. Nace, toma vigor y luégo desfallece.»

Hasta el presente las memorias sepulcrales que se han descubierto en Itálica han sido casi todas colindantes con el antiguo camino que venía á ella desde Sevilla; la Necrópolis verdadera todavía yace soterrada bajo estas ruínas, hasta el fausto día en que se remuevan aquellas colinas depositarias de este manantial fecundísimo de recuerdos grandiosos.

Muchísimas tumbas van descubiertas en la Necrópolis de Carmona, debido á existir en aquel pueblo dos amantes de nuestras glorias arqueológicas, como son los Sres. Fernández y Bonsor; y vergüenza da decirlo, este último es de nacionalidad extranjera. Las hay tan importantes como los triclinios del Elefante, que tienen escalera, gran patio, entrada entre grandes zanja de libaciones, tres triclinios, culina con su chimenea, pozo, conductos para el agua, baño y cámara funeraria. En la tumba de Postumio existen restos de pinturas, patio y cámara funeraria con siete hornacinas, ara y escalera; viéndose también en la tumba de la moneda de Vespasiano, restos de pinturas, podio, escalera y once hornacinas.

El individuo de esta Sociedad de excavaciones Don Jorge Bonsor, también descubrió un anfiteatro, y restauró, en unión de D. Manuel Delgado Malvido, la tumba 118.

La de las columnas tiene también escalera, corredor, sala funeraria, bóveda sostenida con cuatro pilares y 19 hornacinas en la Vía Romana.

La tumba de las guirnaldas tiene la bóveda abierta, y el Triclinio del Olivo una nicusa y los canalitos para las libaciones.

¿Cuándo podremos nosotros decir lo mismo de las tumbas italicenses que guardan las cenizas familiares de aquellos legionarios que arrojaron á Magón del último baluarte cartaginés?

¿Lo conocerá nuestra generación?

CADÁVERES ITALICENSES

Y

COROLARIOS Á LAS REFUTACIONES

Agujoneado el autor de estelibro por el deseo vehementísimo de contrarrestar palmariamente las especietas que divulgan los enemigos de Itálica, de que allí no se encuentran restos humanos ni nada que presuponga que en aquel sitio floreció un pueblo, determinó proceder á efectuar por su cuenta excavaciones con el fin de descubrir *esos fósiles tan negados* y que tan virtualmente manifiestan las inscripciones que ilustran su historia.

Así fué, que el domingo 7 de Agosto de 1892 reunió en Santiponce, á las ocho de su mañana, en el sitio de las Alcantarillas, á D. Gabriel Reyes, propietario del terreno; D. Rodrigo de Quirós, Numismático é individuo de la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País; D. Manuel Herrera y D. Manuel Najarro, médi-

co y farmacéutico respectivamente del mencionado pueblo, y uno de los guardas de las Ruínas de Itálica; procediendo en el acto los braceros Manuel Moreno y José Farfán, por medio de picos y palas, á remover aquellas tierras, que guardan las cenizas de un pasado memorable.

Anegados los circunstantes por un sudor copioso, dimanado del sol abrasador que á plano caía sobre sus cuerpos, y después de ímprobos tanteos, se logró descubrir á la profundidad de metro y medio un sepulcro romano de 1'75 de longitud, cuya cubierta la componían cinco tejas planas de un grueso y dimensiones considerables.

Al levantar las tapas, se notó en la que hacía de cabecera que estaba situada perpendicularmente, rota y sin inscripción alguna, presuponiéndose que sobre ella estuviera el epitafio.

Separada la tierra que llenaba la sepultura, se presentó á la vista un clavo bien grueso, y á seguida un pedazo de maxilar con una muela y dos colmillos, continuándose descubriendo pedazos informes de vértebras, falanges, tibia, fémur y restos de torax humanos.

El tejido óseo de estos restos estaba tan necrosado, que al simple contacto se desmenuzaba entre los dedos, acusando que su antigüedad era remotísima, teniendo una verosimilitud exactísima con los huesos romanos extraídos de la Necrópolis de Carmona.

El dueño de la heredad, Sr. Reyes, refirió á los circunstantes que todo aquel terreno está lleno de estos cadáveres, de los cuales algunos tienen el cráneo relleno de plomo derretido y otros un clavo como el descubierto en este esqueleto y que atraviesa por los frontales y occipitales, al igual de un ejemplar que examinó el distinguido arqueólogo y querido amigo del que escribe estas líneas, D. Antonio Ariza, con la particularidad de que el clavo taladraba la tapa del sepulcro, alojándose en la región frontal.

En vista de estos hechos puede presumirse que aquel sitio sería el enterramiento de las víctimas del Anfiteatro italicense, bien fuesen retiarios y gladiadores, mártires cristianos ó condenados á muerte por otros delitos.

A falta de fieras, algunas veces los clavarían en maderos por

las manos, echándoles plomo derretido en la cabeza, concluyendo de la misma manera con la vida de los moribundos gladiadores, pues la historia de Roma cuenta que los bestiarios llamados Plutones así lo efectuaban, martilleando los cráneos de las víctimas medio inmoladas, es decir, dándoles lo que hoy se llama en los fusilamientos el *golpe de gracia*.

A escasez de plomo, también puede colegirse que se usara el clavo introducido en el cerebro como medio factible de concluir pronto, guiados hasta si es posible por un sentimiento de conmiseración á la víctima de aquellos espectáculos horrorosos, padrón de ignominia para aquella Roma, que fué tan grande y tan pequeña.

¿Serán estos cadáveres de aquellos gladiadores cobardes que después de hecho el contrato con los *lanistas* ó empresarios, se arrepentían en la arena y que, según las investigaciones del profundo filólogo profesor Mommsen, tenían que sucumbir al juramento que prestaban de hacerse *quemar* y azotar, y que, si les invadía el miedo, á latigazos y con hierro ardiendo los reducían á morir?

Mucha luz daría para la historia de Itálica exhumar todo aquel campo, en el cual se encontraría el secreto de muchas dudas arqueológicas; pero baste el presente trabajo para decir á voz en cuello, que allí están esos fósiles que niega el autor de *Las Medallas Autónomas*, que si bien era maestro en Numismática, por lo que se refiere á Itálica no sabía ni una palabra.

Ahora bien, corroborando las refutaciones que hemos hecho á los detractores de Itálica, en Plinio encontramos comentado por los manuscritos que se conservan en la Biblioteca Colombina, de D. Lorenzo Padilla, Arcediano de Ronda, en tiempos del emperador Carlos V, que los *municipios* de la Bética eran los siguientes: *Casimbra*, que fué junto á Lucena; *Hescania*, que fué entre Antequera y Alora; *Sacuba*, que fué en tierras de Málaga; *Singilia*, que fué Antequera; *Ulia*, cerca de Córdoba; *Obulco*, ITÁLICA y *Augusta*, en la isla de Cádiz.

Las colonias que refiere son Córdoba y Sevilla; *Hasta*, junto á Jaén; *Huccia*, al lado de Ronda; *Teba*, que es entre Castro del Río y Ronda, Marchena, Ecija; *Tuccia*, *Germalla*, que corrupto el nombre llaman *Xamilena*, situada junto á Martos hacia Jaén.

Habiendo muerto Cayo Plinio de resultas de la erupción del Vesubio el año 79, en el reinado de Tito, su testimonio es grandísimo para probar que Itálica hasta ese periodo era Municipio, como ya lo demuestra.

Decíamos en otra parte, que Sevilla no tenía importancia hasta que Julio César la engrandeció, y como se puede tener esta especie por gratuita, oigamos á Strabon, que floreció casi en los mismos días:

«Después de Córdoba, dice el geógrafo griego, es insigne ciudad en la Bética, *Hispal*, la cual *tuvo su principio* de los soldados con que César acabó la guerra contra los hijos de Pompeyo, y por esto precede á las otras ciudades de la Bética, aunque en población *no era muy grande...*»

Con respecto al otro punto que tocamos, de que Sevilla aborígen estaba reducida á un sitio pequeño ó determinado, hasta la reforma de César, y que el Guadalquivir la dividía por ambas partes, oigamos á Plinio que dice:

«*A la mano siniestra de Hispal*, está edificada la Colonia é población de romanos, llamada Julia Romulea.»

Claro es, que si una persona se sitúa mirando de frente á la calle de San Gregorio, por ejemplo, á su izquierda se levanta esa Julia Romúlea que elevaron sobre el alveo de su río, que inundaba esas calles que cita el erudito Caro.

ITÁLICA CRISTIANA

Aquellos legionarios italicenses que dieron lustre y esplendor á la turdetana *Sancios*, importaron en sus espíritus el sentimiento religioso imitador de la Grecia, su precursora y maestra, y erigieron suntuosos templos á sus heterogéneos Dioses.

Que este culto divino ha sido siempre innato en el hombre desde los más remotos tiempos, ya lo presentimos en el druídico bosque, en la india pagoda, en la hebraica sinagoga, en el templo griego, en la arábica mezquita ó en la hollada Basílica del Lacio, con la Cruz Bendita del Cristianismo.

Basta considerar las monedas de Itálica para comprender que los italicenses no tan sólo demostraron un ferviente culto á sus diferentes divinidades, sino que de tan sacro fin y reverencia hicieron usufructuarios á aquellos mismos hombres que fueron sus protectores ó que ciñeron la púrpura imperial.

Augusto fué considerado Dios por casi todos los pueblos de la tierra, haciéndose partícipe de esta idolatría Itálica, que le elevó un templo y ara de providencia, deificando de la misma manera á Julia, su mujer, que en la viudez tomó el nombre de Livia, adorándola en forma de diosa Ceres, cuyos emblemas de las espigas adornan su diestra, exornándola con los siguientes títulos en sus monedas:

DIVVS
AVGVSTVS
PATER
PERM. AVG:
IVLIA. AVGVSTA
MVN. ITALIC.

TI. CAESAR
AVGVSTVS
PROVIDENTIÆ
AGVSTI
MVNIC. ITALIC
PERM. DIVI. AVG

Esta idolatría continuó en Nerva y Trajano, cuyas estatuas desnudas, arrodilladas y en estilo de deidad, pueden examiarse en la colección del Museo Arqueológico de Sevilla, extraídas de las ruínas de nuestra bosquejada ciudad.



En la misma colección y jardines de la Casa de Pilatos de Sevilla, se exhiben tres bustos del emperador Adriano, cuyo pecho distingue su carácter divino, por la cabeza de Gorgona que pende de su garganta, divinidad que corrobora la historia, pues debido á las gestiones del gran Antonino Pío, el amante

de Antinoo, fué elevade después de muerto á los honores divinos, nombrándole sacerdotes que le hicieran sacrificios, edificándole un templo en Pozzuoli, en donde le sorprendió la muerte, y que trasladadas sus cenizas á Roma, fueron depositadas con gran pompa en la Mole Adriana, dentro de una urna en forma de piña.

En otro lugar consignábamos la estatua de Diana Cazadora, ejemplar que existe en el Museo Arqueológico de esta ciudad, procedente de Itálica, de la cual posee otro del mismo género D. Manuel Almonte, cuya veneración puede presumirse arranca desde el tiempo de la familia de Augusto, pues ya Silio Itálico describía los ritos que observaban los sacerdotes dedicados al culto de esta deidad, los cuales consistían en no dejar penetrar sus mujeres en el templo, ni rozarse con ellas el día que consagraban, alejando de dichos edi-



ficios los animales inmundos y desaseados y las reses manchadas de colores.

Sus vestidos se componían de sobrepellices de lino, cubiertas sus cabezas con volantes de holandas finísimas. Se aproximaban al altar descalzos, cortado el cabello y revestidos con una capa preciosa sobre el roquete, y desceñidos incensaban el sacrificio puesto sobre el ara, ante la cual tenían por principio inviolable de su religión, el que ardiera incesantemente el fuego.

Al culto de Diana puede referirse un anillo de oro de uso de mujer, procedente de Itálica, y de la colección del entendido numismático D. Eduardo Sánchez de la Cotera, en el que está grabada en una piedra cornelina una escena de caza que representa un hombre, un perro y un árbol, en recuerdo quizás de los gustos de Adriano, por la pasión convertida en vicio que tributaba este emperador á las aficiones venatorias, las cuales llegaron hasta hacerle erigir una ciudad en el sitio que mató una osa, componiendo él mismo poesías y epitafios á los caballos y perros que les habían acompañado, entretenimientos que combatió Trajano, pues en su juventud tuvo que llevárselo á Roma, para iniciarlo en los estudios, pues en Itálica no tenía más ocupación que continuos es-carceos venatorios.

Ambrosio de Morales inserta una inscripción sepulcral hallada en Itálica, que hace memoria de Cayo Marcio Apilo, maestro de los Augustos Lares, y sacerdote del templo consagrado al genio de Augusto.

Que Tiberio tuviera también templo consagrado á su divinidad en Itálica, su diosa Providencia, y ara esculpida en ambos reversos, bien claro lo manifiestan sus monedas.

Itálica tuvo como Mérida muchos templos, probándolo así las excavaciones de D. Ivo de la Cortina, ya en las cabezas que descubrió de Minerva, ya en la de Orfeo, ya en la de Palas; ya en la de Júpiter, por los bajos relieves y florones extraídos de un mismo sitio; ya de Neptuno, ya de Venus, ya el majestuoso de Hércules, por los bajos relieves de la colección del malogrado don Francisco Mateos Gago, representando los siete trabajos de este Dios, inapreciable tesoro que debe conservar Sevilla, simulando

las figuras Hércules excavando el Monte Calpe, la lucha con los Geriones, las Amazonas y el Cancervero, cubriendo el hombro del héroe un despojo de piel de león, como ideal de la fuerza.

Pero toda esta ortodoxia gentilica, se conmovió de sus templos, desde el momento que Dios dispuso naciera en humilde pesebre de modesta aldea, cual Belén fuera, aquella Eterna Figura llamada Jesús, y que al golpe inmaterial de su dicción hiciera bambolear estas heregias y creencias erróneas.

Thece, Manes, hares babilónico que tuvo un Ciro y un Daniel en aquellos pobres pescadores que al denominarse Apóstoles, divulgaron las divinas palabras del mártir del Gólgota, por el haz de la tierra, haciendo fructificar esta semilla sacrosanta en el corazón de casi todos los pueblos, espíritu bendito que nos lleva en alas de su pasmoso triunfo. Nuestra historiada Itálica se jactó de ser una de las primeras que albergó en su seno este nobilísimo pensamiento, por cuanto vemos que sus hijos llevaron en sus labios y corazón la palabra y el sentimiento de esa voluntad omnipotente, y aportaron con sus esfuerzos una pléyade ilustre de mártires, santos y obispos en holocausto de esta imagen viva que se llama Jesucristo.

Y ya aquí vamos á tocar uno de los muchísimos puntos delicados y difíciles de la historia de Itálica, cual son los hechos de la vida de algunos de sus santos.

Al engolfarnos en el relato de estas milagrosas historias, al inmiscuirnos en sus tramas, no dudamos por un momento que algunos escépticos y materialistas, secuaces de Luís Büchner, Feurbach, Laplace, Lalande, Dickens, Tuttle, Moleschott, Krahrmer y Burmeister, prorrumpen en estrepitosas y sardónicas risas, repitiendo el dicho de Dickens, que lo que se necesitan son hechos.

La tierra, según Plinio, es un ave Fénix, aforismo verdadero, porque de sus cenizas resucita incesantemente esta materia que vemos descomponerse y asimilarse, dando un coeficiente que la substancia es eterna, como producto de una causa eficiente que se denomina Dios, incognoscible para los hombres, pues si éstos conocieran á Dios ostensiblemente, serían tanto como Dios mismo.

Los escépticos, con Jouvencel á la cabeza, al negar los mila-

gros y las casualidades, caen en profunda sima al ostentar que no hay más que leyes regidas por fenómenos, siendo esto un puente que los nexa con Dios, que patentiza lo extraordinario, llevándolos como con la mano hacia el trascendentalismo, y echando por tierra sus teorías de inmanencia.

Por esto no se pueden rechazar los milagros en absoluto, porque el mundo está regido por evolutivas transformaciones, que arrancan desde lo más grande á lo más trivial, en donde se operan y desenvuelven causas verdaderamente maravillosas.

Que estas maravillas existen, los mismos partidarios de la materia lo preconizan al mencionar los vistosos colores que decoran esos valles madreporicos del fondo de los Océanos, prueba incontestable de la mutabilidad de las cosas, llegando este transformismo hasta penetrar en la escala zoológica, pues el hombre no se da explicación de sus glándulas mamarias, del apéndice vermicular, del hueso clavicular del gato, de las alas de ciertas aves que no pueden volar, de los dientes de las ballenas y de un sinnúmero de hechos que tienen conexión con los fenómenos.

Y es, que el hombre en su impotencia, cuando no comprende los fenómenos, se revuelve airado, duda y niega. Mas este dualismo es necesario.

Pero como del polo positivo y negativo se dá la electricidad; pero como de esta luz invertida se fija en la retina la imagen; pero como de estos haces lumínicos, atacando al nitrato de plata, se forma la fotografía; pero como de este aire introducido en los pulmones, obrando éstos como fuelles, se dá la respiración: pero como de esta propulsión sistólica y diastólica, el corazón envía y recibe la sangre, haciéndola circular; pero como estos filtros, el hígado y los riñones, asimilándose de la sangre las materias cristalóides, preparan ese componente de bilis y ácido úrico; pero como de esta elaboración continua mana la esperma en los didimos que luégo es absorbida por lás vesículas; pero como en estos vasos linfáticos se da la savia de nuestra economía; pero como de estos movimientos peristálticos, es arrastrado el óvulo á las trompas Falopianas; pero como de estas roturas de las vesículas de Graff, brota el flujo catamenial; pero como del trituraje de los maxilares

se prepara el bolo alimenticio; pero como de este hervor lento se condimenta en esta cocina humana llamada estómago é intestinos, la nutrición que nos sustenta y vivifica; pero como de este choque de elementos encontrados brota la tempestad que limpia de gérmenes morbosos la atmósfera, aporcando la materia; pero como de esta lucha de simples y compuestos, ácidos y reactivos se enjendra la química; pero como de la diferencia de los intervalos del ritmo á la tonalidad, se forman las afinidades melódicas, brotando la armonía; pero como de informes brochazos se destella el colorido estético que apropiado dá las ficciones pictóricas; consiguientemente de igual manera se rechazan y repercuten en las circunvoluciones, en las anfractuosidades y sustancia gris del cerebro, las opuestas ideas, los encontrados pensamientos, que esbozan intuiciones, que nos dan voliciones, que lanzan esa chispa eléctrica llamada raciocinio, que nos conduce al fastuoso paraninfo de la verdad, del bien y de la belleza.

Pero en medio de este vaivén, de este afán de luchas de escuelas y principios, no tienen que ir muy lejos los partidarios de la inmanencia, para percibir la grandilocuencia de Dios, y rendir pleitesia hinojados á sus excelsas manifestaciones, pues en sí mismos tienen sobre sus hombros este Tabernáculo maravilloso llamado cráneo humano, en cuyas fosas se alojan estos altares, cerebro, cerebelo y médula oblongada, cuyos prodigios rayan en lo grandioso, por considerarse allí hasta un *Cosmos*, con su fósforo, con sus licores, con sus aguas, con sus armonías, con sus colores, con sus fruiciones, con sus tempestades, que cual otra lluvia, en el sentimiento, se deshace en torrentes de lágrimas corriendo por las conjuntivas en relámpagos refulgentes, que en pos de los enconos se convierten en rayos de odios y anatemas por los cristalinós.

Cosmorama en donde ve Huschke, en las mallas de sus tejidos, internas montañas y valles, puentes y acueductos, vigas y bóvedas, tenazas y escardillos, garras y árboles, haces y gavillas, arpas y tenedores cónicos; los ojos frenopáticos de Gall perciben los filetes nerviosos, que hacinados, forman esos órganos de la conciencia.

La destructividad que germina en esos cerebros de las Elena Jégados y Juan Troppmann, hacen estudiar á Lombroso en la conformación anatómica, á Marro en la desnutrición, á Benedikt en el frontal cuatripartido, á Mansdley en la locura moral; el colorido festonea esas cabezas inmortales que se llaman Murillo y Velázquez; el tono répercute en las catedrales en himnos cadenciosos engrandecidos por los Mozart y Beethoven; la concentratividad aporta sofistas y escépticos, Sócrates, Platón, Aristóteles, pirrónicos, epicúreos y estóicos, Ciceron, Sto. Tomás de Aquino, Bacon, Descartes, Leibnitz, Kant, Fichte, Hegel, Krausse y Balmes; la acometividad y habitabilidad produce los Pelópidas y Epaminondas, los Alejandro y Julio César, los Leonidas y Kociuskos, los Oliverio Cromwell y Napoleón; la elocuencia conmueve con los Demóstenes y Bossuet; la constructividad pasma con los Jaime Valls y Tomás Alva Edison; el cálculo da los Pitágoras y Lavoissier, con sus nebulosas ecuaciones; la adquisividad holocausta al hombre que acumula para producir y anatematiza á esos asquerosos egoistas avaros, lepra de la sociedad en que viven; la conyugabilidad arropa al sentimiento en los Diego Marsillas é Isabel de Segura, arrancando lágrimas de admiración á esa heroína Agustina de Libarona, con su esposo exánime sobre sus hombros, con la cara chorreando sangre, producida por el látigo de los soldados del tirano Rozas, cuyos chasquidos la impele por los desiertos del gran Chaco en la América Meridional; aterida por los rugidos de las hambrientas fieras, abandonada y sedienta, enterrando aquel cadáver con quien Dios la unió al pie de los altares; bendito maridaje también en estos otros seres ignorados, que forman esa trinidad de Michelet: el hombre, la mujer y el niño, y que cumplen con sus deberes acuciados por paupélicas escaseces, desenvueltos dentro de un marco estrechísimo en el que más de las veces sucumben; pero al morir han dejado eslabonada la sociedad, con un sér apto para el trabajo, que dignifica al hombre y engrandece á Dios, impulsado por la fe y caridad cristiana en el sendero del bien, de la belleza y de la virtud.

Esta misma fé fué el ariete que demolió con las palabras *amaos las unos á los otros*, esos templos gentilicos cuyos dioses

cayeron en pedazos, restos triturados que el atribulado pensador contempla desde el Egipto, en donde yace la altivez Faraónica; desde Cartago, en donde presiente las idolatrias, á cuyo culto ofreció Annibal la sangre de Roma; desde el derruido templo de Belona, en donde los Scipiones ofrecían sus votos por las victorias; desde el ámbito del templo de Hércules de Cádiz, en donde Julio César nutrió su alma en las manes de Alejandro, con que hizo sucumbir en Munda á los hijos de Pompeyo; la diestra de Augusto cerrando el templo de Jano, como nuncio de paz para que el Cristianismo aventara sus semillas por el haz de la tierra; Constantino en medio de las batallas, orlando sus lábaros con el Signo de Redención; el ITALICENSE Teodosio y su hijo Honorio, promulgando los edictos iconoclastas que arrojaron aquellos templos y sacerdotes al pie del caballo de Atila, y á las trituradoras mazas de Gunderico y Eurico; Chindasvinto, Recaredo y Sisebuto queriendo sacar incólumes de este naufragio la Cruz bendita; los berberiscos con Tarik-ben-Zeyad desastrándonos en Guadi-Becca; los árabes acaudillados por Musa reemplazando el Sacrosanto Evangelio por el Corán y la Sunna; Egilona, inspirada por Dios, queriendo convertir á Abdelaziz, como lo hizo Placidia con Ataulfo é Ingunda con Hermenegildo; los árabes, berberiscos y siriacos, combatiéndose y odiándose; Abderraman asentando la dinastía omiada, que diera esplendidez al Califato de Occidente; tejiendo con sus propias manos la gran Aljama de Córdoba al igual que las de Damasco y Bagdad, para que fuera Catedral del trono de Dios mismo; aquellos lobos del mar llamados los normandos, saqueando iglesias y mezquitas, incendiando todo lo que encontraban á su paso y con Rollón estableciéndose en la Normandía y ridiculizando al débil Carlos el Simple; Al-Haken II, proto-tipo de la civilización árabe andaluza, esplendoroso en las ciencias y creador de Bibliotecas y escuelas públicas; Mahomet, triste memorialista en Córdoba, convertido por la fortuna en aquel caudillo llamado Almanzor, azote de Dios, recogiendo en sus djubas y albornos el polvo de las batallas, sudario con que se enterrara, llegando al zenit de su gloria montado á caballo, ostentando en su turbante la Media luna delbeladora de Burgos, León y Barcelona, haciendo cargar á sus

cautivos con las campanas de Santiago para fundir de ellas las lámparas que alumbren la mezquita cordobesa; con la cimitarra en la diestra, haciendo caer cabezas cristianas, amarrando al carro de su triunfo los valientes leoneses, castellanos y navarros, con los cuales triunfó en cincuenta batallas consecutivas, extendiendo su fama de general invicto por todos los pueblo de Oriente y Occidente, entregando á las llamas las bibliotecas, saqueando la iglesia de Santiago en Galicia y el monasterio de San Millán de la Cogulla, no pareciendo sino que un espíritu satánico destruía las Santas Palabras del Mártir del Gólgota; pero no fué así, pues al morir se llevó la prepotencia del imperio musulmán, y nuestras religión, como dice muy bien el erudito Guichot, fué salvado en el Tabernáculo de la fe, permitiendo Dios que aquel hombre que llevaba la victoria en sí, muriera atormentado por asquerosas úlceras y cruentos dolores, prorrumpiendo en estas palabras: «Veinte mil soldados siguen mis banderas, y entre todos ellos no se encontrará un hombre más miserable que yo.»

Mohamed-ben-Abbas, echando los cimientos de aquellos reyes denominados abbaditas, que engendraron á Motadhid debelador de la raza berberisca, teniendo que rendir pleitesia y vasallaje á la cruz bendita que ostentaba Fernando I el Magno; Al-Motamid caballeresco y poeta, feudatario de los cristianos con Alfonso VI, previendo la ruina del islamismo y llamando á Yusuf con sus bárbaros almoravides que cavaron su propia fosa; las enseñas de Cristo derrotadas en Zalaca, por los hijos del Islam al grito de *el paraíso os espera*; la civilización árabe con sus universidades, poetas y academias, arrastrados por el fango por esta manada de lobos que denominaron emperadores de Marruecos; D. Alfonso el Batallador paseando sus armas victoriosas por casi toda Andalucía; la doctrina del Mahdi, derrotando á la dinastía almoravide, cual otros cruzados sentando la doctrina pura y sencilla de la unidad divina y engendrándonos estos almohades filósofos y grandes artistas, que presintiendo el reinado del verdadero Dios, construyen con el emir Abu-Jacud esta aljama mayor llamada Djema Mukyarrim, cuyas cerraduras hizo saltar en pedazos la espada de San Fernando, abriendo al culto cristiano la Catedral de Sevilla,

en donde dió un trono excelso á aquella Virgen que llevaba en el arzón de su caballo, y haciendo trizas los eslabones de esa cadena que empezó tejiéndonos Tarik y concluyó entregándonos Axataf.

Si hemos asistido á estos movimientos palingenésicos, en que los signos de la Religión Cristiana han sido arrastrados por el lodo, las azagayas musulmanas alojadas en las gargantas y corazones de los hijos de Dios, principios que hoy se enseñorean desde la humilde aldea al fastuoso palacio del orbe católico, ¿por qué se niega que el plomo derretido se convirtiera en consolador bálsamo, en inofensivos los alcaloides y en oxígeno vivificador la ignea llama?

¡Ah! que para creer en los milagros, dice el filósofo Kant, es necesario compenetrarse con Dios mismo, y esta compenetración es tan cierta, que aún en este mismo período histórico que atravesamos, en que el escepticismo se adereza de tan grandes predicamentos, los ojos se vuelven á Dios en los momentos magnos de tribulación, plegarias que en estos instantes se tributan hasta en el mismo cráter del Etna.

Que si el hombre blasfema de Dios, porque no evita la tromba que arrasa; porque no desvía el rayo que carboniza; porque no seca la corriente que inunda; porque no aniquila el microbio que mata; porque no destierra las injusticias, privilegios é iniquidades que irritan, es porque el hombre tiene la culpa de todos esos males.

El pararrayo de semejantes desafueros en su mano lo tiene; *Inri* con que Dios coronó su cabeza con estas palabras: Ciencia, Estudio y Armonía.

Disimúlesenos estas digresiones y sigamos con nuestra Itálica Cristiana.

Los padres Florez y Cevallos acusan á Gerónimo Román de la Higuera en su historia Eclesiástica de Toledo, y á Máximo y Julián Pérez, de haber mixtificado con hechos no probados la historia de Flavio Dextro, prefecto de los tiempos de Teodosio, culpándolos de inexactos en las biografías de San Rómulo y Santa Matidia, mártires de Itálica y muchos santos de otros arzobispos.

Llama la atención esta ligereza por parte de tan selectos escritores, que no mencionen ni por un momento la *Historia de los Santos de Sevilla y su provincia*, que publicó por los años 1637, en esta capital, el padre Antonio Quintanadueñas, en donde prueba con testimonios fehacientes de evangelistas y escritores de tal renombre como Rodrigo Caro y otros, la autenticidad de sus historias, y en cambio Zevallos y Matute refieren á más y mejor miagros pasmosos de los frailes del Monasterio de San Isidro del Campo, que arrancan de una época muy lejana.

Pero como quiera que el Arzobispo de Sevilla, D. Pedro de Castro, introdujo los Santos de Itálica en esta iglesia Catedral, y desde aquel entonces vienen rezándose, sería una ofensa á la ilustración de estos Cabildos eclesiásticos, el asegurar que estos Santos no fueron exactos, siempre haciendo constar que el monge Zevallos no duda más que de San Rómulo y Santa Matidia, pues con los demás transige.

Así, pues, inspirado en la autoridad de Quintanadueñas, empecemos estas biografías, que se nos han de agradecer por encontrarse agotado su libro.

San Cornelio Centurión

OBISPO DE CESÁREA

Grande fué en Andalucía el linaje de los Cornelios, originados sin duda alguna de las familias del amplificador de Itálica, recordándonos este nombre los célebres Cornelios Balbos, tío y sobrino naturales de Cádiz; los dos Cornelios Centuriones de Málaga, padre é hijo, éste el que confesó á Jesucristo en su muerte y fué obispo de Milán, y aquél al cual curó el Señor á su criado en Cafarnau, y bautizó el patrón de España Santiago.

No menos célebre fué nuestro Cornelio italicense, hijo de padres gentiles.

Ocupóse en el ejercicio militar con tanta gloria, que por su conducta mereció el grado de Capitán de la primera escuadra ó cohorte de las diez que entonces formaban la legión Española, gozando el título y dignidad de Centurión y Tribuno, grabando en sus banderas el Aguila del Imperio.

Destinado á Cesárea á prestar servicios con su compañía de soldados el año 36 á 40 de Cristo, allí divulgaba la palabra divina influido en el santo temor de Dios.

Un día, á las tres de la tarde, se le apareció el ángel de su guarda, llamándolo por su nombre. A cuya vista y conmovido dijo:

—¿Qué es, Señor, lo que me mandas?

—Tus oraciones y tus limosnas, respondió el ángel, han subido al trono de Dios, que me envía para enseñarte el camino del cielo. Despacha mensajeros á la ciudad de Iope, puerto cercano á Jerusalem en el mar Mediterráneo, y envía á llamar á Pedro, que es un curtidor con el nombre de Simón, y que se hospeda en una casa á la orilla del mar, y él te enseñará lo que te conviene hacer.

Diciendo esto, el ángel desapareció, y Cornelio envió con esta embajada á dos criados y á un soldado suyos, que al otro día llegaron á Iope á tiempo que San Pedro estaba en oración en un terrado de su casa, haciendo espera mientras se prevenía la comida.

El apóstol arrebatado en éxtasis tuvo tres veces aquella tan célebre visión de un lienzo lleno de animales inmundos, precedida de una voz de los cielos que le decía: «Levántate, Pedro, mata y come.»

Quedó confuso el apóstol de la visión y sin explicarse su misterio. A esto se le presentaron los enviados de Cornelio, los que le manifestaron su embajada; mas por revelación y mandato divino, partióse con ellos sin demora á Cesárea.

No bien llegaron á la ciudad, Cornelio salióle al encuentro arrodillándose ante Pedro como veneración al pastor universal de la iglesia.

Llegados al lugar en donde muchos aguardaban esta visita, refirióle Cornelio la orden que había recibido de un ángel mandan-

dolo llamar, para que de su boca recibiese la doctrina del cielo y consiguiese su salvación.

En el momento empezó el apóstol San Pedro un sermón proponiendo la venida de Cristo.

Apenas articuló la última palabra, cuando el Espíritu Santo en forma visible se posó sobre Cornelio y todos los presentes.

Los hebreos pasmados á la vista de aquellos milagros se convirtieron, y los gentiles estaban admirados de oír hablar de la grandeza de Dios en varias lenguas.

San Pedro los sacó de su anonadamiento diciéndoles:

—¿Quién nos puede prohibir que tomen el agua del bautismo aquellos que recibieron con señal tan visible al Espíritu Santo?

Deseguida allí mismo bautizó á Cornelio, ordenando á sus discípulos hicieran cristiauos á los demás.

Según el Evangelista San Lucas, esta es la historia de la conversión del hijo de Itálica. La casa en donde se bautizó en Cesárea Cornelio y bajó el Espíritu Santo, se transformó en templo y en ella residió desde aquel día la silla metropolitana de toda la Palestina.

Habitó en esta ciudad el apóstol San Pedro en compañía de Cornelio, los cuales marcharon al poco tiempo á Jerusalén, la cual estaba de duelo por la muerte de San Esteban.

Allí convinieron repartirse entre sí varias provincias, tocándole en suerte á Cornelio la Fenicia, Chipre y Antioquía, encontrando en esta ciudad á San Pedro, y en unión suya siguieron sus predicaciones por varias ciudades.

Al llegar á Efeso, supo Cornelio que en la ciudad de Scepsi, en el Asia Menor, se rendía un culto exajerado á los falsos dioses, lo que le impulsó salir inmediatamente para ella.

Al llegar á la misma, salióle al encuentro su prefecto Demetrio, gran venerador de ídolos, interrogándole su venida.

—Soy, dijo Cornelio, siervo de Dios vivo; mi venida es para sacarte de las tinieblas de tu ignorancia á la luz de la verdad.

—Pregúntote, dijo Demetrio, uno y respóndeme otro.—Por los Dioses te juro, que á no contestar bien, te castigaré severamente.

—Mi oficio, interrumpiéndome Cornelio, es capitán, mi profesión Cristiano, mi empresa tu salvación, comunicando á tí y á los tuyos el conocimiento del verdadero Dios, que de nada formó el cielo, la tierra y que con su sabiduría lo gobierna todo.

—Tu anciana edad me lastima,—replicó el prefecto,—deja esos devaneos, y sacrifica á mis dioses Júpiter y Apolo, ó de lo contrario sufrirás severos tormentos de los que tu Dios no podrá librarte.

—Puede mi Dios, no sólo librarme de ellos, sino convertir también en polvo á los que tú tienes por dioses. Yo jamás haré sacrificios á los demonios ni veneraré sus simulacros. ¿No sabes que está escrito: Perezcan los dioses de los gentiles; solo un Dios se ha de adorar, á él solo se ha de servir? y si otra cosa presumes, enséñame estos tus dioses y verás lo que sucede.

Alegróse Demetrio juzgando quería adorarlos, mandando abrir el templo de Júpiter, entrando Cornelio en él acompañado de la mujer del prefecto, Evancia, de su hijo Demetrio y de varios. Postróse nuestro italicense de rodillas al Oriente, y orando de esta manera. dijo:

—Dios, que mueves la tierra, que pasas los montes á los golfos del mar, tú que en el siglo de Daniel derribaste á Belo, mataste al dragón, cerraste la boca de los hambrientos leones por amparar á tu profeta; ahora, Señor, destruye estos ídolos, ostenta la grandeza de tu brazo, y sepan todos que tuyo es el poder con que te glorían y reverencian.

Diciendo esto abandonó el templo, originándose al punto un terremoto tal, que derribando al mismo y haciendo trizas los ídolos, dejó entre sus ruinas sepultados á la mujer del prefecto y su hijo.

Ignorando Demetrio que debajo de los escombros estaban aquellos seres queridos suyos, le llamó Cornelio y le dijo:

—¡Qué es esto, Demetrio! ¿Dónde están ahora tus dioses, dónde su poder, sabiduría y gobierno?

Irritado el pretor lo mandó poner en la cárcel, y que allí colgado de los piés y atadas las manos pasase la noche.

Llega entonces Telesón, criado de Demetrio, dale la triste

nueva de su mujer é hijo, asegurándole que quedaban sepultados entre las ruínas del templo. Rompe las vestiduras en demostración de su vehemente dolor, recriminando á sus dioses.

Manda que desentierren sus cadáveres, y se le preparen exequias lujosísimas, acompañádoles las personas más importantes de la ciudad, mostrando el justo sentimiento por tan irreparables pérdidas.

A esto llegó al palacio el pontífice del templo, y sabiendo que Demetrio no daba audiencia, mandó á decirle por medio de un criado que entre los montones de tierra se oían confusas voces de su mujer é hijos que decían:

—Grande es el Dios de los cristianos, que nos ha librado del peligro por su siervo Cornelio. Por tanto, ¡oh Demetrio! saca ese varón de la cárcel, y con toda nuestra familia venéralo como á Santo, ruégale se apresure á sacarnos de aquí, donde son admirables los prodigios que obra el cielo: oímos ángeles que cantan: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.»

Refieren á Demetrio lo sucedido, parte á la cárcel donde halló á Cornelio con un libro en la mano, libre de sus ataduras que un ángel le había quitado.

Arrojase á sus piés y á grandes voces le dice:

—Grande es el Dios de Cornelio, que ha librado á mi esposa é hijo de la muerte. Creemos todos los presentes en Cristo Jesús, de quien predicás, si Evancia y Demetrio sacas vivos de entre los escombros.

—Primero, respondió Cornelio, habeis de recibir el bautismo.

Al punto el prefecto y todos los que le acompañaban fueron bautizados.

Invocando otra vez Cornelio á Dios, hizo Éste que salieran ilesos Evancia y su hijo del destruído templo.

Después de este suceso, marchó nuestro Centurión á la ciudad de Estadío, donde convirtió á muchos gentiles, confluendo otra vez á Cesárea, en donde fué consagrado obispo por el príncipe de los Apóstoles, entregando en esta ciudad su espíritu á Dios en medio de grandes milagros.

Presúmese el año de su muerte 60 de Cristo, 17 de San Pedro y cuarto de Nerón.

A 2 de Febrero se menciona su fiesta en el Almanaque de este Arzobispado, y el oficio que reza la Iglesia de Sevilla dice:

«*Cornelio Centurio, cui primus post Christis Domini in cælum ascensionem Gentilium vocatio facta est, natione Hispanus, patria Italicensis, exurbe Italica in Bœtica Colonia Romanorum*», probándose con esto que este Santo era hijo de Itálica.

San Víctor

S. Sebastián

HIJO DE LA STA. SAMARITANA

NATURAL Y CAPITÁN

General del ejército de Itálica

de esta Ciudad

MÁRTIRES AMBOS

Ennoblecieron á Itálica en el primer siglo de la ley de gracia dos insignes capitanes. Llamóse uno Víctor y el otro Sebastián. La madre de Víctor fué la Santa Samaritana, llamada Fotina, tan célebre por su conversación con Cristo. Ella dió margen en Sichen, ciudad famosa de Samaria, á que se convirtieran muchos, entre ellos cinco hermanas que tenía pequeñas, llamadas Anatola, Fota, Fotis, Parasceve, Ciriaca, y sus hijos Víctor y Josef.

Acompañó la Samaritana á Cristo con sus hermanas é hijos por Galilea y Samaria, predicando en muchas ciudades y reduciendo á muchos gentiles á la fé divina, llegando hasta Cartago en el Africa.

Su hijo Víctor había servido en la milicia á las órdenes de Nerón, conquistando gran renombre, por lo que este tirano lo destinó á nuestra Itálica, con el cargo de capitán general de un ejército y con orden de exterminar á los cristianos.

En el camino halló algunos pueblos rebeldes cercanos á Braga en la Lusitania, los cuales sugetó al Imperio Romano, procurando disimuladamente servir á Dios, trayendo á su causa muchos gentiles, entre ellos un ilustre mancebo que alcanzó la palma del martirio en Braga, llamado como él Víctor, donde venerado se celebra su triunfo el 13 de Abril.

Llegó nuestro Víctor á Itálica, encontrando en ella á un capitán denominado Sebastián, gran celador de la gloria de los Dioses y venerador de los decretos del feroz Nerón, el cual sabía las creencias de Víctor, diciéndole:

—No ignoro, general, ser la fé que profesas la de Cristo; no ignoro que tu madre es Fotina y tu hermano Josef, discípulos de Pedro; pero repara en medio de esto cuánto te importa ejecutar las ordenes de Nerón, si no quieres exponer tu vida.

—Yo deseo mucho, respondió Víctor, cumplir la voluntad del Rey del cielo, afligiéndome la memoria del mandato de Nerón.

—Sigue mis consejos, como de leal amigo—replicóle Sebastián—y no pierdas la ocasión presente; así recibirás honras del Emperador y riquezas que cogerás de los cristianos, escribiéndole á tu madre y hermano para que no prediquen la fé de Cristo.

—No permita Dios, añadió Víctor, que yo castigue á los Cristianos usurpándoles sus bienes, y persuada á mi madre de esta gloriosa empresa.

—Mis consejos, dijo Sebastián, son los seguros, cierto tu daño si los desprecias, y tus hazañas en deservicio del emperador serán incentivos de sus enojos, y despertadores de tus castigos.

Apenas dijo estas palabras, cuando Sebastián cayó en tierra ciego y mudo. Al cabo de tres días recuperó el habla prorrumpiendo en estentóreas voces diciendo:

—Uno es el Dios de los Cristianos.

Alegróse Víctor con tan repentina mudanza, é instruido Sebastián recibió con el bautismo la vista. La fama de este milagro hizo innumerables prosélitos en Itálica, bautizándose muchísimos.

Llegó á oídos del infame Nerón estas nuevas, y que su general y capitán predicaban la fé, ordenando prendieran á todos y los llevaran á su presencia.

Mas Cristo se les apareció y dijo:

—Venid, venid á mí todos los que esperais trabajo, que yo os ofrezco el eterno descanso: no temais, que no me apartaré de vuestro lado, triunfareis y Nerón será vencido.

Y dirigiéndose á Víctor le habló de esta manera:

—Tu nombre, Víctor, será ilustre en el mundo por la luz del cielo que á Sebastián y á los demás has comunicado; granjearás gloriosa corona tú y los que pelearon contigo.

Tuvo revelación la Samaritana de estos sucesos y partiendo de Cartago entró en Roma, llevando la palabra de Dios.

Mandó Nerón la trajesen á su presencia con su hijo, hermanas y demás cristianos que la seguían, y preguntóles á todos á qué habían venido á Roma.

—Para enseñarte á honrar á Cristo, respondióle la Santa.

Condujeron los soldados á presencia del hijo de Agripina, presos, á Sebastián, Víctor y muchos cristianos de Itálica, y enterado de su fe el emperador, exclamó:

—Todos estais condenados á perder vuestra vida por Cristo.

—Sí, á todos nos será gustosa la más cruel muerte, habló la Samaritana.

Irritóse Nerón con este dicho, y ordenó que les hiciesen pedazos las junturas de los dedos.

Por permisión divina no sintieron los mártires dolor alguno en este suplicio, que duró desde las nueve hasta las doce del día.

Mandó que les cortasen las manos, cayendo siete veces la cuchilla sobre las de Fotina sin lesionarlas.

Suspendidas las ejecuciones, mandó ponerlos en la cárcel, y á la Samaritana y á sus compañeras las alojó en la mejor sala de su palacio. Aquí entró Domina, hija del emperador, y todas sus damas, ofreciéndoles ricos vestidos y joyas, logrando las cristianas convertir á las mismas, bautizando á la hija de Nerón con el nombre de Antusa, y variando los de todas las demás, que eran 100, repartiendo la hija del tirano sus bienes á los pobres.

Encendido en cólera el emperador, dió órdenes para que todos fuesen arrojados á un horno, y juzgando al cabo de tres días

que ya estarían convertidos en cenizas, cuál no sería su asombro cuando los encontró vivos y sanos.

Pasmó el suceso á Roma, recurriendo los perversos sentimientos de Nerón á mandar á un mago llamado Lampadio que les diera veneno, el que le hizo darle nuevos bríos y bautizar al mago, que recibió la corona del martirio, siendo degollado.

Sin freno la soberbia del déspota, mandó que fuesen los Santos azotados con nervios de toros, sucediéndose los tormentos unos á otros: ya era plomo derretido mezclado con resinas, derramado en sus oídos, ya quemando sus cuerpos con hachas encendidas, ya echándole por las narices ceniza mezclada con vinagre ó ya últimamente sacándoles los ojos.

No contento con esto, los sepultaron en lóbregos calabozos llenos de venenosas serpientes, las que murieron todas á la sola presencia de los mártires, trocándose el mal olor en suavísimo aroma y la oscuridad en luz resplandeciente.

Al punto recobraron la vista, siguiendo el martirio de crucificarlos, colgándolos de las cabezas y azotados cruelmente, permaneciendo cinco días en este suplicio, siendo libertados de él por un ángel.

Llenáronse de estupor los ejecutores, quedando ciegos, siendo recuperado el órgano de la visión de los mismos á ruego de los Santos, lo que bastó para que se pasaran á nuestra fé.

Sabiendo lo sucedido Nerón, mandó desollar vivos á los mártires de Itálica. Ejecutóse la sentencia con bárbara inhumanidad, llevándolos al sitio conocido en Roma por los Baños Viejos.

En la iglesia de Santiponce se conserva el cachillo con que mataron á San Sebastián, reliquia donada á dicha iglesia por don Enrique de Guzmán.

Las hermanas de la Samaritana sufrieron igual martirio, y cortados los pechos, entregaron sus almas al cielo.

Fotina, quitada la piel, estaba en pie con notable entereza; arrojáronla á un pozo seco, volviéndola á la cárcel donde se le apareció Dios, curándola y después de muchos días entregó su espíritu al Creador.

Del martirio de estos santos hace mención el Almanaque del

Arzobispado de Sevilla en 20 de Marzo, refiriéndose estos hechos al año 69 de la Era Cristiana, 13 de Nerón y último del Pontificado de San Pedro.

San Geroncio

PRIMER OBISPO DE ITÁLICA
Y MÁRTIR DE CRISTO

Si grande fué esta ciudad durante los tiempos gentílicos, no lo fué menos en grandeza eclesiástica.

Constituyóla, según válida creencia, el Apóstol Santiago en Silla Catedral sujeta á la Metropolitana Sevilla, durando esta gloria hasta el tiempo de los moros, y que, según el parecer de Zúñiga, fueron los que acabaron de hacerla desaparecer.

Una constante tradición asegura que fué este obispo consagrado por el mismo apóstol ó por S. Pío, primer Arzobispo de Sevilla.

Mostróse sabio prelado y celoso de su ministerio, atrayendo á la fé innumerables gentiles de España, y en particular de los pueblos de la Bética.

Conociendo el gobernador de Andalucía que Geroncio era el principal propagador de las doctrinas cristianas y destruidor de los ídolos de su errónea religión, mandó que lo prendiesen en Itálica, en donde estaba predicando, y que lo atormentasen en la cárcel con hambre, sed, azotes, peines y garfios de hierro, siendo tantos los sufrimientos, que alcanzó la palma del martirio en 25 de Agosto, cuyo día lo celebran las iglesias de Sevilla y Santiponce. Según las averiguaciones del competentísimo Quintanadueñas, su tránsito se refiere al pontificado de San Pedro ó de San Lino, discípulo de San Geroncio.

Floreció su culto durante la dominación romana y goda, cu-

yo templo fué depósito de sus reliquias, las cuales aún no se han descubierto después de tantos siglos transcurridos.

En otro lugar hemos referido el viaje que hizo S. Fructuoso, arzobispo de Braga, para orar sobre su sepulcro.

San Rómulo

MÁRTIR

La opulencia de Itálica se debió sin duda alguna á Trajano, el cual no sólo la dotó de bellos edificios, sino que elevó á sus hijos á los más altos puestos, como se ve en Adriano.

Igualmente en Roma dió la prefectura ó mayordomía de su palacio á Rómulo, cargo ejercido por éste con aplauso y estima de todos.

Hijo de padres gentiles, al principio profesó las mismas creencias.

Trajano, después de sus triunfos, quiso conocer la religión de sus soldados y halló que en todo su ejército pasaban de 11.000 los que seguían la fé cristiana.

Celoso de la honra de sus dioses, mandó desterrar á los mismos, determinación á la que se opuso Rómulo por considerarla de gran daño á los intereses de Roma.

No siendo cristiano el emperador, revolvióse airado contra su amigo y paisano, ultrajándolo de blasfemias contra Cristo, dando lugar con esto á que Rómulo le confesara genuinamente que él seguía con fé ciega estas creencias. Contrariado Trajano con estas declaraciones, le despojó de su dignidad y oficio, á las que respondió su íntimo con enojos y oprobios contra los dioses, los cuales hicieron enfurecer más á su dueño, ordenando que lo azotasen cruelmente.

Puesto en el martirio decía á Trajano:

—Ahora sí, ¡oh emperador! que me colmas de beneficios, porque esta sangre roja que de mis venas sacas, limpia las manchas que contraje en el culto de los dioses, y vistes mi alma de una blanca túnica con que viviré hermoseedo en la gloria.

Acabado este tormento y enterado el emperador de su constancia, lo desterró á la provincia de la Celtiberia en España, donde después de muchas penalidades, mandó Trajano que le cortaran la cabeza.

Ejecutóse la sentencia el año de 100, según unos, ó el de 108 según otros, correspondiendo al noveno de su protector y sexto del papa Anacleto.

En Sevilla y Santiponce se celebra su festividad el 5 de Septiembre, con oficio doble común de segunda clase.

Sta. Marcia Matidia

HERMANA DEL EMPERADOR TRAJANO

VIRGEN Y MÁRTIR

El nacimiento de esta santa italicense fué de ilustre prosapia, por descender de su abuelo Ulpio y ser su padre Trajano, hermana por consiguiente de aquel tan celeberrimo emperador llamado también como el progenitor de sus días, Trajano.

Crióse con éste en Itálica, hasta que la variedad de las cosas le hizo habitar en suntuosos palacios en Roma, en donde con su benignidad y generoso corazón se captó el aprecio de sus contemporáneos; pues Plinio el Joven, que vivió en sus días, hace grandes elogios de ella, ensalzándola por su candidez y honestidad, engrandeciendo la paz y concordia en que vivía con su cuñada Pompeya Plotina, esposa de Trajano.

El Senado les ofreció el glorioso nombre de Augustas, y que apesar de rehusarlos ambas, España les erigió estatuas, como las

que se muestran en las fortalezas de Azuaga de Extremadura.

Masdeu publica las inscripciones con los números 1207 y 1208, cuya traducción es la siguiente:

«A Matidia y Marciana Augustas, hijas adoptivas del emperador César Divo Nerva, y hermanas de Nerva Trajano, Optimo, Augusto, Germánico, Dácico, Párthico.»

Cuando florecía Marcia en Roma, ocupaba la silla de San Pedro el Pontífice San Clemente, el cual la redujo con los rayos de su elocuencia á que ingresara en la fé del Mártir del Gólgota, variándose el nombre en Matidia, en obsequioso recuerdo á la madre del Prelado, recibiendo de sus manos el bautismo.

El año 110 mandó su hermano martirizar en Roma á S. Onésimo, obispo de Efeso, discípulo de San Pedro y maestro de San Ignacio, á quien nuestra Marcia hizo construir una preciosa caja de plata en donde encerró el cuerpo del Santo é hizo que se le reverenciara.

Defraudadas encontró sus creencias con la muerte de Trajano acaecida en 119, pues fué acusada ante el emperador Antonino Pío de deshonorar la estirpe de donde procedía con su nueva religión; mandó éste que le quitasen la vida en compañía de los Santos Feliz, Luciolo, Fortunato, Herodes, Antigono, Tutela, Januario y otros.

Su fiesta onomástica, según el Martirologio, corresponde al 3 de Marzo.

Teodosio Emperador

CELEBRADO POR SANTO

ENT EL MENOLOGIO DE LOS GRIEGOS

16 de Enero

Aun cuando ya nos hemos ocupado de él como emperador victorioso y batallador, conteniendo con su talento el desbordamien-

to de los bárbaros, títulos tiene más que suficientes para considerarlo Santo, apesar de que la iglesia de Sevilla no le celebre fiesta, sin embargo de ser algo común su nombre.

Nació Teodosio en Itálica, según el común sentir de casi todos los historiadores. Su madre se llamó Termancia y Honorio Teodosio su padre, esforzado general de la esclarecida descendencia de Trajano.

Acompañó al hacedor de sus días á las campañas de Africa, quedando huérfano de él por la muerte violenta dada por el emperador Valente mandándole quitar la vida.

Retiróse á su patria, de donde le sacaron los emperadores Valentiniano y Valente, nombrándolo señor de todo el Oriente y príncipe heredero del Imperio.

Recibió el bautismo en Tesalónica de manos de Ascolio su prelado, librándose entonces de una gravísima enfermedad de que le lloraban por muerto.

Encendido su pecho de la fé divina, promulgó un edicto mandando que en todo su imperio se guardase la religión de Cristo, prohibiendo todas las heregias gentilicas que por aquel entonces estaban en boga, ordenando restituir á los católicos los templos de los gentiles.

Convocó un concilio general en Constantinopla al que concurren el Papa S. Dámaso y 150 obispos, celebrándose por su iniciativa otros dos, el primero en Roma y el segundo en Constantinopla, para apaciguar algunas discordias.

Prendió fuego á las sinagogas de los judíos y estatuas de los Dioses; arruinó sus templos, singularmente en Roma y Alejandria, donde no dejó en pie un ídolo ni lugar sagrado gentilico.

El blanco de sus empresas era la propagación de la ley divina, hecho que se ve en la moneda que batió grabando en una parte su imagen y en la otra S. Felipe y S. Juan, con una cruz, lábaro de sus empresas.

Ya se ha referido en otra parte el manifiesto arrepentimiento y sumisión con que se rindió á S. Ambrosio, cuando las matanzas de la Tesalónica. Llevó á Constantinopla la cabeza de San Juan Bautista y para ella edificó un suntuoso templo.

Su castidad fué admirable, quitando de Roma las casas públicas, prohibiendo en los banquetes los cantares y bailes de mujeres, fuerte estímulo de deshonestas imaginaciones.

La fama de su mujer Flacila ensálzala por sus virtudes San Gregorio Niceno; como asimismo sus nietas, hijas de Honorio, convirtieron el palacio en Monasterio.

Su muerte acaeció en Milán, originada de una hidropesía, en el año 395, de 50 de edad, renovando en su testamento los decretos que había promulgado contra judíos, herejes y gentiles, entregando sus hijos Honorio y Arcadio á S. Ambrosio, que hizo en sus exequias una oración fúnebre llena de elogios á su glorioso nombre.

Obispos Italicenses

EULALIO

No hay noticias de los obispos que siguieron á San Geroncio; pero convertidos ya los godos, encontramos á Eulalio asistiendo al tercer Concilio celebrado en Toledo en el año 589, que fué el primero que se celebró en aquella época.

El asiento que ocupaba era el 41, precediendo á 21 preladós, sufriendo el destierro de orden de Leovigildo por ser partidario de la causa de su hijo San Hermenegildo. Habiendo fallecido aquel rey, volvió á su silla, muriendo poco después.

SINTICIO

Concurrió al Concilio primero celebrado en el año 590, en Sevilla, el cual fué presidido por San Leandro.

Su muerte puede suponerse en el año 611, en cuyo tiempo empiezan las memorias de

CAMBRA

De su nombre hacen mención las actas del Concilio II de Sevilla en el año 619, en tiempos de San Isidoro, que lo presidió.

En este Concilio hizo el prelado una reclamación contra un clérigo de su diócesis que se había pasado á la iglesia de Córdoba. Existió Cambra hasta el año 630, en que fué su inmediato sucesor

EPARCIO

Vemos concurriendo este prelado al Sínodo IV de Toledo, en 633, precediendo á 5 obispos.

Fué varón de letras y virtudes, íntimo amigo de S. Isidoro, y que concurrió con Juan, obispo de Elepla ó Niebla, á la muerte de aquel santo, en el año 636.

Eparcio volvió á Toledo en los años 638, 646 y 653, concurriendo á los Concilios Nacionales sexto, séptimo y octavo.

ESPERAINDEO

En el espacio de 40 años no hay memoria de otros obispos; pero en 681 vemos á éste asistiendo al Concilio XII celebrado en la corte de Toledo.

CONIULDO

Este prelado fué consagrado por el rey Wamba para el Monasterio de Aquis en Mérida, ocupando la Sede Vacante de Itálica, concurriendo á los Concilios trece, quince y diez y seis, celebrados en los años 683 á 693, perdiéndose en este prelado la memoria de sus continuadores, por la entrada de los sarracenos.

Apesar de esto, Ródrigo Caro pone entre los obispos de Itálica á Cumualdo y Euniuldo, los cuales, dice, asistieron á varios

Concilios, y el padre Zevallos inserta una lista de éstos que corría por el Monasterio, y á la cual el filósofo religioso no le dá gran fé.

El padre Florez manifiesta que es muy creible que durante la dominación arábica existieran obispos en Itálica, por cuanto vemos que en el siglo IX, hablando S. Eulogio del mártir S. Luís, dice que su cuerpo se veneraba en la villa de Palma, que era de la provincia Italicense, y como quiera que el nombre de provincia equivalía á Sede Episcopal, infiere que permanecía aquella Sede.

Matute recuerda á este propósito una memoria encontrada en una lápida cristiana, que puede referirse al siglo VII, y es una losa sepulcral que perteneció á D. Natan Weterell, y recuerda á un cristiano llamado Gunde-Bebio.

DESTRUCCIÓN DE ITÁLICA

ITÁLICA HECHA AÑICOS

POR LOS NORMANDOS Y BERBERISCOS
EN EL SIGLO IX

Atribulado toma la pluma el historiador de Itálica para escribir este capítulo, especie de nudo gordiano, proceloso mar de dudas, laberinto de Creta, en el que no sirve el ovillo de Ariadna, ni el arrojo de Teseo; pues el escritor se pierde, se desespera luchando en un caos de contradicciones insuperables, que le hacen repetir el filosófico pensamiento de Sócrates: *sólo sé que no sé nada.*

Pero pasado este momento de escepticismo, y estimulado por el principio fundamental de Descartes: *yo pienso, luego soy*, adivina que nada ignora y que todo lo sabe.

Lo que le falta como á Arquímedes, es un punto de apoyo, un disco luminoso, un analista coetáneo que le diga quién fué el Atila, quién fué el Wellington de aquel Waterlóo, quién comandó aquellas furias iconoclastas, que enfurecidas trituraban, mataban, incendiaban y talaban; que cual torrente devastador barrieron del haz de la tierra las opulencias de las Julias Romúleas, de las Córdoba patricias, de las Eméritas Augustas, de las tranquilas Caúras y apacibles Osset y Laelias.

Hecatómicas catapultas cuyos golpes rompieron los eslabones de esta cadena maravillosa, que nos fundió la cultura fenicia, griega y romana, abillantada con estos monumentos del arte, que el

pasmado viajero contempla admirado rodando en pedazos informes por estas colinas de Itálica, innoblemente convertidas en abrevaderos de alimañas y guardacantones de caminos.

Preseas fastuosas que trituró ese mónstruo del Averno llamado Gunderico, al frente de sus vándalos, habitantes como fieras de las márgenes de los ríos; agigantados, membrudos, de aspecto horrible, armados de hachas, hondas, garfios, flechas rematadas en punzante hueso; vestidos de trages heterogéneos robados de los pueblos que assolaban; cubiertos con las fétidas pieles de los animales montaraces que cual otros antropófagos digerían; saturados de crímenes y hambrientos de maldades, llevando por armadura la cabeza de un lobo, para degenerar con el tiempo en aquel godo, cuyo caballo, en la batalla de Guadi-Becca, iba aderezado con una silla adornada de oro, esmeraldas y rubíes; concupiscente Rodrigo, cuyos paramentos no eran la cabeza de un lobo, sino indumentarias cuyo lujo era asombroso. Metamorfosis que se operan también desde aquellas hambrientas hordas berberiscas al mando de Taric-ibn-Zeyard, al refinamiento y lujo oriental, que nos importaron los omniadas, abbaditas y almohades.

Por esto el historiador presente en esa rueda catalina del cronómetro de los tiempos, ese movimiento isócrono del péndulo palingenésico de la historia, que le exhiben todas esas razas que suben al pináculo del templo de su gloria, desde esos peldaños de la barbarie que se llaman cartagineses, romanos, vándalos, silingos, suevos y beduinos de los vastos desiertos de la Arabia, normandos incendiarios y asesinos fundadores del imperio ruso.

La traición del Conde D. Julián fué necesaria para la civilización, hecho grandísimo que reasume con las siguientes palabras el numen de la cultura Hispalense, D. Federico Castro:

«Los árabes han cumplido su misión en Occidente: custodios de una inmensa caravana, han traído á Europa las riquezas estancadas de las civilizaciones orientales; ya no les queda más que levantar sus tiendas y volverse al desierto de donde partieron.»

Sentadas estas premisas, entremos en este dédalo laberíntico del vasto campo de la historia antigua, para ver si aportamos nue-

vos datos, que vengan á esclarecer la eterna y oscurísima destrucción de Itálica.

¿Quién la destruyó? Hé aquí la admiración que corre de labio en labio. ¡Ah! pero hay que decir con el malogrado D. Demetrio de los Ríos:

«Itálica nació con nombre y vida romana y murió con el esplendor de la ciudad Eterna.»

Y murió, porque así tenía que suceder: se hundió Roma, y se anonadó ella: los glóbulos rojos de su sangre eran del Lacio, y no admitían componendas extrañas.

Pero dejó de existir envuelta en los pedazos de púrpura de sus vestidos, ostentando en su cabeza la rota diadema que coronaba su frente.

Pero como todos los grandes genios, sufrió sus decepciones: la primera fué el olvido de Adriano, olvido que hace á los hombres ingratos, cuando éstos se encuentran como él encumbrados y elevados cien codos, al parangonearse con el mismo Júpiter, en Grecia y Jerusalém.

Sus hijos siguieron siendo sus atormentadores, pues habiendo recibido Teodosio el bautismo, mandó promulgar aquellos edictos de Constantino contra la idolatría, ordenando destruir deidades, templos, aras y teatros. Edictos recordados á su hijo Honorio á su muerte, dieron por resultado abolir los espectáculos sangrientos de circos, anfiteatros y naumaquias, conservándose de esta época en el Museo Arqueológico de Sevilla, la estatua señalada con el número 113, que representa un sacerdote romano, con túnica y manto (amictus) que le cubre la cabeza, teniendo en el pecho una especie de señal, en forma de cruz toscamente hecha, opinándose por algunos eruditos que este era el distintivo que se usaba para indicar el idolo que estaba señalado para su destrucción.

Pero la pristina destrucción de Itálica arranca desde el momento que Elio Estilicón, traicionando á Honorio, llama secretamente á los alanos, sármatas, suevos y vándalos, y que á la voz del feroz Gunderico, destrozan á Cartagena, desparramándose por la Bética como torrente desbordado, rompiendo y triturando. Bárbaro invasor que muere en la iglesia de San Vicente en Sevilla,

no sin antes haber vencido á los silingos. Chacales destructores todos, que semblanza San Isidoro con estas palabras, en el libro segundo de su Cronicón:

«En la Era de 447, que corresponde al año 409, hicieron los Suevos, Alanos y Vándalos muchos estragos en toda España; pusieron fuego á muchas ciudades, postraron las más suntuosas obras de los Romanos y borrarón de la tierra los más preciosos monumentos de la antigüedad. Fué tal la atribulación y la falta de alimentos, que fueron quemados y arrasados los campos con sus frutos y ganados, llegando los pueblos de España al extremo de comer carne humana. Las madres comieron á sus propios hijos, y las fieras, viendo desiertos los países, bajaron á ellos desde sus montañas, hartándose de cadáveres humanos que hallaban por todas partes. Estolas acostumbrió é hizo insolentes, viniendo á buscar dentro de sus casas á los hombres que habían quedado vivos.»

A mayor abundamiento puede colegirse otro ataque á Itálica por los suevos, pues según refiere Víctor, obispo Tunense, cuando los vándalos en número de 80.000 se embarcaron en Tarifa para trasladarse al Africa, los suevos al mando de su rey Rechila bajaron de Galicia á la Bética, y en las márgenes de Singilis (Genil) derrotaron á un ejército romano-bético, destruyendo cuanto encontraban á su paso, llegando en bélico apresto hasta Sevilla contra los silingos, tribus vándala menos feroz que sus colegas, los cuales se atrincheraron en la ciudad, siendo arrojados de ella y entregada la población al más horroroso saqueo, devastando todos los monumentos que en la misma había, calculándose que á Itálica le cabría la misma suerte, pues aunque Idacio, escritor contemporáneo, nada dice en concreto de ella, puede suponerse que se haya extraviado su historia, pues á este respecto dice Florez:

«Desde el tiempo de los vándalos y de su entrada, hubiera mucho que historiar, si la misma turbación, no hubiera sido causa de que no se escribiesen ó perseverasen las historias.»

Sin embargo, los bárbaros que concluyen con la dominación romana en el siglo V, no acabaron del todo con Itálica, pues en el mismo la nombra Stephano de Bizancio, diciendo que era ciudad

de la Iberia. Es más, en el siglo VI también hace mención de ella el Anónimo de Rávena, colocándola en su Cosmografía después de Hilipa.

Una de sus destrucciones hay que buscarlas en el reinado de Agila, en sus acciones militares contra Córdoba, siendo quizás Itálica el campamento en donde se dió aquella batalla en que fué derrotado, saliendo escapado á uña de caballo hasta Mérida, donde lo mataron, entregándose después esta plaza á Athanagildo.

No tiene nada de particular que sus muros fueran destruidos durante este reinado revoltoso por las tropas imperiales de Justiniano, y que ahora, cuando no les hacía falta su apoyo, se veían despreciadas por Athanagildo.

Apesar de esto, Itálica no fué destruída del todo, pues cuando Hermenegildo estaba atrincherado en Sevilla contra su padre Leovigildo, el abad Juan Biclarense dice con estas palabras que tan sólo fueron restaurados sus muros:

«Leovigildus muros Italica, antiqua civitatis restaurant, que res maximum impedimentum Hispalensi populo exhibuit.»

La ciudad de Itálica, después de la muerte de Leovigildo, acaecida en el año 586, fué prepotente y poblada con gran número de habitantes, pues vemos sus obispos concurrir á muchos Concilios de Sevilla y Toledo en los años 590, 630, 633, 653, 671, 693 y 700, no cabiendo duda alguna que tuviera grandes predicamentos en la corte Hispalense, pues hasta el obispo italicense Eparcio asiste á la hora de la muerte de S. Isidoro, llevándolo á enterrar á Itálica. No cabe duda que el rey Sisebuto la favoreciera, pues claro es como la luz del día, que estos prelados vivirían en ciudades con todo género de comodidades y hasta con fausto, en medio de suntuosas iglesias y feligresías.

Esta magnificencia la tendría en cuenta el rey Wamba, pues en 672, y por un decreto suyo, al hacer la división de los obispados de España, menciona el de Itálica de la siguiente manera: «Itálica tenga desde Utica hasta Balsa, y de Asta hasta Lamola.»

Es decir, que su territorio era grandísimo, pues Utica es Marmolejo de la provincia de Jaén, llegando su término á Asta ó sea Jerez.

La Diócesis italicense alcanzó hasta la dominación de los árabes, pues á mediados del siglo IX, San Eulogio, hablando de San Luís, dijo que su cuerpo se veneraba en la villa de Palma, que era de la provincia Italicense, aseveración que corrobora el erudito Florez, diciendo:

«Después de la entrada de los moros, se empezó á usar la voz de Provincia en el sentido que hoy Diócesis, como vemos en las obras de San Eulogio, que nombra Provincia Italicense y Egabrense al distrito de aquellos antiguos obispados.»

Es más que probable que estos muros reedificados por Leovigildo, fueron otra vez echados por tierra por Witiza, pues en el siglo VIII, durante su reinado, ordenó destruir todas las murallas y fortalezas de la Península, excepto las de Toledo, Astorga y León, siendo comprendido en esta destrucción el castillo de la isla del Hierro, donde antiguamente estuvo situado Santiponce, viéndose hoy sus cimientos.

La verdadera aniquilación de Itálica hay que buscarla desde que los árabes tomaron posesión de Andalucía, pues enemigos de cuanto recordase las glorias de Roma, abatieron todas sus obras, las cuales les sirvieron como de arsenal para construir sus mezquitas, alcázares y alquerías.

Por esto, el diligentísimo Zúñiga dice que el obispado de Itálica se eclipsó con la misma ciudad, *destruyéndola los moros, cuyas ruínas hoy vemos con el engañoso nombre de Sevilla la Vieja.*

Es cierto: Itálica no fué Sevilla la Vieja, porque la cuna de Trajano era más moderna que la antigua *Hispal*, como equivocadamente aún en nuestros días repiten muchas personas.

En otra parte manifiesta el analista sevillano, que las piedras de la torre del Salvador fueron traídas del sepulcro de San Isidoro, que D. Lucas de Tuy y el Tudense manifiestan que estaba en Itálica, y que el rey Miramamolín mandó destruir y convertir su emplazamiento en jardines.

El referido Zúñiga también aporta la noticia de que cuantas columnas hay en gradas alrededor de la Catedral, eran de la anti-

gua mezquita que se consagró en Iglesia desde que se conquistó Sevilla, y duró hasta los principios del siglo XV, que comenzó á edificarse el actual templo metropolitano.

Los despojos de Itálica, dice Rodrigo Caro, se llevaron á Sevilla en tiempos de los árabes, para construir sus mezquitas, esparciéndose sus mármoles por todo el Aljarafe.

Del mismo venero serían sacados los materiales para reconstruir la mezquita y murallas de Sevilla, cuando los normandos en el siglo IX las destruyeron, y que por orden de Abderrahman se reedificaron otra vez.

Ceán Bermúdez dice que Hispalis (Sevilla) era la sexta mansión de la vía militar que venía desde Cádiz á Córdoba, y el principio de otra que se dirigía también á Córdoba. Desde Hispalis partía el corto y particular camino que terminaba en Itálica y el largo que iba en derechura á Emérita ó Mérida, en la Lusitania.

Esto es tan cierto, que el itinerario de Antonino Augusto sitúa los siguientes caminos: uno de Córdoba á Mérida, otro de Sevilla á Córdoba, otro de Sevilla á Itálica, otro de Sevilla á Mérida y otro de la boca del Río Anna á Mérida pasando por Tucci é Itálica á Mérida.

Ahora bien: estando situada Itálica en la raíz del camino que partía desde Sevilla á Córdoba, Niebla, Tucci (Tolomeo la llama Tucci-Vetus, y hoy es el despoblado de Tejada en Escacena del Campo) y Mérida, claro es que siempre fué una ciudad de toque y estuvo expuesta más adelante á las incursiones de los árabes.

Asiente en ello la Geografía de Xerif Aledris, conocido por el Nubiense, en su descripción geográfica que escribió el año 1199, durante la dominación de los almohades manifestando que las comunicaciones terrestres y marítimas, eran las mismas de siempre.

Escuchémoslo:

«EN EL NOMBRE DE DIOS TODO MISERICORDIOSO.

Esbilia (Sevilla) sobre Narth Alkibir (río Guadalquivir) que es el río de Corteba (Córdoba) y Medina Libla (Niebla), que es ciudad hermosa y muy antigua, y en la parte oriental de ella el

río que viene de la parte del monte y se pasa sobre él en puente á Libla; y entre Medina Libla y el mar Oceano, seis millas y aquí está Medina Wlba (Huelva), y está á lo largo de la isla Saltix, y de Medina Saltix á Gezira Cades (Cádiz) cien millas.

Y alinda el clima Alzarf (territorio de Sevilla), y es lo que hay entre Esbilia (1) y Libla y el mar Oceano.

Sigue á este clima Batalyos (Badajoz) y Xerixa (Jerez de los Caballeros) y Mérida y Cantaraf-al-Seif (Alcántara) y Coria y sigue el clima Albelat y en el Medinat Albelad y Medelin.»

Córdoba, Niebla, Mérida y Huelva, que confinaban por este lado con la provincia de Sevilla, fueron el escenario en donde se desarrollaban esos dramas muzlines que las más de las veces concluían en tragedias.

Es así, que Muza tuvo irremediamente que pasar por Itálica al ir, en el año 713, á la conquista de Mérida, y quedaría, por consiguiente, prendado de las riquezas arquitectónicas que atesoraba, de las cuales daría cuenta á su hijo Abdelaziz, que sacó de la misma gran número de materiales para sus primeras construcciones de Sevilla, mencionadas por el moro Rasis, diciendo que *et fizo hy sus casas muy buenas y muy ricas*.

El torreón llamado de Abdelaziz, en donde ondeó el estandarte de la conquista, sería construído con los mismos materiales itálicenses; así como aquella alquería cerca de Sevilla, que Conde llama Kenisa Rebina (Aznalcázar, Robaina), amplificando y embelleciendo las prisiones romanas, edificio conocido hoy por el ex-convento de la Trinidad.

Pero el otro secreto de la destrucción de Itálica está en este párrafo, que refiere la Crónica del rey D. Alonso el Sabio:

«Los que entraron por Cádiz, vinieron Guadalquivir arriba e llegaron á Itálica, e los de la villa salieron e lidiaron con ellos de vuelta por medio de la villa e mataron á todos e ganaron la villa.»

La Crónica los llama Almunices y Rodrigo Caro dice que no

(1) Aquí le correspondería nombrar á Itálica, y cuando no lo hace, es porque dicha ciudad había desaparecido por los ataques de normandos y berberiscos eo el siglo IX.

encuentra mencionado este nombre entre los griegos y romanos.

Es más, el arcediano de Ronda, que escribió en 1534, los nombra almonices, y asevera que son persas y edificaron á Córdoba.

Aquí está deshecho el nudo gordiano de la destrucción de Itálica, pues manifestamente se proclama el error, porque á nuestro juicio estos almonices ó almunices son los normandos.

Esto se prueba primero, porque en 1975 del diluvio, como menciona el referido arcediano, si existía Itálica se llamaría Sancios, pues ya sabemos el origen de su nombre, y D. Alonso el Sabio la llama por el cognombre que le dió Scipión al hablar de los almunices, y segundo, si esto no es así, los normandos fueron los que la destruyeron.

Mr. Kunik dice que los normandos que desembarcaron en las costas de España no formaban un solo cuerpo, sino que se dividían en diferentes bandas, que obraban unas veces reunidas y otras separadas, probando esto que maniobraban sin orden ni concierto, no habiendo historiador que los siguiera, cuyos movimientos asoladores eran de avance y retroceso.

César Cantú los pinta diciendo que manchaban la religión con groseras supersticiones é increíbles atrocidades, sacrificaban hombres y se arrojaban unos á otros los niños que recibían en la punta de sus lanzas. Remontaban serpeando el curso de los ríos, y su trueno esparcía tal espanto, que al oírlo los habitantes de las riberas huían con sus riquezas á las ciudades más próximas, barreras insuperables contra aquellos lobos del mar, que mataban é incendiaban todo cuanto encontraban á su paso.

Mas escuchemos una relación contemporánea de estos piratas, que arroja gran luz, escrita en el siglo X por Ibn-al-Cutia, autor árabe:

«Abderraman mandó construir la mezquita mayor de Sevilla y reconstruir las murallas de esta ciudad, que habian sido destruidas por los *madjiojes* el año 230 (844). La llegada de aquellos bárbaros sembró el espanto entre los habitantes; todos huyeron, los unos se refugiaron en las montañas más cercanas, y los otros fueron á ampararse á Carmona.

Los jefes de las tropas de las fronteras pidieron noticias á los

Wazires acerca de los movimientos que practicaba el enemigo, y les fué contestado que los *madjiojes* enviaban diariamente numerosos destacamentos hacia el castillo Firrich (cerca de Constantina), hacia LACANT (fortaleza de la provincia de Mérida en las inmediaciones de Fuente de Cantos,) hacia *Córdoba* y Morón. Entonces preguntaron si había en las cercanías de Sevilla algún lugar para defensa, y se les dijo que el pueblecillo de Quintos-Moafir (cerca de Dos-Hermanas.) A él se encaminaron los fronteros, dejando pasar al despuntar la aurora, á un cuerpo de tropas *madjiojes*, fuerte de 16.000 hombres. Los musulmanes de improviso cayeron sobre ellos, y habiéndoles cortado la retirada, los pasaron al filo de la espada. El mismo día que fué exterminada en Quintos la banda de *madjiojes*, otras dos salieron de Sevilla á merodear en dirección de *Lacant*, la una y la otra hacia la tierra de los Beni-l-Lait, término de Córdoba.

Desde Sevilla se dirigieron á Niebla (1), donde hicieron prisionero al abuelo de Ibn-Zalih; pero el emir Abderrahman Ibn-Hacan le rescató; y en agradecimiento á este beneficio, los Beni-Zalih mantuvieron siempre relaciones de amistad con los omniadas.

Después los *madjiojes* saquearon los pueblos de AMBAS COSTAS, y durante esta expedición que DURÓ CATORCE AÑOS, llegaron al país de Rum y Alejandria.»

Oigamos otra relación, la de Ibn-Adhari. Cuenta que los normandos, después de haber sostenido algunas refriegas con las tropas musulmanas, se dirigieron á Captel (Isla Mayor), donde permanecieron tres días. Después revolvieron sobre Caura (Coria), situada á tres leguas de Sevilla, donde dieron muerte cruel á muchas personas; después se apoderaron de Talyata, á dos millas de Sevilla, y allí pasaron la noche.

En la mañana siguiente aparecieron en un lugar llamado al-Fakharin (¿Algaba?). Reembarcáronse edieron un combate á los musulmanes. Estos últimos fueron derrotados y sufrieron pérdidas incalculables.

(1) Tuvieron que pasar irremisiblemente por el camino en donde estaba Itálica.

Como se ve, los normandos estuvieron merodeando por todas las cercanías de Sevilla, caminos de Córdoba, Extremadura y Niebla, saqueando los pueblos de ambas costas durante esta expedición, que duró catorce años, siendo innegable que durante estas correrías saquearan á Itálica, y que si los escritores árabes no la mencionan por su nombre verdadero, es por lo que dice el conienzudo Dozy, que los árabes españoles comenzaron muy tarde á escribir sus historias y éstas equivocadas.

El machucamiento, hijo de un salvajismo nefando, se ve en las mezclas de las construcciones de Santiponce, pues el autor de este libro ha examinado atentamente varias paredes del referido pueblo y notado en sus materiales, pedacitos de mosaicos, lacrimatorios, untuarios, vidrios, mármoles y diminutos añicos que acusan un trituraje rayano con el placer inusitado de hacer daño.

Es más, creemos fundadamente que hay confusión de nombre y equivocación en el relato de Ibn-Adhari, cuando manifiesta que los normandos se apoderaron de *Talyata*, que está situada á dos millas de Sevilla, pues á esta distancia la ciudad que se encontraría era Itálica.

Lógico es suponer que al mencionar Adhari á *Talyata*, quizo decir Itálica, como corrompieron después este nombre llamándola Talka ó Tállica.

Equivocación que en grado sumo se prueba con lo que respecta á Niebla, pues unas veces se llama Elepla, Illipa, Ilipa, Lebla y últimamente, con el Nubiense, Medina Libla.

Debido á esto, haremos algunos comentarios sobre la palabra *Talyata*.

A los hoy campos de Tablada, en lo antiguo se mencionan con el nombre de Tholiata, y si es con respecto á las ruínas de Tejada, en el día Escacena del Campo, oigamos á Delgado, en sus Medallas Autónomas:

«En tiempos de los árabes fué ciudad importante llamándola Thaliatha, y en ella había régulos independientes cuando la reconquista, siendo entonces Metrópolis de un extenso territorio, conocido ahora bajo el nombre de Campo y Sierra de Tejada. El despoblado conserva aún sus torres y muros árabes y á poca dis-

tancia en las vertientes de la Sierra, hay ruínas de otra población antigua, que llaman Tejada la Vieja (Tucci.)»

Ya hemos visto la variación que existe entre Tholiata, TALLYATA y Thaliatha, por esto no tiene nada de particular que los analistas confundieran esos nombres corrompiendo el de Itálica.

Además, la relación menciona que muchos jefes normandos fueron ahorcados por orden de Abderraman en las palmeras de Talyata.

En el sitio llamado de la Ermita de la Encarnación, como á dos leguas de Santiponce, se ven hoy palmeras entre restos de muros, vestigios que proclaman que hasta allí llegaba Itálica.

Otro ataque puede referirse contra nuestra desgraciada ciudad en el año 888, bajo el reinado de Abd-Allah.

El país que entonces se extendía entre Sevilla y Niebla se llamaba el Senet, que era tributario de dos familias opulentas llamadas los Beni-Khaldun y los Beni-Hachard; el jefe de aquélla era Zoraib, hombre audaz que trató de proclamar la independencia de Sevilla contra el Sultán, buscando por todos los medios de devolver á los jeques de su casta la prepotencia que les habían arrebatado los omniadas; para esto estableció su cuartel general en uno de sus castillos del Aljarafe, haciendo solidarios de sus planes á los jeques berberiscos de Mérida y Medellín.

Con el alfange en la mano, penetraron por la Sierra de Constantina y llegando á Talyata (¿Escacena ó Itálica?) entraron á saco el pueblo y mataron á sus habitantes.

Cuenta Dozy que permanecieron allí tres días saqueando y asesinando, y que llevaron á sangre y fuego todos los lugares cercanos.

Es más, llegaron hasta hacer replegar á Huévar el ejército árabe que salió de Sevilla á combatirlo.

Hay que sentar un precedente importante para la historia: diciendo Tucci y nombrando á Itálica se comprende á una misma población, pues estaban estrechamente unidas y hasta el acueducto que venía á Itálica era procedente de Tejada.

Indudablemente Itálica tan cercana no se escaparía del sa-

queo, por cuanto que sus riquezas codiciadoras serían estímulo para sus depredaciones.

Más adelante, Motarrif, en un ataque que dió á Sevilla, se replegó sobre Córdoba, y en su marcha apoderóse de algunos castillos situados en las márgenes del Guadalquivir y los desmanteló, no teniendo nada de particular que hiciera otra nueva visita de rapiña á Itálica.

Estos saqueos estaban entonces tan á la orden del día, que hasta los cristianos se hacían partícipes de ellos.

Oigamos á Sandoval, continuador de la Crónica de Ambrosio de Morales:

«Tomó el rey Alfonso VII el camino para Sevilla y pasó con el ejército el río Guadalquivir. Estaban en Sevilla muchos moros de guerra, y sabiendo que el rey D. Alonso había pasado el río, no le osaron esperar en el campo, y encerrándose en la ciudad, hicieronse fuertes en ella. Corrieron los españoles la *comarca* robando y matando cuanto podían, que fué otra segunda plaga que vino sobre Sevilla. Derribaron los jardines y casas de recreo que los reyes moros tenían en la ribera del río Guadalquivir.»

En uno de estos castillos ó casas de recreo de los campos de Talka, como los llamaban los árabes, vemos en el siglo X nacer, según Casiri, Abbas Ben-Mohamad Alsalehi, poeta agudo y mordaz, el cual murió el año de la Egira 329 y 994 de Cristo.

En el reinado de al-Motadhid tampoco se nombra á Itálica, que ya no existía, pues la hubieran mencionado los analistas de aquella época, que tan fecunda fué por las conquistas de los Estados de Niebla, Huelva, Saltes y aun de Córdoba.

No existiendo nuestra historiada ciudad en este tiempo, se comprende perfectísimamente que durante los almohades no la refiera ni en poco ni en mucho el Nubiense, apesar de que Conde crea leer Talka en una palabra árabe de este geógrafo.

¿Si existió esa palabra por qué no la pone en su lugar correspondiente?

Porque, volvemos á repetirlo, Itálica desaparece desde el tiempo de los normandos, berberiscos y árabes, que fueron los que la destruyeron del todo á mediados del siglo X.

En la conquista de Sevilla no se la nombra para nada como ciudad, y sí como los campos de Talka ó Tálica, diciendo Zúñiga que entonces eran poblaciones importantes en el Aljarafe Aznal-Farache, Aznalcázar y Solucar de Albayda, lugares fuertes y murados.

Por esto San Fernando hace caso omiso de Itálica, pues ya no existía, y mandó á sus tropas á la conquista de Alcalá del Río, que la defendía el mismo Axataf en persona, y que se tuvo que entregar á partido.

Que nuestra bosquejada ciudad fuera habitada por godos y árabes, á las claras lo manifiestan las monedas que de esas dominaciones en la misma se han encontrado, y que poseen los numismáticos.

Reasumiremos este capítulo manifestando que todos los escritores antiguos y modernos están contextes en decir que fueron los vándalos y los árabes sus destructores, entre ellos mencionaremos á Caro, Zevallos, Matute y Cortina.

Del libro manuscrito de la Colombina *Geografía de España*, por D. Lorenzo Padilla, arcediano de Ronda, entresacamos las siguientes líneas á este propósito:

«Esta ciudad fué destruída por los Wándalos en los tiempos que destruyeron á Cordoba, Hispal y otras ciudades que arruinaron en esta provincia. Restaurada por Leovigildo, permaneció cabeza de obispado hasta que los moros se apoderaron de España y resistiéndose la destruyeron.

D. Juan Antonio de Estrada en su libro «Población general de España,» impreso en 1768, dice:

«El rey Leovigildo la mandó reedificar el año 583, mas con la invasión Mahometana se arrasó.»

El erudito y contemporáneo Padre Fray José Coll, en una nota á la página 15 de su magnífica obra *Colón y la Rábida*, dice:

«Trajano nació en Itálica junto á Sevilla, ciudad edificada por Escipión el Africano 208 años antes de la era cristiana y destruída en su mayor parte por los godos á principios del siglo V. Itálica fué también patria de los Emperadores Adriano y Teodo-

sio, sin que quede hoy de su grandeza más que el pequeño pueblo de Santiponce, construído sobre sus antiguas murallas.»

Una objeción hay que hacerle al sabio Padre Coll, cual es, que Itálica era tan rica y opulenta que no es sólo el pequeño pueblo lo que resta de su pasada opulencia, sino que sus restos venerandos están soterrados no tan solamente en el perímetro que ocupa Santiponce, sino en muchas leguas á la redonda, pues era una ciudad grandísima, que espera unos hombres de buena voluntad que reunan aquellos girones de la pasada grandeza de Roma.

ESCAVACIONES Y DESCUBRIMIENTOS

EN

ITÁLICA

«¡Qué idea tan sublime ofrece á la imaginación humana la vista del lugar en que existió Itálica!

Los restos de unos muros derruidos, otros amenazando desprenderse de su base, y los monumentos magníficos que la investigación ó la casualidad diariamente descubren; todo inspira una sensación sublime, que el espíritu recibe en la contemplación del poder, de la grandeza y buen gusto que predominan en todas las obras de una población que ya no existe. ¡Cuántas riquezas y preciosidades estarán sepultadas bajo esas colosales ruínas! ¡cuántos modelos brillantísimos para las artes! y ¡cuántas inscripciones y monumentos que resolverían infinitas cuestiones y dudas históricas! Sin embargo, por siglos y siglos continúan sepultadas bajo los escombros de la población á quien ilustraban y embellecían.»

Esto, ilustradísimos lectores, lo decía allá por los años 1838 *El Diario de Sevilla, de comercio, artes y literatura*; y hoy, vergüenza da decirlo, al cabo de más de medio siglo transcurrido, apesar de estar al final de este tan cacareado siglo de las luces; apesar de encontrarse nuestras aulas abotargadas de alumnos, y apesar de haber descendido la cultura á las últimas capas sociales, y de enseñorearse la sabiduría, divulgada por el sacrosanto periodismo, desde el humilde tugurio al salón regio del elevado palacio, estamos muchísimo peor que nunca, porque después

de los esfuerzos del malogrado arquitecto de la Catedral de León, nada se ha hecho hasta hoy á no ser destruir.

Mas dejando aparte estas desconsoladoras digresiones, empecemos historiando los pocos descubrimientos que se han llevado á cabo en el preferido municipio de Scipión el Africano.

Desde luégo puede asegurarse, porque los hechos así lo corroboran, que el primero que hizo escavaciones en Itálica fué el obispo Eparcio, de donde sacó los materiales para construir el sepulcro de San Isidoro, que tan magnífico era según la deposición de D. Lucas de Tuy. De la misma procedencia serían los de la ermita de San Isidro, que transformaron en monasterio murado y monacal el espíritu religioso de Guzmán el Bueno y su mujer, valiéndose también para esta erección de los despojos de la cuna de aquellas familias de los Antoninos.

Esto es tan verosímil, que basta examinar los derruidos restos del Monasterio, para sorprender en sus materiales frisos; capiteles, columnas y ladrillos de procedencia romana. Es más, en una celda que se conserva en buen estado se admiran unos aguamaniles, cuya boca simulan faunos y sátiros. En la torre se ven dos cabezas romanas incrustadas en sus muros, que desde lejos pregonan su agenesia del Lacio. Por esto decía el viajero Pons, que visitó este edificio en 1778, que todo el cuerpo del altar mayor está compuesto de columnas corintias, y que de las mismas ruinas de Itálica son muchos mármoles de las gradas del presbiterio, así como también fragmentos de esculturas é inscripciones colocadas en las paredes.

Mas aun cuando Ambrosio de Morales, en su *Historia de España*, fué el primero en nuestra patria que escribió de estas ruinas, no manifiesta que en su tiempo se hicieran escavaciones; lo mismo puede decirse de Rodrigo Caro que, al recordarla, no menciona una sola palabra sobre trabajos y descubrimientos, á fin de sacar á luz aquellos restos que, según él, *llaman silenciosamente al alegre viajero* en su tránsito.

Sin embargo, aun cuando no hable de estas escavaciones, el gran prócer D. Fadrique Henríquez de Ribera, desde principios del siglo XVI, reunió en los jardines y salones de la casa de Pi-

latos un Museo Arqueológico con todas las esculturas del arte italo-griego que encontró en la Bética, y nos trajo en sus viajes de Palestina é Italia.

No existiendo un documento que lo pruebe, no pueden señalarse en la Casa de Pilatos cuáles fueron las estatuas y columnas que se extrajeron de Itálica; pero una tradición constante asegura que todos los objetos que están en el segundo patio de su jardín, son procedentes de nuestra historiada ciudad.

En el *Museo Español de Antigüedades*, tomo 9.º, dice Tubino, que las estatuas de Apolo y Flora, que existen en nuestro Museo Arqueológico, son procedentes del Palacio fastuoso que erigió en Lora de Estepa, en 1559, el magnate D. Juan de Córdoba Centurión, tercer marqués de Estepa, el cual hizo escavaciones en Itálica, de cuyo palacio, en el siglo anterior, sacó D. Francisco de Bruna las referidas estatuas y las trajo al Real Alcázar de Sevilla.

Del siglo XVII se dice que se imprimió un opúsculo de Itálica, el cual está tan agotado, que por más pesquisas que en su búsqueda ha hecho el autor de este libro, no ha podido dar con él.

El eruditísimo y diligente Florez, en su *España Sagrada*, tomo XII, menciona ya en 1753, descubrimientos realizados en la misma por el Sr. Conde del Aguila, haciendo relación de dos basas de estatuas, que existían en el patio de la portería del Convento de San Isidro del Campo.

En 1782, vemos que por iniciativa de la Academia de Bellas Letras de Sevilla, y secundada valiosamente por el dicho Conde del Aguila, en unión del magistrado de esta Audiencia D. Francisco Bruna y Ahumada, se lanzan por el campo de las investigaciones, cuyo fin fué descubrir en las eras de Santiponce un pavimento de mosaico, así como los preciosos fragmentos de las estatuas colosales en figura divina de Nerva y Trajano, que ya se ha dicho existen en el Museo Arqueológico, como igualmente las de Junio Bruto, Minerva y Adriano, que lanzó por aquellas ruínas el terremoto de 1755 y que andaban erráticas por el palacio de Trajano, también destruido por dicha causa.

Repercutiendo en nuestra España la tempestad política que

se desencadenó en 1793 allende los Pirineos, vino á encauzar el curso pacífico de estas escavaciones, no sin antes pasar á manos extrañas el fruto laborioso de estos dignos esfuerzos.

Mas, cavándose á la casualidad en un llano contiguo á la antigua muralla de Itálica, descubrióse un pavimento de mosaico el 12 de Diciembre de 1799, y que, debido á la diligencia de Fr. José Moscoso, religioso de San Isidro del Campo, pudo ser conservado con la ayuda de D. Francisco Espinosa de Sevilla, el cual lo mandó cercar con una tapia costeada de su bolsillo particular.

Por esta época fué á Santiponce D. Alejandro Laborde, el cual detenidamente lo examinó, sacando un dibujo que vió la luz en su monumental obra titulada *Descripción de un pavimento de mosaicos*, impresa con todo lujo en París en 1802, cuyo ejemplar puede admirarse en el despacho del bibliotecario en la Colombina.

En 1818, D. Justino Matute y D. Francisco Javier Delgado lo examinaron nuevamente, describiéndolo el mencionado D. Justino en su *Bosquejo*, inspirado en el estudio que de él hizo Laborde, manifestando que dicho mosaico corre de Norte á Sur 15 varas y media castellanas, siendo su ancho de 11, compuesto de pequeños cubos de mármol y vidrios de diferentes colores.

A éstos llamaban los antiguos *Tessaliata* ó *Quadratoria*, por la figura de las piezas de que se formaban, advirtiéndose en ellos la poca unión que guardaban entre sí, á fin de que la cal fina en que se incrustaban les afirmase más por el rebose de las pinturas.

En el extremo que mira á Levante se observa la inscripción que figura con el nombre de *Marciano*, que puede ser el del luchador, el del dueño del mosaico ó quizás del artífice que le construyó. Es lo cierto, que la hermana de Trajano, uno de sus libertos y otro de su familia tenían este nombre, que era muy común en Itálica. En Florencia se halla una inscripción en que se hace memoria de Cayo Salustio Marciano, natural de Itálica y de *Brennia Marciana* su mujer.

En el mosaico se advierten dos hombres desnudos en actitud de bañarse, junto á los cuales se esboza una figura de ánfora, en

la que puede suponerse contendrían los unguentos aromáticos con que después se ungián.

El centro del mosaico le cubre un cuadrilongo de ocho varas y media de largo y siete tercias y tres pulgadas de ancho, en que está representado un circo con sus oficinas y arquitectura interior, y al extremo opuesto una de las puertas con once cárceles, que servían para tener detenidos los luchadores hasta que, dada la señal, salían á la palestra.

Aquéllos eran conducidos por aurigas ó cocheros muy diestros en su manejo, de los cuales se formaba una Corporación llamada *Grex Aurigariorum*, ó familia cuadrigaria, la cual se dividía en cuatro clases que llamaban *facciones*, distinguidas cada una por el color de sus vestidos, á saber: el verde, el rojo, el azul y el blanco, con alusión á las cuatro estaciones del año, cuyos colores se advierten en los cursores de los carros. Se ve en el dibujo el carro roto, el auriga caído á quien socorren y conducen en los brazos, los caballos desunidos, el juez del espectáculo, el tañedor que daba la señal con la trompeta. El Genio y demás singularidades manifiestan los varios lances con que aspiraban los competidores á ganar el premio de su agilidad y destreza.

Aquí entra por mucho el descubrimiento que hemos hecho en el Anfiteatro de Itálica de los cimientos de construcción que en el centro del mismo se notan, porque apareciendo en el mosaico ocupando este lugar el juez del espectáculo, el tañedor con la trompeta y la estatua del Genio, claro es que este mosaico era una remembranza exacta del Anfiteatro italicense.

Mas volviendo á nuestro mosaico, vemos se nota en la arena un hombre á caballo y otro caído de él. El oficio de estos ginetes era acompañar los carros en la carrera, los cuales recibían los nombres de *Desultores*, llamados así porque saltaban alternativamente de un caballo á otro.

Es digno de mencionar en este mosaico la manera con que la cola del caballo está recogida con una cinta del color de la facción á que pertenecía.

En el Sur, en la parte opuesta á las cárceles, se ve finalmente señalado un departamento por medio de otra guardilla, con se-

micírculos concéntricos, que parece indicar el lugar destinado al combate de los luchadores, luégo que se concluían los juegos del circo, y allí se ven asimismo los hombres bañándose.

Necesario es manifestar que, siendo este mosaico un dibujo exactísimo del Anfiteatro de Itálica, no estará de más decir aquí el uso que tenían los pozos ó cisternas que, llenos de agua, rodean los subterráneos del mismo, siendo su misión inundar de este líquido el Anfiteatro para los juegos llamados naumaquias y servir á la vez de baños para hombres y animales. Ya hemos dicho que esta agua venía por un acueducto desde Tejada ó sea Tucci.

Los tres costados del figurado circo estaban rodeados por una doble guardilla de casetones circulares, cada uno de vara y tres pulgadas de diámetro incluso el festón, que lo rodea en forma de moldura, y en ellos se figuran las nueve Musas, diferentes animales y figuras alegóricas: un Centáuro con alusión al Genio de los juegos circenses, y bajo la forma de muchachos, así como se ven en las medallas de Septimio Severo, las Estaciones del año, análogas á los colores de la facción de los combatientes. El total del mosaico está terminado por una guardilla de adornos muy variados.

Varios autores afirman que el circo y sus juegos eran emblemáticos y significaban el movimiento de los cielos, causa por lo cual aquél estaba consagrado al Sol, cuyo carro era representado por el de los aurigas, indicado por las siete vueltas que daban los siete Planetas, resultando que las cuatro Estaciones del año eran representadas por las cuatro facciones que distinguían los otros tantos colores diferentes.

Una de las figuras que sobresalen de la guardilla de casetones circulares que va expresada, es la de un Centáuro, á la banda de Levante, al cual parece se respetaba como el Genio del Circo y sus juegos, representándole con alas de mariposa. Va en acción de correr; la cabellera suelta y en la mano derecha lleva la crátera y en la izquierda un farol.

Los Centáuros, dice Laborde, mitad hombres y mitad caballos, fueron conocidos de la más remota antigüedad, y no sólo los colocaron en el Zodiaco, sino que la Mitología los adoptó para sus

emblemas, así que se conocían Centáuros del Amor, Centáuros Báquicos, Centáuros guerreros y aun Centáuros de las Ciencias, como el Viejo Chirón.

Este parece que estaba destinado á representar la fuerza y ligereza, virtudes principales que se apreciaban en los juegos del Circo.

Las Musas parece que eran el objeto principal de este mosaico, según el orden en que estaban colocadas, á saber: *Clio*, *Euterpe*, *Thalia*, *Melpómenes*, *Terpsicore*, *Erato*, *Polymnia*, *Urania* y *Caliope*.

Por esto manifiesta Matute que esta pieza en que se encontró el mosaico, servía para recoger agua limpia llovediza en la cisterna que debajo está construída y se halló llena cuando se descubrió, manifestándose el conducto por donde entraba.

Cada Musa está distinguida por su nombre y el atributo que la caracteriza. Aquí faltan á *Clio* las tabletas ó rollos en que se supone escribía la historia, y quizás estaban en la parte que se advierte destruída, y á *Euterpe* la flauta doble. A *Thalia* sólo le ha quedado la máscara cómica, abierta la boca, las cejas elevadas y estrecha la frente, la cual le servía de atributo, y el de *Terpsicore* es bien confuso.

Laborde juzga, que aquella especie de edificio es el alzado de una sala de baile, á cuya diversión esta Musa se dedicaba.

Una de las figuras más distinguidas en este mosaico es la de *Erato*, en acción de recitar versos, tal como se ve en las medallas de la familia Pomponia. En la mano tiene una especie de maza ó cetro, que puede ser una rama de laurel mal expresada.

Entre los antiguos, aquel que primero cantaba en los convites tomaba una rama de mirto, y concluída su canción, la daba al que estaba inmediato, quien hacía lo mismo á la vez, y así proseguía la diversión hasta el último convidado. También es digna de atención la túnica sólo con la manga izquierda y el brazo desnudo.

Cupper cita muchas medallas en que *Diana* se representa con esta especie de túnica.

Polymnia, como Musa de la armonía y de la música, tiene la

lira, aunque con frecuencia vemos con ella á Terpsícore y además está coronada con una especie de diadema de perlas y flores.

Caliope, parece absorta en la meditación, y las tabletas ó pugilares que la caracterizan, están á su lado, pues así como los rollos estaban destinados para escribir la historia, así las tabletas eran para las poesías.

Urania, representa las substancias celestes, sin más emblema que la vara cortada, que puede ser la que nombraban *Radio*, y la cabeza adornada con plumas de las Piérides.

Las Estaciones las figuraban los antiguos en forma de muchachos, y así se ven representadas en este mosaico. A la banda de Poniente bajo la musa Urania, en otro casetón igual al que ésta ocupa, hay uno que se cree *Vertumno* en representación del Otoño, vestido de rojo y amarillo, con un canastillo de frutos y quizás en el mismo se expresara el Estío.

Otro jovencillo se veía con túnica verde y abrazado con un pájaro, que representaba la Primavera, y el que pudo figurar el Invierno por el color blanco parece que abrigaba una liebre.

Quizás el autor de este mosaico no admitía más que tres Estaciones en el año, siguiendo la opinión de la antigüedad, que recordó Diodoro de Sicilia, quien afirma que Mercurio inventó la lira de sólo tres cuerdas, para indicar otras tantas Estaciones en que el año se dividía.

En otros de los casetones se ven figurados, ya un avestruz, y no cigüeña como creyó Laborde, muy bien dibujado, aunque sin colorido; en otro un macho cabrío, un galgo en acción de correr, un caballo y en los ángulos que dejan los círculos se advierten flores, frutos y aves.

En otro hay tres pelotas sobre una banquilla, á las que los antiguos llamaban *Pilae Trigonaes*, cuyo nombre tomaban de la figura del lugar donde se ejercitaban.

Hasta aquí el mosaico descrito por Laborde y Matute, sin que se sepa que durante algún tiempo se hicieran escavaciones en nuestra Itálica.

El jueves 1.º de Febrero de 1810, á las once de su mañana, entraron en Sevilla los primeros cuerpos de la división francesa al mando del mariscal Soult, anunciando los repiques de campanas que el rey intruso José Bonaparte había tomado posesión del Alcázar de los muzlines, castellanos y leoneses.

El patriotismo veda ensalzar esta ocupación; mas como imparciales historiadores, hay que proclamar que á los mismos debemos reformas en nuestra querida Sevilla, y que, sin la iniciativa de ellos, no tendríamos la magnífica plaza de San Fernando; sin ellos no ocuparía hoy el Museo el antiguo convento de la Merced; sin ellos no gozaríamos la espaciosa Plaza de Abastos de la Encarnación, ni la necesaria plaza de Santa Cruz.

Mas dígase lo que se quiera, los franceses eran más entusiastas de Itálica que nosotros, por cuanto apenas llegados, y todavía sucios con el polvo del camino, dieron el siguiente decreto:

«Gaceta del Gobierno» correspondiente al viernes 9 de Febrero de 1810.

Extracto de las Minutas de la Secretaría de Estado.

En Itálica á 8 de Febrero de 1810.

D. José Napoleón, por la gracia de Dios y por la Constitución del Estado, Rey de las Españas y de las Indias.

Oído el informe de nuestro Ministro del Interior:

Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

ARTÍCULO I

La ciudad en que nacieron Trajano, Adriano y Teodosio, volverá á tomar el nombre de Itálica, que tenía en aquel tiempo.

ARTÍCULO II

Una renta de 50.000 reales vellón, tomados del fondo de las fincas pertenecientes al convento suprimido de San Isidro del Campo, en cuyo distrito se halla el antiguo anfiteatro, se aplicaran á los gastos de las escavaciones.

ARTÍCULO III

Una comisión de tres individuos cuidará de la administración del fondo y del buen empleo de la renta.

ARTÍCULO IV

Nuestro Ministro de lo Interior y de Hacienda quedan encargados cada uno en la parte que le toca de la ejecución del presente decreto.

Firmado: *Yo el Rey*.—Por S. M. su ministro Secretario de Estado, *Mariano Luis de Urquijo*.

Las continuas revueltas bélicas entre franceses, españoles é ingleses, hicieron fracasar este atinado decreto, sumiéndolo en la oscuridad más completa, y nuestra Itálica en el más grande abandono.

Sin embargo, el mariscal Soult no se durmió en las pajas, é hizo algunas escavaciones, que dieron por resultado sacar algunos objetos que trasladó á Francia, en compañía de las preseas del arte sevillano que nos arrebató.

Tampoco los ingleses anduvieron reacios, pues Wellington, después que con nuestra ayuda consiguió expulsar á los hijos de San Luis, se dedicó á merodear por los contornos de Santiponce, llevándose, cuando su retirada, muchos objetos á Inglaterra.

Un nuevo velo cubre otra vez esta serie de despojos, hasta el año 1835, que vino de jefe político á Sevilla D. Serafin Estévez Calderón, quien amante de antigüedades, hubo de olerse las riquezas que atesoraba aquel campo, cuando mandó una cuadrilla de presidiarios, y entre todos hicieron paz y guerra de sus hallazgos.

Algo supo de esto en 1838 el oficial primero de este Gobierno civil D. Ivo de la Cortina, óptimo amante de las glorias itálicas, cuando en Exposición de 3 de Enero de 1839, pedía respetuosamente al Gobierno, excitando su celo, para que se le concediera autorización para hacer escavaciones.

En su escrito manifestaba que el riquísimo mosaico descrito por Laborde había desaparecido, y que los materiales del magní-

fico Anfiteatro estaban sirviendo para componer la carretera de Badajoz.

El ministro de la Gobernación era por aquel entonces el señor Marqués de Someruelos, el que dando pruebas de un civismo acendrado, dió oídos á la solicitud de Cortina, defiriendo á su demanda, y dióle instrucciones al comandante del Presidio de Sevilla, para que pusiera á las órdenes del Sr. Cortina un cierto número de confinados, los cuales eran vigilados por tropas que destacó el capitán general por aquellos contornos.

D. Ivo radiante de alegría empezó sus trabajos; pero no contaba con la huéspedea, que eran los envidiosos y obstruccionistas de aquellos tiempos, pues siempre esa fruta ha estado madura, y le empezaron á quemar la sangre, poniendo á prueba su paciencia y buenos propósitos.

Unas veces lo pinchaban los asentistas del correccional de mujeres, no queriendo dar albergue á los presidiarios, ¡plástima que no fueran á prostituir á las virtuosas Vestales que allí había, que la que menos era infanticida!

Otras veces debutaban de Zoilos los ingenieros, poniendo reparos y miramientos. ¡Ellos miraculosos que veían impávidos la destrucción del Anfiteatro, para que sus trozos sirvieran de estribos á los caminos!

Por fin, llegó á tal punto el escándalo, que tuvo hasta que intervenir la justicia, embargando las herramientas y útiles de las excavaciones. Se le puso de interventor á un médico de Sevilla, D. Juan Resuche, y se le pidió cuenta estrecha hasta del miserable yeso que sacaba.

Se fiscalizaban sus actos y se trataba por todos los medios de aburrirlo y desespeararlo.

De esta época hay en el archivo del gobierno civil, y entre los papeles del martirologio de D. Ivo, una comunicación del Alcalde de Santiponce al Jefe político de Sevilla, que tiene muchísima gracia.

Después de darle cuenta de un hallazgo arqueológico italicense, manifiesta que cuando van los extranjerros á visitar aquellas ruínas, tiene que esconderse porque le duelen los oídos de las des-

vergüenzas é improprios que le dicen, por el estado de incuria y abandono en que tenemos la cuna de Trajano, Adriano y Teodosio.

No sabemos si el actual Alcalde que hoy preside aquel Ayuntamiento, siguiendo la tradición, hará lo mismo, porque si no lo hace, es porque ó será sordo, ó á los insultos, dirá para su capote: *amén*.

A tanto llegó el clamoreo contra el jefe de las escavaciones, que hasta la misma Academia Sevillana de Buenas Letras elevó una solicitud al jefe político, diciendo que los presidiarios estaban destruyendo el Forum.

Sin embargo, D. Ivo seguía impávido sus escavaciones, mas ya con algún desmayo, pues no trabajaba más que los días festivos; pero ¡oh desdicha! vino la revolución de 1840, y dió al traste con estos trabajos, quitándole los presidiarios, y no concluyendo de imprimir un libro que publicaba por cuadernos, que titulaba *Antigüedades de Itálica*, ilustrado con grabados, y que era una fotografía exacta de todas sus energías; esfuerzos que se llevaron á cabo de la limosna y suscripción metálica que le proporcionaron varios amigos.

No teniendo más remedio el Sr. Cortina que abandonar el campo, se le ve ya, en 1846, nombrado Secretario del Gobierno civil de Albacete, no sin antes albergar en su corazón la pena de no haber podido llevar á la práctica sus leables pensamientos.

Tuvo á raíz de esto un imitador en D. Ignacio González, de Carmona, el cual elevó solicitud para continuar las escavaciones, pero sus deseos quedaron frustrados, porque nada se acordó y ni se le hizo caso.

Aquí damos cabida al resultado de las escavaciones de don Ivo de la Cortina, y que escrito el original de su puño y letra dice así:

ESTADO de los objetos extraídos de Itálica por el Director de las Escavaciones que lo suscribe, los que existen en el Archivo del Gobierno político y almacén del mismo.

OBJETOS DE MÁRMOL

Una cabeza de Orfeo.

Idem con busto de Teodosio.

Falta la de Minerva que se llevó á S. M., y otra que regaló el Sr. de Sanmillán al Secretario de la Embajada de Francia y la de Trajano que tiene el excelentísimo Ayuntamiento.

FRAGMENTOS DE ESTATUAS

Una cabecita de una Palas.

Otra del mal Tiempo femenil.

Media idem de tamaño natural, no tiene más que el dorso y una oreja.

Otra id. de id. de un Mercurio de la boca á la cimera.

Id. de id. de un cocodrilo.

Id. media de un tigre.

El hocico de un jabalí de Delfos, que el resto está en Santiponce, el que representa la piel sobre una clava de Hércules.

Una cabeza de relieve de un guerrero.

ID. MANOS

Tres brazos con sus correspondientes manos.

Ocho pedazos de otras tantas manos.

Una mano entera, femenil, con pleguería.

ID. PIÉS

Medio pie de mármol blanco, Escultura griega.

Dos pequenitos de una Cariátide.

Uno de tañamo natural pegado al plinto, está en el almacén.

Cinco fragmentos de piés, en el archivo.

Una pierna y caliga de tamaño colosal, en el archivo.

Dos piernas de estatua colosal.

Un brazo de tamaño natural.

Gran porción de fragmentos, bajos relieves de hojas de acanto y florones extraídos en el sitio del Templo de Júpiter.

Tapa de una urna de mármol.

RELIEVES DE MÁRMOL

Una losa sepulcral que representa la cabeza de un pescador, con una urna y dos Delfines, está partida en dos pedazos.

Un capitel de pilastra con flores y hojas de acanto, está en dos pedazos.

FRAGMENTOS DE ESTATUAS

Estatua colosal de Neptuno, el tronco con un muslo y el hombro con el paludamento de la estatua de Venus, parte del tronco y un pie con plinto en dos piezas.

Un tronco de estatua imperial con armadura de coraza con bajos relieves.

Otro tronco con parte de las piernas y paludamento, de un Apolino.

Una estatua completa de la media época en actitud sepulcral.

Dos capiteles de orden toscano de magnitud colosal.

Un relieve de un Genio alado pegado á una voluta.

Un pie completo con el correspondiente plinto.

Dos piés envueltos en pleguería, escultura Griega.

Un pedestal con una inscripción completa que principia Q. H. E. R.

Otro id. de mármol que empieza Libero Patri.

Media estatua con túnica y estola.

Varios fragmentos de piernas y brazos.

OBJETOS DE BARRO

Nueve lucernas de varios tiempos.

Dos tazas enteras.

Cinco id. rotas.

Una redoma de barro entera.

Otra id. rota.

Un puchero.

Una jarra rota por arriba.

Una tacilla entera y con asa.

Dos fragmentos de cabezas de león.

Una pequeñita de un penate.

Faltan dos lamparillas, una taza, un jarro y una cabeza de un Gladiador, regaladas por el Sr. Sanmillán al citado Secretario de la Embajada.

Una redoma de barro fino que le fal-

ta el cuello, con listas negras y encarnadas.

Una tapadera.

Tres asas con inscripciones.

Varios fragmentos de lamparillas rotas.

Media figura de un guerrero.

Una menos la cabeza femenil.

Otra de una matrona, sin cabeza, vestido talar.

Tres inscripciones en ladrillos de barro.

Dos fragmentos de escuadras con una cabeza de hipopótamo cada una.

MONEDAS

Trescientas cuarenta monedas medianas deterioradas.

Veintiocho grandes bronce.

Ciento cuatro monedas medianas bien conservadas.

Cuarenta y cuatro medios bronce ó monedas mayores.

Ciento cuarenta monedas pequeñas.

Ochenta monedas, tamaño regular buenas.

Veinticinco bronce medio conservados, en bruto, en papel de estraza.

Cinco monedas de plata.

Falta una de oro de Gunderico y seis grandes bronce.

MARFIL

Tres piezas de juego.

Tres id.

Cuatro.

Diez y ocho estilos.

Doce punteros.

Cuatro trozos de una flauta.

PASTAS DE ADORNOS

Seis pasadores.

Once id.

Cuatro estilos.

Siete pasadores.

Cuatro piezas de id. objetos desconocidos.

Diez pedazos de objetos desconocidos.

Dos pastas de adornos y un pasador.

Un mango.

Tres estilos.

Una pieza de juego.

Tres bolas de vidrio y medio pasador.

OBJETOS DE HIERRO

Tres martillos con cruz y mango de hierro.

Una pieza de fuego.

Tres volas de vidrio y medio pasador.

Tres martillos con cruz y mango de hierro.

Una lanza con regatón.

Otra punta de lanza ó dardo sin regatón.

Una hacha familiar.

Otra de una faci litoral.

Dos escarpías.

ID. DE BRONCE

Dos cadenillas.

Dos agujas de bronce.

Un estilo de bronce.

Un alfiler de pelo de cabeza.

Dos espátulas.

Unas tenazas.

Un fiel de una balanza.

El remate de un mango de una espada con una cabeza de caballo.

Una cabeza de Mercurio con ojos de plata.

Una péndola.

Dos delfines, objetos de adornos.

Una aldaba de hoja de roble.

Una hoja de parra.

Cinco hembras de pestillo.

Dos asas de calderito.

Dos hebillas.

Un pie de caballo.

Seis objetos de bronce, utensilios desconocidos.

Tres redondeles de clavos romanos.

Una espátula redonda con mango labrado rota.

Dos piés, parte de uno.

Una clava de una estatua de Hércules sobredorada.

Falta una cabecita de un Mercurio de bronce y una asa con cabeza de Marte.

INSCRIPCIONES

Una losa cuadrada sobre mármol que principia D. M. S.

Otra rota en dos piezas. Espodius

Otra en tres pedazos que termina la primera letra con Imp.

Una rota que principia Hic. etc.

Veinticinco pedazos de varias inscripciones.

Un pedestal con una inscripción medio borrada.

IVO DE LA CORTINA.

Como complemento á estos descubrimientos, la prensa de Sevilla de aquellos días publicaba la siguiente descripción de un mosaico descubierto por D. Ivo:

«**Mosáicos.**

En el sitio junto á la muralla de la ciudad, donde pasa la carretera, y á la izquierda de ésta, por la parte del S., inmediato al horno grande de la obra de escavaciones, para la fabricación de cal, se ha descubierto un bellissimo resto de mosaico, de muy linda y brillante ejecución, y se encuentra dividido dicho pavimento en dos habitaciones, que se presentan: la primera da su entrada á una galería de 45 piés de longitud y 12 de latitud, en el centro de este corredor está la puerta que conduce á la segunda, que es una sala casi cuadrada que tiene de longitud 30 piés y 27 de latitud, distribuida en varios casetones simétricos, que representan en su seno algunas aves, delfines, corsos, grupos de caballos con *urigas* triunfantes, con ramo de laurel en la mano, y en los dos vértices de los ángulos que apoyan el lado de la entrada, se presentan dos cuadros que en su centro hay unos medallones redondos con dos cabezas, doble del tamaño natural. En lo general está bastante destruido; pero se conoce su alto precio por las porciones indicadas, y aún más, cuando se advierte que las edades posteriores á su construcción han procurado restaurarlo para conservar la obra, pero de un modo que aunque ejecitado con esmero, está muy distante del primor y de su magnificencia primitiva.

Otro mosaico se ha descubierto en la era del convento, al S. del *Foro*, de 12 piés de longitud y 9 de latitud, que aunque destruido por varias partes á causa del desplomo del edificio, se ven varias figuras de tamaño casi natural, que representan una escena trágica, pues á un lado se ven tres guerreros romanos, el uno envainando el acero, el otro presentando la cabeza de una víctima y el tercero en actitud de admiración. El centro de este mosaico fué necesario repararlo, pues una piedra de tamaño considerable, rompió no solo éste sino también la bóveda del ingreso de la parte baja; al lado opuesto de esta rotura se ven fragmentos de cuatro figuras femeniles, una de ella completa, que con

trage sacerdotal, ceñida su sien con corona de flores, tiene la mano sobre el pecho en actitud de profesión, mirando con dignidad la escena de los guerreros; la rotura hace difícil la explicación del pasaje histórico que representa.»

Otra laguna, desde los buenos tiempos de D. Ivo, se nota en Itálica, hasta el reinado de D. Amadeo de Saboya, en el cual, según decía D. José de Vargas Machuca en su cuadernito *Las Ruinas de Itálica*, dedicado á D. Gonzalo Segovia, por iniciativa del periódico *La Legitimidad* en 1873, una Comisión elevó al trono una respetuosa instancia acompañada de una erudita Memoria, en la que se fijaba la cantidad de cuatro millones de reales para hacer escavaciones en todo el ámbito de Santiponce, fracasando tan nobles pensamientos y estrellándose en las revueltas políticas que, después del 11 de Febrero, proclamaron la República.

UN DESCUBRIMIENTO

En el año 1868 pasó á la propiedad de D. Francisco Mateos Gago el fragmento de una tabla de bronce que se halló entre las ruinas del Anfiteatro de Itálica, la que fué comentada por los profesores Hübner y Mommsen, conjeturando que trata de las *nuntiationes al fiscum* que habla el Digesto.

Reducen su época á fines del primer siglo ó comienzo del segundo de nuestra Era, es decir, contemporánea de Trajano, y el epigrafista malagueño Sr. Berlanga, la traduce y reconstituye así:

«En las denuncias que sobre cualquier asunto, en adelante se hiciesen á mi fisco, ante el juez único, deberá observarse lo mismo que entre los particulares, cuando también se comparece ante un juez. Cuando sobre el asunto se sorteen recuperadores, del mismo modo deberán hacerse dichos sorteos en los negocios del fisco que se hace en los vuestros por la ley que os dió el emperador.»

ULTIMAS ESCAVACIONES EN ITÁLICA

D. Demetrio de los Ríos, preclaro y entusiasta admirador de Itálica, cuya muerte lloran hoy los amantes de la arqueología patria, asociado allá por los años 1872, 73 y 74 con la digna señora Viuda de Vázquez, propietaria del olivar de las *Coladas*, en cuyo perímetro se encuentran estas ruínas, y á espensas de la misma señora, emprendieron una serie de trabajos, que dieron por resultado descubrir una estatua, muchos mosaicos, trozos de cloacas y edificios italicenses, descubrimientos que el dicho D. Demetrio publicó en los números del periódico que honra á la cultura hispánica *La Ilustración Española y Americana*, correspondientes á los días 15 de Enero, 8 y 28 de Febrero de 1875, y que aquí damos en extracto.

De entonces acá nada se ha hecho, de entonces acá aquello se hunde, de entonces acá el asqueroso cieno cubre aquellas ruínas.

¡Quiera Dios tocar en el corazón de los hombres llamados á desenterrar estos preciosos restos, pirámides egipcias que nos recuerdan el genio político y artístico de Trajano y Adriano.

Dejemos la palabra al malaventurado arquitecto de la Catedral de León:

«Dentro del perímetro y al extremo N. O. de Itálica, existe, al sitio denominado de *Las Coladas*, un olivar propio del Excelentísimo Sr. D. Ignacio Vázquez, donde, por accidente fortuito, descubriáse, á fines de Julio de 1872, un precioso mosaico, que examinamos con la detención debida el día 27 del indicado mes, pocos después de su feliz descubrimiento.

Hallábase aquel gran pavimento distribuido en nueve grandes cuadros de 0^m,93, orlados por una triple cenefa de 0^m,62 sobre la anterior medida, cuyos cuadros, reunidos en el total de más de 4^m de lado, ostentábanse circuídos en su conjunto de la misma manera, y además por una linda guardilla de 0^m,50, añadiendo en tal forma á los costados otra tercera cenefa de nuevos trazados,

que no bajaba de otros 0m,50. Ornaban los centros de los ocho cuadros exteriores, muy complicados nudos y graciosos rosetones alternados, advirtiéndose claramente en el cuadro central la figura de un perro, que hubo de parecer á algunos de nuestros compañeros la de un corzo ú otro animal semejante: las extremidades inferiores de dos personajes, de distinto sexo, y, finalmente, por los aires los paños y las piernas, calzadas con ricos coturnos verdes, de una deidad, que en nuestro sentir representaba á Venus, presidiendo, sin duda, como feliz augurio, los desposorios de los dueños de la casa, á que hubo de pertenecer el pavimento.

Medido y diseñado éste en la ocasión indicada, fué, no obstante, rectificado de nuevo por nosotros en 15 de Septiembre del mismo año.

Con la anuencia del propietario del terreno, extrájose de allí, no sin gran dificultad y detrimento, para ser trasportado en trozos al *Museo provincial* donde hoy se custodia.

El 20 de Junio de 1873, tomamos los apuntes y medidas de otro nuevo mosaico, por disposición de la Excm. Sra. D.^a Candelaria Rodríguez, viuda de D. Ignacio Vázquez, y grandemente apasionada por las antigüedades de la antigua Itálica, su cuna. Comprendíase á la simple vista que hubo de corresponder este pavimento á un patio del edificio allí existente, pues claramente se distinguían en él los cuatro lados del corredor y el ojo, 0m,45 más bajo que los anteriores, embaldosado todo él con losas cuadradas, blancas y negras. Mostrábanse las galerías alfombradas de vistosas y delicadas *tesselas* de cuatro colores, las cuales formaban muy sencillo dibujo de dos cuadrados por línea, con una cruz de lises y corazones en el centro, viéndose festoneada toda esta galería, en uno y otro borde, por una faja de elegantes semicírculos blancos sobre fondo negro.

Jamás, ni aun en los tiempos de las famosas escavaciones de D. Ivo de la Cortina, salieron á luz tantos y tan ricos mosaicos, elocuentes fiadores de la grandeza de Itálica: aquel atrevido aficionado no logró ver, apesar de sus esfuerzos: sino seis ó siete, mientras que en el presente año de 1874 han llegado á 21, aun excluyendo los dos de los años anteriores, advirtiendo que nueve de és-

tos pertenecen á otras tantas galerías, y los catorce restantes á salas, patios ó peristilos de tres ó cuatro edificios, cuyos solares en todo ó parte se han podido examinar, cual nunca lo conseguimos antes en nuestras largas investigaciones.

No se empleó únicamente el día 20 de Diciembre de 1873 en rectificar el mosaico descubierto seis meses antes; pues que, ayudados por el Sr. del Canto, tuvimos la fortuna de tomar el conjunto y pormenores de otro pavimento mixto de figuras y exornos, notable no sólo por las bellísimas escuadras de variados colores que cerraban su octógono central, sino también por las flores y follaje de colores, no menos vivos y brillantes, que ornaban la entrada donde debió de abrirse la puerta de esta notable sala, en cuya cabecera lucía un cuadro rectangular de diseño muy parecido al del patio antes descrito. Apesar de tal semejanza, esta sala no pertenecía á la del referido patio, sino á otra casa colocada más al N., cuyo patio se descubrió más tarde, y del que harémos oportuna mención más adelante.

Más fecunda en resultados fué la expedición del 20 de Enero de 1874, en la cual nos acompañaban, además del Sr. del Canto, infatigable dibujante, D. José Gómez Otero, joven arquitecto y muy hábil en todo linaje de dibujo; D. Fernando Portillo, maestro de obras, y D. Rodrigo Quirós, cuyas aficiones numismáticas son bien conocidas

Apenas hubimos llegado al lugar, repartimos la difícil tarea de dibujarlos, tocando al Sr. Gómez Otero una linda galería, que apuntó en colores y en escala, con suma propiedad y soltura y al Sr. Portillo el mosaico de un gran salón, reservándonos, en unión del Sr. del Canto, el conjunto y los pormenores de un bello mosaico, que desde luégo tuvimos por el de un *triclinio*.

Terminado su apunte en colores y recogidas las necesarias medidas, continuamos con otro mosaico correspondiente á un salón, lindísimo en verdad, cuyo dibujo y traza traía involuntariamente á la memoria las magníficas *Lochas* de Rafael, y con ellas los delicados primores del *Renacimiento*. ¡Tan elegante era y gracioso el tejido de sus tallos y follajes trazados por aquel arte, que había de producir la gloriosa Era del *Renacimiento*!

Desde luégo se puede reputar por un triclineo y mide éste, 8m,47 $\frac{1}{2}$ or 5m,76, y hállase rodeado en tres de sus lados por una ancha faja de 1,37, figurando un laberinto de líneas negras sobre fondo blanco. Festonea el conjunto muy linda cenefa de 0m,48, terminando la ancha faja ya mencionada dos primorosos cuadros por el extremo de la sala, donde hubo tal vez de abrirse la puerta. Enriquece el interior gracioso juego de cuadrados, tejidos entre sí de dos en dos, y combinados de tal suerte, que en sus centros respectivos resultan octógonos, y entre éstos y los lados mayores y menores del rectángulo, rombos, pentágonos irregulares, cuadriláteros simétricos, pero irregulares como las anteriores figuras, y triángulos isóceles. Hállanse formados los cuadrados por vistosos *funiculos* de rosa y grana, verdes y violados, mientras los interiores de los enunciados polígonos se ven ornados de flores y ciertos exornos á manera de cruces de Malta, esmaltadas con las pastas y cristales de los más brillantes matices.

El otro mosaíco, que podemos llamar *del follaje*, es en realidad norma y envidia del más exquisito *Renacimiento*, no ofrece de particular más que una sencilla y clásica orla, figurada por eses y palmetas, y un cuadro de fantasía ornamental en medio del follaje.

El mosaíco era rectangular y medía 5m,90 por 5m, mostrándose compuesto por un cuadrado de 5m de lado, distribuído en diversas figuras geométricas, cuajadas de clásico adorno, y por un rectángulo de sencilla exornación, ancho de 0m,90, el cual presenta caracteres suficientes para ser considerado como aditamento del mosaíco, pues que se ofrece en uno de sus extremos. La galería apuntada por el Sr. Gómez Otero, mide 3m,10 de ancho, y ofrece hasta tres distintas orlas de *funiculos*, *puntas* y *grecas*, y tres cuadrados alternos por su anchura en la larga extensión de más de 9m.

El 14 de Febrero fué imposible trabajar á causa de la pertinaz lluvia y el viento huracanado; pero no obstante, medimos y apuntamos dos mosaícos más; uno de los cuales aparecía contiguo al de la sala de las escuadras y gemelo con ella, mientras el otro emparejaba, como gemelo con el del follaje y cuadro excéntrico.

El ornato de entrambos es de lo más clásico y puro que en Itálica existe, siendo tan sencillo, que sólo se compone de 24 círculos con flores, y otros cuatro semicírculos por remate en uno solo de sus costados menores.

El 20 del mismo mes de Febrero, volvimos á pisar de nuevo sus desolados campos, en compañía esta vez de la Excm. señora viuda de Vázquez, quien, con no pequeña parte de su numerosa familia, deseaba apreciar por sí misma el lisonjero resultado de los trabajos.

Después de haber conferenciado algún tiempo con dicha señora acerca de los indicados trabajos, sobrónos aún espacio para medir y copiar dos mosaicos de dos salas y otras tantas galerías, que juntos con otros anteriores, formaban parte de un gran edificio de carácter privado, cuya distribución y demás circunstancias deseábamos reconocer debidamente.

Manifestámoslo así á la señora viuda de Vázquez y á sus señores hijos, demostrándoles que era mucho más interesante para la ciencia arqueológica conocer la vida íntima de los italicenses, que admirar la belleza de sus mosaicos; tanto más cuanto que al propio tiempo podían lograrse entrambos fines.

La clara inteligencia de aquella entusiasta amiga de la antigüedad, hubo, sin duda, de comprenderlo así, pues que al efecto ordenaba reconcentrar las escavaciones en un solo punto, de donde se retiraron las tierras excedentes, ó se aprovecharon en levantar tapiales, que en ancho espacio encerraron muy luégo el solar de uno de los referidos palacios italicenses, á dicha casi por entero descubierto. Mas antes que tal aconteciera, acompañados del arquitecto D. José Gómez Otero, levantamos el plano del gran salón ó peristilo principal de tan extenso palacio, hermoso rectángulo de 11m,35 de largo por 9m,18 de ancho, rodeado en tres de sus lados por una cenefa—que involuntariamente nos recordó el arte bizantino,—por un bello funículo gris y rojo, y por una ancha faja de 1m,95 de círculos entrelazados entre sí, la cual remata en dos cuadrados de graciosa composición y dibujo, ejecutado con *tesélas* blancas, grises, negras y rojas. Entre estos dos cuadros cierra por este lado el soberbio pavimento un cuadro apaisa-

do que representa una bella cacería. Sus dimensiones son 4m de longitud por 1m,10 de anchura, y en su fondo se distinguen claramente tres venados y dos grandes perros, huyendo los primeros de los segundos por entre cinco ó más árboles de un espeso bosque, que figura incendiado por uno de sus extremos, según parecen indicar las llamas amarillas y rojas que por aquella parte se levantan. Constituye el centro del mosaico otro rectángulo de 4m,26 y 7m,53, orlado por una triple cenefa de dos cordones ó funículos y una ancha guardilla de tallos y flores, que salen de dos frondosas macollas colocadas en el eje y sobre los lados menores del rectángulo. En el interior, ancho de 2m,70 y largo de 5m,97, miranse distribuidos hasta diez y ocho medallones circulares, nueve mayores y nueve menores, todos ellos circundados por el mismo funículo ó cordón general, y perfectamente enlazados entre sí. En los diez y ocho medallones y los tres centros curvilíneos, aparecen algunos pájaros, tal vez domésticos, de especies distintas, mientras en los nueve mayores semejan figuras de hombres y mujeres, algunas de las cuales se muestran formando grupos en los referidos centros.

Tal ha sido, pues, el número, orden y resultado de nuestras sesiones artístico-arqueológicas en la última campaña científica, y á la verdad que no ha podido ser más fecunda.

La colección de nuestros mosaicos se ha triplicado; pues de ocho que eran á lo sumo, pasan hoy de 24 los no repetidos, ó enteramente distintos, entre los cuales dos ó tres son pavimentos de atrios ó patios interiores, tres ó cuatro de galerías, y los restantes de salas diversas, pertenecientes á once ó doce casas de diferentes puntos de la Colonia.

Para poder apreciar los últimos descubrimientos con la irrecusable precisión de los guarismos, ofrecemos á los amantes de la antigüedad el siguiente cuadro de los metros superficiales que todos y cada uno de los mosaicos recientemente hallados tienen de extensión, y la respetable cifra que arrojan acreditará mejor que todo encarecimiento la veracidad de nuestras palabras.

MOSÁICOS HALLADOS DESDE 1872 Á 1874

		Metros cúbicos.....	Centímetros.	TOTALES	
1872	PALACIO	Uno de.	49	00	49,00
1873		El del atrio	86	49	86,49
		Triclinio	35	75	
		Galerías de la derecha	76	59	
		Idem de la izquierda	76	59	
		Gran salón central ó peristilo principal.	104	19	549,37
		Galerías centrales.	131	30	
1874		Salas del fondo, ala derecha	84	36	
		Idem id., ala izquierda.	40	59	
		Dos salas gemelas	48	00	48,00
		Otras dos id.	88	20	88,20
		Otra sala	30	00	30,00
TOTAL.				851,06	

Resultan, pues, 49m de mosaico descubierto en 1872; 86m,49 del de 1873, y 715m,57 de los encontrados en el presente año de 1874, formando juntos un total de 851m,06, ó lo que es lo mismo, 10.961,65 piés superficiales próximamente, de aquella peregrina especie de maravilloso pavimento, cuando los mosaicos hasta ahora conocidos sólo podrían calcularse en 320 metros superficiales, ó 4.121,60 piés cuadrados en su área total.

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS DE 1874

Conocidas ya las sorprendentes escavaciones de Ítálica, habrémos de consignar que durante las exploraciones, comenzadas en 1873, no fueron los enumerados mosaicos las únicas joyas arqueológicas halladas en aquel fecundo suelo.

Figura en primer término, entre los varios objetos descubier-

tos el pasado año y trasladados al *Museo Provincial de Sevilla*, un hermoso capitel de mármol blanco, cuyas grandiosas proporciones parecen persuadir de que hubo quizás de pertenecer tan estimable fragmento arquitectónico á alguno de los famosos templos de la *Colonia Italicense*, ó tal vez á otro edificio público de primer orden. Hallóse, á dicha, casi entero; y por el gracioso picado de las esbeltas hojas de oliva que lo exornan, y dan á entender claramente que corresponde al orden conocido bajo la vulgar denominación de *compuesto*,—no menos que por la delicadeza y el esmero, así del dibujo, como de la ejecución y de la traza,—viénesse en conocimiento de la época en que hubo de ser construído el edificio, donde sobre gigante fuste figuró el presente capitel, fruto sin duda alguna, de aquella gloriosa Era del Imperio, que, para honra de las artes romanas, pobló de maravillas el mundo antiguo. En el Museo tiene los números 31, 32 y 33.

Estimulado vivamente el Sr. D. Pedro Vicente Fernández, vecino y propietario de Santiponce, no vacilaba en practicar, en una de las tierras de su pertenencia, investigadoras escavaciones que daban á poco satisfactorio resultado, con el descubrimiento de una colosal estatua de varón labrada en mármol blanco, la cual fué, con singular desprendimiento, donada por su dueño á la Comisión Provincial de Monumentos, y se conserva en la actualidad en las galerías del *Museo* de Sevilla.

Hállase cubierta la referida escultura por amplias ropas talaras, que la envuelven desde los hombros hasta los piés, las cuales recoge con la mano izquierda cerrada sobre el tórax, mientras el brazo derecho cae en completo reposo sobre el costado respectivo. Esculpida en un solo trozo de piedra, en el cual se comprende el plinto que le sirve de base, ofrece, sin embargo, en la parte superior un hueco, tallado al propósito, donde hubo de colocarse la cabeza, ejecutada sin duda en piedra distinta, y dispuesta en tal forma y con tal arte, que no fuera semejante superposición notada. Mas arrojada de su pedestal, y removido el terreno por las vicisitudes de los tiempos, hubo de desprenderse, por desgracia, la cabeza de esta estatua, único miembro de que en la actualidad carece, sin que haya sufrido, por otra parte, el más leve detrimento.

No menos que las proporciones y el plegado, persuaden los perfiles de sus desnudos brazos de que pertenece la presente escultura á época realmente posterior á la de los gloriosos Emperadores, que hallaron cuna en nuestra, por tantos títulos, famosa *Colonia italicense*.

Lo que constituye el verdadero acontecimiento arqueológico de estos últimos meses, y arroja clara y abundante luz sobre la arquitectura particular de los italicenses, es el estudio que hemos podido completar de sus moradas.

CASA PRIMERA

No lejos de la que nos mostró en 1872 el primero de los mosaicos, fué encontrada la presente construcción, la cual debió tener su emplazamiento á la derecha de la calle que parece recorrer á lo largo la cloaca, cuyo único trozo existente hemos examinado. Pudo sólo penetrarse en uno de los salones de esta casa, si bien se verificó la exploración con el principal propósito de descubrir su pavimento de mosaico.

CASA SEGUNDA

En el sentido de la calle señalada por la cloaca próxima, extendiase, sin duda, una de las líneas de esta construcción, formando esquina con otra, donde se ostentaba su fachada principal. Hubieron ambas de medir, tal vez, sobre 35m,50 de longitud, y la extensión superficial de todo el edificio puede calcularse en más de 1.250,25 metros cuadrados, no incluyendo en este área los muros forales, ni alguna crujía exterior, cerrada por los muros referidos, de la cual no podemos asegurar que careciese.

De este atrio, y por medio de una galería de 2m,25 de ancho, pavimentada toda ella de mosaico, pasábase á derecha é izquierda á los departamentos de la crujía del mismo atrio, los cuales, en número de seis, se ofrecían simétricamente distribuidos á uno y otro lado, destinados quizás á servir de tiendas, donde los dueños de la casa dedicaban, por mano de sus esclavos, al comercio los productos agrícolas é industriales obtenidos ó elaborados por aquéllos.

Atravesando la hermosa galería que, con la del atrio, divide en sentido trasversal todo el edificio, penétrase en la suntuosa sala central, la cual hállase por sus cuatro lados rodeada de anchas galerías, extendiéndose sobre el eje central y á continuación del atrio referido. Dadas sus grandiosas proporciones de 11m,35 por 9m,18 y el espesor de los muros—que no pasa de 0m,56 á 0m,60—lícita nos parece la sospecha de que este espacio hubo de hallarse abierto y rodeado completamente de columnas, constituyendo en esta forma el *peristilo principal* destinado á recibir con toda la pompa y aparato de la dignidad y riquezas del dueño del edificio, la visita de los extranjeros.

Inclínanos á sostener esta hipótesis la universal disposición de las casas romanas; pero la circunstancia de existir aún, entre el mosaico y los muros, parte del revestimiento de mármol, que hermoseó tal vez los últimos, nos obliga á vacilar, autorizando la duda de si subiría realmente hasta la altura de maderas, ó si quedaría sólo el mencionado revestimiento á la de un zócalo, que, sirviendo de asiento corrido alrededor, sustentara las columnas del *peristilo*, supuesto que nos parece, no obstante, más aceptable, y en la cual se armonizan fácilmente los expresados extremos.

Mas de cualquier modo que se imagine esta parte del edificio de que tratamos, nada puede concebirse más suntuoso: el rico pavimento de mosaico, alfombrado en rededor, donde quizá se colocaron los muebles; el zócalo, de trasparente mármol blanco revestido; las vistosas y elegantes columnas, distribuídas en los cuatro lados de la anchurosa estancia; las galerías, en fin, lujosamente pavimentadas y cerradas por muros exornados de graciosos dibujos y brillantes pinturas, todo hubo de contribuir para dar á este aposento clásico de nuestros italicenses el deslumbrador y fantástico aspecto de la suntuaria oriental, donde la vida, grata á los sentidos, resbala dulcemente, gozando de aquella íntima complacencia, que tanto satisface al orgullo humano.

Discurriase libremente por las galerías laterales del peristilo, anchas como las primeras de dos metros 25, entrándose de derecha á izquierda en dos grandes patios cuadrados, pavimentados de hormigón, cada uno de los cuales mide 9'30 de lado. No juzgamos

despropositado el suponer, dadas estas condiciones, que hubieron de existir en los referidos patios—aunque con la debida separación de sexos—las habitaciones destinadas al uso ordinario de los esclavos, así como no tenemos tampoco por desatinado el supuesto que las demás dependencias interiores se apoyaron sobre las paredes del fondo, á derecha é izquierda de los mismos patios, según parece persuadir la distribución del edificio, el cual se halla dispuesto de tal forma, que, admitida la hipótesis apuntada arriba, eran sumamente fáciles y directos todo servicio y comunicación, así con los *triclineos* como con el *peristilo* exterior principal, con las tiendas y el átrio, y, en una palabra, con los demás departamentos principales.

Al frente del referido *peristilo* debieron abrir tres puertas, una central, ó en el eje del mismo y de todo el edificio, y otras dos laterales, situadas á los extremos de los respectivos muros laterales. Dió tal vez acceso á la primera á una galería transversal, de 14 metros, 35 de largo, por 3 metros 10 de ancho, y cada una de las restantes establecieron directa comunicación con su respectiva galería transversal, quedando tres para cada uno de los patios de servicio, ya mencionados.

Formaba la galería central,—de 14m,35—parte de la que corría alrededor de otro *peristilo* interior, de mayores proporciones que el descrito, pero de ninguna manera tan rico y ostentoso. pues que sólo estaba pavimentado de hormigón, sin muestras de haber tenido losas, economía natural en un patio de segundo orden, dedicado únicamente al servicio ordinario. Distribúyense, en efecto, á derecha é izquierda de este *peristilo* interior, las alcobas principales y secundarias, y allí estarían probablemente la biblioteca y demás dependencias propias del solaz y expansión interna de la familia. Existen á la derecha cuatro salas gemelas, dos á dos, de 6m,10 por 4m,50 las primeras y 7m,25 por 4m,40 las segundas, todas ellas pavimentadas de mosaicos, señalándose en ellos claramente las alcobas y antealcobas del jefe de la familia, de su esposa y quizás de algunos de sus mayores hijos. Seis habitaciones cuadradas había á la izquierda, que hubieron de ser alcobas subalternas, ó hallarse destinadas á los usos indicados más arriba.

Este edificio, que no hemos vacilado en considerar como un palacio, dadas su extensión y riqueza, estaba perfectamente distribuido en su plano horizontal, con habitaciones y patios rectangulares ó cuadrados, sujetos á rigurosa escuadra, y toda la disposición subordinada á un eje eurítmico y simétrico, cual si se hubiera construido la fábrica con arreglo á las más estrictas prescripciones del gran Vitrubio.

CASA TERCERA

Junto á la precedente, y con puerta á la misma calle, hubiérase podido desenterrar otra casa, de la cual sólo se han descubierto, á última hora, dos habitaciones gemelas, con el pavimento de mosaico casi entero la una, y la otra con la misma especie de suelo, lastimosamente destrozado, razón por la cual sólo ha sido posible conservar el primero, defendido convenientemente por un vallado.

CASA CUARTA

Hemos, sin embargo, reconocido además del *atrio* de esta casa, embaldosado con losas cuadradas y triangulares, algunas de sus anchas galerías y el no menos extenso ojo abierto á las aguas pluviales, las cuales se recogían en un amplísimo algibe (*impluvium*), único que nos ha sido dado medir y registrar á nuestra satisfacción y contentamiento.

Hallábase revestido el gran vaso con un estuco, tan compacto y adherido á los muros, que antes se han quebrantado éstos, que desprendido la más mínima partícula del enfoscado. Pasando por un estrecho canal inclinado, filtrábase el agua, posándose en el depósito, de donde se extraía por medio de un *puteal* que hubo sin duda de ser labrado en mármol y cuya huella aún se distingue en el pavimento del patio, dándonos razón de su forma octogonal, no tan frecuente como la cilíndrica.

Dos salas gemelas, de cuyos pavimentos hicimos mención en el artículo precedente, se descubrieron asimismo, para volverse á enterrar casi por completo, exceptuando sólo una escuadra del mosaico de una de ellas.

Continuadas con empeño las presentes escavaciones, debidas á la iniciativa y á los recursos de un particular, amante de nuestras joyas artísticas, no vacilamos en afirmar que habría sido más abundante en ejemplos la fructuosa enseñanza que nos suministran los escasos restos de la en otro tiempo rica y opulenta *Colonia* que tuvo la honra de ser madre de Teodosio y de Trajano, si tomando á su cargo, ya que no el Estado, á quien principalmente obligan las glorias del país, sino las corporaciones llamadas por su orden á promover su estudio y cuidar de su conservación, se hubiera ampliado la esfera de estos trabajos preparatorios, que abren fácil camino á ulteriores investigaciones.

Habríanse descubierto de este modo edificios íntegros en su mayor parte, ya que no en su totalidad, ofreciendo á la contemplación de los inteligentes y de los doctos su múltiple y variada distribución, y con ella el exacto conocimiento de la vida íntima de nuestros pueblos meridionales, durante la dominación romana, revelada toda entera, á despecho de los siglos y de las vicisitudes de la infortunada *Colonia Italicense*.

DEMETRIO DE LOS RÍOS. »

ÚLTIMO MOSAICO DESCUBIERTO

Hace algunos meses el activo guarda de Itálica, D. Manuel Fuentes, descubrió en casa de D. José M.^a Velázquez López, en la calle de la Iglesia, esquina á la de Pescadores, un magnífico mosaico, que sin duda alguna pertenecería á algún palacio, al de Trajano, por ejemplo.

Su diámetro es de dos metros escasos de latitud y longitud; está partido y sobre su traza se eleva la pared de la casa inmediata.

Representa una Sirena, monstruo marino fabuloso cantado por los poetas, con el medio cuerpo de mujer hermosa y la parte inferior la compone la cola prolongada y enroscada de un pez.

Su cabeza está coronada alrededor de las sienes por hojas y espigas de un color rojo. Tiene cojida con la mano derecha una palma que descansa en el brazo y con la izquierda se lleva á la boca una flauta, que simula un clarinete, pues remata en una campana cilíndrica. Las llaves están magistralmente señaladas.

A su alrededor dan vueltas un gran número de peces de vistosísimos colores, formando un conjunto admirable con la diafanidad y blancura de los mosaicos que representan el agua.

Admirado queda el que examina este mosaico, pues todo le muestra una acabada joya de aquel arte á que tanta altura se asimiló Roma.

Como en todo imitó ésta á Grecia, este mosaico muestra la pasión que tenían los helenos por la música, pues hablando de ella afirmaba Platón que sin su concurso nada podía efectuarse en el orden social.

Los griegos reconocían á Apolo y Mercurio como creadores del ritmo musical, y así como Orfeo inventó la lira, Marsias descubrió la flauta, que Diodoro perfeccionó añadiéndole nuevos agujeros, llegando su entusiasmo por la música hasta el extremo que Galeno afirmó que Esculapio curaba con la misma las enfermedades de los niños.

A este divino arte los romanos le rindieron un culto ferviente como se ve por el presente mosaico, y hoy la Italia es una nación que ofrece á los sentidos esa melodía encantadora que tiene por heraldos á los Bellini, Donizetti y Verdi.

Necesario es arrancar esta joya del sitio donde está y trasladarla á un Museo, pues sirviendo la habitación para los usos domésticos, desaparecerá como se han perdido ya tantos otros.

BRONCE IMPORTANTE

Esta joya arqueológica fué encontrada casualmente en Santiponce el 10 de Octubre de 1888.

Es una hermosísima tabla de metal que tiene de largo un me-

tro 55, y de ancho 0'925 por la parte superior y 0'905 por la inferior. La rodeaba un marco sobrepuesto, que á fuerza de siglos se ha perdido.

Su superficie estaba cubierta de un patín verde, que simula un barniz del mismo color.

Su texto lo componen 63 renglones, conteniendo en su mayoría más de cien letras, hallándose dividido todo su conjunto en doce párrafos.

Este magnífico monumento de la dicción romana, fué adquirido por un amantísimo admirador de Itálica, debiéndose á él que España conserve este bronce, que sin su prestancia quizás hubiera pasado á manos de extranjeros.

El Estado, con muy buen acuerdo, lo ha adquirido, y hoy se muestra á la admiración de propios y extraños en las galerías del Museo Arqueológico de Madrid.

No concluyó aquí la gestión del Gobierno, sino que de Real orden, y por encargo de S. M. la Reina Regente, se encomendó su comento y traducción al epigrafista malagueño D. Manuel Rodríguez de Berlanga, el que dió á luz su laborioso trabajo en un libro titulado *El Nuevo Bronce de Itálica*, impreso en Málaga en 1891.

Ya antes había tomado de él un calco el sabio y diligente profesor de la Universidad de Berlín D. Emilio Hübner, el que comunicó su contenido á su compañero y paisano el profesor Mommsen. Por esto, repetimos, que si los españoles no hubiéramos andado listos, quizás, y apesar de los buenos deseos del Sr. Hübner, esta reliquia del Imperio romano no estaría á estas horas en España.

Digna de aplauso es la Corona y de encomio el Gobierno, pues han dado en esta ocasión pruebas de un civismo acendrado y de un amor verdadero á nuestras joyas arqueológicas, divulgando á la vez por medio del referido libro del Sr. Berlanga el secreto de su contenido, que da una nueva luz á la historia de la legislación y espectáculo de los gladiadores italicenses.

Esta inscripción da á conocer el precio por sextercios de cada gladiador, igualmente legisla sobre los lanistas, que según San

Isidoro y varios escritores antiguos, tenían á su cuidado un número más ó menos grande de gladiadores, á cuyas necesidades atendían, alimentaban y cuidaban que los más jóvenes se adiestrasen en el manejo de las armas, prestándole todos ellos la debida obediencia y sumisión.

Por esto los lanistas eran unos empresarios que vendían ó alquilaban sus compañías para dar espectáculos de gladiadores en el Anfiteatro.

Si los gladiadores adquiridos por los lanistas morían en la arena, cesaban todos los derechos de la adquisición; si eran heridos quedaban á favor como siervos del magistrado ó sacerdote, y si el gladiador salía victorioso, tenía el lanista que satisfacerle la cuarta ó quinta parte de lo que le costó, según fuese esclavo ó libre.

Como recuerdo de estos juegos, dice Suetonio que los gladiadores prorrumpían ante los emperadores con las siguientes palabras al empezar el espectáculo: *Have imperator moritoru te salutam.*

A este propósito diremos que uno de los departamentos descabiertos en el Anfiteatro de Itálica serviría de *spoliarios*, sitio destinado á los gladiadores inútiles del combate, y en donde los médicos atendían á la curación de los heridos con medicinas especiales para restañar la sangre, pues en ello tenían interés los magistrados ó sacerdotes á quienes pasaban por derecho propio.

Es así que, según la interpretación que hace de este bronce el profesor Mommsen, su contenido era un impuesto que pagaba no el editor, que era el empresario de la fiesta, sino el lanista, que al reclutar los gladiadores, estaba autorizado á ejercer su granjería públicamente, con tal que de sus utilidades ingresasen en el fisco la tercera ó cuarta parte.

El emperador Marco Antonino abolía esta vectigal ó trato indecoroso entre el príncipe y el lanista. En su defecto, por esta ley se reducían algún tanto las utilidades del lanista, y en recompensa á los mismos se les condonaban más de 50.000,000 de sextercios que adeudaban al fisco.

Este bronce italicense pertenece á la época del tristemente

por sus vicios emperador Commodo, viéndose en el mismo su nombre borrado, como anatema á sus maldades; determinación llevada á cabo por el Senado á raíz de aquella muerte tan terrible que se le dió al ser su cuerpo arrastrado y despedazado con garfos.

La época á que puede referirse este bronce, es después del 27 de Noviembre del año 176 de Cristo, que florecieron Marco Antonino y Lucio Commodo. La plancha, aunque rota, pues los otros pedazos andarán erráticos por aquellos contornos, es parte del discurso de un concripto al Senado Romano, aprobando el precio de los gladiadores, y ciertas reformas en el espectáculo de esta lucha sangrienta del Anfiteatro de Itálica á instancia de los sacerdotes de las Galias.

Qué relación tengan éstos con nuestra Itálica, es lo que hay que averiguar por el campo de las congeturas.

Quizás el Anfiteatro de Itálica gozara de ciertos privilegios que no tuvieran el de Nimes y otros en Francia, y por eso se quejarían los sacerdotes de las Galias.

Inspirándonos en el Sr. Berlanga, trasladaremos las mismas palabras del discurso imperial, para dar luz á este dictamen, opinando que los espectáculos gladiatorios llamados Assiforanos, deberán continuar en la misma forma, pero no excediendo su coste de treinta mil sextercios.

A seguida menciona que el precio del gladiador del primer manipulo, será de doce mil sextercios; el del segundo, de diez mil; el del tercero, de siete mil; el del cuarto, de seis mil y el del último de cinco mil.

Se dividen de sesenta á cien mil sextercios los gladiadores que se compondrán de tres series. En todos los espectáculos proveerá el lanista la mitad de cada sección de gente mezclada que se denominarán *gregarios*, combatiendo bajo una enseña por dos mil sextercios.

«Además estimo que respecto de los gladiadores que se recibían comprados, se ha de observar que cada uno de ellos pacte para sí la recompensa especial que haya de obtener, que será para el gladiador libre la cuarta parte y para el esclavo la quinta del dinero que con tal motivo se reciba.»

En otro párrafo consigna que estos precios se observen cuidando de su cumplimiento el jurídico, el curador del camino, el prefecto de la escuadra pretoria, el procurador imperial, según sea el que ejerza el cargo más elevado en cada ciudad, presidiendo, por consiguiente, éstos los juegos del Anfiteatro.

Contiene nuestro bronce italicense otro párrafo muy importante, que dice que el procurador imperial no entregará á editor alguno el condenado al Anfiteatro, sino bajo caución de más de cien áureos, si no prestase juramento.

Tiene un último párrafo muy curioso, que manifiesta:

«Por otra parte, el que espontáneamente se presente á inscribirse ante el tribuno de la plebe, varón clarísimo, para combatir en la arena, teniendo por la ley el precio de mil sextercios, si saliendo libre, renovase el empeño, no exceda su estimación después de esta ley, de doce mil sextercios.»

Las autoridades bajo cuya custodia quedaba el cumplimiento de esta ley, eran también los presidentes de las provincias ó sus encargados en sus ausencias, los legados, los cuestores, los legados de las legiones, los que aplicaban el derecho, los procuradores imperiales y los procuradores que presidían las provincias.

Este bronce es un mentís solemne á los que le quitan importancia á Itálica, pues ya ven si la tendría que Roma le mandaba decretos en bronce y preocupaba la atención del Senado hasta sus juegos y entretenimientos.

En resumen, que esta presea italicense, manifiesta que había un cuerpo de lanistas ú hombres de negocios que comerciaban con el gladiador, que como se ve, valían un dineral, cosa que hoy no extrañará á nadie, pues quizás la generación que nos suceda se hará cruces que un torero en nuestros días, en cinco meses, se haya ganado 40,000 duros líquidos, y una diva en una sola noche perciba cinco ó seis mil pesetas, máxime cuando los gladiadores casi siempre morían en la arena.

OTRO HALLAZGO

Hace dos años, se descubrió también en Santiponce un canuto de oro, que habiéndolo comprado un platero de Sevilla sin darle importancia, y al ir á fundirlo, se encontró tenía dentro un *papirus* tenue del mismo metal, que contenía unas letras. El artífice lo vendió al rico propietario de Sevilla D. Saturnino Fernández y González, el cual se lo mandó para que lo interpretara al sabio orientalista de Osuna D. Antonio M.^a García Blanco, cuyo cometido llevó á efecto diciendo que su contenido era una inscripción hebrea.

Objetos de Itálica en Sevilla

Tarea ímproba fuera mencionar todas las personas que en esta capital poseen objetos de Itálica, bastando para nuestro propósito hacer constar los nombres de los principales coleccionistas, como son el digno y querido amigo del autor de este libro don Antonio Ariza Montero Coracho, amante de Itálica y de sus antigüedades; el no menos digno D. Francisco Caballero Infante, el cual posee una de las mejores colecciones de nuestra historiada ciudad, como son muchísimas lámparas, bronces, vasos, un collar de perlas, otro de malaquita y oro, dos vidrios, uno verde con la cabeza de Augusto, y otro blanco con un centáuro, dos candiles, el uno con armas gladiatorias, teniendo en el disco esta inscripción M. O. E ζ, y otro de tierra encarnada y en el pilo las siguientes letras griegas A. M. I.

También posee el numismático y cumplido caballero D. Eduardo Sánchez de la Cotera, muchos objetos como monedas y lápidas,

lacrimatorios, idolos y candiles, siendo digno de mención, entre estas joyas, un anillo de bronce, grande y tosco, perteneciente á la decadencia del Imperio romano, que tiene grabado en su piedra tres letras debajo de una cruz. Se distingue perfectísimamente una S, debajo una A, teniendo una E á la izquierda.

El mismo señor posee otro anillo romano de plata con labores, y una piedra de ágata encarnada en el centro, en el que está grabada á buril una figura mitológica de hinojos ante una fiera.

Esto sería un recuerdo de las luchas de hombres y fieras en el Anfiteatro. También posee del tiempo de los árabes dos candiles.

D. Ignacio Fuenmayor, antiguo amante de Itálica, tiene bajo su poder una moneda árabe procedente de la misma ciudad, del tiempo de Tarik, viniendo esto á corroborar las aseveraciones del autor de estas líneas: que Muza y sus secuaces tomaron posesión de Itálica.

Igualmente posee muchos objetos que sería prolijo referir.

COLECCIÓN DE D. FRANCISCO MATEOS GAGO

Esta ofrece algunos ejemplares valiosos procedentes de Itálica, entre ellos los célebres trabajos de Hércules.

Habiendo fallecido este sabio sacerdote, el Sr. Gestoso hace esfuerzos porque tan rica colección sea adquirida por el Ayuntamiento de Sevilla, laudable pensamiento que no cesaremos de aplaudir.

De desear fuera que si éste, por carencia de fondos, no pudiera comprarla, no se cejara en este propósito, para que pasara á algún Museo, con dinero del Estado, Diputación ó particulares.

El antiguo aficionado á las glorias italicenses, D. Mariano Fernández Castañón, es otra de las personas en Sevilla que también guarda muchas reliquias de nuestra esbozada Colonia.

MONEDAS INÈDITAS

Ampliando las que hemos publicado en su sitio correspondiente, debemos hacer notar una variante en la de la Loba alimentando los gemelos que tiene cambiada la leyenda; pues dice sobre la Loba *Italic* y debajo *Mvnic*.

Se conocen dos ejemplares, uno tiene la colección de D. Francisco Mateos Gago y otro D. Antonio Calvo Casini, de Carmona; y en la otra moneda procedente de Itálica, con el busto de Augusto, se ofrecen dos variantes en la posición que ocupa de la cabeza mirando al lado contrario.

En Sevilla existen dos ejemplares, uno lo posee D. Rodrigo de Quirós y el otro D. Eduardo Sánchez de la Cotera, distinguidos numismáticos.

INSCRIPCIONES

Aun cuando en el texto hemos incluido muchas inscripciones con sus correspondientes números, existentes en el Museo Arqueológico de Sevilla, completaremos estas noticias publicando otras que en el mismo hay y que no se han mencionado.

Hélas aquí: Folio 284:

VALERIAE. M. F.
 PROCVLAE. Ñ.
 AGATHEMERVS. LIB.
 DAT.

«A Procula Valeria, hija de Marco ¿Nonio? Agatemero, su liberto, la consagra».

Fragmento de lápida de mármol con el folio 323:

F. IMP.
C APTA
ITALICE NSI

Otro fragmento con el mismo folio:

¿TI CLAUDIO. TIF. NERONI
PATRONO?

323. 9.—Fragmento de tégula con la siguiente leyenda ó sello:

L. VII. G. F.

«Legio septima gemina felix».

El profesor Hübner, colige por esta inscripción que la legión séptima gemina ocupaba á Itálica en la época de Antonino el filósofo, sosteniendo que la Ulterior hubo de pasar á este emperador con motivo de una invasión de moros á juzgar por los documentos epigráficos que de dicha invasión se ocupan.

Los soldados de esta legión fueron los que construyeron muchos edificios de Itálica, pues en algunos ladrillos se perciben sus iniciales.

Amenizando las inscripciones, diremos que D. Ivo de la Cortina, en sus excavaciones, se encontró una piedra votiva dedicada á la salud que dice:

Q. HER. A. L.
SAL

Que comentaba de la siguiente manera: «Quinto Herennio, Liberto de Aulo, á la Salud.»

Matute, refiriéndose al gabinete arqueológico que conservaba

D. Nathan Wetherel en su fábrica de San Diego, y que hoy ha desaparecido, menciona la siguiente memoria que allí existía procedente de Itálica:

«Lucio Rayo Plebeito, hijo de Lucio, de la tribu Sergia, que había sido tres veces Dunviro, al cual su padre Lucio Plebeito, mandó poner este pedestal con estatua.

En Masdeu hallamos la siguiente memoria de Itálica, encontrada en Volseno de Italia:

«A Marco Julio Cándido, hijo de Lucio, de la Tribu Polia, Procurador de tres ciudades de Italia, de Volseno su patria, de Ferento (que estaba en la Toscana) y de Tivoli (cerca de Roma) y también de la colonia Italicense en la provincia Bética, Pretor de los 15 pueblos de la Etruria, y Sacerdote de Cenina (ciudad del Lacio destruida).

Marco Helvio Clemente, hijo de Marco, de la Tribu Arnia, de familia Cartaginesa, Prefecto de Caballería del ala primera de los Cannufenates (de Holanda), hizo hacer una estatua á dicho gobernador Santísimo y muy amado, cuidando de levantarla Lucio Aconio Calisto, Tribuno Militar de la Legión Décima cuarta Gemina Severiana».

Se ve por esta inscripción que es posterior á Adriano, en cuyo tiempo, según Aulo Gelio, empezó á usar el título de Colonia.

Según Masdeu, pertenece esta lápida al tiempo de Heliogábalo.

El mismo autor con el folio 702, inserta otro recuerdo de Itálica encontrado en Tarragona:

«A Tito Mamilio Presente, hijo de Silon, de la tribu Quirina, natural de Tritium Megalón (Trejo), insigne con todos los honores de la República, electo Decurión de Itálica, eximido de este cargo por Gracia de Divo Antonino Pío, Flamen de la provincia de España Citerior, le consagra esta estatua y memoria.»

MONASTERIO

DE

S. ISIDRO DEL CAMPO

Cuentan los historiadores de la vida de San Isidoro, que siendo niño asaz desaplicado, y sufriendo por ende frecuentes correcciones de sus maestros, huyóse de la escuela, rebelde al estudio y castigo, perdiéndose por los campos, hasta que, rendido del camino y de la sed, se acercó á un pozo para descansar y apagarla. Esto conseguido, hubo de llamar su atención la profunda canal que se advertía en el pozo, donde la sogá estaba en contacto con el brocal. Movido de curiosidad, preguntó á una mujer que estaba sacando agua, cómo se explicaba que, siendo la sogá materia mucho más blanda que la piedra, ésta y no aquélla pareciese gastada; lo que satisfizo la interpelada diciéndole que el continuo roce durante tantos años, había acabado por vencer la dureza de la piedra. Comprendió San Isidoro la elocuencia de la lección, que la casualidad acababa de darle, y aplicándose á si mismo el ejemplo, regresó muy luégo al lado de su hermano San Leandro, dispuesto á vencer con la constancia en el estudio su desaplicación.

Conforme se entra en la iglesia moderna de San Isidro del Campo, y á la izquierda del altar de Ntra. Sra. del Rosario, se ve empotrado en la pared, y cerrado con una verja de hierro, un pedazo de un brocal de pozo de mármol blanco labrado, en el que se nota una canal ó surco hecho de la continuación de una sogá, y

que una tradición constante asevera ser el mismo á que nos hemos referido.

Zevallos manifiesta que este pozo se llamaba Real, y estaba situado junto al camino público que iba de Sevilla á Extremadura.

D. Lucas de Tuy asegura que en el Monasterio había un colegio que edificó con magnificencia San Isidoro cuando era Arzobispo de Sevilla, que los cristianos después convirtieron en iglesia que intitularon de San Vicente, y que en dicha iglesia estaba oculto su cuerpo que en el mismo enterró el obispo italicense Eparcio.

A principios del siglo XIII fué trasladado su cuerpo á León por orden de D. Fernando I y su mujer D.^a Sancha, muriendo en esta demanda el obispo Albitio, que vino en su búsqueda, en cuya traslación ocurrieron una serie de milagros asombrosos, según refiere el ya mencionado D. Lucas de Tuy.

A raíz de la conquista de Sevilla por el Santo Rey, no quedaban en Itálica más que unas malas casuchas, llamándose este pueblo San Ponzio ó Santiponce, asegurando el analista Morales que aquel lugar también se denominaba Talica, nombre corrupto de los moros, que le decían también campos de Talca.

Por esto, con respecto á la etimología de la palabra Santiponce hay varias versiones: unos la hacen originaria de S. Ponzio ó Ponziano, otros quieren derivarla del caso referido del pozo ó Santipozo, algunos como procedente del mártir S. Geroncio, y los más de la palabra turdetana *Sancios*, borrada por Scipión cuando amplificó este pueblo, siendo este parecer del eruditísimo Zevallos y lo más accequible de creer.

En el repartimiento de la reconquista fueron donados estos terrenos á dos caballeros llamados Gay Martínez y Nuño Yáñez, que eran de los que vinieron con San Fernando, los cuales los vendieron á D. Alonso de Molina, que por su muerte los heredó su hija doña María de Molina, la cual tuvo que enajenarlos para sosegar al infante D. Juan comprándolos entonces D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Corroborando todo esto, dice el Mtro. Pedro de Medina:

«En el lugar donde el cuerpo de S. Isidro fué hallado, en las

ruínas de un colegio que este glorioso Santo hizo en Sevilla la Vieja, los cristianos que había en Sevilla, hicieron una hermita, y como don Alonso Perez de Guzman, era tan devoto deste glorioso doctor, visitaba y frequentaba muchas veces esta hermita, creiendo hacer servicio á Dios y á S. Isidro, en hacer allí un Monasterio, en que el culto fuese servido, Sevilla honrada y su cuerpo y el de sus subseores fuesen sepultados, y como lo pensó comunicolo con su mujer, la cual le pasó maior voluntad para ello, y como eran ricos, en poco tiempo la acabaron y hicieron la Iglesia, donde sus cuerpos estan sepultados, con el Convento grande y rico, y poblaronlo de Monges Bernardos del orden del Cistel, claustrales, porque entonces no había observancia. Dioles por juro de heredad á Sevilla la Vieja, y el lugar de Santiponce, mero mixto imperio con horca y cuchillo, con todos sus heredamientos y tierras calmas, viñas y olivares, y mil fanegas de pan de renta á la redonda del Monasterio, que allí tenia, con cargo que fuesen obligados á decir por su anima y de su mujer cada diez dias misas, las nueve rezadas y una cantada conventualmente, para siempre jamas.»

Para esta fundación ganó Guzmán el Bueno privilegio del rey D. Fernando IV, estando en Palencia el año 1288, con fecha 27 de Octubre, era de 1336.

A continuación publicamos la siguiente carta donación de Guzmán, que estaba en el archivo del Monasterio, según depone el autor de *La Itálica*, el muy mencionado Zevallos:

Carta de Dotación del Monasterio de San Isidro

«En el nombre de Dios amen.

Sepan quantos esta Carta vieren, como nos Don Alonso Perez de Guzman el bueno, é Doña Maria Alfonso Coronel su muger, queriendo hacer Monasterio en la Iglesia de San Isidro, que es cerca de Sevilla la vieja, principalmente á honra y servicio de Dios y de Santa Maria y de toda la Corte Celestial é á honra de San Isidro é en remuneracion de nuestrospecados, otorgamos que damos á este monasterio todo el heredamiento que es en su tér-

mino, segun que nos Don Alonso Perez de Guzman é Doña Maria Alfonso Coronel lo habemos. E otro si le damos Santiponce con todos sus terminos y sus derechos, segun que yo Don Alonso Perez de Guzman lo compró de la reina Doña Maria, é segun me es otorgado de nuestro Señor el rey Don Fernando, con montes, con fuentes é con pastos é con devisas é con aguas corrientes y manantes é comprados: é con todas sus entradas é salidas; é con todos sus derechos; é con todas sus pertenencias, quantos que han é haber deben cada una destas cosas bien y cumplidamente, segun que lo nos habemos. E damoslo con tales condiciones que hayan de morar en el dicho monasterio quarenta Monges: é destos que sean, al menos, los veinte de Misa. E que ellos elijan su Abad. E que segun este quento de Monges é segun esta manera se mantegan en este Monasterio para siempre jamas. E retenemos todo el derecho del Patronazgo para nos según que de derecho es, é el Rey nos lo otorga por sus privilegios. E tenemos por bien que aquellos que vinieren despues de nos, ansi como hijos ó nietos é los otros que vinieren de la linea derecha finque en ellos el Patronazgo. E defendemos firmemente que ninguno de nuestros hijos ni de los que de nos vinieren sean osados de tomar ninguna cosa ansi de los muebles como de las raices deste Monasterio contra la voluntad del padre Abad ó de los Monges, ni contra nuestro ordenamiento é que el padre Abad ni los Monges no hayan poder de dar ni vender: ni trocar ni obligar ni enagenar en ninguna manera alguna cosa de las que damos á este Monasterio y escogemos nuestras sepulturas dentro de la Iglesia de San Isidro entre el coro y el altar maior... E vos pedimos (á vos el Padre Abad) que señaladamente ordenedes que en este monasterio que nos edificamos al serbicio de Dios é a el de dotamos cumplidamente en que puedan vivir muy bien los quarenta monges ó mas, que canten cada día para siempre jamás diez Misas por nuestras ánimas y en remisión de nuestros pecados y destas misas la una sea cantada en el convento. E otro si que fagades cada un año hacer dos aniversarios por nuestras ánimas por cada uno de nos en aquella sazón que nuestros finamientos amanecieren é que seamos cada dia encomendados á Dios en su Cabildo.

E esta donacion que nos hacemos y el ruego que vos pedimos que sea escrito en el libro de vuestras reglas y sea leído dos veces en el año para que nuestra remembrance sea durable para siempre jamás. E vos el P. Abad con el Cabildo de vuestro Monasterio é nos todos en uno que seamos tenudos de ganar ó de hacer ganar privilegio del Papa bulado en que nos otorgue y confirme que estas condiciones que entre nos son puestas sean confirmadas y guardadas para siempre jamas. E porque esta confirmacion sea firme y valedera para siempre jamas mandamos ende facer dos Cartas pasadas por A. B. C. atal la una como la otra. La una que tenga el monasterio y la otra que finque con nusco etc. Fecha la carta en la muy noble ciudad de Sevilla á 14 dias del mes de Febrero, Era de 1339.—E yo Juan Alonso escribano de Sevilla, escribi esta carta—E yo Esteban Fernandez escribano público de Sevilla, so testigo... etc.»

Por la preinserta carta viénese en conocimiento que el Monasterio fué poblado por Monges Bernardos del orden del Cister. En 1431, estos monges se dividieron y nombraron abades simultáneos, dando lugar este cisma que algunos reservadamente abrazaran la reforma de Martín Lutero, á que D. Enrique de Guzmán los llamara gentes de mal vivir, desposeyéndolos y entregando el Monasterio á Fray Lope de Olmedo, general de la Orden de Gerónimos, tomando éstos el nombre de los Isidros.

El pueblo de Santiponce, si existe, se lo debe á la misericordia de ellos, pues emplazado en el sitio de la isla del Hierro, en las playas del Guadalquivir, en el año 1595 una arriada grandísima hizo perecer á muchos de sus habitantes y convirtió sus hogares y edificios en un montón de escombros.

Estas desgracias tocaron á las fibras del sentimiento de los monges, y á su costa trasladaron la villa á un cuarto de legua más al Poniente, en el sitio que hoy ocupa, y al pie de los muros de Itálica, edificándoles sus casas en un cortijo que se llamaba Sevilla la Vieja.

Además, la mujer de Guzmán el Bueno, fundó en este Monasterio un Hospital para los desvalidos, en cuyas cláusulas testamentarias así lo ordena:

«Todas las tierras que se fallaren que compré despues que el dicho D. Alonso Perez, mi marido finó acá, que son en termino de S. Isidro: mando que de las rentas que estas tierras rindieren que mis albaceas fagan facer una casa para hospital, cerca del dicho Monasterio de Sant Esidro, para en que se acojan los pobres que vinieren por amor de Dios. E esta casa para hospital fecha, mando que estas tierras dichas que finquen al dicho monasterio de Sant Esidro con tal condicion que de las rentas que rindieren estas dichas tierras, que los monges de este dicho monasterio provean el dicho hospital de todas las cosas que oviere menester para siempre jamas.

E mando que Santiponce con todos sus heredamientos finquen desembargadamente á los monges de dicho monasterio de Sant Esidro, así como se contiene en las cartas de la postura que el dicho D. Alfonso Perez é Yo fecimos con ellos.... E mando que de la mi plata que yo tengo que den mis albaceas cuarenta marcos de plata para honramiento del dicho monasterio é que lo fagan en esta guisa: á saber: lamparas para sus enterramientos, calices, vinageras, cruces, etc.»

Describiendo el Monasterio, bueno es recordar que los más de sus departamentos se labraron cuando en 1431 entraron los Monges Gerónimos, como hemos referido. Era de vasta extensión, componiéndose de cuatro claustros, sin inclair el patio, en donde estaban instaladas muchas oficinas. El primer claustro, conforme se entra, servía para la Procuración, Despensa y Hospedería. Seguía inmediatamente al segundo, que se reducía á un cuadro cercado de galerías altas y bajas, cimentadas sobre columnas de mármoles blancos, con pedestales las altas y balaustradas que servían de antepecho.

En los pedestales de las columnas había medios relieves que representaban algunos santos doctores y otras labores. Tenía este claustro 25 varas en cuadro, solado de baldosas de piedras blancas y negras, que recogían las aguas llovedizas y conducían á un algibe que mandó hacer el Padre Zevallos con un filtro particular, que ocupa toda su capacidad.

Por debajo de dichas galerías se entraba á las cerdas en que

se compartía y á la biblioteca. Todas estas piezas eran muy capaces y alegres, gozando de bellísimas vistas. Desde este claustro se pasaba por medio de otro pequeño que daba al coro. El tercer claustro era cuadrilongo, su fábrica antigua, compuesta de ladrillos, servía para sepulturas de los religiosos, como también de entrada y salida al refectorio, iglesia y sacristía, y por donde se hacían las procesiones claustrales, así de difuntos como de festividades. Por él se entraba al claustro principal, siendo el último, y si hubiera estado concluído, sería el mayor de los de su Orden. Era casi cuadrado, teniendo por cada lado más de 150 piés de extensión, formando en medio un jardín como una plaza. Mas no se concluyó, y se hicieron algunas divisiones para oficinas en su parte posterior.

Por los lados del Mediodía y Oriente, estaba compartido este claustro en celdas altas y bajas en las que habitaban la mayor parte de los monges. Todas y especialmente las altas, ofrecen una dilatadísima vista, que comprende la ciudad extendida á una legua de distancia, y otros pueblos que se ven más lejos.

En el claustro llamado de los Muertos, conforme se sale de la iglesia, hay una habitación hacia el lado derecho, en la que se ofrecen fenómenos acústicos de igual manera que en el Monasterio de la Rábida; pues hablando á voz apagada desde un rincón, repercuten las ondas sonoras en el otro, oyéndose perfectamente las palabras.

Torciendo al lado derecho de esta sala, se penetra en un derruido departamento, que era el refectorio de los frailes, siendo dignas de mención las pinturas murales que decoran la pared izquierda, representando muchos santos y obispos, que manos sacrílegas profanaron á culatazo limpio en la revolución de 1873, digna hazaña de parangonearse con los salvajismos de los vándalos, normandos y berberiscos.

En el mismo departamento, pueden admirarse magníficos estudios de azulejos, siendo de notar que los frescos que hemos mencionado, están cubiertos por una tabla en forma de puerta, que el sacristán del Monasterio ha tenido el buen acuerdo de poner, con el fin de preservarlos de las injurias del tiempo y de los

hombres, y que complaciente muestra á los extasiados visitantes.

Los hotentotes españoles cuando cometieron la salvajada que arriba hemos apuntado, no sólo se contentaron con los destrozos de los frescos, sino que violaron los sepulcros, y destruyeron patios y celdas; haciéndole competencia un extranjero que se llevó unas cornucopias magníficas con unos espejos memorables.

Estas profanaciones han estado siempre á la orden del día, pues en todos los patios se nota en sus paredes un blanqueo que ha cubierto con una tupida capa de cal magníficas pinturas murales, que por su lujoso colorido se saca que debieron ser inmejorables.

Habiendo servido este Monasterio, después de la salida de los frailes, para penal de mujeres, hasta hace pocos años que se trasladaron á Alcalá de Henares, sufrió su construcción innumerables transformaciones, convirtiendo sus celdas en calabozos, sus desahogados departamentos en enfermerías y sus patios amplísimos en cuadras.

El corazón del que trate de querer penetrar en sus claustros y habitaciones se llena de amargura, como le ha sucedido al autor de este libro, que al querer visitar el piso alto con el fin de hacer una descripción para que viera en estas páginas la luz pública, ha tenido que retroceder más que de prisa, pues por los techos se ve el cielo, todo amenaza desplomarse, las paredes tienen roturas inmensas, que por misericordia divina se conservan en posición vertical; el patio del algibe está agrietado, siento muy expuesto pisarlo, por ser fácil morir ahogado.

El visitante mira con ojos de espanto el gran patio, que hacia como de plaza, en donde las columnas, los capiteles y los materiales despedazados forman montones informes, que son madrigueras de reptiles, que no parece sino con sus movimientos rápidos al ocultarse, llevan en sus cuerpos los efluvios de sonrojo que despiden nuestras mejillas, por tanto abandono é incuria.

La iglesia con sus joyas del arte, las cenizas sagradas del Gran Guzmán y de sus descendientes, el sitio sacratísimo que ocupó el cuerpo del celeberrimo santo y sabio San Isidoro, á seguir esto así se convertirán también en escombros, y estas nues-

tras glorias nacionales serán la basura que amontonará la escoba de nuestra vergüenza.

Y después muchos españoles harán aspavientos que Alejandro Dumas diga que el Africa empieza por los Pirineos; sí, por los Pirineos diremos también, si no se pone coto á semejantes desafueros é indolencia.

No creemos por un momento que el actual Duque de Medina-Sidonia sabrá esto, pues si lo supiera, ya habría apuntalado y compuesto aquel edificio, arca santa de nuestra historia y de nuestro arte, necrópolis donde reposan las cenizas de aquellos que nos engrandecieron y formaron la unidad de nuestra patria, hecha añicos por el Coran y la Sunna.

Considere el Sr. Duque de Medina-Sidonia, que en los glóbulos rojos de su sangre lleva partículas de los Guzmanes, y que si algún sacrificio se impone, su nombre será bendito y venerado, como hoy se holocaustan las manes de aquellos próceres eminentes, que dejaron destellos luminosos de sus genios con D. Fadrique Henriquez de Ribera, en el Hospital de la Sangre, de la Macarena, y en el palacio fastuoso del arte de la casa de Pilatos de Sevilla; con el preclaro nombre de D. Juan Téllez de Girón, cuarto conde de Ureña, en los templos, hospitales, obras pías, limosnas y Universidad de Osuna, en donde aflúan los principales maestros de la época, á divulgar los conocimientos humanos.

HAZAÑA INMORTAL

DE

GUZMÁN EL BUENO

No parece sino que las manes de aquellos emperadores ilustres que hemos mencionado, y la sangre humeante de los mártires del Cristianismo, evocan en este sitio recuerdos pretéritos que

hacen hinojar el alma y caer el espíritu en contemplación grandiosa al traer á nuestra mente las páginas culminantes de nuestra historia patria.

Sabido es que por testamento de D. Alonso el Sabio, y como represalias á la deslealtad de D. Sancho, dejó á su otro hijo el infante D. Juan las ciudades de Sevilla y Badajoz, y como ni Don Sancho IV el Bravo, ni las Cortes quisieron ponerle en posesión de dichas ciudades, por no desmembrar la monarquía, el referido infante se puso en guerra abierta contra su hermano, coaligándose al efecto con D. Lope Díaz de Haro y con las poderosas casas de los Cerdas y los Laras.

Despechado al ver que estas gestiones y alianzas no le daban el resultado apetecido, se fué á Tánger y regresó á España con un ejército de moros compuesto de 5000 caballos y numerosas tropas, que puso á sus órdenes Aben-Jucef, encaminándose á la plaza de Tarifa, que defendía bizarramente D. Alonso Pérez de Guzmán, el cual la tenia en su poder por el Rey D. Sancho IV el Bravo en la suma de 600,000 maravedís cada año, por haber terminado en 1294 el tiempo porque se comprometiera á poseerla el Maestre de Calatrava.

Viendo el infante la obstinación de nuestro héroe en no entregar á Tarifa, le hizo primeramente la proposición que si entregaba la plaza le daría mil doblas, infamia que fué rechazada enérgicamente por el ilustre caudillo.

Volvió á insistir con otro mensajero, que si entregaba los tesoros que había conquistado en Africa á fuerza de trabajos, ellos levantarían el cerco.

A lo que respondió Guzmán:

—Decid á esos caballeros que os envían, ser cosa torpe á los grandes capitanes, vender la victoria por dinero á los vencidos, y no menos torpe á los fuertes varones, comprar por dinero su libertad.

Hay discordancias en el parecer de los historiadores, sobre estar en poder de los sitiadores un niño de diez años de edad, llamado D. Pedro, hijo de Guzmán. Séase que lo apresaran al pie de una torre, ó en un pueblecito cercano, ó que fuera entregado

al traidor D. Juan, para que lo condujera á Portugal; lo cierto es, que amarrado con las manos á la espalda, se lo presentaron á su padre al pie de la muralla, diciéndole:

—Conoceis á este muchacho.

—Sí, que le conozco, respondió D. Alonso. Es mi hijo primogénito D. Pedro Alfonso de Guzmán, y pésame que estén vuestro poder, y no en el de quien yo le envié.

Los enemigos replicaron:

—Entregadnos la plaza, y que sea hoy en todo el día; de lo contrario os mataremos á vuestro hijo, sin ninguna piedad. Don Alonso Pérez miró á su hijo con ternura, y dijo:

—Tarifa yo no la daré, que es del Rey D. Sancho mi Señor, y le tengo hecho homenaje por ella; pero os daré por mi hijo lo que pesare de plata ó de doblas.

—La villa, la villa, prorrumpieron á grandes voces.

D. Alonso lleno de ira replicó:

—No engendré yo mi hijo para que fuese contra mi patria, sino para que fuese contra los rebeldes y contrarios á ella: si con cuchillo matais á mi hijo, á él dareis verdadera vida, á mí gloria y á vosotros sempiterna infamia.

Y desenvainando una daga, añadió con voz exténtorea:

Veis ahí un cuchillo, si os hace falta para ejecutar vuestra inhumanidad.

Otros historiadores manifiestan que las palabras que vertió en tan solemne momento ya subido en el adarve, fueron éstas, al arrojar el cuchillo:

—Antes querré me matais este hijo, y otros cinco si los tuviese, que non vos dar esta villa del Rey mi Señor, por la que fice homenaje.

Deseguida se quitó de la torre, y se fué á comer á su posada por ser la hora del medio día.

Su mujer no se aperció de nada de lo que pasaba, pues Don Alonso no manifestaba en su semblante la más mínima perturbación.

En medio de la comida, oyó una feroz gritería que daba la guarnición de la plaza.

Levantóse súbitamente, y lanzándose á las murallas, armado con adarga y espada, exclamó:

—¿Qué es eso, qué es eso?

A lo cual le respondieron su gente:

—Ah, Señor, que han matado á vuestro hijo. Y D. Alfonso dijo instantáneamente repuesto:

—Por Dios, que me alterásteis, que pensé que era entrada la plaza.

Y serenándose, volvióse para su posada á concluir de comer.

La inhumanidad de los sitiadores, llegó al extremo de arrojar la cabeza del tierno infante dentro de las murallas de la plaza, por medio de un trabuquete.

Convencidos el infante D. Juan y el príncipe Amir que nada conseguirían, levantaron el sitio, y los cristianos salieron á recoger el cadáver del niño, que se enterró con gran pompa en Tarifa, trasladándose después á la iglesia de San Isidro del Campo, en donde yacen sus despojos.

El rey D. Sancho IV el Bravo, que estaba en cama en Alcalá de Henares, escribió al invicto caudillo la siguiente carta, en donde perpetuó su memoria, con el título de Guzmán el Bueno:

«Primo Dn. Alonso Perez de Guzman, savido hemos lo que por nos servir aveis hecho defendiendonos esa villa de Tarifa de los moros, aviendo os tenido cercado seis meses y puesto os en estrecho y afincamiento; y principalmente supimos, y avemoslo tenido en mucho que aveis dado la vuestra sangre y ofrecido vuestro hijo primogénito por el mi servicio y el de Dios delante, y la vuestra honrra. En lo uno imitasteis á nuestro padre Abraham que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio y en lo al quisisteis semejar á la sangre de donde venides, por lo que mereceis ser llamado el bueno, é yo asi vos llamo é vos ansi os llamaredes Dn. Alonso Perez de Guzman el Bueno de aqui adelante. Ca justo es el que face la bondad que tenga nombre de Bueno, y no finque sin galardón de su buen fecho: porque ansi á los que mal facen les tollen su heredad y hacienda, vos que tan gran exemplo del altar aveis mostrado y aveis dado á los mis caballeros, y á los de todo el mundo, razon es que con mas mercedes queden memorias

de las buenas obras y hazañas vuestras; y venidnos luego á ver, casi malo no estuviera y en tanto afincamiento de mi henfermedad, nadie me tollera que non vos fuera á ver y á socorrer; mas farede conmigolo que yo no puedo facer con busco, que es veniros luego á mi, porque quiero facer con vos mercedes que sean semejantes á vuestros servicios. A la vuestra buena muger nos encomendamos la mia é yo. E. Dios sea con busco. De Alcalá de Genares á dos de janeros era de mil trescientos é treinta y tres.—
El rey.»

Un privilegio del hijo del héroe, D. Juan Alonso de Guzmán, tiene un dato biográfico que dice:

«Nasquíó D. Alfonso Perez, mio Señor y Padre, segun en sus escrituras yo fallé, dia de S. Ildefonso, á 24 de enero de la Era de 1294, en la ciudad de León.

Fué hijo de D. Pedro Nuñez de Guzman, adelantado mayor de Castilla.»

Habiendo ganado en su juventud un torneo celebrado en la plaza de San Francisco de Sevilla, por envidia su hermano don Alvar Pérez de Guzmán, le llamó delante del rey D. Alonso el Sabio *hijo de ganancias*, cuya palabra lo llenó de vergüenza, abandonando á España y yéndose al Africa, en donde se hizo memorable por sus hazañas.

Allí el gran rey D. Alonso el Sabio le dirigió una carta apesadumbrada por las ingraticudes de D. Sancho IV, en la que se quejaba de su *mio fijo*, fechándola en su *sola ciudad de Sevilla*. En la epístola le imploraba que viniera en su ayuda, socorriéndolo con el dinero que pudiera.

No se hizo demorar Guzmán, pues alcanzó socorros metálicos del rey de Marruecos, y apercibió tropas para que estuvieran dispuestas á seguirle á una sola insinuación suya.

Vinose deseguida á Sevilla, y aquí por mediación del rey Sabio, se casó con Doña María Alfonso Coronel, volviéndose al poco tiempo al Africa, en donde cometió muchas proezas, siendo una de ellas matar en Fez un formidable dragón, que tenía sembrado el espanto entre aquellos ganaderos, por las continuas muertes que causaba.

Pasado algún tiempo, arribó otra vez á la madre patria con un séquito de mil cristianos, pues habiendo entrado en Marruecos nuevo rey, no se avenía á sus exigencias. Este, en venganza de tal desprecio, fué el que se asoció al infante D. Juan y ambos pusieron cerco á Tarifa, que estaba por nuestro héroe, siendo dicha plaza el teatro donde se desarrolló el drama que hemos relatado.

Otra de sus proezas, fué tomar á Gibraltar con la ayuda del Concejo y gente de Sevilla, la que entregó en propia mano á su nuevo rey D. Fernando IV el Emplazado.

Como las incursiones y asonadas de los moros estaban á la orden del día, se propuso limpiar de ellos la sierra de Gaucín, é internándose en la misma, los enemigos lo rodearon en número considerable, y en un encuentro acribillaron su pecho de flechas, entregando su alma á Dios con la espada en la mano, el viernes 19 de Septiembre de 1309.

Desde el real de Algeciras fué traído su cadáver á Sevilla con los honores tributados á un príncipe, poniendo el mismo rey sobre el ataúd un riquísimo paño de brocado.

Describiendo estos funerales, dejaremos la palabra al monge Fray Francisco de la Torre, en la historia manuscrita que dejó del monasterio de San Isidro del Campo:

«Su cuerpo fué traído en una caja, cubierto con un paño de brocado muy rico que le dió el rey, y muchos cirios encendidos y acompañado de su hijo D. Juan Alonso de Guzmán, su hermano don Alvar Pérez de Guzmán, su sobrino D. Pedro Núñez de Guzmán, y sus dos yernos con otros muchos caballeros y sus vasallos, todos vestidos de luto y los caballos con las colas cortadas, como era costumbre en aquel tiempo, cuando perdían á sus señores y capitanes en la guerra.

Llegado á Sevilla, fué el cuerpo recibido por ambos Cabildos y todos los caballeros é hijo-dalgos, y á la usanza de aquellos tiempos, salió también su amada mujer con sus dos hijas, cubiertas de jerga, que era el uso de los lutos y trage de los Reyes y señores en semejantes ocasiones, á las cuales acompañaban las señoras de la ciudad con sus lutos ordinarios. El cuerpo con gran número de cirios fué conducido á la iglesia mayor hasta el otro día, que se

hicieron los oficios funerales por el Arzobispo y Cabildo, y todos los religiosos asistieron allí y digeron sus misas y vigiliass, y los que quedaron en las iglesias y monasterios hicieron lo mismo; y todo acabado, el día siguiente le llevaron á su Monasterio de San Isidro, y fué sepultado en la capilla mayor, junto á las gradass del altar en un sepulcro con sus armas sobre dos leones y una sierpe sin lengua.»

Por esta sierpe se alude á la que mató en Africa, que halló en un bosque peleando con un león.

IGLESIA Y NECRÓPOLIS

DE

LOS GUZMANES

Subiendo la cuesta y recodo, que á la derecha se bifurca con el camino que desde Sevilla conduce á Santiponce, se llega á una cancela baja de hierro, y al abrirla se penetra en el atrio de esta iglesia, que sirve de cementerio al pueblo, en cuyo atrio se eleva altiva una soberbia columna de siete metros de altura, coronada con un precioso capitel corintio, aunque de diferente módulo al que tenía en su principio, cuyo ejemplar se exhibe en nuestro Museo Arqueológico y que andaba perdido por aquellos campos.

En el pedestal de la columna que describimos y en su frente, mirando á la entrada, hay una pequeña loseta incrustada en la basa, que dice:

«Esta columna se halló en este sitio llamado de los Palacios (aquí sigue un letrero borrado) de este Monasterio, y que por su magnitud y hermosura se erigió en honor y triunfo de la Santa

Cruz y descanso de las Animas del Purgatorio, siendo prior N. M. R. P. E. Juan Oliva en 24 de Mayo de 1802.»

En este sitio el ánimo del visitante queda embargado; con sus piés huella los cadáveres de la generación actual, pudriéndose á virtud de las leyes de descomposición y asimilación.

Esta colina preside aquellas llanuras que exuberan una vegetación en su mayor parte olivífera, que envía sus efluvios á estas imponentes almenas que diademan nuestra mente con las brillantes páginas de la historia de la Edad Media, en lucha tenaz y titánica contra los hijos del profeta.

Perplejos por la idea de la muerte y el heroísmo de nuestros mayores, dirigimos nuestros pasos á la puerta principal, que pertenece á la segunda iglesia, que erigió D. Juan Alonso de Guzmán para su enterramiento.

La portada se nos presenta en forma de medio punto, estilo ojival, con lacerías de azulejos formando mosaicos de diferentes colores, inscrustrados sobre los ladrillos. Esta puerta la decora y remata una Virgen pequeña de muy buen gusto y notable, que recibe el nombre del Nicho, estando puesta sobre un capitel árabe truncado, que sirve de avispero.

Al lado derecho de esta entrada, hay una puerta que sirve de enterramiento, que puede suponerse sería la primera que se construyó, que daba ingreso á la iglesia antigua.

Conforme se penetra en la iglesia moderna, que es de estilo ojival con recuerdos románicos en los capiteles, se ven varios cuadros, que uno representa un esqueleto y otro el tránsito de San Isidoro, siendo á la vez digna de admirarse una tabla que se supone ser de estilo bizantino, cuyo dibujo es la virgen de la Silla, Santa Paula y Santa Eustaquia.

A este cuadro sigue uno muy deteriorado con un Cristo con la Cruz acuestas, exhibiéndose también en dicho sitio un San Cristóbal que presupone la fuerza.

El coro contiguo hace de capilla bautismal, existiendo en él varios cuadros y una escultura de San Eutiquio, que puede presumirse traería D. Enrique de Guzmán de Roma, cuando importó las reliquias de este Santo, teniendo en su base un hueco que se

adapta perfectamente á la cajita que las contiene, y de la cual más adelante nos ocuparemos.

Otra vez en la iglesia, se nota una curiosa tabla de Juan Sánchez de Castro, groseramente restaurada, viéndose sobre la puerta de entrada una vidriera manifestándonos á San Isidoro.

El primer altar que se visita en esta nave y á su izquierda nos muestra, en un amplio camarín con vivísima luz, á Ntra. Señora del Rosario y en sus extremos S. Joaquín y Sta. Ana.

Este altar es digno de relato por encontrarse empotrado en su pared, y resguardado con una verjita, el pedazo del brocal del pozo con la huella de la soga, que sirvió á S. Isidoro de estímulo y lección para proseguir con afán sus estudios.

El frente de esta iglesia lo decora un retablo churrigueresco, que hace de Sagrario, ocupando su nicho principal una escultura antiquísima, completamente negra, que representa al Divino Salvador crucificado, abogado al nombre de las Animas, y á sus lados se esbozan S. Juan Nepomuceno y S. José, coronando el altar una alegoría de la Virgen, en compañía de los Santos Leandro é Isidoro.

Deseando, como hemos dicho, D. Juan Alonso de Guzmán enterrarse en el mismo templo que sus padres, construyó esta nave, que es más baja y angosta que la iglesia primitiva, ocupando su cadáver un nicho alto en el lado izquierdo. El sepulcro es de mármol blanco, como asimismo su estatua, que está tendida y vestida de sus armas, descansando á sus piés un lebril.

Fué traído con gran pompa su cadáver á este Monasterio desde Jerez, donde falleció, y la inscripción dice:

«Aquí yace Don Juan Alonso de Guzman, hijo del Gran Don Alonso Perez de Guzman, y de Doña Maria Alfonso Coronel, Illmo. Señor del Estado de San Lucar, marido de Dña. Urraca de Ossorio de Lara, hija del conde Don Alvar Nuñez Ossorio, gran valido del rey Don Alonso XI, hallose en la batalla del Salado, y en todas las batallas de su tiempo, por lo cual le llamaron el Gran Batallador. Murió en paz estando en Jerez año de 1311.»

Debajo del hijo de Guzmán, y en una hornacina, se manifiesta una estatua de mármol blanco, armada al uso antiguo, la cabe-

za la cubre un bonete morisco, está tendida, diciendo su inscripción:

«El Excmo. Sr. D. Bernardino de Zúñiga y Guzmán.»

Este cadáver fué trasladado á este sitio y ocupaba antes el arco en que está el altar de la Resurrección, y su epitafio decía:

«Aquí yacen los Ilustres. SS. Don Bernardino de Zuñiga y Guzman, hijo de los Ilustres SS. Don Pedro de Zuñiga y de su muger Doña Teresa de Guzman, primeros SS. y marqueses de Ayamonte: y su muger Dña. Francisca de Guzman, nieta del Excelentísimo Señor Don Juan de Guzman, el primero duque de Medina Sidonia.»

En frente de estos enterramientos, se ve otra hornacina situada en el lado izquierdo, en la que se destaca una mujer con un libro en la mano, y á sus piés una estatua pequeña, que representa á Leonor Dávalos, víctima de su lealtad en el acto de estirar su falda. Ambas estatuas son de mármol, y tienen la siguiente memoria sepulcral:

“Aquí reposan las cenizas de Doña Urraca Osorio de Lara, muger de Don Juan Alonso Pérez de Guzmán, Iltmo. Señor de San Lucar. Murió quemada en la Alameda de Sevilla por orden del rey D. Pedro el Cruel, por le quitar los tesoros è riquezas. Tambien se quemò con ella porque no peligrase su honestidad Leonor Dávalos, leal criada svia. Año de 1367.”

Ilustrando esta heroicidad, dice el sabio Zevallos:

«Después que esta señora quedó viuda, padeció tan cruel persecución de D. Pedro, que además de confiscarle los bienes y los de su hijo, dicen la *Historia general* y el Dr. González de Illescas, que la mandó quemar viva, como igualmente á dos primas suyas.

Y es antigua y general opinión en Sevilla, que la quemaron en la Alameda, que entonces se llamaba la Alaguna, por las muchas aguas que allí concurren. Se cree que no padeció esta señora por menor causa, que por mantener su castidad y honor. No es menos heroica la acción de una noble doncella criada de doña Urraca, llamada Leonor Dávalos, natural de Ubeda ó de Baeza.

Seguía esta fiel criada á su señora en su martirio, y viendo que en medio del fuego se le descomponía la ropa, se arrojó á la hoguera y cubrió á su señora, quemándose con ella. Las preciosas cenizas de estas dos ilustres víctimas de la castidad, están aquí juntas en un mismo sepulcro.»

Hasta aquí hemos descrito la iglesia moderna; ahora nos toca hacerlo de la antigua, para cuya construcción concedió permiso á D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno D. Fernando IV el Emplazado, en Palencia á 24 de Octubre de 1298.

Torciendo á la derecha se penetra en esta iglesia, viéndose implantado en el arco divisorio un altar churrigueresco, en el que se venera un lienzo del Apóstol San Pedro, insigne pintura que está firmada por Pascual Cati, y que según el viajero Ponz, esta pintura su estilo es de la escuela de Miguel Angel. Fué donada á esta iglesia por D. Enrique de Guzmán en 1600, siendo Embajador en Roma en tiempo de Felipe II. En el ático se nota un cuadro del Arcángel S. Miguel, y debajo del cuadro de San Pedro hay una Virgen.

Detrás del retablo que se puso á dicho Apóstol, está una piedra de jaspé negro donde con letras de bronce dorado, se esculpió una inscripción latina dedicada á D. Enrique de Guzmán, en la que se manifiesta que también trajo á este Monasterio las reliquias del mártir S. Eutiquio, en una cajita de plomo que está metida dentro de otra de madera, guardándose debajo del ara de este altar, con pedazos de los instrumentos de su martirio, que fueron trasladados de la iglesia de S. Lorenzo en Dámaso, en el teatro de Pompeyo. Dentro de dicha caja existía una relación con la vida de este Santo, que el Sr. Morgado se apoderó de ella y se trajo al archivo del palacio Arzobispal sevillano.

Un olvido involuntario hemos tenido al hacer la historia del Monasterio de S. Isidro del Campo, cual ha sido recordar que sus Piores fueron nombrados administradores para la construcción del hospital de la Sangre, de Sevilla, cargo que les confirió don Fadrique Henríquez de Rivera, por disposición testamentaria, gestión que duró hasta nuestro siglo á la exclaustación de los regulares.

La mencionada caja tiene la siguiente inscripción, grabada torpemente:

IHS  MRA-
 S^{TE} EVTITII MARTIRIS RELIQVIÆ EX CA-
 LISTI COEMETERIO EXTRACTÆ PRIVILEGIO
 GREGOR - XIII - PONT - MAX - CONCESSO D - D -
 MARLÆ PIMENTEL D' FONSECA COMITISÆ DE
 OLIVARES ROMÆ COMORATI CV CONSORTE SIBI
 CARISS.º D. D. HENRICO D' GVZMAN COMITE D' OLI-
 VARES CHAT.ª MAG.ª TIS PHILIPPI - II - HISPAN REGIS LEG^{TO}
 PROVT IN LRIS PATET TA APLIS ET TESTIMOIO AVTº
 COLLOCATE FVERE ROMÆ APDICTA D - D - MARIA IN
 HAC PLVMBEA PARVA ARCA ANNO DNI MDLXXXIX
 ET PONTUS - S - D - N - XISTI PP - ANNO - V - AD GLO -
 RIAM DEI SANCTORVM HONOREM ET VTA
 FIDELIBUS REVEREANTUR

Bueno será ilustrar la biografía de este santo con algunos recuerdos.

Fué San Eutiquio soldado romano, mártir del tiempo de Diocleciano.

Hicieron con él cruentos martirios, y lo azotaron después de herirle con garfios y cuchillos; lo metieron en un lóbrego calabozo sembrado de fragmentos de tejas y ligado con grillos y cadenas; lo arrastraron por el suelo, dejándolo encerrado en una prisión doce días sin darle sustento, y viendo que no moría, sus verdugos determinaron arrojarle á un profundo pozo, siendo allí despedazado.

Ahora toca describir el altar mayor, presea del arte, que en éxtasis contemplativo nos eleva el espíritu hacia Aquel que supo impulsar el buril del gran Martínez Montañés.

Desde luégo el abside manifiesta esta joya, que consta de dos cuerpos, ático y basamento.

En el nicho central del primer cuerpo se ostenta la magistral escultura de tamaño natural de S. Gerónimo, descansando sobre un templete, donde se guarda la custodia. El santo está medio arrodillado, en actitud de adorar á un pequeño crucifijo que tiene en

la mano izquierda, y con la derecha empuña una piedra para golpearse el pecho, penitencia que se imponía en su gruta.

Los lados ofrecen dos gallardos cuerpos arquitectónicos de orden corintio, que contienen dos soberbios medallones de primorosa escultura, que representan el Nacimiento de Jesús y la Adoración de los Reyes; las formas del diseño son grandiosas y la ejecución admirable.

En la mitad del cuerpo segundo descuella la estatua de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, obra de un mérito grandísimo.

A los lados hay relieves como los del primer cuerpo, admirándose en el de la derecha la Ascensión del Señor, y en el de la izquierda la Resurrección de Cristo, cuyo escorzo es bellissimo.

La Asunción de Nuestra Señora está colocada en el ático, rodeada de ángeles y querubes, las Virtudes Cardinales están representadas en cuatro figuras, coronando el remate del altar el Señor Crucificado, con dos ángeles de rodillas.

En el frontispicio del primer cuerpo se manifiestan niños con tarjetas en las manos, así como debajo de las estatuas de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, hay dos bellos ángeles, estando compartido todo este cuerpo con cuatro columnas estriadas espiralmente.

La estatua de San Gerónimo en el desierto la encarnó el célebre artista Francisco Pacheco, y según consta en un auto capitular celebrado en este Monasterio el año 1613, se ratificó la escritura, por la cual se encomendaba á Martínez Montañés la construcción del retablo y estatuas orantes de los fundadores, bajo el ajuste de 3.500 ducados, donándosele además, á la conclusión, 300 fanegas de trigo.

Ponz dice, que muchos mármoles de las gradas del prebisterio parecen haberse encontrado en las ruinas de Itálica, aserción que corrobora el padre Zevallos, cuando combatiendo al primero, manifiesta que las columnas no son salomónicas, sino del buen tiempo de los Romanos.

En el mismo sitio que D. Alonso Pérez de Guzmán eligió para su enterramiento y el de su esposa, existen los sepulcros de ambos. A la derecha del prebisterio está el de D. Alonso y á la iz-

quiera el de doña María; mas la variación que hoy tienen se hizo en el año de 1609, trasladándose á sitio más alto, bajo un arco.

Empecemos describiendo el de Guzmán el Bueno, que ocupa el lado del Evangelio. Sobre su losa cineraria se ve su estatua de madera, debida al genio inmortal de Martínez Montañés, hincada de rodillas y en actitud orante, ante un reclinatorio, armada de punta en blanco y destocada. Exornan el arco los escudos de sus armas y algunos geroglíficos alusivos al sacrificio que hizo de su hijo primogénito.

El distinguido arqueólogo Sr. Gestoso, en una de sus obras, hace ver el anacronismo que resulta del arnés de D. Alonso y del traje de D.^a María, pues supone que el artista se inspiró en la indumentaria del sepulcro de la Marquesa de Ayamonte, que existía en el Convento de S. Francisco de Sevilla, y de otra estatua antigua, que no sería de la misma forma y gusto, que usaran en vida los fundadores del Monasterio de S. Isidro.

Su losa cineraria contiene la siguiente inscripción, que á la letra transcribimos:

AQVI - YAZE - DON - AL^o PEREZ - DE - GUZMAN - EL - BVENO - QVE DIOS
 PERDONE - QVE - FVE - BIENAVENTURADO E QVE - PVNNO - SIEMPRE - EN
 SERVIR - A DIOS - E A LOS - REIES - E FVE - CONEL - MVI - NOBLE - REI
 DON - FER.^{do} - EN LA CERCA - DE - ALJEZIRA - E ESTANDO - EL - REI - EN
 ESTA - CERCA - FVE - EN - GANAR - A GIBALTAR - E DESPVES - QVE - LA
 GANÓ - ENTRÓ - EN - CAVALGADA - EN - LA - SIERRA - DE GAVZIN - E OVO
 HI FACIENDA - CON - LOS - MOROS - E MATARONLO - ENELLA - VIERNES 19
 DE SEPTIEMBRE, ERA DE MIL E TREZIENTOS I QVARENTA I SIETE, QVE FVÉ
 AÑO DEL SEÑOR DE MIL E TREZIENTOS Y NVEVE

H - S - E - 19 - SEPTEMBRIS ANNO DOMINI 1609

300 . A DIE SVI OBITVS

El monge Torres añade que en el año 1570, el Duque don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno visitó este Monasterio, y mandó abrir el sepulcro, hallándose el cuerpo del héroe embalsamado y entero, con una camisa de tafetán blanco, envuelto en un dosel

de brocado verde labrado, y una almohada en la cabecera, de la misma tela, conservando sus cabellos y barba, aunque algunos le faltaban. Al año siguiente tornó al Monasterio dicho Duque, y otra vez quiso ver el cadaver; pero éste estaba ya sin cabellos ni barba, porque desde luégo que se introdujo el aire se le cayeron, siendo testigo presencial de esta exhumación el mencionado monge.

Refiriéndose Matute á D. José Maldonado de Saavedra, copia del mismo lo siguiente:

«Entre los caballeros que el duque llevó consigo, fué Melchor Maldonado, mi padre, quien me contó que se halló en estas visitas, y que en una de ellas mandó el Duque sacar el cuerpo á que ayudó mi padre y le arrimaron á una pared, donde estuvo de pie, y era tan alto de cuerpo, que ninguno se halló en la ciudad que con un gran palmo le alcanzase, pues mi abuelo lo midió y tenía casi diez piés de largo.»

En el sepulcro frontero se distingue otra estatua en la misma actitud que la de D. Alonso, figurando la matrona D.^a Maria Alonso Coronel, esposa de nuestro héroe.

Tiene vestido un brial de manga ancha, airoso y elegante, adorna su cabeza una blanca toca, cubriendo sus hombros un rico y bien plegado manto, embelleciendo su talle un cinturón de grandes borlones.

Los restos de ambos héroes descansan en dos bóvedas al pie de los sepulcros.

Persona que recientemente ha bajado á la de Guzmán, dice que de sus restos no se conservan hoy más que algunos huesos podridos.

En esto paran las grandezas y el orgullo humano.

La esposa del héroe de Tarifa tiene la siguiente memoria:

AQUI IAZE DOÑA MARIA ALFONSO CORONEL

QVE DIOS PERDONE; MVGER QVE FVÉ DE D. ALONSO PEREZ DE GVZMAN

EL BVENO, Y MADRE DEL SEGVNDO ISACC. FINÓ ERA MIL

E TRESCIENTOS E SESENTA, QVE FVÉ AÑO DE XPTO.

MIL E TRESCIENTOS VEINTIDOS.

H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI 1609, 283 A DIE OBITVS.

A seguida de este epitafio se leen estos versos:

«O inclita Roma, si de estas supieras
cuando mandabas el gran universo
que gloria, que fama, que prosa, que verso,
que templo vestal á la tal hicieras.»

Hay varias versiones sobre el cauterio de rociarse con aceite hirviendo el cuerpo esta matrona *para vencer sus fogueras*, como menciona Juan de Mena en sus *Trescientas*; pues mientras Ambrosio de Morales, Pedro Medina, Hernán Núñez de Guzmán, Fernando Zevallos, y en nuestros días D. Francisco Tubino, achacan semejante heroicidad á esta señora; Morgado, Ortiz de Zúñiga y una tradición constante en Sevilla, la refieren á doña María Coronel, esposa del magnate D. Juan de la Cerda, que está enterrada en el Convento de Santa Inés, viéndose en su cuerpo *manchas*.

A ésta deben referirse, porque el Padre Zevallos se equivoca invirtiendo la cronología, pues hace á la mujer de Guzmán posterior á la de Sevilla, y porque la esposa del de la Cerda odiaría al voluptuoso monarca, pues éste la engañó en Tarazona, cuando fué á pedir merced por la vida de su esposo, apesar de asegurarle lo contrario D. Pedro, porque al llegar á la metrópolis andaluza, se lo encontró muerto por los ballesteros del rey.

Por esto, el desairado y lascivo monarca puso las miras en D.^a Aldonza, hermana de D.^a María, la que pronto abandonó, después de hacerla su rendida amante en la Torre del Oro.

También puede suceder que la esposa de Guzmán *venciera sus fogueras*, pues D. José Amador de los Ríos, en su *Sevilla Pintoresca*, dice que, enamorada de un criado, trató de esta manera poner un dique á sus apetitos venéreos, conservando así su honestidad.

Además de las memorias sepulcrales que se han mencionado, reposan aquí las cenizas del mártir D. Pedro Alonso de Guzmán, víctima inocente de la infamia del infante D. Juan en el cerco de Tarifa.

Igualmente yacen aquí los ilustres descendientes del gran Guzmán. Entre ellos mencionaremos á D. Alonso de Guzmán; don Enrique, hijo primogénito del antecedente y nieto del rey D. Enrique II, el cual se ahogó en Gibraltar por el humanitario acto de salvar una insignificante barquilla. D. Juan Pérez de Guzmán, segundo conde de Niebla y primer duque de Medina-Sidonia. Don Enrique de Guzmán, segundo de este título y cuarto conde de Niebla, que apesar de anteriores enemistades, voló en socorro del marqués de Cádiz, que estaba cercado en Aljama por el rey de Granada. D. Juan el II, tercer duque de Medina-Sidonia, quinto conde de Niebla, octavo Señor de Sanlúcar y primitivo Marqués de Cazaza en Africa, que murió en Sevilla víctima de la peste que diezmoó esta población en 1507, asolamiento que hizo crecer malvas en las plazas de S. Francisco y Salvador.

También yacen aquí D. Juan de Guzmán el III, que combatió á los comuneros de Castilla, y Hernán Cortés, descubridor y conquistador de la Nueva España, el cual murió en Castilleja de la Cuesta el día 4 de Diciembre de 1547 y fué enterrado en este Monasterio, hasta el año 1566, en que fueron entregados sus huesos á Francisco López Calatayud para trasladarlos á México, en donde reposan hoy.

• En el muro frontero al altar de San Pedro, que divide ambas iglesias y al lado del púlpito, escrito en una losa negra, se lee el siguiente epitafio latino, que tradujo D. José Toro Palma, Abad que fué y Cura de San Isidro del Campo en 1844:

«Aquí está enterrado Félix de la casa de los Guzmanes — Objeto de esperanza y amor de su hermano Juan Duque, magnánimo capitán — Antes de nacer fué para su padre objeto de compasión — Creyendo que vería la luz después de su fallecimiento — Y nacido lo fué para su madre de gozos y delicias — Mas ay! ay, dolor!... lo arrebató la muerte en tierna edad — Pues apenas contaba veinte años — Imprudencia sería el sentirlo demasiado; pues para que fuese como se llamaba — Se apartó de los vivos muy

temprano — Te ruego, por tanto, lector, que á Dios lo encomiendes y sea leve la tierra á los restos de Félix»

Esta inscripción se refiere á un D. Félix, hermano de D. Juan Alonso de Guzmán, cuarto Duque de Medina-Sidonia, el cual murió en Madrid á la edad de veintidos años, siendo paje del rey en 1541, y cuyo cuerpo fué trasladado á este Monasterio desde la Corte.

Al lado de la Epístola del altar mayor existe un retablo churrigueresco, en donde se ve á Ntro. Padre Jesús con la Cruz acuestas y debajo un excelente Niño Dios, obra de Montañés. El altar lo decoran las Stas. Clara y Teresa y en lo alto la figura de San Rafael.

Las dos bóvedas restantes la ocupan el coro, que es bastante espacioso y cómodo. Su sillería está adornada de un cuerpo de arquitectura de orden dórico, que se levanta sobre una segunda hilera de sillas, y consta de 74 asientos; su talla es sencilla y de buen gusto y puede referirse su construcción á la época de los Felipes. En el muro lateral de la Epístola se ve el órgano, que, según la opinión de los inteligentes, es, aunque pequeño, de buenas voces y fábrica.

El púlpito es digno de admiración por estar hecho á martillo. Todas las paredes altas del coro están revestidas de muchos cuadros que representan actos de la vida de los Santos, y una pintura de Nuestro Padre Jesús.

El facistol está sostenido por leones sentados, tiene muchas labores y angeles en los ángulos, coronándolo un templete con la Virgen.

Se ignora quiénes fueran los artífices de tales objetos, creyéndose que los monges, pues Zevallos menciona los nombres en el siglo XVIII de Fray Pedro de Quesada y Fray José de Santa María, claustrales del mismo Monasterio, que eran unos artífices excelentes que dibujaban y aun encuadernaban los libros corales, que muchos de éstos han pasado hoy á la Catedral de Sevilla, y los ornamentos más importantes á las monjas de Santa Paula de esta ciudad.

En la sacristía se muestra un altarito de buena arquitectura, donde se venera una antigua imagen de Nuestra Señora que llaman de los Milagros, pintura que una constante tradición asegura que habló á Santa Teresa, siendo la época de su construcción en el siglo XII. En el mismo lugar se venera un Jesús Nazareno de escultura, en una urna de cristales, que se atribuye á Luisa Roldán, llamada la Roldana.

Los Sres. cura y sacristán, con una bondad que les distinguen, en esta pieza enseñan, como reliquias, un cuchillo engarzado en plata y el puño de cristal, que se dice que con él martirizaron á San Bartolomé; un precioso crucifijo de marfil, obra de Pedro Roldán, y una capa de terciopelo verde del siglo XII, que se supone fuera regalo del mismo D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y que tiene un valor y mérito indiscutibles.

Desde la sacristía se pasa á la Sala Capitular, mostrándose estas segundas sillas de coro, en donde se celebraba capítulo por los monges; están construidas bajo un excelente orden dórico. El Jesucristo atado á la Columna y el Apostolado que decoran sus paredes, fueron mandados pintar por D. Enrique de Guzmán, cuarto conde de Niebla, y están calcadas exactamente de las mismas que para el Escorial ejecutó Juan Fernández Navarrete, conocido por el *Mudo*.

Asimismo allí se ve la efigie de Nuestra Señora con el Niño en los brazos, escultura que hizo Martínez Montañés, como muestra de su habilidad, cuando pretendía la obra del altar mayor.

En un sitio de la Sala Capitular hay un oratorio y otro departamento, cuyo fin fuera celebrar en él secretas conferencias para elección de abades, y allí se desarrollarían aquellas escenas violentas entre los partidarios de Alonso de Nogales y Alonso de Alcázar, cisma de los cistercienses, á que puso coto D. Enrique de Guzmán, lanzándolos del Monasterio.

Estos abades tenían tal prepotencia desde el tiempo de Guzmán el Bueno, que nombraban el alcalde de Santiponce y estaban exentos de la Diócesis Sevillana, y su origen procedía del Monasterio de San Pedro de Gumiel, en donde los antecesores del héroe de Tarifa tenían su enterramiento.

La iglesia moderna servía para los oficios parroquiales y la antigua para las funciones del Monasterio, y como documento curioso terminaremos este relato descriptivo, dando aquí cabida al siguiente decreto que promulgaron los franceses á su llegada á Sevilla, sobre nombramiento de cura de la iglesia de S. Isidro del Campo:

Gaceta de Sevilla correspondiente al martes 13 de Febrero de 1810.

«Real Alcázar de Sevilla á 11 de Febrero de 1810.

Don José Napoleón, por la gracia de Dios y la Constitución del Estado, rey de las Españas y de las Indias,

Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Artículo primero. La iglesia del convento de S. Isidro, que fué de los ex-regulares Gerónimos, en la ciudad de Itálica, subsistirá con el título de Iglesia Parroquial.

Art. II. Nombramos cura párroco de la iglesia de S. Isidro de Itálica á D. Manuel Pérez, ex-religioso del orden de San Gerónimo.

Art. III. El mismo párroco nombrado propondrá los oficios y las personas necesarias para el culto y desempeño de la cura de almas en la parroquia de Itálica, teniendo presente á los exregulares que han permanecido en el mismo convento.

Art. IV. Nuestro ministro de Negocios eclesiásticos queda encargado de la ejecución del presente decreto.—Firmado. Yo el rey.—Por S. M., su ministro secretario de Estado, Mariano Luís Urquijo.»

BIOGRAFIAS

El autor de este libro quisiera dedicar una biografía á cada uno de los arqueólogos, bibliófilos y literatos, periodistas y hombres de ciencia, con que se honra Sevilla; pero semejantes trabajos son ajenos á la índole de estas páginas, en donde no deben figurar en su parte biográfica, más que las de aquellas personalidades que han coadyuvado á formar la historia de la extinguida Itálica.

Pero como ciertas individualidades contribuyen, aunque sea de una manera mediata, á conservar sus glorias en la esfera de la arqueología, dignas son de mencionar en Sevilla, D. Antonio Ariza Montero-Coracho, amantísimo admirador de las glorias italienses y selecto coleccionista de antigüedades; D. Francisco Caballero Infantes, que á fuerza de dispendios, tiene gastado una fortuna para que no se extravíen tan preciosas joyas, pasando á manos extrañas; D. Eduardo Sánchez de la Cotera, rebuscador incansable cuya colección hemos descrito, y el activo D. José Gestoso y Pérez, diligente arqueólogo y conocedor consumado de la Edad Media y el historiador cronista de Sevilla, D. Joaquín Guichot.

Y si de la esfera de la arqueología pasamos á la de la bibliografía, aquí alienta ese Mecenas de los libros, cual es el Sr. Duque de T'Serclaer, cuya biblioteca es un templo, en donde se le rinde un culto ferviente á las letras, yéndole en zaga su no menos ilustre hermano, el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.

Otro tabernáculo literario existe en la calle O'Donnell, morada de ese otro prócer egregio, que se llama en la república de las letras, D. José María Asensio.

Otro templo á la cultura patria le sigue en calle Gravina, en donde anida otro preclaro literato que se denomina D. Manuel Gómez Imaz.

Asimismo, en la plaza del Alfaro levántase suntuoso palacio á las artes, que tiene un oratorio á los libros que caen bajo la égida del amante de ambas glorias, D. Jacobo López Cepero. Otro sacerdote, cual es D. José Lamarque de Novoa, incienza este mismo culto con su sabiduría en la calle de San Esteban.

Después de éstos, Sevilla atesora en su seno magníficas bibliotecas, como la de la Sra. Viuda de Alava Urbina, la de D. Luís de Borja y Palomo, la del Barón de Sabasona, la de D. José M.^a de Hoyos, la de D. José M.^a de Vera, la de D. Mariano Fernández Castañón, la del Sr. Marqués de la Motilla y la de D. Manuel Andérica, aparte de la rica Colombina, Universitaria y Sociedad de Amigos del País, que tan bien conservada se encuentra en manos del activo numismático D. Rodrigo de Quirós.

Bueno será dedicar aquí un recuerdo cariñoso á la muerte prematura de D. José Vázquez Ruiz, distinguido amante de la literatura histórica de Sevilla.

Rendido este tributo de admiración á las riquezas bibliográficas con que se enorgullece nuestra ciudad, entremos biografiando al profundo filósofo, autor de *La Itálica*,

Fray Fernando de Zevallos

Nació este ilustre sacerdote en Espera, provincia de Cádiz, en 9 de Setiembre de 1732. Sus padres fueron Manuel é Ignacia Pérez de Mier, de humilde extracción.

Conociendo los mismos su excelente disposición, lo llevaron á Sevilla, poniéndolo al cuidado de su hermano mayor D. Manuel, beneficiado de la parroquia de Sta. Ana, el que lo llevó al Colegio de Santo Tomás á cursar gramática latina, continuando después sus estudios de derecho civil y canónico en la Universidad literaria de Sevilla.

Al poco tiempo abrazó el estado eclesiástico, por tener unas capellanías que le donó el cardenal Solís. Por defunción de D. Alfonso Tejedor, quedó vacante entonces una Canongía de la Catedral de Sevilla, convocándose en 1755 á concurso para proveerla.

Zevallos entró en ella con el número 11, haciendo unos brillantes ejercicios; pero otro se llevó la palma, pues las injusticias siempre han estado á la orden del día.

Movido de un doloroso desengaño, llamó á las puertas del Monasterio de San Isidro del Campo, en donde tomó el hábito, y ya con este fué enviado á Salamanca, para obtener las preeminencias correspondientes. El primer fruto de su trabajo literario fué

la obra titulada: «Paráfrasis de los Salmos en tres sentidos, Moral, Místico y Literario.»

Al volver al Monasterio de San Isidro del Campo, del que fué elegido prior, construyó en el mismo oficinas costosas y útiles; decoró la iglesia comprando ricos ornamentos y alhajas para el culto, é hizo el algibe, pues el agua que se bebía era del 'Fuadalquivir.

Transcurrido el trienio, nombráronlo prior del Colegio de Avila, donde principió á escribir su conocida obra *La falsa filosofía crimen de Estado*, y obtenidas las licencias para imprimirla, marchó á la corte, donde se comunicó con el conde de Campomanes, quien se prendó de la originalidad del libro.

Esta obra originó una borrasca en aquella época, en que tenían tan grandes predicamentos las ideas volterianas.

A seguida escribió *La Itálica*, historia que en el transcurso de la obra hemos mencionado.

Segunda vez fué elegido prior del Monasterio de San Isidro del Campo, y habiendo marchado á Lisboa para imprimir el tomo séptimo de su *Falsa Filosofía*, su obra fué mandada recoger por orden del Gobierno, haciéndole caer semejante determinación en una profunda melancolía, que le hizo entregar su alma á Dios el día 1.º de Marzo de 1802, á los 72 años de edad.

Según la descripción que del P. Zevallos dejó escrita un monge de San Isidro, *leer, escribir y orar* fué el continuo empleo de su vida. Muchas veces oyéronle decir: *Dios ante todo, después de Dios mis libros.*

Su cadáver fué sepultado en el claustro cercano á la puerta de la iglesia, y se le puso un epitafio laudatorio en latín.

Su sepulcro lo cubre además de éste, el siguiente que recuerda la traslación de sus restos á Sevilla:

«La Comisión Arqueológica de Sevilla auxiliada por la Excelentísima Diputación Provincial y el Excmo. Ayuntamiento, cuidó de exhumar los restos mortales del R. P. M. Fr. Fernando de Zevallos, que yacían en este sepulcro, en 16 de Abril de 1863. Trasladándolos con solemne pompa en 6 de Noviembre del mismo año, á la iglesia de la Universidad Literaria, donde descansan los de otros ilustres varones.»

D. Justino Matute y Gaviria

Nació este admirador de *Itálica* en Sevilla el día 28 de Mayo de 1764. Sus padres fueron D. Domingo Matute Zamora y D.^a Isabel Gaviria Zorzosa.

Desde niño mostró felices inclinaciones al estudio, obteniendo el grado de Bachiller en la Universidad de Sevilla en Julio de 1790, y ganando cuatro cursos en Medicina. No se sabe si ejerció esta carrera; pero desde esta época mostró una decidida afición á los estudios históricos y á la literatura.

Unido Matute con Arjona y otros, fundaron una Academia particular de letras humanas. A seguida por José Bonaparte fué nombrado prefecto de Jerez de la Frontera, donde prestó valiosos servicios á las artes, oponiéndose á que los soldados franceses cometieran profanaciones con las joyas de la Cartuja y salvando unas andas de plata del convento de Santo Domingo de dicha ciudad.

Pero cuando en 1812 se eclipsó la gloria de Napoleón, Matute fué acusado por el delito de adhesión á los franceses, sufriendo arresto el día 28 de Septiembre de 1812.

Viendo D. Justino que se ensañaban con él, recurrió en una instancia á la clemencia del rey, que dió por resultado ponerlo definitivamente en libertad en el año 1814.

No fué ocioso por esto, pues en el tiempo que estuvo preso escribió las *Antigüedades de Jerez y de Medina-Sidonia*, y el Catálogo de los *Caballeros Hijos-dalgos de Sevilla*.

Restituído Matute á Sevilla en 1815, empezó otra vez sus trabajos literarios-arqueológicos, y en 1818 publicó su *Aparato para escribir la historia de Triana*, y una Relación á las Exequias de D.^a Isabel de Braganza.

Al mismo tiempo publicó unas notas al tomo noveno de los *Viajes* de Ponz, en que combatió á este viajero, diciendo que es imposible que en doce días se pudiera escribir con exactitud todo lo que Sevilla encierra.

Después emprendió el gran trabajo de adicionar notas á los *Anales de Zúñiga de Sevilla*, trabajos que contienen las más principales memorias desde 1701 hasta el de 1800.

Igualmente concibió el proyecto de una obrita que tituló *Adiciones á la obra de Hijos ilustres de Sevilla*, del padre Valderrama.

No contento con estos esfuerzos, preparó sus *Hijos de Sevilla, señalados en Santidad, letras, armas, artes ó dignidad.*»

Por este tiempo dió á luz su *Bosquejo de Itálica*, que tanto renombre le hizo alcanzar, si bien, como hemos dicho, lo calcó en los trabajos del padre Zevallos, Masdeu y Laborde.

Atacado de una parálisis, sonó para él la hora suprema en el día 11 de Marzo de 1830.

Este historiador, arqueólogo y biógrafo, dejó muchas obras inéditas, que serían prolijo citar, y que nosotros con gusto con-

signamos su nombre en estos ligeros apuntes, como merecimientos á un hombre que algo hizo por nuestra desgraciada Itálica.

D. Demetrio de los Ríos

También es merecedor de algunas ligeras líneas biográficas este sabio arquitecto, que tanto se ocupó de Itálica, y que al mismo se le deben las obras del Anfiteatro y demás descubrimientos que en su lugar hemos publicado.

Nació el 27 de Junio de 1827 en la ciudad de Baena, provincia de Córdoba, y era hermano del doctísimo historiador y crítico D. José Amador, que también falleció en 1878.

Al terminar sus estudios, obtuvo por concurso la plaza de arquitecto municipal de Sevilla, y por oposición la Cátedra de Topografía de la Escuela de Bellas Artes de la misma capital.

Desde luégo fué nombrado vice-presidente de la Comisión de Monumentos, dirigiendo por este tiempo las escavaciones de Itálica, y trasladando todos los restos que sacó á las galerías del Museo Provincial de Sevilla, en donde existen.

En 1869 salvó de la demolición nada menos que 25 iglesias, casi todas mudéjares, orden decretada por la Junta Revolucionaria y que supo encauzar con arte y cautela. Es decir, que Sevilla debe á tan ilustre arquitecto las iglesias de S. Marcos, Sta. Catalina y Omnium Sactorum, gestión que también extendió á la conservación de la Torre del Oro y del precioso arco plateresco de las Casas Ayuntamiento.

En 1880 fué nombrado director de las obras de la Catedral de León, realizando en ella trabajos con admirable acierto y seguridad. En sus últimos tiempos dirigía la restauración del glorioso monasterio de San Miguel de Escalada, la del famoso templo de Santa Cristina de Lena y la del Instituto de Gijón.

Su actividad fué tal, que dejó escritas muchas obras sobre historia del arte, estética y arquitectura, asimismo como algunos trabajos de las *Ruinas de Itálica*, de los *Monumentos Arabes y Mudéjares* de Sevilla, de *La Catedral de León*, del *Nuevo Diccionario de Arquitectura y de sus ciencias auxiliares*, *Teoría estética de la Arquitectura*, *El Anfiteatro de Itálica*, *Tratado elemental de topografía y agrimensura*, *El Arte en todas sus manifestaciones* y otras más, sin contar varias obras filosóficas, poéticas y dramáticas.

La muerte lo arrebató al cariño de sus deudos y amigos en León el día 27 de Enero de 1892. Descanse en paz.

D. Francisco Collantes de Terán

De intento no hemos nombrado entre los literatos á este distinguido escritor, que también se ocupó de Itálica y que de abo-
lengo lucha por sostener sus glorias.

Cualquiera que al subir las oscuras escaleras del Archivo de la Excm. Diputación y Gobierno civil, extienda su vista entre aquellos numerosos legajos, que componen la trama contencioso-administrativa de nuestra eterna gestión política, allí se encontrará un hombre en el período álgido de la madurez, pues nació en Sevilla en 1828, y que, combatido por un temblor nervioso, su cabeza está en volcanismo perpetuo, construyendo siempre el edificio de nuestra historia pretérita.

Labor que arranca desde el año 1847, publicando numerosas poesías, artículos y trabajos literarios, un periódico llamado *Sin Nombre*, un drama *La Jaula de León*, una novela histórica *Julia de Santa Cruz*, el informe á *Las Ruinas de Itálica*, el prospecto para la estadística Monumental de Sevilla, el discurso necrológico de D. José María de Ibarra, cinco memorias sobre la propiedad del Hospital de la Sangre, la colaboración en la obra de Delgado las *Medallas Autónomas* y en la Revista arqueológica.

Con los Bibliófilos lleva también su contingente de energías en el prólogo de *La Itálica* del padre Zevallos, en la historia de la Universidad de Sevilla, en las Memorias históricas de los Establecimientos de Caridad de Sevilla y en la capilla de la Escala.

Apesar de su edad, no desmaya y lo vemos publicando trabajos inéditos y otros en publicación, como son un estudio sobre los *Pertigueros de la Catedral de Sevilla*, *Algo sobre la Giralda*, los *Castillos de la Región Bética* y *Apuntes para un Curso sobre la teoría è historia de las Bellas Artes*.

FIN

INDICE



	<i>Páginas</i>
Prólogo	V
Plano topográfico de las Ruínas y origen de Itálica	1
Guerreros Italicenses.	3
Hijos ilustres	5
Trajano	6
Adriano	9
Teodosio.	11
Monedas.	13
Familias ilustres	16
Costumbres de los Italicenses	17
Indumentaria	23
Religión	28
Matrimonios y funerales.	34 y 35
El Anfiteatro de Itálica	41
Su descripción por Rodrigo Caro	49
Id. por el Padre Florez	50
Id. por Montfaucon.	54
Id. por Matute	63
Id. por Ceán Bermúdez	66
Id. por Demetrio de los Ríos	68
Destrucción y descubrimientos en el mismo	70
Los bestiarios, ejecuciones y nauumaquias	81
Templo de Diana ó Minerva.	83
Teatro.	86
Forum, Basílica y arcos triunfales.	89
Palacio de los Césares.	92
Fuente llamada del Moro.	93
Acueducto.	93
Termas.	99
Cloacas.	104
Muelle italicense	106

	<i>Páginas</i>
Murallas.	108
Acrópolis.	110
Publio Cornelio Scipion.	113
Tribunos.	117
Cuarteles.	118
Pretorio	119
Refutación á los detractores de Itálica.	122
Cultura de los italicenses.	137
Necrópolis.	143
Cadáveres italicenses.	151
Itálica cristiana.	155
Destrucción de Itálica.	182
Escavaciones y descubrimientos.	197
Inscripciones. 18, 19, 20 21 y	234
Monasterio de San Isidro del Campo.	237
Hazaña de Guzmán el Bueno.	245
Iglesia y necrópolis de los Guzmanes.	251
Biografías.	265

ERRATAS IMPORTANTES

En la página 49, línea 4.^a, debe leerse, en vez de conde, el monge Montfaucon.

En la página 122, en la línea 7.^a, en lugar de per obajo, debe leerse pero bajo.

En la página 125, línea 3.^a, en lugar de ailada, debe leerse aislada.

En la página 151, en la línea 14, debe leerse, en lugar de especieta, especiota.

En la página 160, los cajistas han saltado en la última línea la siguiente oración:
«los órganos de la concienziosidad, la maravillosidad y la veneración, que hacen al hombre consustanciarse con Dios mismo.»

Próximo á publicarse:

La Casa de Pilatos de Sevilla, ante la Filosofía, la Historia y las Artes, por Aurelio Gali Lassaletta.



